



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

PROGRAMA DE POSGRADO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

CAMPO DE CONOCIMIENTO: HISTORIA, HISTORIOGRAFÍA Y CONSTRUCCIÓN
DEL CONOCIMIENTO HISTÓRICO DE AMÉRICA LATINA

LOS ESPACIOS DEL BLANQUEAMIENTO. INTERVENCIONES HIGIENISTAS EN LA VIDA COTIDIANA: UN CONTRAPUNTEO LATINOAMERICANO FINISECULAR

TESIS

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:

DOCTORA EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

PRESENTA:

PERLA PATRICIA VALERO PACHECO

TUTOR PRINCIPAL:

DR. HERNÁN G. H. TABOADA

CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

COMITÉ TUTOR:

DRA. ANA CAROLINA IBARRA GONZÁLEZ

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

DR. FEDERICO NAVARRETE LINARES

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

DRA. EUGENIA ITURRIAGA ACEVEDO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE YUCATÁN

DRA. MATILDE SOUTO MANTECÓN

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES DR. JOSÉ MARÍA LUIS MORA

Ciudad Universitaria, Ciudad de México, febrero de 2021



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Para A.F.

- I. Amarás á la luz sobre todas las cosas. La luz del sol es el símbolo de Dios. Todos los bienes proceden de ella.
- II. Jurarás no probar licores ni asistir á espectáculos en lugares cerrados.
- III. Higienizarás las fiestas. Lo que la confesión es para el espíritu, es el baño para el cuerpo. Las prácticas religiosas y las higiénicas son el mejor medio de aprovechar el tiempo cuando no se trabaja.
- IV. Honrarás al aire y al agua corriente. Son el padre y la madre de nuestra salud, que necesita, para engendrarse y sostenerse, de la ventilación y de la limpieza.
- V. No beberás; quien bebe se mata ó puede matar al prójimo.
- VI. No fumarás; quien fuma respira humo en vez de aire y causa molestia a los demás.
- VII. No escupirás; quien escupe roba la salud a sus semejantes.
- VIII. No levantarás polvo bajo ningún pretexto, ni trasnocharás; quien hace lo primero siembra el dolor; quien hace lo segundo, no ama la luz del sol, que es el símbolo de la vida y de la verdad.
- IX. No desearás nada que venga del azar ó del albur; quien juega no trabaja; engaña o es engañado; si alguna vez gana dinero, pierde la tranquilidad, que es la salud del alma, y la salud, que es la paz del cuerpo.
- X. No gastarás el dinero más que en alimento sano, ropa limpia y cama dura, para conseguir lo cual no se necesita codiciar los bienes ajenos.

Dr. Royo Villanova

"Mandamientos higiénicos", Bogotá, 1907.

Agradecimientos	8
Resumen	9
Introducción. Higienismos de ayer y hoy	10
Parte I. Higienismo y blanquitud, una convergencia global en América Latina	23
1. Sobre el concepto de blanquitud: teorías y significados en América Latina	24
1.1 El debate en el Norte: la polisemia de Whiteness	27
1.2 El debate en el Sur: blanquitud o el devenir-blanco del mundo	32
1.3 Mestizaje y blanqueamiento	41
1.4 ¿Mestitud como blanquitud?	46
2. Mestizofilias latinoamericanas: entre la degeneración y el blanqueamiento	48
2.1 Del "mestizo" a la "mestizofilia"	53
2.2 Mestizofilias latinoamericanas: racialismo y blanqueamiento	58
2.3 Mestizaje y "degeneración"	61
2.4 Blanqueamiento, entre las "razas deseables" e "indeseables"	64
2.5 Blanquitud mestiza	71
2.6 Higienismo y blanquitud	77
3. El orden global de la ciudad blanca: higienismos latinoamericanos e intervenciones urbanas	79
3.1 Higienismos entre-pandémicos y discursos transnacionales	82
3.2 Entre el urbanismo y la higiene, la ciudad	92
3.3 La ciudad higienizada y segregada	103
3.4 México, la "ciudad de los palacios"	111
3.5 Buenos Aires, el "puerto cosmopolita"	119
3.6 Río de Janeiro, la "París de los trópicos"	123

Parte II. Intervenciones higienistas, contrapunteos latinoamericanos	127
4. El blanqueamiento del espacio íntimo: los higienistas y las intervenciones sobre el hogar mestizo	128
4.1 Higienistas: guardianes de la blanquitud	130
4.2 El pantano, la higiene y la ciudad	139
4.3 Topografías médicas: raza, clase e higiene	147
4.4 Higiene privada: el blanqueamiento de la vivienda mestiza	154
4.5 Los higienistas frente al olor de los pobres	163
4.6 Higiene de clase: el cuerpo mestizo y peligroso de la plebe	167
5. El blanqueamiento del cuerpo: intervenciones higienistas en la salud y la enfermedad	180
5.1 Intervenciones higiénicas contra la enfermedad	183
5.2 El tifo en Ciudad de México y la racialización de la enfermedad	188
5.3 La fiebre amarilla en Buenos Aires y la higienización de la pobreza	199
5.4 Blanquitud del cuerpo: el aseo como cuestión de clase y raza	214
5.5 Blanquitud del cuerpo trabajador: salud e higiene industrial	223
6. El blanqueamiento de la dieta: higiene alimentaria y consumo popular	229
6.1 Maíz y trigo, cereales racializados	231
6.2 Carne y blanquitud	235
6.3 El pulque y la higienización del espacio público	240
6.4 La chicha, entre la higiene y la "degeneración"	245
Reflexiones finales	251
Fuentes	256
Archivos consultados	256
Textos higienistas	256

Otros textos de la época	259
Hemerografía	261
A. Periódicos y revistas científicas	261
B. Otros periódicos y revistas	263
Bibliografía	265

Agradecimientos

Al comité tutor: al Dr. Hernán Taboada, a la Dra. Ana Carolina Ibarra, al Dr. Federico Navarrete, a la Dra. Matilde Souto y a la Dra. Eugenia Iturriaga. Agradezco sus comentarios, observaciones y acompañamiento a lo largo de esta investigación, así como la feliz coincidencia en otros espacios académicos donde tuve la oportunidad de colaborar.

A las y los compañeros del seminario “Pensando el racismo” del Posgrado en Estudios Mesoamericanos, y del seminario de Historia Global del Instituto Mora, donde terminaron por tomar forma muchas ideas vertidas en este trabajo gracias al diálogo y al debate colectivo.

A la Mtra. Diana Alejandra Méndez, por la amistad sincera y por la cuidadosa y generosa lectura que hizo de algunos de los capítulos aquí presentados.

Y a la pequeña comunidad. Porque este trabajo no hubiese sido posible sin el apoyo y cariño de mis padres, Patricia y Pablo, mis hermanos Nicté y Núriban, mi abuela Gloria, y mi segunda y querida familia: Carmen, Adriana y Adhara. Y, especialmente, gracias a Fernando, quien ha colmado nuestro pequeño y hermoso cosmos de amor y de libros.

Los desvelos fueron más llevaderos con la compañía siempre alegre de Salem, Engels, Tulio, Igor y Draco.

La autora de este trabajo recibió una beca otorgada por CONACyT para la realización de sus estudios de doctorado.

La redacción final de esta investigación fue elaborada gracias al Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT) de la UNAM IN403820 “América Latina y el enfoque civilizacional”.

Agradezco a la DGAPA-UNAM la beca recibida.

Resumen

La salubridad e higiene públicas de las ciudades tomaron notoriedad como tareas pendientes del Estado, no sólo en América Latina, sino en buena parte del mundo, hacia la segunda mitad del siglo XIX. Las ciudades habían crecido sin planeación e infraestructura adecuadas, como un efecto producido por el desigual desarrollo de la sociedad capitalista, tanto en los centros metropolitanos, como en las periferias coloniales y neocoloniales, y por el riesgo inminente de las epidemias. En este contexto, la intervención reparadora se tornó inevitable y se tradujo en importantes trabajos urbanísticos que, en América Latina, se implementaron en las últimas décadas de la centuria del mil ochocientos.

Dichos proyectos de reforma urbana no implicaron sólo modificaciones arquitectónicas y urbanísticas, sino también intervenciones higiénicas para el saneamiento de las ciudades y sus habitantes. Una población que era vista como “degenerada” por los vicios y la suciedad de la urbe misma, pero también como resultado de su propia naturaleza socioracial. Así era percibido por los grupos dominantes, quienes a través de estas reformas urbano-sanitarias, conceptualizadas como intervenciones de salubridad pública, implementaron estrategias de disciplinamiento de los comportamientos de la multitud urbana. Una suerte de “domesticación” de los cuerpos “salvajes” del “populacho”, principalmente de los pobres urbanos, una población racializada en América Latina.

Esta investigación pretende plantear que las intervenciones higiénicas dirigidas sobre los habitantes de las ciudades latinoamericanas, implementadas a finales del siglo XIX y principios del XX, formaron parte de un movimiento sanitarista global, que fue asumido y adaptado por las élites latinoamericanas. Además, se intenta demostrar que el ideario e intervenciones higienistas constituyeron una forma de blanqueamiento social y cultural de las poblaciones pobres y racializadas. Esto se mostrará a través del análisis de las intervenciones higienistas sobre la vida cotidiana de los urbanitas, en tres rubros: el espacio privado del hogar multifamiliar, el cuerpo sano-enfermo, y la alimentación popular.

Introducción.

Higienismos de ayer y hoy

Mientras están líneas son escritas, el bienio 2020-2021 se convierte en un hito histórico a causa de la pandemia de covid 19. Si bien no es la primera epidemia global a la que la humanidad se enfrenta (son emblemáticos los casos de las pandemias de VIH, la influenza de 1918, y siglos antes el cólera, la viruela y la peste negra), ésta pasará a la historia como la primera que nos confinó a una “cuarentena mundial”. En abril de 2020, se estimaba que 3,900 millones de personas se encontraban en resguardo domiciliario “voluntario”, cifra que equivale casi a la mitad de la población mundial¹.

Con la cuarentena global que se ha repetido de manera desfasada con la segunda y tercera olas, la violencia doméstica ha ido al alza de manera alarmante, tanto en los centros como en las periferias y, junto con ella, otro tipo de violencia de corte institucional ha destapado métodos transgresores de garantías individuales para mantener el confinamiento. No sólo se ha recurrido a toques de queda, donde la policía ya ha disparado a matar en municipios de Kenia, además de utilizar gas lacrimógeno. También se han registrado baños forzados de lejía para “desinfectar” a trabajadores migrantes en la India, el uso de jaulas de perro para castigar a los infractores de la cuarentena en Filipinas, así como tratos humillantes perpetrados por la policía paraguaya en contra de las personas que violan la cuarentena, a las que se ha amenazado con el uso de armas de electrochoque². En buena parte del mundo, los gobiernos adoptaron retóricas belicistas y sacrificiales, apoyándose en el uso de la fuerza pública.

¹ “Coronavirus minuto a minuto: pandemia tiene confinada a media humanidad”, Portal de la *Deutsche Welle*, 2 de abril de 2020, <https://www.dw.com/es/coronavirus-minuto-a-minuto-pandemia-tiene-confinada-a-media-humanidad/a-53000881>, consultado en mayo de 2020.

² “Teargas, beatings and bleach: the most extreme Covid-19 lockdown controls around the world”, *The Guardian*, 1º de abril de 2020, <https://www.theguardian.com/global-development/2020/apr/01/extreme-coronavirus-lockdown-controls-raise-fears-for-worlds-poorest>, consultado en mayo de 2020.

El confinamiento también ha traído una “recesión” económica que ya ha sido bautizada como “el Gran confinamiento”, y se antoja como la crisis que podría terminar de sepultar las políticas neoliberales que han regido a la economía mundial durante los últimos cuarenta años, pero que se resisten a morir. Para paliar la crisis de salud, empresarios y políticos, hasta los otrora simpatizantes del “mercado salvaje”, se volvieron “keynesianos”, exigiendo la intervención activa del Estado en la economía y en la gestión de la crisis de salud, síntomas de una posible vuelta de tuerca en el patrón de acumulación, hacia algo parecido al Estado benefactor, ya sea en su versión populista de izquierda pero también en su versión fascista de derecha... Y mientras tanto, la pandemia continúa y los muertos no cesan.

En el contexto de la crisis de salud han surgido preguntas difíciles de responder. Desde aquellas que dudan en cómo jerarquizar la atención médica, lanzando entre líneas el mensaje de que las personas ancianas y las pobres son desechables; hasta las que se cuestionan cuál debe ser el grado de injerencia del Estado en la vida privada de sus ciudadanos, al obligarlos o no a usar mascarillas; pasando por las que cavilan en torno a si los derechos pueden suspenderse en situaciones extraordinarias, como una contingencia sanitaria; y otras más que interrogan a los objetivos de la salud pública como posibles asuntos de seguridad nacional, debatiéndose entre la militarización de la sociedad y la institución de medidas de vigilancia invasivas. O bien, si es preferible salvar la economía o mantener el confinamiento en nombre de la prevención sanitaria. Curiosamente, algunas de estas disyuntivas no son tan novedosas, pues han acompañado las preocupaciones de los Estados modernos en otras crisis sanitarias, como hacia finales del siglo XIX, cuando el médico e higienista mexicano Eduardo Liceaga se preguntaba si cerrar los puertos mexicanos lograría contener la epidemia de cólera que provenía de los países europeos,

concluyendo de manera negativa. Pues si el cólera no entraba por Tampico y Veracruz, lo haría a través de algún puerto del Pacífico³.

La pandemia se ha traducido en una experiencia compartida de la humanidad donde el higienismo se ha impuesto en nuestra vida diaria. Se han implementado medidas tan antiguas como la cuarentena y el “distanciamiento social”, y otras un poco más modernas como la desinfección de todos aquellos objetos tocados por los enfermos. Conjunto de medidas que han sido implementadas por la medicina social, en la coyuntura de las epidemias, por lo menos durante los últimos ciento cincuenta años –aunque algunas incluso desde hace siglos–, pero cuyo recuerdo ha desaparecido de la memoria colectiva.

Con el pensamiento higienista como arma frente a la enfermedad infectocontagiosa, también han surgido los discursos discriminatorios. Expresiones xenófobas como el “virus chino” y la idea de los extranjeros como agentes infecciosos. Y aporofobias que discriminan a la población pauperizada que vive al día y que no puede dejar de salir a trabajar, señalándola como culpable del incremento de los contagios de transmisión comunitaria. Esto es lo que circula en el imaginario de la autoproclamada “clase media” y “alta”, de aquellos y aquellas más permeados por la ideología de la blanquitud, orgullosos propietarios privados e individualistas anti-comunitarios. Los que haciendo gala de su imposibilidad de pensar en el otro y asumir la crisis como una corresponsabilidad sanitaria, salen de casa aislados en sus automóviles a pasear por los centros comerciales, por el puro deseo de salir y paliar su aburrimiento. Porque pueden darse el lujo de pagar pruebas en laboratorios privados, de acaparar medicamentos, tanques de oxígeno e insumos de higiene que no necesitan, y confinarse en sus casas de campo y de ciudad, acondicionadas con todas las comodidades para pasar la cuarentena y hacer “home office”. La pandemia no sólo ha hecho imposible seguir ocultando la violencia que se exacerba al interior de los hogares, sino también las otras violencias que se viven de manera descarnada en una

³ Liceaga, Eduardo, *Mis recuerdos de otros tiempos [obra póstuma]*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1949.

sociedad de clases, donde, como nos lo han mostrado las estadísticas, quienes más fenecen son las clases trabajadoras pauperizadas⁴. Porque, como afirma Diego Armus, especialista en historia de la enfermedad, “las epidemias no son democráticas” y afectan mucho menos a los ricos que a los pobres⁵.

Frente al fenómeno tan complejo e inconmensurable que resulta ser la pandemia de covid, y con el lento e incierto proceso de producción industrial de vacunas que son acaparadas por el norte global, pareciera ser que nuestra única arma son las medidas de higiene como forma de prevención y contención. Pero son verdaderamente limitadas cuando la realidad las rebasa y cuando no se contemplan las diferencias socioeconómicas que existen en las poblaciones a lo largo y ancho del globo. Nuestras sociedades de clases han dejado muy claro que, a pesar del discurso del individualismo autosuficiente, nadie se basta a sí mismo y no podemos sobrevivir en soledad, sino que necesitamos de las y los demás; pero, paradójicamente, esta sociabilidad pasa, necesariamente, por la mediación del dinero, por lo que no todos pueden participar de lo social. Es por ello que el confinamiento dentro del capitalismo, no sólo se vuelve insostenible sino también una tragedia individual y colectiva.

Estas reflexiones entrepandémicas le imprimieron otro sentido a la redacción final de este trabajo. Una urgencia y una mirada innegablemente global, resultado de la observación de las intervenciones higiénicas, la medicalización autoritaria y la discriminación sobre la población pobre, vulnerable, y muchas veces de “color”, o por lo

⁴ Hernández Bringas, Héctor Hiram, “Mortalidad por COVID-19 en México: notas preliminares para un perfil sociodemográfico” *Notas de coyuntura del CRIM*, n. 36, México, CRIM-UNAM, 17 de junio de 2020, 7 págs; “En México las personas pobres tienen doble riesgo de morir”, *Portal de Naciones Unidas, México*, 21 de agosto de 2020, <https://coronavirus.onu.org.mx/en-mexico-el-covid-19-mata-al-doble-a-los-pobres-e-indigenas>, consultado en enero de 2021; Lemus, J. Jesús, “El rostro de la pandemia en México: los pobres son los más afectados”, *Los Angeles Times*, 13 de julio de 2020, <https://www.latimes.com/espanol/mexico/articulo/2020-07-13/el-rostro-de-la-pandemia-en-mexico-los-pobres-son-los-mas-afectados>, consultado en enero de 2021.

⁵ “Covid-19: “Ninguna epidemia ha afectado más a los ricos que a los pobres””, *BBC Mundo*, 23 de octubre de 2020, <https://www.bbc.com/mundo/noticias-54630030>, consultado en enero de 2021.

menos así percibida y significada. De las personas cuya ocupación, costumbres, educación y modo de vida los hace carecer de “blancura” frente al resto del colectivo, entendida como un cierto estatus social y económico y como la expresión de una cierta ideología e idiosincrasia. De aquellos y aquellas que carecen del color social de quienes entonan canciones desde los altos balcones de los condominios de Santa Fé, al poniente de Ciudad de México, como si expresaran con ello el deseo de volverse italianos y españoles, en un alarde de estética del blanqueamiento. Un eurocentrismo epidémico que no es un fenómeno novedoso; tal como lo muestra un periódico tapatío en una publicación de hace cien años, que daba cuenta de cómo el “ostentar gripe española” se tornó un marcador aspiracional:

Solamente algunas gentes COMME IL FAUT, y esclavas de la moda, se permiten el lujo de ostentar algo de “FLU” española, y la lucen ante a sus amistades como si se tratara de una capa inglesa o unos choclos con camafeo.

–Mire usted que influenza he pescado más terrible: legítima de Andalucía. ¡No le falta más que música de Serrano!

Pero esos son seres privilegiados. Los demás, nos la rifamos modestamente, con nuestra gripe nasal, nuestro dolorcillo de espinazo y nuestro quebranto de huesos, que no parece sino que nos acaba de pasar por encima un camión de los de Guadalupe con cuatro destapadas de enagua colorada y pelo grifo.

Algunos espíritus pesimistas protestan por el triste final que estas influencias baratas suelen tener en algunos casos [...] [pero] Las autoridades médicas han afirmado que no se trata de epidemia de etiqueta, ni de microbios extranjeros; es simplemente nuestra influencita paisana, de casa, que a ratos nos mete zancadilla, pero es por puro cariño⁶.

El covid no es un virus extranjero, especialmente en un mundo “globalizado”, donde las fronteras son incapaces de detener los contagios y donde la salud pública debiera ser, por lo tanto, una cuestión igualmente global, pero que muchas veces se torna en un colonialismo sanitario.

⁶ Zutano, “¿Flu o misere? Honor a la industria nacional. Coro de influenciados”, *El Informador. Diario independiente*, Guadalajara, México, 14 de febrero de 1920.

Si bien es cierto que, sin vacunas disponibles para la mayoría de la población, con la saturación de hospitales, personal médico insuficiente y falta de tratamientos específicos contra la peste del siglo XXI, las medidas higiénicas y el distanciamiento social parecieran ser la única barrera contra su propagación. Pero este higienismo que fácilmente toma tonos autoritarios, eugenésicos y discriminatorios debe ser también mirado de manera crítica, pues olvidamos que nuestro higienismo del siglo XXI es hijo del higienismo decimonónico, que no fue un “pensamiento científico” neutral y apolítico.

Por el contrario. En sus orígenes, el pensamiento higienista nació aliado de los Estados de corte liberal autoritario, con un tono bastante moralizador y partidario de las teorías racialistas de la ciencia moderna. El de ayer y hoy se presenta como un “higienismo burgués”, pensado para intervenir los cuerpos de los propietarios privados individuales, y no con un sentido comunitario y democrático. Higienismo, clasismo y racismo fueron de la mano más que a menudo en el siglo XIX, particularmente en épocas epidémicas, y nuestros tiempos no parecen ser la excepción. Y la salubridad pública moderna, que también se originó en el siglo XIX, está íntimamente ligada con el pensamiento higienista y la experiencia epidémica, específicamente con la pandemia de cólera que azotó Asia y llegó a Europa y América en la década de 1830⁷. Fueron los esfuerzos de los estados por contener su avance y sus estragos que se institucionalizó lo que hoy entendemos como salud pública.

Aunque las pandemias se hicieron presentes desde el Medievo con la Peste Negra que infectó Europa y Asia, y en el siglo XVI con la viruela y la sífilis que se extendieron por el Viejo y el Nuevo Mundo, los ritmos de contagio eran distintos. El capitalismo vino a

⁷ El cólera, enfermedad originaria de Asia meridional, desató una pandemia en el siglo XIX comenzando su largo viaje desde Calcuta, en 1817, presentándose en Java y Borneo en 1820, en China en 1821 y expandiéndose hacia Ceylán, Persia, Arabia y Siria en ese mismo año. Más tarde alcanzaría los confines del imperio ruso y llegaría a Europa en 1823, a las costas occidentales del Mar Caspio. Para 1826 el cólera reaparecía en China y Rusia causando una epidemia en Moscú en 1830 que se propagó a Polonia y Alemania. En 1832 penetró a territorio inglés y francés y en 1833 alcanzó a Suiza, Holanda, Portugal y España, poniendo las condiciones para emigrar a América.

consolidar la interconexión global y, junto con las mercancías en forma de sujetos y objetos, también circularon los patógenos a escala mundializada y así lo han hecho durante los últimos 500 años⁸. Además de que la crisis ecológica mundial que ha causado medio milenio de capitalismo, ha provocado un incremento acelerado en la aparición de enfermedades, especialmente durante las últimas cuatro décadas.

En México, fue también el impacto de la epidemia de cólera lo que terminó por consolidar la salubridad pública. La bacteria arribó siguiendo las rutas comerciales, desde España vía La Habana, con escalas en Campeche y Yucatán, para expandirse hacia zonas del interior de la república y llegar a la capital en el verano de 1833, “el año del cólera”. El brote generalizó el pánico y cesó el bullicio de las calles de la Ciudad de México; los vecinos fueron reclusos en sus casas, afuera de las cuales colocaban banderas amarillas, negras o blancas para dar aviso de la presencia de la enfermedad y de la muerte a médicos y sacerdotes. En los templos, abiertos de par en par, podía encontrarse a los fieles arrodillados con los brazos en cruz y derramando lágrimas. Escenas que fueron recurrentes durante todo el siglo XIX, no sólo a causa del cólera, sino también por el tifo y la fiebre amarilla, que tenían brotes estacionales y periódicos a lo largo y ancho del país y en toda América Latina.

El negro año del cólera obligó al Ayuntamiento de la Ciudad de México a contabilizar cuidadosamente a enfermos, fallecidos y recuperados: 37,863 personas contagiadas, de las cuales 20,356 sanaron, 5,822 murieron y 11,685 quedaron convalecientes⁹. Y así nació la institucionalización de la estadística médica, corazón de la salubridad pública moderna, acompañada de las medidas higienistas para regular las actividades en el espacio público y privado, en nombre de la salud. Los funcionarios higienistas reglamentaron todos

⁸ McNeill, William, *Plagas y pueblos*, Madrid, Siglo XXI, 1984; Crosby, Alfred W., *Imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa, 900-1900*, Barcelona, Crítica, 1999.

⁹ Ríos Molina, Andrés, Agostoni, Claudia, *Las estadísticas de salud en México*, México, IIH-UNAM/ Secretaría de Salud, 2010.

aquellos espacios que fueran potenciales focos de infección: viviendas, escuelas, hospitales, cementerios, mercados, puertos, jardines, parques, plazas, mataderos, fábricas y talleres. Todo el cuerpo urbano entraba en su jurisdicción y la higiene se levantaba como una ciencia totalizadora que intervenía a toda la experiencia social: higiene urbana, higiene pública, higiene privada, higiene internacional, higiene escolar, higiene industrial e higiene alimentaria, por mencionar algunos de sus desdoblamientos.

Si la sociedad capitalista aceleró el ritmo de los contagios, también puso las condiciones para que los brotes fueran más agudos, al confinar a los migrantes desposeídos en un tipo inédito de ciudades, donde el hacinamiento se volvió la nueva cotidianidad. De allí que el surgimiento de la salud pública moderna también pueda leerse como el diseño de medidas paliativas para mitigar los efectos de la industrialización capitalista en Occidente. Pues el objeto de las intervenciones higienistas de la salubridad pública fueron principalmente las poblaciones urbanas, donde los enemigos de clase pasaron a convertirse en un “peligro biológico”, como bien observó Michel Foucault¹⁰. Provocando que la distinción entre las intervenciones urbanas y las higiénicas se tornase una línea muy difusa.

La moderna urbe capitalista se convirtió en el escenario perfecto para la proliferación de epidemias de todo tipo, que azotaban gravemente a los barrios populares, donde no existían espacios verdes, servicios de agua potable, drenaje y recolección de basura, y donde las viviendas no contaban con ventilación y alojaban a hombres, mujeres, niños y animales, condenados a vivir en condiciones miserables donde la higiene, la limpieza y la salud se volvieron un lujo. Y aún lo son. Las condiciones insalubres de la ciudad capitalista comenzaron a llamar la atención de las autoridades, cuando se observó que afectaban a las ganancias de los poseedores del gran dinero. La salud pública se tornó entonces una cuestión de Estado y de primera importancia, porque las epidemias diezmaban al trabajo

¹⁰ Foucault, Michel, *Defender la sociedad*, Buenos Aires, FCE, 2001.

vivo encarnado en los proletarios. De allí, que no sea extraño que el movimiento higienista, que tomó fuerza en la segunda mitad del siglo XIX, centrara su atención en la medicalización de las clases trabajadoras, señalando que las enfermedades infectocontagiosas se difundían entre los grupos sociales más desfavorecidos por sus condiciones de vida precaria, que eran interpretadas por la *intelligentsia* médica como costumbres salvajes, atrasadas, ignorantes y racialmente degenerativas.

Los higienistas vincularon hedor y suciedad con ciertos espacios urbanos y con cuerpos de sujetos específicos. Y por supuesto que no se trataba de los espacios y cuerpos nobles o “burgueses”. Los lugares sospechosos fueron y serán, siempre y primero, esos donde se acumula el bajo pueblo. Como señala Georges Vigarello, allí donde habitan los cuerpos de aquellos a los que no siempre les protege la ropa interior, los zapatos, el perfume y la ropa blanca. De allí, que las premisas de la higiene pública evoquen la limpieza como la oposición a los “descuidos” populares, a los hedores urbanos, a las promiscuidades, excesos y vicios incontrolados. Porque la higiene pública se ha conceptualizado como una reprobación de las prácticas del pueblo¹¹. Y al mismo tiempo, como la afirmación de cierto tipo de prácticas relacionadas a una cierta clase social, aquellas que tienen el visto bueno del pensamiento higienista.

Entre las recomendaciones higienistas de saneamiento del espacio público y privado para evitar la enfermedad, y particularmente aquellas dolencias con potencial epidémico, había cierto tono de “moralismo burgués, porque, en la mirada de los higienistas de hace ciento cincuenta años, la salud corría a la par de las buenas costumbres y la vida ordenada, y era resultado de las exigencias del trabajo, la frugalidad y la disciplina¹², en aras de mantener la productividad y la ganancia. Como una suerte de ascesis y moderación de los

¹¹ Vigarello, Georges, *Lo limpio y lo sucio. La higiene del cuerpo desde la Edad Media*, España, Alianza, 1991.

¹² Haudemann-Simon, Calixte, *La conquista de la salud en Europa 1750-1900*, Madrid, Siglo XXI España, 2017.

ímpetus, que impone y abraza una violencia sobre las y los sujetos. Es decir, la higiene se identificaba no sólo con la limpieza y la salud, sino con hábitos y costumbres “modernas” específicas, y muy similares a aquellos comportamientos recompensados por la ética protestante y su espíritu afín al ethos del capitalismo: la llamada blanquitud identitaria, cultural y social. Y es este el objeto de estudio que aborda esta investigación: la presencia de la blanquitud dentro del ideario higienista latinoamericano de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. En concreto, mediante una revisión de las intervenciones higienistas sobre la población urbana, en términos de la higienización de la vivienda, la medicalización de los cuerpos sanos y enfermos y el normamiento de la alimentación. Es decir, medidas, todas ellas, de higiene pública y privada que extendieron la ética de la blanquitud en la vida cotidiana de las poblaciones urbanas latinoamericanas.

En lo relativo a tiempos y espacios, se abordan los casos de la Ciudad de México, Buenos Aires, Río de Janeiro y Bogotá. Pero se acompañan de algunas apariciones de La Paz, Bolivia, Montevideo, Uruguay, Santiago de Chile y Manila, Filipinas; todas ellas ciudades capitales cuya presencia intenta hacer un juego de contrapunteos latinoamericanos para ilustrar las intervenciones higienistas del entresiglo, particularmente aquellas acaecidas en la Ciudad de México, donde el acceso a las fuentes permitió una revisión más exhaustiva. Se decidió no poner límites temporales rígidos, pues en algunos momentos el argumento obligaba a retrotraerse hacia mediados del siglo XIX, y en otros, a acercarse a la década de 1910. No obstante, el núcleo temporal de la investigación se centra en las décadas de 1880, 1890 y 1900.

Las fuentes empleadas fueron, por una parte, “textos higienistas” de índole diversa (topografías médicas, memorias, estudios científicos y jurisprudencia), de autoría de higienistas latinoamericanos. Complementados con una exigua selección de textos de higienistas europeos y asiáticos. Por otra parte, se trabajaron fuentes hemerográficas, conformadas tanto por periódicos y revistas “científicas”, como por periódicos no

especializados y de circulación nacional y local. En ellos se encuentran muchos otros textos higienistas, tanto de médicos e ingenieros como de funcionarios de Estado: higienistas “profesionales”; pero también circulaban textos de higienistas “amateurs”: periodistas, abogados políticos y vecinos, que asumieron el ideario higienista e intervinieron en el debate público de este “periódico higiénico”. En su mayoría se revisaron periódicos y revistas latinoamericanas, complementadas con algunas publicaciones periódicas de Estados Unidos y Filipinas. En su totalidad, estas fuentes son representaciones de la *intelligentsia* profiláctica de la época.

En términos de las fuentes secundarias, dado que existe vasta literatura en torno a la medicina social y las implicaciones de las intervenciones socioculturales de los higienistas en ciudades latinoamericanas como Buenos Aires¹³, Santiago de Chile¹⁴, Río de Janeiro¹⁵ y

¹³ Cfr. Armus, Diego, *La ciudad impura. Salud, tuberculosis y cultura en Buenos Aires, 1870-1950*, Buenos Aires, Edhasa, 2007; Armus, Diego, “Un médico higienista buscando ordenar el mundo urbano argentino de comienzos del siglo XX”, *Salud colectiva*, n. 3, v. 1, enero-abril 2007, pp. 71-80; Armus, Diego, “Utopía Higiénicas/Utopías Urbanas: Buenos Aires 1920”, en Gisela Heffes (ed.), *Utopías Urbanas: geopolíticas del deseo en América Latina*, Madrid/Frankfurt, Vervuert, 2013, pp. 115-130; Couto, Cristóbal, López Mato, Omar, *La fiebre amarilla*, Buenos Aires, Olmo Ediciones, 2015; Cravino, Ana, “Historia de la vivienda social. Primera parte: del conventillo a las casas baratas”, *Vivienda & Ciudad*, v. 3, diciembre 2016, pp. 7-24; Figuepron, Maximiliano Ricardo, “Lugares, actitudes y momentos durante la peste: representaciones sobre la fiebre amarilla y el cólera en la ciudad de Buenos Aires, 1867-1871”, *História, Ciências, Saúde – Manguinhos*, v. 25, n. 2, abril-junio, 2018, pp.335-351; Kohl, Alejandro, *Higienismo argentino: historia de una utopía. La salud en el imaginario colectivo de una época*, Buenos Aires, Dunken, 2006; Recalde, Héctor, *La salud de los trabajadores en Buenos Aires (1870-1910) A través de las fuentes médicas*, Buenos Aires, Grupo Editor Universitario, 1993..

¹⁴ Cfr. Robinson, César Leyton, y Huertas, Rafael, “Reforma urbana e higiene social en Santiago de Chile. La tecno-utopía liberal de Benjamín Vicuña Mackenna (1872-1875)”, *Dynamis*, vol. 32, no.1, Granada, 2012, pp. 21-44; Sánchez, Marcelo, “La teoría de la degeneración en Chile (1892-1915)”, *Historia* n. 47, vol. II, julio-diciembre, 2014, pp. 375-400.

¹⁵ Cfr. Beltrão Marques, Vera Regina, *A medicalização da raça. Médicos, educadores e discurso eugênico*, Campinas, Editora da Unicamp, 1994; Benchimol, Jaime Larry, “Fiebre amarilla: miasmas, microbios y mosquitos. Una historia a vuelo de pájaro vista desde Brasil”, *Revista Biomédica*, v. 21, n. 3, UADY, septiembre-diciembre, 2010, pp. 247-266; Boarini, Maria Lúcia, *Higiene e raça como projetos : higienismo e eugenismo no Brasil*, Maringá, EDUEM, 2003.

Bogotá¹⁶, se decidió dar mayor espacio en la investigación al caso de la Ciudad de México, no sólo por la accesibilidad de las fuentes, sino también para cumplir el objetivo de explorar los efectos que las reformas urbano-sanitarias tuvieron en las clases populares de esta urbe y que habían quedado desdibujados en trabajos pioneros como el de Claudia Agostoni, *Monuments of Progress. Modernization and Public Health in Mexico City, 1876-1910* (University of Calgary Press/University Press of Colorado/IIH-UNAM, 2003). Dicha obra hace un análisis decantado hacia preocupaciones más técnicas, relacionadas con el desarrollo de la infraestructura sanitaria. Mientras que esta pesquisa se ha interesado por la convergencia entre urbanismo sanitarista, racismo científico y políticas de blanqueamiento, elementos anudados en el discurso de los higienistas latinoamericanos en general y mexicanos en particular.

Sobre la estructura del trabajo, la investigación está dividida en dos partes. La primera, titulada "Higienismo y blanquitud. Una convergencia global en América Latina", consta de tres capítulos; el primero, de naturaleza teórica, hace una revisión conceptual del término "blanquitud"; el segundo, con un sentido más próximo a la historia intelectual, aborda las ideas del pensamiento racial decimonónico, con énfasis en el contenido de blanquitud presente en la idea de "mestizo"; y el tercero, pensado desde un punto de vista de historia global, presenta la convergencia entre los movimientos reformistas urbano y sanitario, que se extendieron por los centros y las periferias como una suerte de colonialismo higienista, vehículo de los normamientos de blanquitud y de los prejuicios de clase y de "raza". La segunda parte se titula "Intervenciones higienistas, contrapunteos latinoamericanos", dividida también en una triada que recoge expresiones concretas de las intervenciones higienistas. Se abre con el cuarto capítulo, que aborda el "blanqueamiento del espacio íntimo" mediante las intervenciones higiénicas sobre el hogar mestizo;

¹⁶ Cfr. Calvo Isaza, Óscar Iván, Saade Granados, Martha, *La ciudad en cuarentena. Chicha, patología y profilaxis*, Bogotá, Ministerio de Cultura, 2002. Y para otras ciudades colombianas: cfr. McGrow, Jason, "Purificar la nación: eugenesia, higiene y renovación moral-racial de la periferia del Caribe colombiano, 1900-1930", *Revista de Estudios Sociales*, no. 27, Bogotá, agosto, 2007, pp. 62-75.

mientras que el quinto capítulo se centra en el “blanqueamiento del cuerpo”, enfermo y sano, a través del despliegue de medidas de higiene privada como el aseo personal y la higiene industrial; y el sexto revisa el “blanqueamiento de la dieta”, con las intervenciones de higiene alimentaria, aterrizadas en el tratamiento de ciertos productos: maíz, trigo, carne, pulque y chicha. Todos ellos planteados como “espacios del blanqueamiento”, es decir, como aquellos lugares sociales dónde las intervenciones higienistas llevaron la ética de la blanquitud, en nombre de la limpieza y la salud.

Siguiendo el espíritu de los Estudios Latinoamericanos, el enfoque de esta pesquisa intentó construir un cruce interdisciplinario entre la historia del urbanismo, de la enfermedad y de la ciencia, atravesado por la historia global y su lectura no eurocéntrica, así como por los estudios críticos de los procesos de racialización. Entre estas coordenadas se tejió un entramado teórico-metodológico que siguió al objeto de estudio, para dar cuenta de él, a través de su desplazamiento entre los espacios del blanqueamiento.

Finalmente, es necesario señalar que versiones anteriores de algunos de los capítulos de esta investigación han sido discutidos y presentados en diversos espacios académicos, donde se nutrieron las reflexiones que las y los lectores tienen ahora en sus manos.

PARTE I. **HIGIENISMO Y BLANQUITUD, UNA CONVERGENCIA GLOBAL EN
AMÉRICA LATINA**

1. Sobre el concepto de *blanquitud*: teorías y significados en América Latina

Pongo un rostro severo mientras pregunto con seriedad:

"Pero, ¿qué diablos es la blancura para que uno deba desearla tanto?" Entonces siempre, de algún modo, de alguna manera, silenciosa pero clara, me han dado a entender que la blancura es la propiedad de la tierra por siempre jamás, ¡Amén!¹⁷

W.E.B. Dubois (*Darkwater*, 1920)

El descubrimiento de la blancura personal es algo muy moderno; se remonta al siglo XIX¹⁸. Como objeto de reflexión, lo "blanco" fue cuestionado primero y de forma inevitable por los racializados¹⁹: la población colonizada y esclavizada. Esto se puede observar en las críticas al racismo y la explotación colonial formuladas por representantes de la llamada "tradición negra radical"²⁰, y algo parecido podría encontrarse en una homóloga tradición

¹⁷ Traducción de la autora.

¹⁸ Dubois, W.E.B., *Darkwater, Voices from Within the Veil* [1920], New York, Washington Square Press, 2004.

¹⁹ Durante el siglo XIX pueden identificarse textos preocupados por explicar la esencia de la blancura escritos por afroamericanos. Ejemplos son los trabajos de Frederick Douglass, Harriet Jacobs y Charles Chesnutt, en Estados Unidos. En el ensayo "What is a White Man?" (*The Independent*, 30 de mayo de 1889), Charles Chesnutt analiza la forma en que opera en la ley la "línea de color", con la que se define a la población negra y especialmente a la enorme población mezclada que posee "partes" de color. Chesnutt se da cuenta que, en la mayoría de los estados del sur de Estados Unidos, la extensión de la "línea de color" en el espacio público una cuestión completamente relativa a las costumbres; es decir, de lo que consuetudinariamente se ha establecido como lo "no blanco". (Roediger, David, *Black on White: Black Writers on What It Means to Be White*, New York, Shocken Books, 1998).

²⁰ Robinson, Cedric, *Black Marxism. The Making of the Black Radical Tradition*, Chappel Hill & London, The University of North Carolina Press, 2000.

indígena radical²¹. Ambas constituirían un primer pensamiento crítico formulado contra la blanquitud, al verse obligadas a reflexionar sobre la hegemonía de lo blanco dentro del sistema moderno-colonial, mucho antes de que la discusión llegase a la academia.

Dentro de la academia latinoamericana, las reflexiones conceptuales sobre la blancura parecieran ser aún más recientes. Ha sido en los últimos años y a la luz de los debates sobre el racismo reposicionados en el ámbito de la opinión pública, que se ha comenzado a poner mayor atención en la llamada “blanquitud” o “blanquedad”, entendida como los significados de lo blanco, en América Latina.

Sin embargo, en algunos lugares del subcontinente, el peso de la “ideología oficial” del mestizaje ha causado reticencia en el reconocimiento de la existencia de la blanquitud. En México, por ejemplo, la consigna del “todos somos mestizos”, entendida como un discurso histórico de Estado, ha ocultado no sólo a las identidades indígenas, afrodescendientes y de ascendencia no europea²², sino que ha encubierto también a las identidades políticas blancas que se esconden y desdibujan detrás de la ambigua categoría del “mestizo”, especialmente cuando estas detentan el poder u ostentan un mayor nivel socioeconómico²³, mostrando una relación entre blanquitud, (discurso del) mestizaje y poder. Pues, a pesar de que las élites puedan asumirse como mestizas, “El

²¹ Con esto nos referimos a la existencia de una tradición de resistencia anticolonial en América, que se encarnaría en actores como Cuitláhuac, Cuauhtémoc, Atahualpa, Lautaro, Jacinto Canek, Túpac Amaru II, Micaela Bastidas, Túpac Katari, Bartolina Sisa y Тһаһаҥка lyoһаҥка, por mencionar algunos y algunas. Asimismo, se encarna en procesos descolonizadores como las grandes rebeliones de 1680 (Nuevo México) y 1780 (Perú y Alto Perú), la Guerra social maya (Yucatán, 1847-1901), el levantamiento zapatista (Chiapas, 1994), las guerras del agua y el gas (Bolivia, 2000), el triunfo electoral de Evo Morales (2006) y el reciente revés del pueblo boliviano al Golpe de Estado de 2019.

²² Navarrete Linares, Federico, *México racista. Una denuncia*, México, Grijalbo, 2016.

²³ “El estudio de PERLA (*Project on Ethnicity and Race in Latin America*, Princeton University) demostró que mientras más privilegiada sea una persona y más años de educación tenga, mayor será su tendencia a definirse como “mestiza”, independientemente de su color de piel, generalmente más blanco que el del resto de la población (Navarrete Linares, Federico, “La blanquitud y la blancura, cumbre del racismo mexicano”, *Revista de la Universidad de México*, n. 8, septiembre de 2020, pp. 7-12, p. 8). Esto es corroborado por datos del INEGI. que muestran una correlación entre personas con mayor ingreso y nivel educativo y menor tono de melanina (Encuesta Nacional sobre Discriminación – Enadis, 2017).

punto es que hay de mestizos a mestizos, y que la diferencia clave entre las élites que defienden esta identidad y el resto de la población es precisamente la blancura, aunque éstas lo nieguen”²⁴. Y en algunos casos extremos, esta blancura no se esconde, como ocurre con el caso guatemalteco estudiado ampliamente por la historiadora Marta Casaús Arzú, quien muestra que las élites de la nación centroamericana se identifican étnica y abiertamente como “blancas”²⁵.

En América Latina existen diferentes geografías, temporalidades, significados y procesualidades de “lo mestizo”. Esto se refleja hasta en el vocabulario: *chola*²⁶, *caboclo*, *caipira*, *criollo*²⁷, *mulata*, *pardo*, *ladina* y *gaucho*, por nombrar algunos términos, y otros más con un sentido emancipatorio como *ch’ixi*, o el “mestizo liberado de su vergüenza”²⁸. En dichos significantes se interseccionan diferencias de clase y de género, procesos de racialización particulares e identidades políticas que muestran la diversidad de lo mestizo.

²⁴ Navarrete Linares, “La blanquitud y la blancura,” *op. cit.*, p. 8.

²⁵ Entre 1979 y 1980, Marta Casaús Arzú realizó encuestas y entrevistas a miembros de las 22 familias que concentran el poder económico y político en Guatemala, relacionadas a través de alianzas matrimoniales y de negocios. Entre sus hallazgos, mostró la presencia de una ideología racista que se extiende a todo el grupo social dominante. Pues, al preguntarles por su adscripción étnica, la gran mayoría de los individuos entrevistados respondió que se consideraban “blancos” y “criollos”; ninguno se consideró indígena, y muy pocos “mestizos” o “ladinos”, considerados estos últimos como la población hispanizada. Además, expresaron una idea de pureza fundada en su genealogía, pues son sus “antepasados europeos” los que les confieren su identidad de blancos, llegando a mostrar como “evidencias” certificados de pureza de sangre (Casaús Arzú, Marta Elena, *Linaje y racismo*, San José, Flacso, 1992).

²⁶ “¿Y en Bolivia? ¿Qué hay? [...] Un manojito del cholaje mestizo montado sobre cuatro millones de indios esclavos” (Reinaga, Fausto, *La revolución india*, La Paz, Minka, 2010, p. 21).

²⁷ Como “negros criollos” se le dio en llamar a “aquellos que habían vivido ya un tiempo en tierras coloniales” (Hunefeldt, Christine, “Los negros de Lima: 1800-1830”, *Histórica*, v. III, n. 1, julio de 1979, pp.17-51, p. 21). Y “a diferencia de los demás países de América Latina, en Argentina la voz *criollo* no designa al sector dominante, que por ende presume un origen europeo, sino casi lo contrario, al que habitaba el país antes de que llegaran los inmigrantes, por lo tanto población en parte mestizada” (Taboada, Hernán G.H., “Argentina país de inmigrantes: nacimiento y muerte de una ilusión”, Tur Donatti, Carlos, Taboada, Hernán G.H., *Eurocriollismo, globalización e historiografía en América Latina*, México, CIALC-UNAM, 2008, p. 172).

²⁸ “Orgullo de ser mestiza” [Entrevista a Silvia Rivera Cusicanqui], *Página 12*, 30 de julio de 2010, <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-5889-2010-07-30.html>, consultado en septiembre de 2020.

Algo similar encontraríamos con “lo blanco”, que posee su propia geografía, temporalidades, procesualidad y léxico en el subcontinente²⁹, cuyos significados no son inmutables ni fijos; evolucionan con los cambios sociales³⁰. Pero donde lo blanco, a menudo, refiere una posición de poder y privilegio.

Dado que la discusión es sumamente amplia y compleja, en este capítulo nos limitaremos a esbozar una revisión conceptual del término “blanquitud”. Para ello, se revisarán los planteamientos que han sido desarrollados por las academias estadounidense y latinoamericana, donde se ha teorizado el concepto, junto con otras categorías analíticas derivadas y relacionadas; se recuperará la propuesta del filósofo ecuatoriano–mexicano Bolívar Echeverría sobre la blanquitud como ethos capitalista; y finalmente, se propondrá una hipótesis de trabajo en torno a la “mestitud” como una posible expresión de la blanquitud, en contextos latinoamericanos concretos, como los que se explorarán en la segunda parte de esta investigación³¹.

1.1 El debate en el Norte: la polisemia de *Whiteness*

Llevó generaciones, y una vasta cantidad de coerción, antes de que este país se tornara un país blanco [...] Los hombres blancos [...] se volvieron blancos: matando ganado, envenenando los pozos, incendiando casas, masacrando nativos americanos y violando mujeres negras.

James Baldwin (*On Being White... and Other Lies*, 1984)

²⁹ Ejemplos son el término *q'ara*, palabra aymara usada en el Altiplano andino para denominar a los blancos criollos. Y *whitexican*, cuyo uso se ha extendido en México para referirse a los “blancos” de clase media y alta.

³⁰ Niemonen, Jack, “Public Sociology or Partisan Sociology? The Curious Case of Whiteness Studies”, *The American Sociologist*, vol. 41, no. 1, March 2010, pp. 48-81.

³¹ Veáanse capítulos 3, 4, 5 y 6.

Para las ciencias modernas, "lo blanco" fue, durante mucho tiempo, un hecho empírico que no merecía ser explicado. De allí que los significados socioculturales de la blancura tampoco fuesen una preocupación que se tornara objeto de estudio. La reflexión académica llegaría después, hasta finales del siglo XX, cuando se constituyó un área de conocimiento denominada *Whiteness Studies*. Nacida en Estados Unidos, se ha abocado al estudio de la blancura como identidad socioracial, intentado comprender la manera en que los blancos se han pensado a sí mismos, cómo se han constituido culturalmente y de qué manera han interactuado socialmente con los grupos racializados.

Trabajos representativos se publicaron desde mediados de 1980: sobre la obsesión por la pureza racial; la construcción de la identidad racial de trabajadores blancos; convergencias entre raza y nacionalidad; y relaciones entre blancura y feminidad³². Sin embargo, sería la celebrada obra de Toni Morrison *Playing in the Dark* (1992), la que catapultaría a los *Whiteness Studies* a la palestra, al plantear que la gran literatura estadounidense de Melville, Poe, Twain y Hemingway se edificó desde una identidad blanca, que sólo cobra sentido al construirse contrapuesta a la presencia afroamericana³³. Esta crítica de la blancura ya fuera a partir de los estudios literarios, la historia social, los estudios de género o la sociología, intentó "desplazar la normatividad de la posición blanca al verla como una estrategia de autoridad en lugar de una "identidad auténtica o esencial", señalaba el teórico poscolonial indio Homi Bhabha, durante esa misma década de 1990³⁴.

³² C.f.r. Domínguez, Virginia R., *White By Definition: Social Classification in Creole Louisiana*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1986; Roediger, David, *The Wages of Whiteness. Race and the Making of the American Working Class*, New York: Verso, 1991; Lopez, Ian Haney, *White by Law. The Legal Construction of Race*, New York: New York University Press, 1996; Frankensberg, Ruth, *White Women, Race Matters. The Social Construction of Whiteness*, London, Routledge, 1993; Ware, Vron, *Beyond the Pale. White Women, Racism, and History*, Verso, 2015; y Blee, Kathleen M., *Women of the Klan: Racism and Gender in the 1920s*, Berkeley, University of California Press, 1991.

³³ Morrison, Toni *Playing in the Dark: Whiteness and Literary Imagination*, Harvard University Press, 1992.

³⁴ Bhabha, Homi, "The White Stuff", *Artforum International*, Volume 36, Issue 9, May 1998, p. 21.

En el siglo XXI el debate se ha ampliado y enriquecido en la academia norteamericana. Ejemplos son las reflexiones sobre la blanquitud con sus multifacéticas expresiones locales y globales; observaciones sobre la gramática racial y la normalización de la superioridad blanca; y planteamientos sobre la blanquitud como propiedad estructural del sistema moderno, que moldea prácticas, representaciones y significados³⁵.

Las y los investigadores de la academia norteamericana emplean el término *Whiteness*, el cual puede traducirse como “blancura”³⁶; pero como concepto posee distintas acepciones. Algunos autores lo definen como un “pegamento vinculante” que logra desactivar las tensiones de clase y minimizar las diferencias étnicas. Es decir, como una suerte de mecanismo homogenizador que ha operado especialmente sobre los blancos pobres, sector que se ha resistido de forma virulenta a identificarse con sus hermanos de clase pertenecientes a grupos racializados; pues, al hacer alarde de su blancura como identidad racial, pueden afirmar un pretendido estatus superior³⁷.

Otros lo han caracterizado como un privilegio económico con el que se obtienen beneficios materiales y un acceso desigual a los derechos³⁸. Esta teorización sigue los planteamientos de W.E.B. Dubois sobre el “salario psicológico de la blancura”. Concepto que describe lo que ocurre con los trabajadores blancos, cuya blancura opera como una suerte de compensación pública de sus bajos salarios, al permitirles acceder a privilegios

³⁵ C.f.r. Garner, Steve, *Whiteness: An Introduction*, London, Routledge, 2007; Bonilla-Silva, Eduardo, “The Invisible Weight of Whiteness: The Racial Grammar of Everyday Life in Contemporary America”, *Ethnic and Racial Studies*, año 35, v. 2, 2012, pp. 173-194; y Owen, David S., “Towards a Critical Theory of Whiteness”, *Philosophy & Social Criticism*, v. 33, n. 2, 2007, pp. 203–222.

³⁶ En inglés, la palabra refiere la cualidad del color blanco, la piel de color pálido y los descendientes de europeos (“Whiteness (noun): blancura” en *Cambridge Dictionary*, <https://dictionary.cambridge.org>, consultado en diciembre de 2018).

³⁷ Najmi, Samina, Srinkanth, Rajini (eds.), *White Women in Racialized Spaces: Imaginative Transformation and Ethical Action in Literature*, Albany, State University of New York Press, 2002.

³⁸ Arnesen, Eric, “Whiteness and the Historian’s Imagination”, *International Labor and Working-Class History*, no. 60 (Fall, 2001), pp. 3-32.

raciales³⁹. Este argumento que el historiador afroamericano utilizó en su análisis sobre los efectos que la Reconstrucción trajo sobre la población negra tras la Guerra civil, se ha convertido en uno de los pilares de las teorizaciones sobre la blancura, pero reelaborado como privilegio blanco y propiedad⁴⁰.

Si bien la blancura parte de un proceso de auto-identificación socioracial, en la práctica se traduce en la capacidad de obtener acceso a un conjunto de privilegios públicos y privados que, de manera material y permanente, garantizan las necesidades básicas, aseguran la supervivencia y, en lugares como Estados Unidos, ha sido protegida por la ley⁴¹. Es decir, la blancura opera como una atesorada propiedad privada, una mercancía que se posee y se puede adquirir e intercambiar para asegurar la subsistencia. Si la blancura se puede adquirir, significa que no es “natural” sino que se trata de una relación social, como lo han demostrado los trabajos de historiadores que han estudiado el caso de los inmigrantes de “tez blanca”, particularmente los irlandeses, quienes, a pesar de poseer blancura epidérmica no eran reconocidos socialmente como blancos en el siglo XIX, cuando se les llamaba *white negroes* y se les representaba como simios blancos en los periódicos anglosajones⁴². Y también existen los casos contrarios, en los que personas “de

³⁹ Dubois, W.E.B., *Black Reconstruction in America. An Essay Toward a History of the Part Which Black Folk Played in the Attempt to Reconstruct Democracy in America, 1860-1880*, New York: Harcourt, Brace & Company, 1935.

⁴⁰ C.f.r. Roediger, *The Wages of Whiteness*, op. cit.

⁴¹ Harris, Cheryl I., “Whiteness as Property”, *Harvard Law Review*, Vol. 106, No. 8 (Jun., 1993), pp. 1707-1791.

⁴² Ignatiev, Noel, *How the Irish Became White* [1995], Routledge, 2008; O’Dochartaig, Fionbarra, *Ulster’s White Negroes. From Civil Rights to Insurrection*, AK Press, 2001; Daniels, Jessie, “Irish-Americans, Racism and the Pursuit of Whiteness”, *Racism Review* [en línea], 17 de marzo 2009, URL: <http://www.racismreview.com/blog/2009/03/17/irish-americans-racism-whiteness/>, consultado en noviembre 2017.

color” que “carecen” de blancura epidérmica, llegan a ser reconocidas socialmente como blancas, al acceder a posiciones de poder y privilegio⁴³.

Como explica AnnLouise Keating, no todos los que poseen blancura (agregaríamos, *epidérmica* o formal), exhiben exhiben los rasgos asociados con la blanquitud (sociales y culturales) y, por ende, no todos ellos, los blancos son considerados poseedores de blanquitud⁴⁴. Esta polémica ha atravesado a los *Whiteness Studies*, donde se han identificado dos expresiones distintas de lo blanco: el sentido de exhibir *blancura* epidérmica (entendida como mera forma y significante), y el de exhibir *blanquitud* (entendida como el contenido o el significado de la blancura), las cuales no son necesariamente equivalentes y no siempre van juntas. Pues la blanquitud, como un contenido (a veces dissociado) de la blancura, sería una suerte de identidad constituida desde el poder, una posición social y una perspectiva epistemológica ostentada principal, mas no exclusivamente, por los blancos fenotípicos⁴⁵.

Esta dualidad de la blancura como forma y contenido, significante y significado, ha sido identificada con los términos *whiteness* (con minúscula) al referir la genealogía y fenotipo blanco, y *Whiteness* (con mayúscula) al referir la blanquitud como el compromiso político con el privilegio blanco y una posición de poder. Así lo hace Charles Mills, para quien la blanquitud no sería un arbitrario color de piel (es decir, mera blancura formal o epidérmica)

⁴³ Sobre la relación entre blanquitud y educación de élite, véase: Gaztambide–Fernández, Rubén, Angod, Leila, “Approximating Whiteness: Race, Class, and Empire in the Making of Modern Elite/White Subjects”, *Educational Theory*, v. 69, n. 6, 2019, pp. 719-743; sobre el privilegio blanco en individuos negros, véase: Majors, Steve, “I’m a black man with white privilege. I see how it distorts America”, *The Washington Post*, 11 de junio de 2020, https://www.washingtonpost.com/outlook/black-white-privilege/2020/06/11/e9da09b8-ab78-11ea-a9d9-a81c1a491c52_story.html; y sobre la explotación comercial de la ambigüedad racial en la industria musical, véanse: Olutola, Sarah, “I Ain’t Sorry: Beyoncé, Serena, and Hegemonic Hierarchies in *Lemonade*”, *Popular Music and Society*, v. 42, 2019, pp. 99-117; y Kenya (Robinson), “The Unbearable Whiteness of Beyoncé”, *Huffpost*, 23 de enero de 2012, https://www.huffpost.com/entry/the-unbearable-whiteness-_1_b_1215263.

⁴⁴ Keating, AnnLouise, “Interrogating ‘Whiteness,’ (De)Constructing ‘Race’”, *College English*, n. 57, 1995, pp. 901–918.

⁴⁵ *Idem*.

sino un conjunto de relaciones de poder; y por ello, no todos los sujetos de tez blanca participarían de la misma “igualdad” de ser blancos⁴⁶. Después de todo, la blanquitud puede ser conferida pero también retirada, como observó Nick Foley, al estudiar a los migrantes mexicanos y a los blancos pobres en el sur de Estados Unidos⁴⁷.

Curiosamente, esta diferencia entre blancura y blanquitud (*whiteness* y *Whiteness*), también fue desarrollada en América Latina. Así lo hizo Bolívar Echeverría, cuya obra fue escrita en un debate no explícito con los teóricos latinoamericanos de la de(s)colonialidad, como Enrique Dussel y Aníbal Quijano, quienes se han preocupado por comprender el proceso de occidentalización de América Latina desde una crítica epistemológica a la “Modernidad-colonialidad” y al eurocentrismo, entendido como el “proceso de europeización de los indios”⁴⁸. Si bien los desarrollos de las muy diversas vertientes de las teorías descoloniales exceden los límites de este texto, la tesis de Echeverría será explicada a detalle, a continuación.

1.2 El debate en el Sur: blanquitud o el devenir–blanco del mundo

La “blanquitud”, es [...] una característica primariamente ética y sólo secundariamente racial.

Bolívar Echeverría
 (“Obama y la “blanquitud””, 2009)

Con el auge de las discusiones en torno al racismo que ganan espacio en redes sociales y medios de comunicación, el término “blanquitud” ha sido muy traído y llevado en los

⁴⁶ Mills, Charles, *The Racial Contract*, Ithaca, Cornell University, 1997.

⁴⁷ Foley, Nick, *The White Scourge: Mexicans, Blacks and Poor Whites in Texas Cotton Culture*, Berkeley, 1997.

⁴⁸ Quijano, Aníbal, “El ‘movimiento indígena’, la democracia y los asuntos pendientes en América Latina”, en *Colonialidad y crítica en América Latina. Bases para un debate*, Carlos A. Jáuregui, Mabel Moraña (eds.), México, Universidad de las Américas Puebla, 2007, pp. 299-335.

últimos años. Pero, al día de hoy, no aparece en los diccionarios de lenguas española y portuguesa al tratarse, estrictamente, de un neologismo⁴⁹.

El significado de “blanquitud” en castellano, y “*branquitude*” en portugués, no parece quedar del todo claro, pues en su uso coloquial se les emplea como sinónimos de “blancura”. Dado que su uso en la academia latinoamericana es reciente, algunos autores sostienen que su discusión es una importación del debate anglosajón⁵⁰, discusión que merecería una investigación aparte. Bien puede afirmarse que, hace una década, en los sures escaseaba la literatura que emplease el término como categoría analítica y se tendía a citar a autores anglosajones, pero esto ha cambiado en los últimos años. Han aparecido trabajos de autores tanto latinoamericanos como anglosajones –pero muchos de ellos situados en la academia del Norte–, que han puesto atención a la forma en que la blanquitud se ha expresado en América Latina: su presencia tácita en los censos; las

⁴⁹ En español, el término *blancura* aparece definido como la “cualidad de blanco”, mientras que el término *blanco* posee 25 acepciones distintas: “dicho de un color, semejante al de la nieve o la leche”, “dicho de una persona o de la raza a que pertenece: de piel o color”, “perteneciente o relativo a las personas de raza blanca” y “tratamiento que daban los esclavos o servidores a sus amos”, entre otras. Por su parte, *blanqueamiento* aparece definido como “blanqueo”, y este último como “acción y efecto de *blanquear*” que, a su vez, posee 10 acepciones: “poner algo en blanco”, “dicho de una cosa: mostrar la blancura que en sí tiene” e “ir tomando color blanco” (Real academia de la lengua española (<http://www.rae.es/>), consultado en diciembre de 2018). En los diccionarios de lengua portuguesa aparecen los términos *branco(a)*, *brancura* y *braquidade*, definida esta última como “cualidad del blanco”, “blancura” y “preocupación de decirse blanco y ostentar pureza de sangre” (Dicionário Priberam da Língua Portuguesa [em linha], 2008-2020, <https://dicionario.priberam.org>, consultado en octubre de 2020).

⁵⁰ Manzanares Rubio, Sara, “Passing for White: blanquitud y performatividad en la obra de Yinka Shonibare, MBE”, *Forma. Revista d’estudis comparatius*, n. 2, 2013, pp. 83–93.

formas de auto-identificación blanca; la blanquidad como reputación; la relación mestizaje–blanqueamiento; y los vínculos entre moralidad y blanquitud⁵¹.

Aunque en el Sur la discusión sigue en construcción y no está finiquitada, pueden trazarse paralelismos con algunas propuestas del Norte. Este es el caso de Echeverría y su teoría de la blanquitud como ethos capitalista. De origen ecuatoriano pero radicado en México, Bolívar Echeverría es conocido por su tesis sobre el marxismo como discurso crítico, y su propuesta de “modernidades múltiples”⁵²; pero también desarrolló una singular teoría sobre la blanquitud⁵³. Para nuestro autor, la blanquitud constituye un “ethos”, es decir, un carácter o forma de ser, y un modo de habitar y comportarse, que sería característico de la modernidad capitalista. Como una ética, implica interiorizar y visibilizar ciertos aspectos culturales, tanto del puritanismo religioso como de la ética productivista de los pueblos del noroeste europeo, elementos que han sido favorables para el desarrollo del capitalismo, haciendo eco de las tesis weberianas⁵⁴.

Echeverría es de los pocos autores latinoamericanos que distinguen blanquitud de blancura, definiendo esta última como el fenotipo caucásico característico de las sociedades noreuropeas que expandieron el capitalismo entre los siglos XVI y XIX. Pero que opera como una “sobredeterminación”, pues, de ser un elemento completamente

⁵¹ C.f.r. Loveman, Mara, *National Colors: Racial Classification and the State in Latin America*, Oxford, Oxford University Press, 2014; Telles, Eduard, Flores, René, “Not Just Color: Whiteness, Nation, and Status in Latin America”, *Hispanic American Historical Review*, n. 93, v. 3, 2013, pp. 411-449; Wade, Peter, *Race and Sexuality in Latin America*, London, Pluto Press, 2009; Wade, Peter, “Rethinking Mestizaje: Ideology and Lived Experience”, *Journal of Latin American Studies*, v. 37, n. 2, 2005, pp. 239-257; Moreno Figueroa, Mónica, “Mestizaje, cotidianeidad y las prácticas contemporáneas del racismo en México”, en Elisabeth Cunin (coord.), *Mestizaje, diferencia y nación. Lo “negro” en América Central y el Caribe*, México: Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2013, pp. 129–170; Vigoya, Mara Viveros, “Blanqueamiento social, nación y moralidad en América Latina”, en Messeder, S., et al. (orgs.), *Enlaçando sexualidades: uma tessitura interdisciplinar no reino das sexualidades e das relações de gênero [online]*, Salvador: EDUFBA, 2016.

⁵² C.f.r. Echeverría, Bolívar, *El discurso crítico de Marx*, México, Era, 1986; y Echeverría, Bolívar, *La modernidad de lo barroco*, México, Era, 2000.

⁵³ Echeverría, Bolívar, “Imágenes de la blanquitud”, *Modernidad y blanquitud*, México, Era, 2010.

⁵⁴ Weber, Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, México, FCE, 2004.

“casual y fortuito”, pasó a convertirse en una determinación “necesaria y condicional” para participar de la modernidad capitalista. En un planteamiento similar al de Charles Mills, Echeverría sugiere que la blancura fue “accidental” o contingente, y que bien pudo haber tenido “otro color”. O, en palabras de Mill, “en un universo paralelo [...] la blancura pudo haber sido amarillitud, rojitud, morenitud o negritud”, pues la blancura como blanquitud no es un color, sino un conjunto de relaciones de poder⁵⁵. En su contenido donde se imponen las relaciones sociales y culturales capitalistas, las cuales son expresadas a través de la blanquitud, la cual, no sería un privilegio epidérmico blanco monopolizado por algunos pocos; sino peor aún, una exigencia ética capitalista general, pero cuyas lógicas particulares expresadas en las periferias del capitalismo no son explorados por Echeverría.

Siguiendo los planteamientos del filósofo latinoamericano, para habitar la modernidad capitalista se nos exige demostrar blanquitud. O, dicho de otro modo: para ser moderno, debemos asumir un carácter capitalista que se expresa como un modo de “ser” blanco. Para Echeverría, esto implica interiorizar y expresar un comportamiento entregado al productivismo laboral y a su racionalidad instrumental. Pero su argumento puede ser llevado más allá, y observarse en otros valores, como aquellos que expresan el culto al dinero, al éxito laboral, a la competencia y la meritocracia; en la actitud puritana que rechaza el exceso y se refugia en la frugalidad, una ascesis que implica una auto-represión civilizatoria⁵⁶; así como una interiorización de la propiedad privada con su defensa del individualismo. Es decir, en todo el cúmulo de valores “típicamente burgueses”⁵⁷. Estas

⁵⁵ Mills, *The Racial Contract*, op. cit.

⁵⁶ Elias, Norbert, *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* [1939], México, FCE, 2015.

⁵⁷ Con esta expresión no nos referimos a los llamados “personeros del capital” como definió Karl Marx a los capitalistas, dueños del capital industrial, comercial y dinerario, sino a la actitud burguesa explorada, por ejemplo, en la obra de Peter Gay, quien observa cómo en la sociedad civil moderna se produce un cierto comportamiento normado por imperativos morales (Gay, Peter, *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud*, t. I La educación de los sentidos, t. II Tiernas pasiones, México, FCE, 1992). O, como señala Felipe Martínez Marzoa, una cosa es la *Bourgeoisie*, o los propietarios del gran dinero y los medios de producción, y otra cosa *Bürgertum*, o los habitantes de la sociedad capitalista burguesa y moderna (Martínez Marzoa, Felipe, *La filosofía del capital*, España, Abada, 2018).

cualidades han sido caracterizadas por otros autores, como aquellas propias de una “racionalidad capitalista” hegemónica en la cultura moderno-occidental. En términos de Navarrete, se trata del “nivel de manejo de la cultura occidental”, que implica formas de comportamiento económico “que resulten compatibles, al menos *formalmente*, con el liberalismo clásico, moderno y racional”⁵⁸. En este sentido, la blanquitud como ética capitalista, también podría reflejarse hasta en un tipo específico de moral sexual. Por ejemplo, en aquella moral sexual burguesa descrita por la feminista bolchevique Alexandra Kollontai, quien identificó su presencia en actos como la individualización de la familia nuclear, la transformación de la persona amada en propiedad privada y mercancía, y el privilegio de la concurrencia al mercado sobre la colaboración comunal⁵⁹.

De acuerdo con Echeverría, la modernidad capitalista nos vuelve a todos participantes de la blanquitud, aunque en diversos grados y no de manera absoluta, pues también genera resistencias, como el ethos barroco⁶⁰. Su lectura intenta explicar la expansión cultural de las relaciones capitalistas a través de una suerte de devenir–blanco del mundo. Esto lleva a la tesis de Echeverría a tender puentes con el “devenir–negro del mundo” propuesto por el filósofo camerunés Achille Mbembe. Este concepto no debe ser confundido con el de “negritud”, acuñado por el poeta martiniqués Aimé Césaire en el París de la década de 1930, como un producto colectivo de las reflexiones de estudiantes negros provenientes de colonias francesas, como el senegalés Léopold Sédar Senghor y el guyanés Leon Gontran Damas. Aunque su significado oscila entre movimiento político, ideología, estilo literario o simplemente esencia, el término reivindicaba un panafricanismo

⁵⁸ Navarrete Linares, Federico, “La construcción histórica de la discriminación étnica”, en *Justicia, desigualdad y exclusión 3*, Elisabetta Di Castro (coord.), México, UNAM, 2009, pp. 237–282, p. 239.

⁵⁹ Kollontai, Alexandra, *La mujer nueva y la moral sexual*, México, Juan Pablos, 2009.

⁶⁰ En su teoría de las modernidades múltiples, Echeverría encuentra diversos proyectos civilizatorios de modernidad, donde su forma capitalista fue la triunfante. Y dentro de la modernidad capitalista, identifica cuatro ethos como modos de vida: el romántico, el clásico, el barroco (como una forma de resistencia) y el realista (que corresponde con la expresión de la blanquitud) (Echeverría, *La modernidad de lo barroco*, op. cit.)

políticamente progresista y culturalmente dignificante para combatir el racismo y el imperialismo occidentales⁶¹. Desde las elaboraciones de Césaire de mediados del siglo XX, el concepto ha sido reelaborado, enriquecido y criticado⁶², como lo hizo el escritor haitiano René Depestre al señalar que “disuelve sus *negros* y sus *negroafricanos* en un esencialismo perfectamente inofensivo para el sistema que desposee a los hombres y a las mujeres de su identidad”⁶³. Mientras que otros pensadores, como el médico y revolucionario de origen martiniqués, Frantz Fanon, comenzaron a esbozar teorías críticas sobre la negritud donde ya aparecía la idea de blanquitud: “El negro quiere ser blanco. El blanco se empeña en realizar su condición de hombre [...] El blanco está preso en su blancura. El negro en su negrura”⁶⁴, y “como todo hombre asciende hacia la blancura y la luz, el europeo ha querido rechazar a ese no civilizado que trataba de defenderse”⁶⁵.

Mbembe, deudor de este pensamiento crítico afrocaribeño, señala que la época neoliberal trajo de forma inédita en la historia, una universalización de la condición de “negro”, que ya no remite sólo a la situación impuesta a las personas de origen africano durante el primer capitalismo, sino que deviene una nueva “norma de existencia” que se propaga al resto del planeta⁶⁶. Nos convierte en criptas vivientes del capital. Es decir, extiende una forma de opresión que se ha generalizado más allá de la carga de melanina, donde nuestros cuerpos viven la explotación de los otrora esclavizados, mientras nuestras subjetividades se norman para ser blancas o, en términos de Echeverría, para expresar blanquitud. Esta es la paradoja de la modernidad capitalista, producir negros con máscaras

⁶¹ Oliva Oliva, María Elena, *La negritud, el indianismo y sus intelectuales: Aimé Césaire y Fausto Reinaga*, Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, Santiago, Universidad de Chile, 2010.

⁶² Cfr. Oliva, María Elena, “Más acá de la negritud: negrismo y negredumbre como categorías de reconocimiento en la primera mitad del siglo XX latinoamericano”, *Revista CS*, no. 30, pp. 47-72.

⁶³ Depestre, René, “Buenos días y adiós a la negritud”, en *Antología del pensamiento crítico haitiano contemporáneo*, Camila Valdés León, Frantz Voltaire (coords.), Buenos Aires, CLALSO, 2018, p. 201.

⁶⁴ Fanon, Frantz, *Piel negra, máscaras blancas*, España, Akal, 2013, pp. 44.

⁶⁵ *Idem*, pp. 162.

⁶⁶ Mbembe, Achille, *Crítica de la razón negra*, Buenos Aires, Futuro Anterior, 2016.

blancas que ya había observado Fanon⁶⁷, refiriéndose a aquellos sujetos colonizados que interiorizan y expresan lo que podría entenderse como una ética capitalista de blanquitud.

Esto explica, para Echeverría, la paradoja de la existencia de naciones de color con valores blancos, o más bien, de blanquitud, pues encuentra que ésta opera como fundamento de toda identidad nacional moderna. No sería de otra manera cuando los estados-nacionales modernos son invenciones de la modernidad capitalista, y sus valores modernos se levantan un cierto ethos identitario donde la blanquitud opera como su grado cero⁶⁸. Echeverría identifica, además, un tipo de racismo singular que produce la blanquitud; uno que no sólo discrimina en función de los rasgos epidérmicos de la blancura, sino también en función de la falta de valores capitalistas, entendidos como “comportamiento moderno óptimo” al consagrar la auto-represión productivista y privilegiar la reproducción siempre incrementada de la riqueza abstracta o dineraria⁶⁹. Una similar a la existencia de un racismo duplicado es formulada por Federico Navarrete, quien identifica un “racismo cromático” y uno “identitario” donde el segundo responde a una discriminación cultural relacionada con un *habitus* específico identificado con cierto estilo de vida con marcadores económicos, de ocupación y estatus, que generan esquemas de pensar y de obrar⁷⁰.

Un punto polémico en la propuesta de Echeverría es la afirmación de que la blanquitud puede ser ostentada por sujetos racializados. Todo está en “saber portarla” en estricto apego a las leyes del comportamiento ético puritano y a los mínimos requerimientos de una “apariencia étnica blancoide”. Como ejemplos, Echeverría recupera a dos figuras de poder, Condoleezza Rice y Barack Obama⁷¹ quienes, a pesar de haber abierto espacios

⁶⁷ Fanon, *op. cit.*

⁶⁸ Echeverría, “Imágenes de la blanquitud”, *op. cit.*

⁶⁹ Echeverría, Bolívar, “Obama y la “blanquitud”” en *El Telégrafo. Decano de la prensa nacional*, 9 de marzo del 2009.

⁷⁰ Navarrete Linares, “La construcción histórica de la discriminación étnica”, *op. cit.*

⁷¹ Echeverría, “Imágenes de la blanquitud”, *op. cit.*; “Obama y la “blanquitud””, *op. cit.*

políticos para la población afroamericana, no rompieron con la lógica de la blanquitud encarnada en los valores capitalistas:

la "negritud" light de Obama no cuestiona ni reemplaza la "blanquitud" de un Kennedy o un Bush, sino que la ratifica. La "negritud" de Obama es, en palabras de muchos racistas inconscientes, [...] la de un negro en el que la blanquitud ha "corregido los excesos" de la raza negra. Negro, mulato, cuarentón, mestizo, sea cual sea la caracterización que la Rassenkunde pueda hacer de la raza atribuible a Barak Obama, lo cierto es que su pertenencia a la "blanquitud" es ostensible. Y es que sólo en casos extremos, como el de los kukluxklanés y los nazis, por ejemplo, el racismo de la modernidad capitalista se remite a la raza de aquellos a quienes segrega, oprime y busca eliminar⁷².

Una tesis polémica que debe discutirse con mayor profundidad pero que, por ahora, rebasa el espacio de este capítulo.

Desde la propuesta de Echeverría, el hecho de que sujetos no blancos puedan portar blanquitud no implica que el racismo basado en la blancura desaparezca. Pues, aunque racismo epidérmico de la blancura puede superarse con el racismo "identitario" de la blanquitud, está siempre listo para retomar su protagonismo y reavivar su "programa genocida". La blancura "acecha" por debajo de la blanquitud, y basta que el Estado entre en situaciones de recomposición, para que la blanquitud retorne a su fundamentalismo étnico de blancura, como ocurrió en la Alemania nazi, y cuyos guiños aparecen en la era Trump y en la administración Bolsonaro.

Si bien este autor se distingue por haber intentado dotarle de densidad teórica a la noción de blanquitud para convertirla en un concepto en toda la extensión de la palabra, su aproximación carece de contextualización histórica de larga duración, pues toma sólo un caso, el de Alemania nazi, para ilustrar su propuesta teórica con un caso extremo que es tratado de manera coyuntural. Mientras que otros autores han reflexionado sobre el tema, pero privilegiando la dimensión histórica muy por encima de la conceptual, como Jorge Gómez Izquierdo y María Eugenia Sánchez. Esta dupla señala que en México, el mestizaje ha encubierto "la supremacía de la blanquitud que da ventajas y privilegios en una

⁷² Echeverría, "Obama y la "blanquitud"", *op. cit.*

sociedad estructurada sobre la dominación racial"⁷³, pensando la blanquitud como un lugar simbólico y material de poder, pero también como una posición de privilegio que es ocupada por los sujetos que son reconocidos como blancos en las sociedades occidentales.

En nuestras latitudes, se le ha dado mayor atención al concepto de *blanqueamiento* que al de *blanquitud*. Es un concepto igualmente equívoco, definido de distintas maneras. Algunos historiadores lo han pensado como una "solución ideológica" originada en un contexto crítico de transformación en América Latina, con el fin de las sociedades corporativas y esclavistas, como señala el brasileño Andreas Hofbauer⁷⁴. Por su parte, otros autores como Thomas Skidmore y Lilia Shwarcz, han definido el blanqueamiento como la adaptación de las teorías raciales europeas clásicas a la realidad nacional latinoamericana. Traducidas por las élites gobernantes en discursos y prácticas racistas y xenóforas, especialmente en términos institucionales del Estado, durante las postrimerías del siglo XIX e inicios del XX⁷⁵. Esta adaptación de teorías no sería calco ni copia, pues las élites latinoamericanas habrían desarrollado sus interpretaciones y hasta aportes propios, como señala Evelyn Sánchez-Guillermo al notar las singulares lecturas de las teorías racialistas francesas hechas por las élites mexicanas⁷⁶.

⁷³ Gómez Izquierdo, Jorge, Sánchez y Díaz de Rivera, María Eugenia, *La ideología mestizante, el guadalupanismo y sus repercusiones sociales, una revisión crítica de la "identidad nacional"*, México, BUAP/UI, 2011.

⁷⁴ Hofbauer, Andreas, "O conceito de "raça" e o idário do "branqueamiento" no século XIX. Bases ideológicas do racismo brasileiro", *Teoria e pesquisa*, no. 42, v, 43, enero-julio, 2003, pp. 63-110.

⁷⁵ Skidmore, Thomas, *Preto no branco*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1989; Shwarcz, Lilia Moritz, *O espetáculo das raças*. São Paulo, Companhia das Letras, 1993.

⁷⁶ El pensamiento de las élites mexicanas hizo diferencias entre hombres y mujeres indígenas, caracterizando al género femenino como "incorruptible" y "perfecto receptáculo" para transmitir las cualidades de colonos europeos y los mestizos, que eran considerados mejores esposos y moralmente superiores a los varones indígenas. Esta distinción de género en el pensamiento racial mexicano le permite a la autora marcar distancia frente al discurso racial europeo del periodo, aterrizado en las ideas de Gobineau, Renan, Le Bon y otros más, en las que aparece la idea de que el mestizaje degenera y no regenera (Sánchez-Guillermo, Evelyn, "Nacionalismo y racismo en el México decimonónico. Nuevos enfoques, nuevos resultados", *Nuevo mundo. Mundos nuevos*, Débats 2007, puesto en línea 30/01/2007).

Si bien la tesis de Echeverría sobre la blanquitud es un desarrollo conceptual construido desde la filosofía y no desde la historia o la antropología, al lograr identificar en ella el comportamiento capitalista por excelencia, puede ser útil para explicar la realidad histórica latinoamericana, al igual que toda aquella que se ha configurado, en mayor o menor medida, por la hegemonía de la modernidad capitalista. Pensamos que pueden encontrarse expresiones latinoamericanas de lo que Echeverría entiende como blanquitud, aunque no hayan sido exploradas ni pensadas por el autor, como mostraremos a continuación.

1.3 Mestizaje y blanqueamiento

En Latinoamérica, no se puede pensar la blanquitud sin ponerla en relación con el complejo proceso de mestizaje. Explorar la forma que toma esta relación es una tarea pendiente y compleja, por el carácter elusivo y ambiguo del concepto de mestizaje. Como término polisémico, mestizaje puede referir a una “mezcla biológica” como *Miscegenation*, donde las alteridades que la componen varían y están sujetas a ciertos ordenamientos y jerarquías; o bien, puede dar cuenta de identidades políticas en disputa construidas tanto “desde arriba” como “desde abajo”, e incluso constituidas desde un discurso subalterno⁷⁷; y como una identidad que no necesariamente se opone a la

⁷⁷ Hale, Charles R, “Mestizaje, Hybridity and the Cultural Politics of Difference in Post-Revolutionary Central America” y Mallon, Florencia, “Constructing Mestizaje in Latin America: Authenticity, Marginality and Gender in the Claiming of Ethnic Identities”, en *Journal of Latin American Anthropology*, n. 2, v. 1, 1996, pp. 34–61, 170–181; Klor de Alva, J. Jorge, “The postcolonization of the (Latin) American experience: a reconsideration of “colonialism,” “postcolonialism” and “mestizajes”, en *After colonialism, imperial histories and postcolonial displacements*, Gyan Prakash (ed.), Princeton University Press, 1995.

negritud y la indianidad y que llega a convivir con ellas⁷⁸. También se ha pensado como sincretismo cultural⁷⁹, como producto de un mucho más amplio proceso de códigofagia⁸⁰; como transculturación⁸¹, y hasta proceso de criollización⁸²; y como ideología modernizadora de Estado⁸³, que impone una homogeneización racial–identitaria que

⁷⁸ Algunos pueblos andinos reclaman ser tanto “mestizos” como “indígenas” (De la Cadena, Marisol, *Indigenous mestizos: the Politics of Race and Culture in Cuzco, 1919-1991*, Durham, Duke University Press, 2000); mientras que habitantes del noroeste brasileño se asumen como “indígenas” y “negros” (French, Jan Hoffman, *Legalizing Identities: becoming Black or Indian in Brazil's Northeast*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2009); y algunos jóvenes urbanos de Guatemala llegan a reconocer su ascendencia indígena, pero rechazan las identidades maya y ladina (Hale, Charles R., “Neoliberal Multiculturalism: the Remaking of Cultural Rights and Racial Dominance in Central America”, *PoLAR: Political and Legal Anthropology Review*, no. 28, v. 1, 2005, pp. 10-28).

⁷⁹ Gruzinski, Serge, *El pensamiento mestizo*, Paidós, Barcelona, 2000.

⁸⁰ Echeverría entiende la códigofagia como el proceso creador de toda identidad cultural, que nunca es pura. Este ocurre a través del consumo o interiorización de los sistemas de signos, símbolos y significaciones de un colectivo humano. O dicho de otra manera, cuando un código cultural devora a otro. Pero, en ese acto de devorar, no sólo hay destrucción sino también se produce asimilación como la producción de algo nuevo. Es decir, cuando el devorador fagocita la cultura del otro, también se deja devorar por el código cultural que está interiorizando: el devorador también es devorado en el acto de códigofagia y así se produce la cultura (*Modernidad de lo barroco, op. cit.*)

⁸¹ Entendida como un proceso de transmutación de culturas, donde estas entran en contacto y se influyen mutuamente; sobreviven y de ellas emerge una nueva realidad cultural, compuesta y compleja (Ortiz, Fernando *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* [1940], La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1983).

⁸² Édouard Glissant propuso el término *criollización* o *creolización* –tomado de la obra de Edward Kamau Brathwaite– para pensar la realidad antillana marcada por la insularidad y la diáspora. Para Glissant, la criollización no constituye una esencia sino devenir que se rehace continuamente, como un “mestizaje consciente de sí mismo”, que sucede de manera imprevista y sin una voluntad que lo guíe. No produce una mezcla homogénea, sino establece una identidad de relación (Glissant, Édouard, *Poétique de la Relation*, París, Gallimard, 1990).

⁸³ Basave Benítez, Agustín, *México mestizo. Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez*, México, FCE, 1992.

invisibiliza la diversidad étnica⁸⁴, y llega a generar políticas de blanqueamiento a través de etnocidios y “genocidios blandos”⁸⁵.

Este último sentido del mestizaje, como ideología de Estado modernizadora y homogeneizadora, es notorio en lugares como México, donde se construyó un discurso nacional identitario y mestizofílico, cuyas bases se sentaron entre 1850 y 1950⁸⁶. Pero este particular discurso de Estado tiene presencia en otros lugares de Latinoamérica, expresado con particularidades regionales que oscilan entre posiciones más próximas al hispanismo o al indigenismo. En México, la construcción del Estado-nación tuvo uno de sus correlatos en la consolidación de la ideología del mestizaje, fundamentada en la idealización de la figura del mestizo. ¿Y quién era este mestizo arquetípico? El sujeto desindianizado. El sujeto indígena que fue despojado de su urdimbre comunitaria; obligado a venderse como trabajador por un jornal; el desposeído de su tierra y su comunidad que es obligado a migrar y condenado a ser devorado por la “mestiza” plebe urbana y que, en este proceso, sufre paulatinamente una especie de blanqueamiento cultural mientras interioriza la cultura urbana, ese reservorio privilegiado de la cultura moderno-capitalista.

Como insistimos antes, esto no significa que no existan resistencias o agencias dentro de este particular proceso de desindianización o blanqueamiento. Sin embargo, queremos

⁸⁴ Appelbaum, Nancy et al. (eds.), *Race and Nation in Modern Latin America*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2003; Stepan, Nancy Leys, *The Hour of Eugenics*, *Race, Gender and Nation in Latin America*, Ithaca & Nueva York, Cornell University Press, 1991; Navarrete, *México racista*, op. cit.

⁸⁵ Gould, Jeffrey, *To Die in this Way: Nicaraguan Indians and the Myth of the Mestizaje, 1880-1960*, Durham, Duke University Press, 1998; Stutzman, Ronald, “El mestizaje: An All-Inclusive Ideology of Exclusion”, en *Cultural Transformations and Ethnicity in Modern Ecuador*, Norman E. Whitten (ed.), Urbana, University of Illinois Press, 1981; Pérez Vejo, Tomás, “Exclusión étnica en los dispositivos de conformación nacional en América Latina”, *Interdisciplina* n. 2, v. 4, 2014, pp. 179–205; Pérez Vejo, Tomás, “Raza y construcción nacional. México, 1810-1910”, en *Raza y política en Hispanoamérica*, Tomás Pérez Vejo, Pablo Yankelevich (coords.), México, Bonilla Artigas/COLMEX/Iberoamericana Vervuert, 2017, pp. 61–98; Casaús Arzú, Marta Elena, “El mito impensable del mestizaje en América central. ¿Una falacia o un deseo frustrado de las élites intelectuales?”, *Anuario de Estudios Centroamericanos* 40: 77–113 2014).

⁸⁶ Zermeño, Guillermo, “Del mestizo al mestizaje. Arqueología de un concepto”, en *El peso de la sangre*, Nikolaus Böttchet et al. (coords.), México, COLMEX, 2011, pp. 283–318.

enfatar que la ideología de Estado que impulsó este proceso, operó (y opera) bajo una lógica de blanquitud. En México, la mestizofilia ganó fuerza después de 1850, en una época signada por los ataques del liberalismo contra la propiedad comunal indígena y la "incorporación" de América Latina al mercado mundial agroexportador. La *intelligentsia* porfiriana construyó una figura idealizada del mestizo, más identificable por sus cualidades morales que por su fisonomía. Pues el mestizo encarnaba la representación de los valores de la sociedad moderna, como un ser versátil, emprendedor, jovial, atrevido y deseoso de ascenso, representante de "un nuevo espíritu empresarial dinámico tanto a nivel rural como fabril"⁸⁷. Es decir, encarnaba la subjetividad productivista y los valores del liberalismo exigidos por el capitalismo: la blanquitud.

Para construir a este mestizo imaginario, representante de la blanquitud, las élites "científicas" porfirianas desarrollaron "antídotos" contra las formas de vida comunales indígenas, que no empataban con la lógica capitalista moderna. Así puede observarse con el Consejo Superior de Salubridad y sus funcionarios higienistas, quienes impulsaron políticas dirigidas al normamiento de la vida cotidiana para desaparecer las lógicas comunales y estimular comportamientos individualistas modernos, como se mostrará en la segunda parte de esta investigación. Esto se intentó mediante la legislación de la forma de las viviendas populares, pues se esperaba que su "modernización" modificara los hábitos de las clases populares y lograra desaparecer la figura de las familias extendidas que eran consideradas "resabios" indígenas; además, se dirigía a estimular la aparición de la "familia nuclear" proletaria, con sus hábitos modernos, racionales y productivistas y, aunado a ello, la nueva vivienda unifamiliar terminaría con el hacinamiento que generaba enfermedades sociales y "degenerados" hábitos sexuales, apareciendo allí el puritanismo de la blanquitud. También se impulsaron normas para imponer el uso de vestimenta "moderna", y se hicieron recomendaciones sobre la alimentación "higiénica" que

⁸⁷ *Idem*, p. 297.

privilegiaba el consumo de una dieta “mestiza” de trigo, carne y leche sobre la dieta indígena, basada en maíz y frijol. Todos estos temas, que serán tratados a profundidad en la segunda parte de esta investigación, pueden leerse como ejemplificaciones de un proyecto de blanqueamiento de la vida cotidiana bajo la lógica de la ética capitalista de la blanquitud: la imposición de una forma “capitalista” de vivir, que no fue exclusiva de México, y concretamente de la capital, pues encontramos casos similares en Bogotá, Colombia, Buenos Aires, Argentina, Montevideo, Uruguay y Rio de Janeiro, Brasil, pero también en otros espacios más allá de América Latina, como también se mostrará en los capítulos que siguen.

Sin duda, estos funcionarios higienistas no fueron los únicos guardianes de la blanquitud o impulsores del ethos capitalista-moderno a través de las intervenciones profilácticas. Explorar los dispositivos culturales, políticos y hasta tecnológicos que abonaron al proceso de blanqueamiento sociocultural de las poblaciones al extender lógicas de blanquitud, así como identificar las resistencias que suscitaron, es un trabajo por hacer, que debe atender las diferencias de la compleja geografía y temporalidades de lo mestizo y lo blanco en Latinoamérica. En lo que respecta a esta investigación, nos limitaremos a analizar sólo las intervenciones higienistas como tecnologías de blanquitud, como un conjunto de instrumentos y métodos, fundamentados en un discurso particular.

Ahora bien, si el caso mexicano ilustra la manera en que el ethos de la blanquitud pudo expresarse en la figura idealizada del mestizo a finales del siglo XIX, puede entenderse como una blanquitud expresada como “mestitud”. Cuando representa una versión colonial de la ética capitalista, hipótesis de trabajo que dejaremos esbozada a continuación.

1.4 ¿Mestitud como blanquitud?

El pensamiento mestizo sin máscara, desnudo, lejos de toda tautología, es un pensamiento esclavo [...] ¿Probanzas? Ahí está su obra: ciento cincuenta años de esclavitud republicana.

Fausto Reinaga
(*El pensamiento amáutico*, 1977)

El término “mestitud” fue propuesto por el filósofo mexicano José Gandarilla en 2015, desprendido de las teorizaciones de Bolívar Echeverría, pero definido como una conciencia política e identidad de raíz diversa, que es capaz de reconstruir lo comunitario a través de relaciones de reciprocidad, con el objetivo de ir “más allá de la modernidad”⁸⁸. Es decir, como lo completamente opuesto a la blanquitud. Como propuesta filosófica y conjetural, resulta sugerente, pero puede obviar la manera en que lo mestizo se ha configurado en la realidad histórica. Pues, si bien las geografías y variaciones de lo mestizo son diversas y algunas ciertamente pueden construir movimientos políticos emancipatorios⁸⁹, dentro de ellas también existe una forma capitalista de ser mestizo; un fenómeno que debe atenderse para comprender cómo opera la modernidad capitalista en nuestras latitudes al producir subjetividades blancas, aunque nunca de manera absoluta.

A diferencia de Gandarilla Salgado, pensamos que la blanquitud se ha expresado como mestitud en América Latina, allí donde se configura como la forma moderno–capitalista de ser mestizo. En algunos Estados latinoamericanos impulsaron esta mestitud en sus

⁸⁸ Gandarilla Salgado, José Guadalupe, *Modernidad, crisis y crítica*, México, CEIICH-UNAM, 2015.

⁸⁹ “¿cómo es que podía ser mestiza, castellano hablante y sentirme a la vez tan profundamente interpelada por la causa katarista, que aparentemente me negaba y me excluía” (Rivera Cusicanqui, Silvia, “La raíz: colonizadores y colonizados”, en Xavier Albó, Raúl Barrios (coords.), *Violencias encubiertas en Bolivia*, t. 1 Cultura y política, La Paz, CIPCA-ARUWIYIRI, 1993, p. 56).

proyectos de nación que convergían con los intereses capitalistas. Esto se expresaría en una ética que se intenta ser impuesta al colonizado, para que asuma y exprese los valores moderno-capitalistas de la blanquitud, pero en una versión colonial de capitalismo dependiente. Por supuesto que esta no sería, de ninguna manera, la única forma de ser mestizo, pero sí el modo que la modernidad capitalista ha estimulado y que requiere para desarrollarse, como una suerte de colonización o subsunción de lo mestizo, pero efectivizada en ciertos momentos y contextos de la historia latinoamericana.

El “revolucionario indio” Fausto Reinaga –como se definía a sí mismo este intelectual nacido en Bolivia–, afirmaba que el mestizo es un instrumento de Occidente, productor de un pensamiento esclavo que no ha liberado y que no liberará a América; pero que tiene potencialidades emancipatorias si se aproxima al “pensamiento amáutico”⁹⁰. Término empleado por Reinaga en un sentido descolonizador, para hacer una crítica a Occidente como sistema individualista de propiedad privada, como eso que Echeverría reconoce como rasgos de la modernidad capitalista. Quizás en Reinaga podría encontrarse una propuesta para liberar al mestizo de la blanquitud cuando ésta se convierte en mestitud, pero estas discusiones políticas exceden los objetivos de este trabajo.

La manera en que la mestitud se configura en espacios y tiempos concretos, junto con las resistencias que genera, requeriría un estudio propio. Y, para ello, las propuestas de Echeverría, cuya obra está siendo revisitada desde su muerte en 2010, abren sendas aún por explorar; pero que, sin duda, tienen mucho que decir sobre el complejo fenómeno de la blanquitud en este siglo XXI. Mientras tanto, trataremos, en lo que sigue, el problema de la blanquitud/mestitud y su relación con los debates racialistas en América Latina para darle sustento histórico a nuestra hipótesis de trabajo.

⁹⁰ Reinaga, Fausto, *El pensamiento amáutico* [1977], La Paz, Partido Indio de Bolivia, 1987.

2. Mestizofilias latinoamericanas: entre la degeneración y el blanqueamiento

El mestizo pregunta al indio:

-¿Amas tus cadenas?

-¿Tú no tienes cadenas? - (Le replica el indio).

-Tenía. Ahora soy un liberto - lacayo.

-¿Lacayo de quién?

-De Europa.

-¿Por qué no vienes conmigo?

-Odio mi origen indio.

-Y, ¿Europa te quiere?

-No. Europa me repele.

-¿Por qué?

-Por mi hibridez.

-Tú que llevas el baldón de lacayo, y yo cargo mis cadenas, ¿por qué no nos damos la mano, y los dos juntos conquistamos nuestra libertad?

-A los libertos no nos incumbe la libertad, sólo el libertinaje. Por eso tengo miedo y odio a la libertad.

-¿Por qué me llamas "indígena"?

-Porque es el nombre que te ha puesto Europa.

-¿Y qué nombre te ha puesto a ti?

-Latinoamericano.

-¿Por qué nombres distintos, si ambos somos de esta tierra y ambos tenemos una madre en común, la india?

-El pensamiento es el hombre. Mi pensamiento no es un pensamiento indio. Mi pensamiento es un pensamiento blanco. En cambio tu pensamiento es un pensamiento indio. Luego tú eres indígena, y yo un latino; un latinoamericano.

"Diálogo entre el indio y el mestizo"

Fausto Reinaga

(*El pensamiento amáutico*, 1977)

Originario del altiplano boliviano, Fausto Reinaga, teórico del indianismo y crítico del indigenismo, soñaba con el día en que Bolivia, un país fracturado en dos, en la Bolivia india y la europea, tuviese un presidente indio, un general indio y un obispo indio⁹¹. Medio siglo después, “El Estado se ha indianizado” y la nación se transforma “mediante la sustitución del “sentido común” [sic] de la tradicional clase media castellano hablante letrada, por un nuevo “sentido común” [sic] [...] de los movimientos sociales indígena-populares”⁹². Así lo señalaba la Vicepresidencia del Estado plurinacional andino, en los tiempos de la administración de Evo Morales, en una reflexión sobre la “ideología el mestizaje”. Definida por la Vicepresidencia como un “eufemismo culturalista de una ideología y un proyecto de carácter clasista pequeño-burgués”, que “cuando desconoce y homogeniza al resto de las naciones dentro del Estado [...] es un etnocidio, y el resultado es un Estado monocultural confrontado a una sociedad plurinacional”⁹³.

Diversas reflexiones en torno al mestizaje se han desarrollado en la última década, en medio de polémicas sobre quiénes son los mestizos en Bolivia y cuál es su papel dentro del “Estado indianizado”. “Según algunas estimaciones, los mestizos constituyen entre el 60% y el 70% de la población boliviana. Pero no es ésta la realidad que Evo Morales y los suyos quieren ver”, escribía el historiador Carlos Malamud en 2013, tras los debates desatados por el último censo nacional del año anterior⁹⁴. En el censo de Población y Vivienda de 2012, la pregunta sobre la adscripción étnica se formuló de la siguiente manera: “Como boliviano o boliviana, ¿pertenece a alguna nación o pueblo indígena originario campesino o afro boliviano?”. Las críticas de la oposición acusaron al gobierno de un “borramiento” de mestizos y blancos, que generaba una imagen “distorsionada” y

⁹¹ Alvizuri, Verushka, “Evo Morales o la reinención de la indianidad”, *Evografías. Indianismo, política y sociedad en la Bolivia de Evo Morales (2006-2016)*, Santa Cruz de la Sierra, Editorial El País, 2017.

⁹² Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, “Nación y mestizaje”, https://www.vicepresidencia.gob.bo/IMG/pdf/nacion_y_mestizaje.pdf, consultado en noviembre de 2020.

⁹³ *Idem*.

⁹⁴ Malamud, Carlos, “Bolivia no es país para mestizos”, 14 de enero de 2013, <http://www.aigob.org/bolivia-no-es-pais-para-mestizos/>, consultado en noviembre de 2020.

“falseada” de la composición cultural del país, y de incurrir en un acto de “discriminación racial”. Además, interpretaron los resultados de una manera curiosa. Dado que el 46,7% de la gente afirmaba pertenecer a una nación indígena, la oposición afirmó que: “los que no son indígenas son mestizos” y encarnan la mayoría de la población⁹⁵. Su afirmación se sostenía en “otros datos”: encuestas realizadas en años previos, que mostraban que el 70,1% de los bolivianos se consideraban “mestizos o cholos”; sólo el 19,9% “indígenas originarios” y 5,1% “blancos”⁹⁶. Como si los datos estadísticos fueran realidades en sí mismas y no guarismos interpretables, con metodologías discutibles y subjetividades muy presentes.

Las críticas se hicieron sentir antes, durante y después del censo, pero tras los resultados, la agenda política opositora tomó la bandera de la Bolivia mestiza en contra del Estado indianizado. La prensa publicó titulares con frases como: “El mestizaje en Bolivia es negado en la boleta del censo”; “Bolivia es más mestiza que indígena” y “Censo: menos indígenas es un mensaje político”⁹⁷. A la par, otros aludieron al “genocidio estadístico” de indígenas, señalando que, respecto al censo anterior de 2001, la población

⁹⁵ García Linera, Álvaro, *Identidad boliviana. Nación, mestizaje y plurinacionalidad*, Bolivia, Vicepresidencia del Estado Plurinacional/Presidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional, 2014, p. 64, [cursivas nuestras].

⁹⁶ Datos de las encuestas “Causas de la conflictividad en Bolivia”, patrocinada por la Fundación Boliviana para la Democracia Partidaria en 2009; “Auditoría de la democracia”; “Diversidad cultural hoy”; y encuesta sobre identidad del PNUD de las Naciones Unidas (“Censo. El boliviano se considera indígena y a la vez mestizo”, *Eju!*, 29 de noviembre de 2011, <https://eju.tv/2011/12/censo-el-boliviano-se-considera-indigena-y-a-la-vez-mestizo/>, consultado en noviembre de 2020).

⁹⁷ “El mestizaje en Bolivia es negado en la boleta del censo 2012”, *El Día*, 8 de enero de 2012, https://eldia.com.bo/index.php?cat=447&pla=3&id_articulo=82592; “Bolivia es más mestiza que indígena”, *El País*, 6 de agosto del 2013, https://elpais.com/internacional/2013/08/06/actualidad/1375814823_694555.html; “Censo: menos indígenas es un mensaje político”, *Eju!*, 11 de agosto de 2013, <https://eju.tv/2013/08/censo-menos-indigenas-es-un-mensaje-politico/>, consultados en nov. 2020.

que se reconocía como indígena había disminuido en un 31%, como prueba de que "más de un millón de indígenas se han esfumado de Bolivia"⁹⁸.

Evo Morales respondió a la polémica del "borramiento blanco-mestizo" señalando que, en los censos anteriores, tampoco se había incluido una pregunta sobre la adscripción mestiza y que la propuesta de incluirla era una cuestión política que buscaba dividir⁹⁹. Mientras que Álvaro García Linera expresó que la diferenciación entre indio y mestizo que la oposición buscaba hacer notar en la estadística nacional, reproducía la vieja demonización del indio, a través de una visión racista que lo piensa como un ser "antes sin alma; después sin cultura" y ahora "sin vitalidad [...] "puro" [sic] lo que es mismo que fósil, incapaz de un porvenir que no sea el de la reproducción de su casa de piedra o barro"¹⁰⁰. Y, quizás no se equivocaba; pues tras el golpe de Estado de 2019, la ejecutiva de facto, Jeanine Áñez exclamaba "No permitamos que *los salvajes* puedan volver al poder"¹⁰¹. En la respuesta de Linera, el otrora vicepresidente afirmó que, en estricto sentido, "todos somos biológicamente mestizos" por la diversidad genética de la especie humana. Y acusó al llamado político al "mestizaje" como identidad diferenciada de la indígena, de encarnar "una forma racista y discriminatoria de diferenciación y devaluación del indígena"¹⁰²; y señaló que todo mestizaje es la asimilación de unas identidades por otra dominante, que "jerarquizada, articulada y organizada [...] hace creer al resto que todas se disolvieron por

⁹⁸ En el censo de 2001, 60% de la población se autoadscribió como perteneciente a naciones indígenas ("El genocidio (estadístico) de indígenas en Bolivia", *El Confidencial*, 18 de febrero de 2014, https://www.elconfidencial.com/mundo/2014-02-18/el-genocidio-estadistico-de-indigenas-en-bolivia_90694/, consultado en noviembre de 2020).

⁹⁹ "Evo dice que pregunta mestizo en Censo 2012 era para dividir Bolivia", *Opinión. Diario de circulación nacional*, 21 de noviembre de 2012, <https://www.opinion.com.bo/content/print/evo-dice-pregunta-mestizo-censo-2012-era-dividir-bolivia/20121121134200438557>, consultado en noviembre de 2020.

¹⁰⁰ García Linera, *op. cit.*

¹⁰¹ "Defensoría señala a Jeanine Áñez por comentarios racistas", *24 horas. El Diario sin límites*, <https://www.24-horas.mx/2020/01/07/defensoria-senala-a-jeanine-anez-por-comentarios-racistas/>, consultado en noviembre de 2020 [cursivas nuestras].

¹⁰² García Linera, *op. cit.*, p. 68.

igual para dar lugar a una “nueva” identidad [sic]; cuando en verdad todas se han disuelto, excepto una”¹⁰³.

Lo que las y los bolivianos que respondieron el censo, Evo Morales, Álvaro García Linera, Jeanine Áñez, la oposición organizada y la opinión pública estaban entendiendo por “indio” y “mestizo”, eran significados diferentes, que terminaban por tomar sentido dentro de una coyuntura política concreta, y en medio de un proceso mayor de proyectos nacionales que se disputan el control del aparato de Estado. El debate sobre lo mestizo continúa siendo controversial y parece ser una discusión que toma vigencia con las coyunturas políticas en América Latina, como un concepto siempre politizado, al igual que el de indígena. Esto se observó también en México, cuando se dio una pequeña polémica en noviembre de 2019, sobre diferencias entre los beneficiarios de los apoyos del gobierno de Andrés Manuel López Obrador, cuando se informó que los adultos mayores de origen indígena recibirían preferencia en los pagos. En lugar de abrir un debate sobre las llamadas políticas de “acción afirmativa”, parte de la opinión pública usuaria de redes sociales, que más que a menudo emplea un lenguaje racista y clasista para hacerle críticas a “la 4T”, señaló una “discriminación a los mestizos” acompañada por el *hashtag* #AMLORacista, a lo que el ejecutivo respondió: “Si eso les molesta, si darle atención preferente a los indígenas es ser racista, que me apunten en la lista” [sic]¹⁰⁴.

Estos dos casos son tan sólo un botón de muestra para ilustrar que los sentidos de “lo mestizo” continúan generando discusiones, pues no sólo se han transformado a lo largo de la historia de América Latina, sino que se han construido con diversas capas de significación vinculadas a lugares de enunciación diversos, a la memoria histórica, a coyunturas políticas, prejuicios y sentidos comunes. Particularmente de un sentido común

¹⁰³ *Idem*, p. 73.

¹⁰⁴ “No es racismo dar atención especial a indígenas: AMLO”, *El Economista*, 18 de noviembre de 2019, <https://www.economista.com.mx/politica/No-es-racismo-dar-atencion-especial-a-indigenas-asegura-AMLO-20191118-0006.html>, consultado en noviembre de 2020.

que ha sido producto de los discursos de Estado mestizofílicos, hegemónicos desde el siglo XX, y cuyas raíces se prolongan a la centuria del XIX. Dichos discursos de Estado y su desdoblamiento en la segunda mitad del siglo XIX serán recuperados en este capítulo, a la luz de observar su problemática relación, no sólo con “lo indígena” sino también con “lo blanco”, y la manera en que cierto contenido de blanquitud llegó a desembocar en el discurso de “lo mestizo”.

2.1 Del “mestizo” a la “mestizofilia”

El caso mexicano sea quizás el más paradigmático y el “mejor acabado” ejemplo de un discurso de Estado centrado en el mestizaje, como se señaló en el capítulo anterior. Esta llamada “mestizofilia” se volvió un discurso del poder, cuya crítica se convierte en un cuestionamiento al discurso dominante excluyente y, en cierto modo, al Estado mismo y a quienes han asumido el control de su aparato. Ahora bien, discernir la mestizofilia, como discurso de Estado fundado en un “mito”¹⁰⁵ o una “leyenda” que convierte a la historia de la comunidad imaginada de la nación en el devenir del triunfo del mestizaje¹⁰⁶, de otros usos y significados alternativos de lo “mestizo”, se vuelve una reflexión obligada pero que rebasa los límites de esta investigación. Sin embargo, no pueden negarse las implicaciones políticas que puede tener la consigna del “todos somos mestizos”, pues de ella no puede emanar la radicalidad presente en el “todos somos negros” de la Constitución haitiana de 1805. Porque la segunda consigna se desarrolló como un contradiscurso, que pretendía poner en cuestión el falso universalismo del discurso dominante construido desde el

¹⁰⁵ De la Peña, Guillermo, “El futuro del indigenismo en México: del mito del mestizaje a la fragmentación neoliberal”, en Yamada, Mutsuo, Degregori, Carlos Iván, (orgs.), *Estados nacionales, diversidad y democracia en América Latina*, Osaka, National Museum of Ethnology, 2002.

¹⁰⁶ Navarrete, *México racista*, op. cit.

privilegio blanco, metropolitano y androcéntrico de la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* (1789)¹⁰⁷.

Si bien es cierto que este discurso de la mestizofilia con su “leyenda del mestizaje” es plenamente identificable en siglo XX latinoamericano, también tiene su historia. Devino así entre 1850 y 1950, periodo durante el cuál acaeció un desplazamiento semántico del vocablo “mestizo”, como sustantivo y adjetivo, al de “mestizaje”, como concepto histórico-filosófico¹⁰⁸. Un proceso de un siglo, por lo menos, que no se circunscribe solamente al caso mexicano como si fuese un excepcionalismo (aunque sí uno de sus ejemplos más álgidos), sino que se encontrará presente en los discursos identitarios nacionales de toda América Latina, pero con sus particularidades regionales¹⁰⁹.

Los significados del término “mestizo” han cambiado a lo largo de la historia. Basta decir, por ahora, que la voz comenzó a aparecer oficialmente en censos y padrones durante el siglo XVIII, para diferenciarlo del “indio”, que tenía una categoría tributaria y social diferente y constituía la base de la pirámide social. Como designaciones jurídicas, ambas categorías permitían a la corona graduar y normar las contribuciones tributarias, que tenían también un componente social, marcado por criterios subyacentes como el lugar de nacimiento, la condición tributaria de sus progenitores, lengua materna, color de piel, vestimenta y ocupación. Estas clasificaciones basadas en calidades socioraciales atendían a los tránsitos y movibilidades de la población y no constituyeron realidades rígidas sino flexibles. En ese sentido, la dimensión “mestiza” constituía una zona de frontera, móvil, constantemente inestable y desarraigada de las dos esferas jurídico-sociales de “lo español” y “lo indio”. Como señala Joanne Rappaport, lo que hoy llamamos “mestizos”, tendían a desaparecer al asimilarse en alguna de las dos esferas que sí poseían un estatus

¹⁰⁷ Gruner, Eduardo, *La oscuridad y las luces. Capitalismo, cultura y revolución*, Buenos Aires, Edhasa, 2010.

¹⁰⁸ Zermeño, *op. cit.*

¹⁰⁹ Rappaport, Joanne, *El mestizo evanescente: Configuración de la diferencia en el Nuevo Reino de Nueva Granada*, Bogotá, Editorial Universidad del Rosario, 2018.

jurídico reconocido, de manera que el “mestizo colonial”, en realidad remitía a un espacio de invisibilidad¹¹⁰. No encarnó el surgimiento de una nueva identidad y cultura homogénea y unificadora, como señalará después la ideología del mestizaje de los Estados nación que, en su emprendimiento de inventarse un pasado, buscaron en la Colonia la existencia del “mestizo”, como realidad social objetiva¹¹¹.

De allí la crítica de Federico Navarrete, quien señala que el mestizaje nunca existió, o por lo menos no de la manera en que lo plantearon los discurso de Estado mestizofílicos. Pues la supuesta mezcla racial entre orígenes étnicos distintos no fue tan frecuente y, cuando sucedió, no tuvo la gran significación demográfica y cultural que se le ha atribuido. Para Navarrete, los supuestos mestizos históricos del periodo colonial no existieron como un grupo racial diferenciado, además de que su variabilidad genética habría sido mínima, al no ser en realidad biológicamente distintos de sus progenitores. Igual de problemática resulta la idea de la mestizofilia cultural, como el surgimiento de una nueva cultura, homogénea, unificada y compartida. En su lugar, plantea dos grandes procesos históricos de confluencia social, política y cultural, en el siglo XVI y en el XIX, caracterizados por una co-creación de dos culturas mediante pactos, alianzas, intercambios y yuxtaposiciones de elementos heterogéneos¹¹².

Por su parte, Bolívar Echeverría también hace una crítica al concepto clásico del “mestizaje” racial y cultural, señalando que esta pretendida fusión o emulsión de identidades culturales implica la existencia de sustancias históricas ya constituidas a priori. En su lugar, propone una lectura semiótica a través del concepto de códigofagia, donde la identidad no es una sustancia sino un “estado de código”, y el “mestizaje cultural” se dibuja como un problema de combinación y subcodificación de códigos, reconociendo las formas violentas que puede alcanzar. Para Echeverría, los “indios” y sus códigos culturales

¹¹⁰ Zermeño, *op. cit.*

¹¹¹ *Idem.*

¹¹² Navarrete, *México racista, op. cit.*

fueron devorados por un código dominante. Pero, a su vez, ellos devoran y subcodifican la cultura desde dentro, fagocitando también al código dominante de la cultural occidental¹¹³.

Ya en el siglo XIX, ya con buena parte de la América Latina independizada pero entrando a un nuevo pacto neocolonial, los procesos de "mestizaje" o la llamada "segunda gran confluencia", terminaron por multiplicar los estratos de discriminación y exclusión en lugar de contribuir a "igualar" las condiciones socioeconómicas¹¹⁴. Pero, paradójicamente, la figura del "mestizo" comenzó a ser recuperada por los Estados nación que fueron construyéndolo como símbolo de un discurso "homogenizador e integrador", pues el "mestizo" permitía superar la disgregación social, al mismo tiempo que implicaba una suerte de blanqueamiento como desindianización y desafricanización.

La mestizofilia de finales del siglo XIX se nutrió de las ideas del positivismo, el evolucionismo y el darwinismo social con sus enfoques racialistas, particularmente de dos corrientes que tuvieron peso decisivo en el debate sobre la superioridad e inferioridad de las civilizaciones occidentales. La morfología histórica (Toynbee, Spengler, Burckhardt, Troeltsch) y la sociología eugenésica (Gobineau, Chamberlain, Lapouge, Galton, Stoddard), que tuvieron resonancias en América Latina¹¹⁵. Sin embargo, a diferencia de estos discursos racialistas europeos y especialmente de los franceses, el "mestizaje" no fue pensado como un proceso degenerador y pesimista a la Gobineau, sino como la clave para la regeneración socioracial y para las posibilidades de blanqueamiento racial y cultural. Así puede observarse en textos como *Conflicto y armonías de las razas en América* (1883) del argentino Domingo Faustino Sarmiento; *As raças humanas e a*

¹¹³ Echeverría, "La compañía de Jesús y la primera modernidad en América Latina", "Malintzin, la lengua", *La modernidad de lo barroco*, op. cit.

¹¹⁴ Rivera Cusicanqui, Silvia, "En defensa de mi hipótesis del mestizaje colonial andino", *Violencias (re)encubiertas en Bolivia*, La Paz, La Mirada Salvaje/Piedra Rota, 2010, pp. 111-132.

¹¹⁵ Rojas, Rafael, "Retóricas de la raza. Intelectuales mexicanos ante la guerra del 98", *Historia Mexicana*, vol. XLIX, no. 4, abril-junio, 2000, 593-629.

responsabilidade penal no Brasil (1894) del brasileño Raimundo Nina Rodrigues y en los textos de su compatriota y contemporáneo Joaquim Nabuco; *El porvenir de las naciones latinoamericanas* (1899) del mexicano Francisco Bulnes; *El continente enfermo* (1899) del venezolano César Zumeta; *Nuestra América* (1903) del argentino Carlos Octavio Bunge; *Sociología argentina* (1908) del argentino José Ingenieros; y *Creación de la pedagogía nacional* (1910) del boliviano Franz Tamayo. Además de textos de otras figuras, como los guatemaltecos Carlos Samayoa Chinchilla y Carlos Federico Mora; el salvadoreño David J. Guzmán; los costarricenses Mauro Fernández Obregón, Manuel de María Peralta y León Fernández; los brasileños Euclides da Cunha y Francisco José Oliveira Vianna; y los cubanos Eusebio Hernández y Domingo Ramos, quienes también abrazaron los principios del positivismo racialista e igualmente adaptaron las tesis lebonianas o gobineanas sobre el blanqueamiento, la eugenesia y los determinismos genéticos y medioambiental, llegando a esbozar teorías sobre el exterminio de los “indios” y de los “negros” americanos¹¹⁶.

Dentro de esta misma línea de simpatizantes del racismo científico, el boliviano Alcides Arguedas y el brasileño Manuel Bomfim vieron en el “mestizaje” un proceso degenerativo en contra del blanqueamiento, pues las lecturas no fueron unívocos e incluso llegaron a ser contradictorias. Mientras que algunas lecturas disidentes y críticas no tuvieron eco, como la del político y antropólogo haitiano Joseph Anténor Firmin y su ensayo *La igualdad de las razas humanas* (1885), donde polemizaba con Gobineau y buena parte del pensamiento del racialismo científico francés, con su craneometría y sus prejuicios eurocentrados que sostenían la supuesta inferioridad de los africanos y sus descendientes, así como de las poblaciones “mezcladas”, como los haitianos.

Si bien es cierto que algunos de los discursos mestizofílicos asumidos por las élites gobernantes y parte de intelectualidad de los Estados latinoamericanos, llegaron a

¹¹⁶ Casaús Arzú, “El mito impensable del mestizaje en América central”, *op. cit.*

incorporar lecturas racialistas desde el darwinismo social y la eugenesia que veían en el “mestizo” el producto de una selección natural que competía con la “raza blanca” por la cimentación del futuro nacional, ambas figuras asumieron una cierta identidad moderna. Es decir, la figura del “blanco” como el europeo y el criollo tuvo las atribuciones tanto de la blancura epidérmica como sociocultural, mientras que el “mestizo”, aunque carente de blancura formal, fue construido como portante de blanquitud cultural, de mestitud, como observaremos más adelante.

2.2 Mestizofilias latinoamericanas: racialismo y blanqueamiento

La plata blanquea a los indios y a las castas.

Francisco de Paula Arrangoiz, 1870

El discurso de la mestizofilia de los Estados nación latinoamericanos, identificable hacia la segunda mitad del siglo XIX, echó mano de un lenguaje racialista, como era común en la época. Como señala Christian Geulen, buena parte de los conflictos políticos, sociales y culturales, tanto al interior del orden nacional como en el orden global internacional, fueron articulados de manera preponderante en términos de “raza” durante el siglo XIX y todavía en el XX¹¹⁷, constituyéndose un racismo con carácter estatal¹¹⁸. El resultado fue una racialización de las relaciones sociales, tanto de los individuos al interior de la sociedad, como entre las poblaciones que formaban la nación, y entre las naciones mismas dentro del concierto de las naciones que formaban el sistema mundo moderno. De allí que

¹¹⁷ Geulen, Christian, “The Common Grounds of Conflict: Racial Visions of the World Order, 1880-1940”, en Sebastian Conrad, Dominic Sachsemeier (eds.), *Competing Visions of World Order. Global Moments and Movements, 1880-1930s*, Basingstoke, Palgrave MacMillan, 2007.

¹¹⁸ Osterhammel, Jürgen, *La transformación del mundo. Una historia global del siglo XIX*, Barcelona, Crítica, 2016.

la "raza" se tornara un verdadero "término global" en la mirada de Geulen¹¹⁹, utilizado para darle sentido a un mundo moderno y colonial cada vez más compenetrado e interconectado cultural y económicamente.

Este auge del discurso racista coincide con el desarrollo de los discursos mestizofílicos en América Latina. Categorías como "indio", "negro" y "mestizo" se biologizaron y dejaron de operar como categoría jurídicas, como lo habían hecho durante la Colonia. Durante las primeras décadas de vida independiente, estos términos no se entendían aún en un sentido plenamente racial. En ese momento, el discurso del "mestizaje" se expresó en la construcción de una comunidad política que dependía de la voluntad de los individuos de vivir bajo un mismo Estado, donde la mezcla aparecía como ineludible y deseable, mas no imprescindible. Una mezcla en la que las comunidades indígenas aparecían como elementos envilecidos y residuales, pero cuyo "atraso" y carencias eran atribuidas a su aislamiento del resto del mundo, causado por el régimen colonial. De manera que el llamado "problema indio" se decantaba como producto de la naturaleza social, política e histórica, mas no como un asunto "racial". Así puede observarse en textos de la época, como *México y sus revoluciones* (1836) de José María Luis Mora¹²⁰.

Hacia mediados del siglo XIX, ya se evidencia la tendencia de abrazar las categorías raciales biologizadas en el lenguaje político. En este contexto del racismo científico, la existencia de la comunidad política dependía de la unidad y homogeneidad de la nación, de manera que el "mestizaje" se colocó en el centro de buena parte de los proyectos políticos nacionales, apuntado hacia el ideal de una sola raza-nación con valores "blancos" donde lo "mestizo" sería un momento de transición. Ejemplo es la muy citada *Memoria*

¹¹⁹ Geulen, *op. cit.*

¹²⁰ Pérez Vejo, Tomás, "Raza y construcción nacional. México, 1810-1910", en Tomás Pérez Vejo, Pablo Yankelevich (coords.), *Raza y política en Hispanoamérica*, México, Bonilla Artigas/COLMEX/Iberoamericana Vervuert, 2017.

sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena en México y medios para remediarla (1864) del lingüista e historiador indigenista Francisco Pimentel, donde se presume ya la existencia de razas superiores e inferiores. Lo "indio" quedaba excluido de un sistema binario conformado por lo "blanco" y lo "mestizo", como medios para el progreso. De allí que Pimentel y algunos de sus contemporáneos, en toda América Latina, propusieran fomentar la inmigración europea blanca, para mezclarse con "negros", "indios", "castas" y "mestizos", y lograr con ello su transformación racial, como parte de un proceso que permitiera la superación de las razas mezcladas que, eventualmente, se convertirían en parte de la "raza blanca"¹²¹.

En esta segunda mitad del siglo también comenzó a tomar fuerza el paradigma del blanqueamiento regenerador, que se discutía también entre la opinión pública, en los periódicos. Algunos diarios afirmaban que "está averiguado por los naturalistas que cruzando las razas [...] se mejoran [...] Un mulato no es tan débil como un blanco [...] ni tan estúpido como un negro"¹²². Con el pasar de las décadas, se reforzó la idea de una cada vez más clara superioridad "blanco-mestiza" sobre lo "indio" y lo "negro", a causa de la mezcla. El "mestizaje" se ponía como un proceso positivo y se señalaba que las naciones más cultas y poderosas de Europa estaban formadas por pueblos de "raza mezclada".

No obstante, como señalamos antes, esta visión no fue completamente generalizada; también se observaba que la amalgama de pueblos con ideales, aspiraciones y constituciones históricas y raciales diferentes sólo podían producir una mezcla híbrida en mengua en la "civilización superior" y sin ningún perfeccionamiento en la inferior.

¹²¹ Zermeño, *op. cit.*

¹²² P.M., "Mejoramiento de la especie humana", *El Monitor Republicano*, Ciudad de México, 11 de marzo de 1848, citado en Pérez Vejo, "Raza y construcción nacional", *op. cit.*

2.3 Mestizaje y “degeneración”

Si bien en nuestro subcontinente existió una corriente exaltadora del “mestizaje” desde el siglo XVIII, que hacía una relectura del pasado indígena con moldes universalistas y progresistas, que destacaban el potencial productivo y cultural de los naturales, existieron otras ideologías desarrolladas a lo largo del siglo XIX, que denigraban lo “mestizo”, atribuyéndole poco menos que todas las desgracias de la sociedad. Uno de sus representantes más conspicuos fue el escritor boliviano Alcides Arguedas, autor de *Pueblo Enfermo* (1909), cuyas páginas más duras están dedicadas a indios, “mestizos” y “cholos”¹²³, a quienes culpa de la derrota de la Guerra del Pacífico.

Apoyado en las ideas positivistas de Comte, Taine y Le Bon, Arguedas escribió un texto con tonos higienistas, hablando sobre los hábitos y costumbres de los “indios”: la forma de sus viviendas y su alimentación; dos temas que encarnaran algunas de las obsesiones higienistas por excelencia, como observaremos en capítulos subsecuentes. “Del indio: en su casa huelga la miseria absoluta, el abandono completo [...] no hay nada más que *suciedad* [...] Una miserable y pequeña choza hecha con barro, piedras y con tachadura de paja. Dentro de esta *lóbrega y desaseada habitación*, vive toda la familia”¹²⁴. Apareciendo estas manías higienistas del hacinamiento y la limpieza como sinónimo de salubridad.

Pero su argumento central será el efecto del “mestizaje” como barómetro de la degeneración humana, como “enfermedad” que ataca a la nación al extenderse por todos

¹²³ En 1612, Ludovico Bertonio define al mestizo en su *Vocabulario aymara* como “ni bien español ni bien indio”, una categoría que no cabía en los censos o registros parroquiales de inicios de la colonia. A fines del siglo XVIII, el espacio intermedio liberado de la forma *ayllu* pero incorporado a los gremios urbanos, comenzó a constituir un grupo económico y culturalmente diferenciado de las repúblicas de indios y españoles, una tendencia que se acentuó durante el siglo XIX (Soruco Sologuren, Ximena, “La ininteligibilidad de lo cholo en Bolivia”, *Tinkazos*, v. 9, n. 21, La Paz, 2006).

¹²⁴ Arguedas, Alcides, *Pueblo enfermo. Contribución á la psicología de los pueblos hispano-americanos*, (fragmento) [1909], *Latinoamérica. Cuadernos de cultura latinoamericana*, n. 46, UNAM, 1979, p. 11 [cursivas nuestras].

los sectores sociales, incluyendo a “blancos” e “indios acholados”, empleando una metáfora higienista: la enfermedad.

Para Arguedas, a pesar de que los “mestizos” se piensan descendientes de españoles, en ellos hay mayor componente “indígena” que blanco “español”. Pero también afirma que los “cholos” pueden sufrir un proceso de blanqueamiento al subir de posición social: “El cholo (raza mestiza), en cuanto se *encumbra en su medio, ya es señor, y, por lo tanto, pertenece a la raza blanca*”¹²⁵, pues la blanquitud pareciera ser entendida por Arguedas como el acceso a la propiedad de la tierra, tal y como lo señalaba W.E.B. Dubois, pero a manera de crítica¹²⁶. Mientras que los “blancos” pueden ser una “raza” “holgazana y parca en ambiciones”¹²⁷, y afirma que sólo las mujeres “blancas” tienen alguna injerencia social, pues nada parecido puede decirse sobre las “indias” y “mestizas”, pero que todas carecen por igual de ambiciones intelectuales. No obstante, Arguedas estaba convencido de que se debía educar a los “indio”, aunque poco pudiera esperarse de dicha iniciativa, al ser “enemigo de lo nuevo”, y en este punto de la pedagogía como un problema nacional, coincide con su compatriota Franz Tamayo.

A pesar de que Tamayo consideraba igualmente a los “mestizos” como una cruce de lo peor de lo “indígena” con lo peor de lo “blanco”, propuso un proyecto de instrucción pública que contemplase también al “indio”. Pero no pensaba en un proyecto que implicase un contacto con la “civilización occidental”, porque esto haría perder al “indio” sus principales virtudes: la sobriedad, la paciencia y el trabajo. Es así que plantea una “pedagogía profiláctica”, colándose nuevamente el higienismo, para el indio dentro de un proyecto de pedagogía nacional. En dicho esquema, el “indio” sería identificado como el verdadero depositario de la energía nacional. Es decir, como el trabajador por excelencia:

¹²⁵ Arguedas, *op. cit.* [cursivas nuestras].

¹²⁶ Dubois, *Darkwater*, *op. cit.*

¹²⁷ Arguedas, *op. cit.*, p. 65.

la única fuerza creadora capaz de producir incesantemente en cualquier forma: en la labor agrícola o minera, o dentro de la economía urbana¹²⁸.

En el particular caso boliviano, la visión negativa sobre el “mestizaje” y el “cholaje” que expresa Arguedas y más ambiguamente Tamayo, se modificaría durante la década de 1920, cuando ocurrió un giro en la conciencia de las élites que se agudizaría después de la Guerra del Chaco. Tras la fatídica contienda, se haría sentir cada vez con mayor fuerza, una posición celebratoria del “mestizaje”, a través de una relectura de su papel en la historia, colocándose así a la par de buena parte de sus vecinos. Tras la Revolución nacional de 1952, el Estado boliviano adoptaría abiertamente la mestizofilia como parte de su ideología oficial. Curiosamente, los revolucionarios “movimientistas”, conformados por “mestizos” cochabambinos creadores del mercado interno de la chicha, proletarios mineros y masas anónimas de artesanos y obreros urbanos, esos “parientes pobres de la élite oligárquica” en palabras de René Zavaleta, imaginaron una nación “decente”, modernizada y articulada por una economía agroexportadora, en la que se disolverían las identidades previas, en aras de un modelo homogéneo y occidental de ciudadanía¹²⁹.

Es decir, cuando Bolivia fue subsumida con más fuerza al mercado mundial bajo una relación de capitalismo dependiente, se impulsó, como su correlato, una identidad política mestizofílica con contenido de blanquitud: la mestitud, como un “discurso integrador hegemónico”. Lo que en Bolivia se desarrolló de manera más tardía, en otros sitios de América Latina sucedió más tempranamente, mostrando la relación entre la subsunción capitalista y un ethos capitalista que lo acompaña, término que Echeverría también refiere para hablar de la blanquitud, el ethos realista o el ethos capitalista por excelencia. O, dicho de otro modo, cada vez que América Latina sufría una profundización en las

¹²⁸ Giller, Diego Martín, “La cuestión étnica en disputa. Tres interpretaciones sobre lo indio en Bolivia”, *Corpus. Archivos Virtuales de la Alteridad Americana*, v. 4, n. 1, enero-junio, 2014, pp. 1-33.

¹²⁹ Zavaleta Mercado, René, “Consideraciones generales sobre la historia de Bolivia”, en González Casanova, Pablo (comp.), *América Latina, historia de medio siglo*, México, Siglo XXI, 1977, citado en Rivera Cusicanqui, “En defensa de mi hipótesis del mestizaje colonial andino”, *op. cit.*

relaciones de explotación capitalista, se estimulaba el discurso de la blanquitud puesta como mestitud y expresada a través de un discurso de mestizofilia desde el Estado. Una hipótesis que dejaremos solamente enunciada, por ahora.

El pesimismo de Arguedas contrasta con otras visiones contemporáneas más positivas del “mestizaje”, como la del mexicano Andrés Molina Enriquez, para quien el “mestizaje” era el mayor beneficio de la política indigenista liberal, de la que el “mestizo” resultaba el compuesto social más interesante. Mientras que otros personajes, como el también mexicano Francisco Bulnes, creía que era posible salvar al “mestizo” al combatir sus vicios como el alcoholismo (otra obsesión higienista) y poniéndolo en la disyuntiva de trabajar o perecer, apareciendo nuevamente una visión de la higiene económica sobre la que se volverá en otro capítulo. Pero, sobre todo, la redención del “mestizo” se haría, para Bulnes, a través de la inmigración blanca, con el blanqueamiento racial y cultural¹³⁰.

2.4 Blanqueamiento, entre las “razas deseables” e “indeseables”

Las discusiones y polémicas sobre la colonización extranjera pasaron por el debate de las “razas” deseables e indeseables para la inmigración, pues serían un vehículo hacia el blanqueamiento. Y para ello había diversas posibilidades:

la consunción de las razas inferiores [...] se efectúa de tres maneras distintas: o por una violenta destrucción individual, como por ejemplo en el Sur de África y en el centro de Asia; o por la mera aptitud mayor en la raza invasora por la cual la indígena puede decirse que desaparece y muere, como sucede por ejemplo con los indios bárbaros de Estados Unidos del Norte; o en fin por la fusión que no es sino otra forma de aniquilamiento. Un ejemplo de tal amalgama nos ofrecen México y las repúblicas de la América del Sur¹³¹.

¹³⁰ Bulnes, Francisco, *El porvenir de las naciones latinoamericanas*, México, Imprenta de Mariano Nava, 1899.

¹³¹ *El Siglo Diez y Nueve*, Ciudad de México, 3 de abril de 1854, Pérez Vejo, “Raza y construcción nacional”, *op. cit.*

En esta cita de *El Siglo Diez y Nueve*, se aprecia la idea del "mestizaje" como fusión de "razas", pero destinado al aniquilamiento de las "razas nativas inferiores", donde las "razas deseables" y regeneradoras para la mezcla debían tener cualidades específicas. Aunque, en general, las ideas de los intelectuales, funcionarios y científicos sobre la colonización fueron pragmáticas, llegaron a inclinarse por los europeos occidentales por razones físicas, pues "las razas aborígenes eran un obstáculo para la civilización" y se necesitaban cabezas europeas que las adiestraran, como afirmaba Luis Velazco¹³². Cinco "indios" equivalían a un "blanco" según Enrique Creel; o sólo cuatro, según Matías Romero y Carlos Díaz Dufoo; y para Bulnes sólo tres. Mientras que otras visiones alababan la resistencia y la abnegación del "indio", que le permitían trabajar el doble que el mejor "blanco". Y otros tantos personajes, como Porfirio Parra, señalaban la raíz del problema no sólo en las cualidades físicas "degeneradas", sino en la insensibilidad de los "indios" al lucro y su falta de espíritu industrial¹³³, como una suerte de carencia de higiene económica y de manejo de los valores occidentales; es decir, por su falta de blanquitud.

Los inmigrantes de origen africano y asiático, en particular chinos, fueron las "razas" más combatidas e indeseables para la inmigración. Sobre una propuesta de 1899 de traer mil familias afroamericanas a México, E.M. de los Ríos se opuso. No por razones legales, sino porque: "la raza blanca es la más activa, la más inteligente, la más civilizada", mientras que la "africana" y "mongólica", "en conjunto ha[n] permanecido en un puesto inferior"¹³⁴. Inmigrantes "negros", provenientes Estados Unidos, que serían destinados a trabajar en fincas algodoneras en Durango y Coahuila fueron rechazados, porque producirían una "raza" degenerada de zambos¹³⁵. Y, para los funcionarios, era preferible dejar zonas deshabitadas antes que poblarlas de "negros".

¹³² González Navarro, "Las ideas raciales de los científicos, 1890-1910", *op. cit.*

¹³³ *Idem.*

¹³⁴ *Idem*, p. 575.

¹³⁵ "La colonización negra", *El Siglo XIX*, Ciudad de México, 28 de febrero de 1895, citado en Pérez Vejo, "Raza y construcción nacional", *op. cit.*

Con los inmigrantes asiáticos sucedió algo parecido. Si bien a los japoneses se les consideraba una "raza" que había progresado, también se pensaba que se encontraban aún un estado "semi-civilizado". Además, mezclar indios con asiáticos, cuando "probablemente los indios procedían de Asia" hacía que se rechazara dicha mezcla y que, en su lugar, se prefiriera el cruce con los "blancos"¹³⁶. Mientras que, en el caso de los chinos, nunca se les dejó se tildar de holgazanes, viciosos, poco inteligentes, lascivos, ladrones, crueles y ebrios. Sobre el posible "mestizaje" entre dos razas degradadas, como se referían a chinos e indígenas, un periódico mexicano escribía:

Se adivina la nueva raza que poblará a nuestro país; ese producto del chino enclenque y la mexicana degenerada de las últimas capas de la escoria social, ese engendro monstruoso de mongol y la mujer india, que aparecerá como el *hongo de gérmenes más infectos* del que se tenga noticia. Y pensar que esos seres débiles y degenerados, educados entre las supersticiones del indio y la tradicional abyección del chino, llevarán el nombre de mexicanos [...] Y esa mezcla inmundada del mongol y del tícuaru ¿podrá humanamente ser admitida en la comunión de los pueblos americanos como representantes de la humana especie? Ascós provocará esa nueva raza que será despreciada por todos los pueblos del continente, exponiendo a la patria a ser absorbida por los pueblos viles que preocupándose de la cuestión social, con leyes prohibitivas, impiden el cruzamiento con razas degeneradas, a las que [...] se les cierran las puertas para precaverse del *contagio*¹³⁷.

Los términos higienistas vuelven a aparecer en estas palabras publicadas en *La Convención Radical Obrera*, ilustrando cómo los elemento relativos a la enfermedad acompañarán a los prejuicios contra la población inmigrante china. Así se observa en declaraciones de miembros del Partido Liberal Mexicano, quiénes también se preguntaban qué se podía esperar de la unión del "fumador de opio" y la "bebedora de pulque"¹³⁸.

En Brasil, las élites también recuperaron los argumentos de las teorías racialistas europeas para promover la inmigración europea, con el objeto de reducir la carencia de

¹³⁶ *Idem*.

¹³⁷ "La raza inmundada", *La Convención Radical Obrera*, Ciudad de México, 16 de junio de 1901 [cursivas nuestras].

¹³⁸ González Navarro, "Las ideas raciales de los científicos, 1890-1910", *op. cit.*

mano de obra que no se daba abasto con los libertos, como medio para acelerar el proceso de evolución de la población, visto como un proceso de blanqueamiento racial. El abogado, político y reconocido abolicionista, Joaquim Nabuco, sostenía en 1883: queremos un país donde “la inmigración europea traiga sin cesar para los trópicos una corriente de sangre caucásica vivaz, enérgica y sana que podamos absorber sin peligro”¹³⁹. Nabuco y otros abolicionistas brasileños fueron férreos críticos de la inmigración “indeseable”, especialmente de los chinos, por su supuesta constitución “degenerada”. Para Nabuco, los chinos viciarían y corromperían aún más a “nuestra raza”, generando un Brasil “mongolizado, como fue africanizado cuando [...] [se] hizo venir a los primeros esclavos”¹⁴⁰. En un debate parlamentario acaecido en la década de 1870 sobre la propuesta de traer trabajadores culíes al Brasil, Nabuco sostuvo que el elemento chino:

etnológicamente [...] viene a crear un conflicto de razas y a degradar a las existentes en el país; económicamente, [...] no resuelven el problema de falta de brazos; moralmente, [...] vienen a introducir en nuestra sociedad esa lepra de vicios que infesta todas las ciudades donde la migración china se establece; políticamente, [...] en vez de ser la liberación del trabajo, no es sino la prolongación [...] del triste nivel moral que lo caracteriza y la continuación al mismo tiempo de la esclavitud¹⁴¹.

Otros diputados lo secundaron, uno señalando que se necesitaba elevar el nivel “moral” del país, y otro más respondiendo que se buscaban ambas cosas: moralidad y trabajo. Pero, en la mirada de estas élites, los chinos no correspondían a esa expectativa: “el negro se mejora, el chino es imposible”, puntualizó un tercer parlamentario¹⁴². Como apunta Thomas Skidmore, la controversia sobre la inmigración china había obligado a muchos brasileños a revelar sus opiniones raciales y su creencia en incentivar el progreso

¹³⁹ Nabuco, Joaquim, *O abolicionismo*, citado en Skidmore, Thomas E., *Preto ni branco. Raça e nacionalidade no pensamento brasileiro*, Sao Paulo, Companhia das Letras, 2012, p. 63.

¹⁴⁰ Nabuco, Joaquim, *Obras completas, vol. XI: Discursos parlamentares 1879-1889*, p. 24, citado *idem*, p. 65.

¹⁴¹ Nabuco, Joaquim, *Obras completas, vol. XI: Discursos parlamentares 1879-1889*, p. 60, citado en *idem*, p. 65.

¹⁴² *Idem*, p. 66.

a través del blanqueamiento racial. El propio Nabuco no escondía que su objetivo era un Brasil más “blanco”.

El elemento sanitario aparecía en los prejuicios antichinos, que hacían constante referencia a la degeneración de la “raza” por la “sangre malsana” y la “moral viciada”. Y esto fue una constante en toda América. En Perú, los inmigrantes chinos fueron también los depositarios de todos los males que impedían el desarrollo y progreso de la sociedad nacional. Y, entre los principales argumentos empleados para explicar la supuesta inferioridad de la “raza amarilla”, estaban los sanitaristas: la adicción al opio y a los juegos de azar, así como su falta de higiene, asociando a los inmigrantes chinos con la suciedad y la propagación de enfermedades. Los cronistas peruanos los retrataban como “bestias amarillas”, sucias, de “uñas crecidas” y “dientes amarillos y largos”; “animales domésticos”, deshumanizados y privados de toda posibilidad de redención social¹⁴³. La inmoralidad y falta de higiene era vista como resultado de su estilo de vida, es decir, de sus costumbres. Personajes como Clemente Palma, autor de *El porvenir de las razas en el Perú* (1897), empleó un enfoque positivista y eugenésico en su discurso antichino. Desde su lectura, la condición “racial” era entendida como un conjunto de disposiciones biológicas que determinaban el comportamiento de un sujeto social. Pues, para el proyecto modernizador peruano de finales del XIX y principios del siglo XX, la higiene y a la salud pública ocupaban un papel central, y se asociaban al crecimiento de la población y a su desarrollo físico y moral, elementos claves para el progreso¹⁴⁴. Algo que será recurrente en otros lugares de América Latina, donde los funcionarios higienistas, encargados de la salubridad pública y privada, se convirtieron en los guardianes de la blanquitud, como observaremos en los siguientes capítulos.

¹⁴³ Espinoza, Juan Miguel, “La higiene como experiencia moderna y placentera: la difusión de concepciones y prácticas asociadas a salubridad en la revista *Varietades* (Perú, 1908-1920)”, en Lossio, Jorge, Barriga, Eduardo (eds.), *Salud Pública en el Perú del siglo XX. Paradigmas, discursos y políticas*, Lima, Instituto Riva-Aguero/PUCP, 2017.

¹⁴⁴ *Idem*.

Hacia las últimas décadas del siglo XIX, en todo el continente, comenzaron a llegar masivas olas de migrantes que obligaron a sancionaron leyes de inmigración que requerían la labor de agentes consulares y oficiales de control migratorio, quienes debían aplicar requisitos de salud, higiene y ocupación. Dichos criterios se aplicaban de manera más estricta sobre ciertos grupos étnicos: chinos, gitanos, negros-africanos, japoneses y mediorientales, consideradas comunidades “no asimilables”¹⁴⁵ por su herencia degeneradora. Salvo el caso de Estados Unidos, estas leyes no fueron explícitamente discriminatorias de tipos raciales específicos, aunque sí mostraron preferencias para ciertos colectivos como los norteamericanos, europeos noroccidentales e iberoamericanos, reflejadas como privilegios en los requisitos de ingreso y de obtención de nacionalidad¹⁴⁶. Porque se pensaba que estos elementos eran los “más civilizados” y “moralizados”. O, dicho en otras palabras, los más “blancos”, no sólo epidérmicamente sino moralmente; es decir, portadores de blancura y blanquitud.

Los “indeseables” no eran rechazados bajo argumentos raciales explícitos sino morales y sobre todo sanitarios, relacionados con sus hábitos y costumbres antihigiénicas que se consideraban atávicas. antimodernas, no occidentales y no civilizadas; carentes de blanquitud. De allí que Andrés Reggiani observe que estos requisitos sanitarios tenían fundamentos eugenésicos bastante difíciles de objetar, justificados bajo el argumento de preservar la calidad biológica hereditaria de la nación receptora¹⁴⁷. Las políticas higienizadoras no sólo se manifestaron en los prejuicios xenófobos vertidos en las leyes de inmigración, sino también en políticas sanitarias

¹⁴⁵ Scott FitzGerald, David, Cook-Martín, David, “Elegir a la población: leyes de inmigración y racismo en el continente americano”, en Yankelevich, Pablo (coord.), *Inmigración y racismo. Contribuciones a la historia de los extranjeros en México*, México, COLMEX, 2015, pp. 29-58.

¹⁴⁶ *Idem*.

¹⁴⁷ Reggiani, Andrés H., “Eugenesia, panamericanismo e inmigración en los años de entreguerras” en Yankelevich, *Inmigración y racismo, op. cit*, pp. 59-88.

domésticas que recaían sobre la población nacional, donde "indios", "negros" y "castas" eran considerados "extranjeros interiores"¹⁴⁸.

No obstante, estas políticas higienistas también se desplegaron sobre los habitantes de los espacios urbanos, las clases populares mestizadas, desindianizadas y "racialmente mezcladas", que llegaban a ser consideradas más degeneradas que los "indígenas" por su herencia mezclada y la degeneración producida por el contacto con la insalubridad urbana, así como por su falta de higiene y civilidad. Esto se reflejará en el discurso higienista asumido y manifestado por los galenos, los médicos-funcionarios y la opinión pública de la urbes, tema sobre el que también volveremos en los capítulos siguientes. Pues, el desarrollo del pensamiento científico racialista en América Latina tuvo mayor impacto sobre la consolidación de una élite política, científica e intelectual que sobre la sociedad misma, que era el objeto de sus estudios e intervenciones. Una intelectualidad que era ambigua cuando debía reconocerse dentro de alguna adscripción étnica. En el caso de los mexicanos, Molina Enriquez calificaba a sus colegas "científicos" como "criollos"; Daniel Cosío Villegas como "mestizos en mayor o menor grado", salvo algunas excepciones¹⁴⁹. Mientras que Justo Sierra, al viajar por tren por Estados Unidos se identificó como "semiblanco ante el vagón *for whites*"¹⁵⁰.

En realidad, todos estos proyectos de regeneración social y depuración racial fracasarían como elementos de transformación a causa de su irrealismo y, con el correr del siglo XX, serían abandonados, sustituidos y terminarían por caer en el olvido¹⁵¹. Pero, como observa Beatriz Urías Horcasitas, discursivamente nos dicen mucho sobre el espíritu de la época y sobre las élites mismas; sobre su identidad social y política, su

¹⁴⁸ Pérez Vejo, "Extranjeros interiores y exteriores: la raza en la construcción nacional mexicana", en Yankelevich, *Inmigración y racismo*, op. cit., pp. 89-124.

¹⁴⁹ Tenorio Trillo, Mauricio, *Artifugio de la nación moderna. México y las exposiciones universales, 1880-1930*, México, FCE, 1998.

¹⁵⁰ González Navarro, "Las ideas raciales de los científicos, 1890-1910", op. cit., p. 576.

¹⁵¹ Urías Horcasitas, Beatriz, *Historias secretas del racismo en México, (1920-1950)*, México, Tusquets, 2007.

visión de mundo, de sus temores, prejuicios y proyectos políticos, que sobre las cualidades reales de sus objetos de intervención¹⁵². Y, sin duda, entre estos objetivos se encontraba la población “mestiza”, identificada como la habitante de las ciudades.

2.5 Blanquitud mestiza

Para Tomás Pérez Vejo, el auge de la mestizofilia en México se desarrolló después de la guerra contra Estados Unidos (1846-1848), acontecimiento que abrió un arco en la discusión sobre cuál era la raza de la nación. O mejor dicho, cuál de las razas que habitaban el territorio era la mejor candidata para la plena realización nacional como comunidad política civilizada. Este arco articulado en torno al ser de la “raza mexicana”, cerraría su ciclo con la conmemoración del centenario de la Independencia en 1910, casi un lustro después de que se publicara *Los grandes problemas nacionales* (1906) de Andrés Molina Enríquez. Esta obra hizo una lectura de la historia en clave “mestizo-evolutiva”, que planteaba como punto de partida el triunfo de la Revolución de Ayutla como momento en el que se asumió el problema de homogeneizar a un país racial y culturalmente diferente¹⁵³. Años antes había aparecido *México a través de los siglos* (1884-1889) de Vicente Riva Palacio, donde un modelo igualmente evolutivo planteaba a los “mestizos” como una clase intermedia entre “españoles” e “indios”, que llegaron a ser los protagonistas de la gesta de independencia. Una clase embrionaria y prototípica de lo que sería el futuro de México. Una línea similar siguió *México. Su evolución social* (1900) de Justo Sierra, donde también se inscribe al “mestizo” dentro de una filosofía de la evolución, que orbita en torno a la idea de la selección natural y la lógica del “más fuerte”, pero en la cual la “raza blanca” y no la “mestiza” tendería a ser la dominante¹⁵⁴.

¹⁵² *Idem.*

¹⁵³ Pérez Vejo, “Raza y construcción nacional”, *op. cit.*

¹⁵⁴ Zermeño, *op. cit.*

Es decir, en esta segunda mitad del siglo XIX, encontraremos discursos que plantean al "mestizo" como factor de regeneración social y representante de la "raza mexicana"; pero que, a la par, plantean al "blanco" como condición de necesidad para la existencia del propio "mestizo", y como su condición de posibilidad para que evolucione hacia el blanqueamiento. Sin embargo, entre estos discursos de finales del siglo XIX, se hacen distinciones entre los diferentes tipos de "mestizos". Por lo menos de dos: el "mestizo de buena cuna" y el "mestizo vulgar". El primero es el hijo de "familias estables" que goza de "educación social"; mientras que el segundo es "hijo del amasiato" y forma parte del "bajo fondo de la sociedad" y "es la hez de la misma". El "mestizo vulgar", es el "pelado"; el "nómada urbano" que se vuelve elemento "destructor, el disolvente, que flota como escoria en cierto tiempo en las calles", que "hincha los presidios", y en sus costumbres "vive desgarrado y sin muebles" y "sólo satisface sus apetitos"¹⁵⁵. Es decir, se hace una diferencia, "científicamente", entre el "mestizo" blanqueado y el "mestizo" degenerado.

Pero curiosamente, incluso en la imagen del "mestizo vulgar" ya aparecen algunos elementos de blanquitud, de eso que Echeverría reconoce como los comportamientos y actitudes asumidas y expresadas para habitar la modernidad capitalista. El abogado y político hidrocálido Ezequiel Chávez, lo definió con palabras que hoy se leerían como símbolo de una actitud "empresarial" y meritocrática: "siendo [...] un desheredado y no habiendo tenido ninguna o casi ninguna familia constituida, ni para él ni para sus abuelos, ha comprendido bien *que todos sus triunfos y sus goces los debe a su arrojo, a su valor personal y que no debe esperar nada de nadie*". Es decir, como un individuo que se ha hecho a sí mismo a través de su esfuerzo personal. Esto también es parte del ethos de la blanquitud y, quizás dice más de lo que las élites esperaban encontrar en los "mestizos vulgares" que de la presencia real de estas atribuciones en la población. Como observó

¹⁵⁵ "Ensayo sobre los rasgos distintivos de la sensibilidad como factor del carácter mexicano" (Memoria presentada por el Lic. Ezequiel Chávez), *Revista Positiva*, Ciudad de México, 1º de marzo de 1901.

Guillermo Zermeño, el mestizo fue convertido en una figura-ícono, deseoso de asenso y abierto a toda clase de deseos, precisamente por su falta de raíces, representando “el surgimiento de un nuevo espíritu empresarial dinámico”¹⁵⁶.

Pero, al mismo tiempo, ese “mestizo vulgar” no es todo lo que se espera que sea. Ezequiel Chávez también lo define como perezoso, “sin residencia duradera, [e] incapaz de asociar en sus emociones lo futuro, ni concibe la economía”¹⁵⁷, apareciendo aquí su falta de “higiene económica” en su rechazo al ahorro, tema sobre el que se volverá en otro capítulo. Finalmente, lo retratará como la antítesis del “mestizo superior” quien, para Chávez, posee una sensibilización innata que lo intelectualiza y desarrolla en él “fecundas ideas que se transforman en ideales”; por ello ha sido el “mestizo superior”, o de “buena cuna”, el que ha sentido el ímpetu de la Independencia, la Reforma, la democracia, la instrucción obligatoria y “la civilización profusa”¹⁵⁸. Pues no todos los “mestizos” son iguales pero, definitivamente, eran diferentes de los “indígenas”.

Esta diferencia se puede apreciar en una curiosa discusión que siguió al descubrimiento de los restos de una mujer de nombre María Concepción Hernández, encontrada en la calzada de “Noncalco”. Los peritos mexicanos discutían para poder establecer si la mujer era “indígena” o “mestiza”, tomando como evidencia supuestos elementos frenológicos relativos a deformidades del cráneo: “Aún no está completamente definida la general en el cráneo de aquella raza antigua [indígena], y respecto de la actual raza mestiza”; puesto que hay “muchos antropólogos y médicos que acusan a la simple vista y sin entrar a mediciones de ninguna clase, deformidades más o menos prominentes del lado izquierdo de la parte occipital”, pero, en el caso de los mestizos, “la deformidad no constituye una regla absolutamente general”¹⁵⁹.

¹⁵⁶ Zermeño, *op. cit.*, p. 297.

¹⁵⁷ “Ensayo sobre los rasgos distintivos de la sensibilidad como factor del carácter mexicano”, *op. cit.*

¹⁵⁸ *Idem.*

¹⁵⁹ “El esqueleto de Concepción Hernández. Los dictámenes de los peritos”, *El Universal*, Ciudad de México, 30 de octubre de 1894.

En buena parte de América Latina, las clasificaciones se simplificaron en cuatro: "indios", "mestizos", "europeos" y "negros"; así aparece en *Pueblo enfermo* del boliviano Alcides Arguedas y en algunas topografías médicas, como el *Ensayo de geografía médica* (1889) del mexicano Domingo Orvañanos, donde los "blancos" llegan a ser descritos como "gente de razón". La división podía simplificarse en una tripartita al invisibilizar a la población de origen africano, como hacía un periódico mexicano en 1893, al clasificar a la población en "europeos y criollos", contabilizados como la minoría; y seguidos en número por "indígenas" y "los mestizos", siendo estos últimos la mayoría de la población¹⁶⁰. Esta división en realidad seguía criterios sociales, pues se señalaba que tanto "europeos y criollos", como "mestizos", eran quienes habitaban las ciudades, mientras que los "indígenas" vivían en el mundo rural. Una división que será importante cuando la *intelligentsia* profiláctica, encarnada por los funcionarios higienistas, identifique como hábitos "indígenas" o "incivilizados" a todos aquellos relacionados con la vida rural y como "no indígenas", es decir, "blanco-mestizos", aquellos comportamientos propios de las ciudades, como observaremos a detalle en los capítulos siguientes.

Para la segunda mitad del siglo, la pregunta nacional será cuál de estas "razas" podría ser considerada la representación de la "raza nacional". Y aunque las élites se decantaron por la "mestiza" y la "blanca", existieron discursos indigenistas, en cierta medida, contrahegemónicos, que coquetearon con la idea de una nación indígena¹⁶¹. Un ejemplo puede observarse en el periódico *Regeneración*, donde se cita un artículo del *Colmillo Público* de 1905, un semanario también antiporfirista y magonista. En dicho texto se denuncia el oprobioso mar de calumnias que circula entre la población sobre el "carácter moral" de los indígenas:

¹⁶⁰ "1,985,117 europeos y criollos; 4,492,638 mestizos; 3,970,234 indígenas" ("La cuestión agraria en México", *El Siglo Diez y Nueve*, Ciudad de México, 21 de junio de 1893).

¹⁶¹ Pérez Vejo, "Raza y construcción nacional", *op. cit.*

¿Qué son los indios según estas opiniones? Fisiológicamente unos degenerados; etnográficamente, los miembros de una raza próxima a extinguirse; históricamente, anacrónicos representantes del pasado, y socialmente, bestias de carga. Pero para nosotros son hombres, son ciudadanos y hay que clamar por que su situación se alivie, hay que pedir que se arroje una poca de luz sobre la tenebrosidad inmensa de su vida [...] ¹⁶²

Más adelante, y aunque no se deja de emplear un lenguaje racalista, se esboza una crítica en contra de la idea de civilización y sobre las diferencias que se hacen entre indios y “gente de razón”, y se propone volver la mirada hacia la cultura india como una opción regeneradora para la nación:

¡Se dice que el indio es refractario a la civilización! pero no se piensa que para él civilización significa tiranía absoluta [...] recuérdese la odiosa diferencia que todavía existe en muchos pueblos, entre los indios y “los de razón”. ¿No es lógico que aquellos en su natural instinto de libertad prefieran el aislamiento de su cabaña libre a la sociedad esclavizadora de las ciudades? [...] Pero la megalomanía de los poderosos les ha impedido comprender que tal vez en esa raza se encuentre la solución del problema de nuestro futuro [...] quizá en medio de vuestras desventuras y de vuestras miserias, llevéis el germen de una savia ruda pero vivificadora, capaz de inyectar vigores en los ruinosos organismos de nuestra raza y capaz de darnos la salvación nacional con la salvación fisiológica, hoy que el peligro del Norte se hace cada vez más grande y más inminente ¹⁶³.

Esto también puede encontrarse en la obra de Vicente Riva Palacio, quien exaltó a la “raza indígena” por ser más evolucionada y encontrarse en un periodo de perfeccionamiento y progreso corporal superior al de todas las razas conocidas. Esto por carecer de apéndices cutáneos (barba y bigote) y por haber sustituido un canino por un molar, como signos claros de evolución. Pero continuaba profetizando que, en una o dos centurias, se formaría el “verdadero mexicano” del porvenir, tan diverso del español y del indio, como el italiano del alemán, como un sujeto más “mestizo” ¹⁶⁴.

¹⁶² Enjolras, “Los indios bajo el actual gobierno”, *Regeneración*, Ciudad de México, 4 de marzo de 1905.

¹⁶³ *Idem*.

¹⁶⁴ González Navarro, “Las ideas raciales de los científicos, 1890-1910”, *op. cit.*

Otros personajes tomaron distancia del racismo científico en lo que a los "indígenas" se refería: Agustín Aragón tachó al darwinismo social de exagerado y absurdo, criticando su ambigüedad en el uso del concepto "apto" y rechazando su aplicación que proponía la desaparición de la "raza indígena". El español radicado en México, Telésforo García, negó la existencia de razas superiores en potencia, señalando que la superioridad sólo podía existir en el acto y dependiendo de su capacidad colectiva. Mientras que José Ives Limantour y Ricardo García Granados combatieron la idea de la inferioridad racial. El primero criticando que fuese atribuida a las condiciones geográficas desfavorables y a la constitución orgánica, y el segundo destacando las cualidades físicas de los "mestizos", tomando distancia de las visiones gobinianas del mestizaje como degeneración y decadencia civilizatoria¹⁶⁵.

Pero otros personajes como O. Peust, sostenían que México estaba dividido entre una raza inferior de indígenas y una minoría superior dominante de caucásicos, representados mayoritariamente por españoles, que constituían el factor de progreso al que había que unir a los "mestizos" e "indios". Mientras que Molina Enriquez afirmaba que la corona le había dado a los "indios" un tratamiento adecuado para su edad evolutiva. Y, aunque algunos "indios" podían regenerarse mediante la educación, no todos lo eran, de manera que la regeneración de México era imposible, porque dos tercios de su población eran indios¹⁶⁶.

Si bien la tendencia liberal triunfante había desarrollado una narrativa que exaltaba el pasado indio y condenaba a los elementos extranjeros, este discurso se volvió problemático frente a los postulados del racismo científico, que pregonaba la mala calidad étnica de las poblaciones nativas, consideradas vestigios de "razas primitivas" al margen de evolución. Para Pérez Vejo, esta contradicción fue resuelta, sin negar la mala calidad étnica de los "indios", al atribuirle sus deficiencias a la degradación producida por la

¹⁶⁵ *Idem.*

¹⁶⁶ *Idem.*

conquista y la Colonia. Así se hizo una separación entre los "indios" históricos del pasado, y los degenerados contemporáneos, un pueblo inferior que debía ser regenerado a través de su "mestizaje" con la "raza blanca", una idea que se tornó un lugar común dentro del discurso público decimonónico¹⁶⁷. Es decir, el "mestizaje" de nuevo aparece como proceso de blanqueamiento, pero también como solución a los problemas sociales y a las propias contradicciones del discurso de identidad nacional.

2.6 Higienismo y blanquitud

Como puede observarse tras lo planteado anteriormente, el blanqueamiento estaba pensado para operar sobre los grupos racializados que eran identificables tanto por su origen étnico, como por sus características "raciales" y socioculturales, donde las costumbres relativas a la higiene jugaron un papel importante. Desde el discurso de poder de las élites, estos comportamientos atávicos debían ser transformados y esto se intentaría a través de la intervención de la vida cotidiana de los sujetos racializados.

Entre los diversos proyectos de intervención para el blanqueamiento de las poblaciones, retomaremos el de la implementación de amplias reformas urbano-sanitarias, a través de las cuales se intentó modificar las relaciones sociales mediante el saneamiento del cuerpo urbano y sus habitantes, en un sentido modernizador y de blanquitud. Las reformas urbanas implicaron la construcción y ampliación de avenidas, la demolición de tugurios del "populacho" en los centros de las urbes, la construcción de planeados barrios obreros bien ventilados, de paseos y jardines en el espacio público, así como la implementación de infraestructura de desagüe y alcantarillado para la salubridad pública. En conjunto: una verdadera cruzada sanitaria: el saneamiento del cuerpo social para extirpar los hábitos y comportamientos de los grupos oprimidos y racializados, considerados racialmente inferiores y no integrados a la nación.

¹⁶⁷ Pérez Vejo, "Raza y construcción nacional", *op. cit.*

Estas reformas urbanas implicaron un blanqueamiento de la ciudad y sus habitantes, junto con una concepción moralizadora del cuerpo, de la familia, de la salud y del trabajo. Lo que se traducía en una nueva  tica como una nueva forma de habitar el espacio con hábitos y comportamientos modernos y "blancos". Estas reformas, además, ocurrieron dentro de un momento global, más allá de Europa y América Latina, como se observar  en el siguiente capítulo, en un momento en el que convergen diversos procesos: el crecimiento demográfico, la urbanización no planificada y posibilitada por la industrialización, la migración, los desarrollos científico-técnicos y la consolidación de la salubridad pública.

3. El orden global de la ciudad blanca: higienismos latinoamericanos e intervenciones urbanas

Dime dónde habitas y te diré quién eres.

Dr. Fussagrieves

(*El Siglo Diez y Nueve*, Ciudad de México, 1892)

Esta hermosa y gran ciudad de México es buenamente inhabitable; es una excrecencia fungoide que por uno de tantos caprichos de la naturaleza presenta la apariencia de una simétrica distribución de casas y de monumentos, cuya base *¡horrible dictu!*— es una inmensa masa de... de... en fin, de productos digeridos en plena putrefacción. [...] ¡Ay! Lo peor es que lejos de propender a escaparse de esa epidermis de miasmas, los mexicanos parecen recrearse en la contemplación de la lepra que los invade. No hay en toda la ciudad cien personas que piensen en la higiene pública; no hay diez que vituperen el espectáculo de los carretones y toneles de la *limpia*, no hay cinco que protesten contra la periódica exhibición de cieno, en todos los grados de fermentación y en todos los matices del iris, con que los Ayuntamientos nos obsequian¹⁶⁸.

“Escatópolis”. Así se titula este artículo publicado en 1880 donde, entre otros asuntos, se intenta calcular la cantidad anual de “materias sólidas” evacuadas por los habitantes de la Ciudad de México. En un ejercicio de estadística escatológica, se estiman 36,500 toneladas de sustancias fecales al año, equivalentes tan sólo a una parte representativa del total de “abono humano” depositado en el fondo y alrededores de la capital desde su fundación: 9,146,900 toneladas de excrecencias. Para su autor, que firma con el quijotesco

¹⁶⁸ Recio, Pedro, “Escatópolis”, *El Centinela Español*, Ciudad de México, 8 de marzo de 1880.

seudónimo de “Pedro Recio”¹⁶⁹, bien podían formar una montaña del tamaño de cinco pirámides de Keops, pero yacen en las profundidades del Lago de Texcoco junto con el resto de los desechos de las letrinas y cocinas de la urbe.

Esta crónica que expresa el malestar causado por una percibida insalubridad urbana y posiblemente escrito por un médico higienista, pretendía denunciar la falta de un sistema eficiente de atarjeas. Pues para el sentido común profiláctico de las élites coetáneas, la ausencia de cañería moderna había convertido a la ciudad entera en un “foco de infección”, del que emanaban miasmas y olores “hediondos” respirados por los habitantes, pequeños vehículos de enfermedad y muerte.

En realidad, las preocupaciones vertidas en “Escatópolis” son sintomáticas de toda una época. De un momento en que la cuestión de la salubridad e higiene públicas – principalmente en lo relativo a las ciudades– comenzaron a colocarse en el centro de las intervenciones del Estado, no sólo en el Occidente europeo, sino también en la América sajona, América Latina, Asia y África. Hacia finales del siglo XIX, el discurso higienista se hacía oír con mayor fuerza denunciando las condiciones insalubres de las urbes: la falta de pavimentación, de sistemas de alcantarillado, agua potable y recolección de basura, así como la ausencia de vigilancia y normas de higiene para hospitales, mercados, mataderos, cementerios, escuelas, fábricas y viviendas. Estas condiciones insalubres, pensaban los higienistas, abonaban grandemente a diseminar enfermedades infecto-contagiosas, cuyos brotes epidémicos y pandémicos eran cada vez más frecuentes y se extendían primero entre las clases populares, por su falta de educación higiénica, poniendo en riesgo al resto de la urbe y a la “gente decente”.

¹⁶⁹ El doctor Pedro Recio (mal) Agüero de Tirteafuera es un personaje de *El Quijote* que, en nombre de la higiene alimentaria y como estricto observante de las doctrinas de Hipócrates, impide a Sancho Panza (en ese momento Gobernador de la Ínsula Barataria), en pleno banquete, comer todo aquello que es nocivo a la salud, como un verdadero censor alimentario (Cervantes, Miguel de, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Madrid, Espasa-Calpe, 1966).

El movimiento higienista se presentó a sí mismo como la única barrera contra la enfermedad biológica y social, como una ciencia totalizadora que podía sanear a las ciudades y sus habitantes, en todas las facetas de la vida. Y que no distinguía jerarquías entre el origen de las enfermedades: sus causalidades podían ser infinitas como observa Bruno Latour¹⁷⁰, pero en términos efectivos se terminaban cristalizando en los cuerpos y prácticas de los pobres. De allí que la idea de sanitización o higienización social pudiese acompañarse de un discurso moralizador y de clase, que llegó a expresar trasfondos racistas y con prejuicios de clase. En nombre de la higienización que se equiparaba con la salud, se desplegó una medicalización autoritaria sobre la pobreza y se criminalizó a las clases populares como las culpables de la enfermedad y la degeneración de la vida urbana.

No resulta extraño que el mismo diario que imprimió "Escatópolis", publicase tan sólo un mes antes una nota sobre quiénes eran los culpables de la insalubridad de la capital: la "clase baja", con sus "costumbres impuras y embrutecedoras", porque en "el desaseo público [...] se revelan los hábitos, costumbres, gustos, sentimientos y carácter de un pueblo"¹⁷¹. La higiene era entendida como una reprobación de los "descuidos" populares, con sus promiscuidades, excesos y vicios incontrolados,¹⁷² prácticas que debían ser sanitizadas y moralizadas.

En la mirada de los higienistas, las arcaicas, antihigiénicas e inmorales costumbres populares no sólo se interponían en el camino al progreso; también constituían un riesgo sanitario y de clase, pues para "vengarse del inhumano desprecio en que los deja perecer la sociedad en que viven", los pobres pasean sus cuerpos "rodeado[s] de un aura miasmática" por toda la ciudad, provocando "que la elegante dama viva pálida y

¹⁷⁰ Latour, Bruno, *The pasteurization of France*, Cambridge, Massachusetts, London, England, Harvard University Press, 1993.

¹⁷¹ "Ornato y policía", *El Centinela Español*, Ciudad de México, 29 de febrero de 1880.

¹⁷² Vigarello, *op. cit.*

enfermiza, y que el niño mecido en cuna de marfil vea que la muerte le ofrece el seno y despierte ahogándose con las horribles natas de la difteria”¹⁷³.

Es precisamente sobre la relación que existe entre estos higienismos blancos, urbanos y de clase, con algunas de sus expresiones latinoamericanas, que versa este capítulo. Sobre el higienismo urbano como un fenómeno que se desarrolló durante un momento global, en medio de crisis sociales y epidemias de cólera, pero resultando en un movimiento transnacional que produjo y circuló conocimientos y prácticas de dimensiones mundiales.

3.1 Higienismos entre-pandémicos y discursos transnacionales

Al igual que en épocas anteriores, el largo siglo XIX estuvo atravesado por epidemias. Fiebre amarilla¹⁷⁴, peste bubónica y neumónica¹⁷⁵, tifo¹⁷⁶, viruela¹⁷⁷, malaria¹⁷⁸,

¹⁷³ “Las casas de vecindad”, *La Patria. Diario de México*, Ciudad de México, 22 de mayo de 1890.

¹⁷⁴ La fiebre amarilla, vómito negro o plaga americana, es causada por un virus transmitido por los mosquitos *Aedes* y *Haemagogus*, endémica en los trópicos. Causó diversas epidemias durante el siglo XIX: en España: 1800-1803, 1819 y 1821; Saint-Domingue (durante la Revolución haitiana): 1802-1803; Estados Unidos: 1793, 1820, 1841, 1843, 1847, 1853, 1878; Norfolk, Inglaterra: 1855; Lisboa, Portugal: 1857; las Antillas: 1864; y Buenos Aires, Argentina: 1871.

¹⁷⁵ Peste bubónica es el nombre de la infección causada por la bacteria *Yersinia pestis*; pero cuando afecta los pulmones se le llama peste neumónica. Se propaga por la picadura de pulgas infectadas, o por la exposición a fluidos corporales de animales infectados. Junto con otras cepas bubónicas, provocó la epidemia conocida como “muerte negra” o “peste negra” en Europa, entre 1347 y 1351. Durante el siglo XIX, provocó epidemias en el Imperio otomano, 1801, 1812-1819, 1853, 1876; Egipto, 1812, 1834-1836; Malta, 1813-1814; Rumania, 1813; Persia, 1829-1835; Bombay, India, 1896-1905; Porto, Portugal, 1899; San Francisco, EU, 1900-1904; Sydney, Australia, 1900; India, 1903; y China, 1910-1912 (Gottfried, Robert S, *La muerte negra*, México, FCE, 1989).

¹⁷⁶ El tifus o tifo, es una enfermedad infecciosa producida por las bacterias del género *Rickettsia*, que se trasmite por la picadura de piojos, pulgas, ácaros y garrapatas que portan diferentes aves y mamíferos. Durante el siglo XIX se presentaron epidemias de tifo de grandes dimensiones en Rusia, 1812; Irlanda, 1817-1819; Nueva York, Estados Unidos, 1818, 1837; París, Francia, 1841; Canadá, 1847-1848; Irlanda, 1847; Europa, 1876; Grecia, 1883. Pero era una dolencia recurrente en las ciudades.

¹⁷⁷ Hoy erradicada, la viruela es una grave enfermedad infectocontagiosa de gran letalidad, causada por el virus *Variola virus*. En el siglo XIX causó epidemias en Nueva Gales del Sur, 1789-1790; Portugal, 1814; Australia, 1828-1829, 1857; Territorios libres de las planicies centrales (hoy EU y Canadá), 1831-1834, 1837-1838; Colonia del Cabo (hoy Sudáfrica), 1840; Europa, 1870-1875; y Canadá, 1863-1863, 1885.

¹⁷⁸ La malaria se transmite a los humanos a través de la picadura de mosquitos *anofeles* infectados con parásitos. Causó epidemias en el siglo XIX en los Países Bajos, 1829 y en el Pacífico norte, 1829-1833.

sarampión¹⁷⁹ y enfermedad del sueño¹⁸⁰, por mencionar algunas; además de los ocasionales brotes de dengue, disentería y fiebre tifoidea¹⁸¹. Igualmente recurrentes fueron las epidemias de cólera e influenza, cuyos brotes llegaron a alcanzar dimensiones mundiales. Seis pandemias de cólera¹⁸², cuatro de influenza¹⁸³ y una larga pandemia regional de peste bubónica¹⁸⁴ atravesarían el largo siglo XIX.

¹⁷⁹ El sarampión es causado por el virus *paramyxoviridae* del género *Morbillivirus* cuando infecta a los seres humanos. Aunque hoy día existe vacuna, en el largo siglo XIX causó epidemias en Estados Unidos, 1788; Hawái, 1848-1849; Australia, 1867; Islas Fiji, 1875; y Chile, 1899-1900.

¹⁸⁰ También denominada "trpanosomiasis africana humana", la enfermedad del sueño se transmite por la picadura de la mosca tse tsé infectada, nativa de África. En el siglo XIX produjo epidemias en la cuenca del río Congo, África central, entre 1896 y 1906; y en Uganda, entre 1900 y 1920.

¹⁸¹ Muy extendido en los trópicos, el virus del dengue es causado por la picadura de mosquitos hembras *Aedes aegypti* y *Ae. albopictus*, que también son vectores de los virus de la fiebre chikungunya, la fiebre amarilla y el Zika. La disentería es un trastorno inflamatorio del intestino causado por una infección bacteriana, de protozoos, o por una infestación de parásitos, aunque también puede atribuirse a irritantes químicos o una infecciones virales. Mientras que la fiebre tifoidea es una infección producida por la bacteria *Salmonella typhi*, que se propaga a través de alimentos, agua o bebidas contaminadas.

¹⁸² El cólera, conocido como flujo de bilis, es una enfermedad bactriana originaria de los grandes deltas del Asia meridional. Con la mundialización del comercio, dejó de ser endémica y tomó dimensiones epidémicas globales. La primera pandemia de cólera se extendió por Eurasia entre 1817 y 1824, comenzando su largo viaje desde Calcuta, pasando por Java y Borneo, China, Ceylán, Persia, Arabia, Siria y Cochinchina, para alcanzar los confines del imperio ruso y después el Mar Caspio y las orillas del Volga, invadiendo Europa. La segunda pandemia se extendería igualmente por Eurasia y llegaría a Norteamérica, entre 1826 y 1851. La tercera alcanzó a Eurasia, África y América, entre 1851 y 1860. La cuarta recorrió Eurasia y América, entre 1863 y 1879. La quinta se extendió por Afroeurasia y América, entre 1881 y 1896. Y la sexta pandemia de cólera tendría presencia en Afroeurasia, entre 1899 y 1923 (Martínez Ortega, Bernardo, "El cólera en México durante el siglo XIX", *Ciencias. Revista de cultura científica*, no. 25, enero-marzo, 1992, pp. 37-40; Castañeda Guillot, Carlos; Ramos Serpa, Gerardo, "Principales pandemias en la historia de la humanidad", *Revista Cubana de Pediatría*, v..92, suplemento 1, Ciudad de la Habana, 2020).

¹⁸³ Pandemias de influenza se hicieron sentir en Eurasia entre 1830 y 1848; y en Europa y América, entre 1857-1859. Una tercera pandemia denominada "gripe rusa" o influenza A H3N8, ocurrió entre 1889-1890, con cuatro reapariciones posteriores en el curso de los cuatro años siguientes: marzo-junio de 1891, noviembre de 1891-junio de 1892, la primavera de 1893 y el invierno de 1893-1894, propagándose por Rusia, Europa, América y Australia. Mientras que la cuarta pandemia, llamada "gripe española" o influenza A H1N1, acaeció entre 1918-1919, a finales de la Primera Guerra Mundial; su epicentro estuvo en Estados Unidos pero se diseminó rápidamente por el resto de América y Eurasia (*idem*).

¹⁸⁴ India y China, 1855-1960.

Los brotes infecto-contagiosos se agudizaban con las crisis económicas y alimentarias, además de ser inseparables compañeros de las guerras, insurrecciones y revoluciones, tan frecuentes en siglo XIX, testigos de cotidianos brotes de cólera, tifo y fiebre amarilla. Si bien la mera presencia de epidemias y pandemias no fue un rasgo distintivo del XIX, la creciente interconectividad del comercio provocó, de manera inédita hasta ese momento, la aceleración de los ritmos y frecuencia de los contagios, y extendió la amplitud de los brotes.

Las condiciones de la vida urbana, particularmente hacia mediados y finales del siglo, también incidieron en la proliferación de los brotes epidémicos. Los centros urbano-industriales se expandían y comenzaban a concentrar a poblaciones migrantes del campo, para nutrir las filas de las clases trabajadoras. Los recién llegados que eran confinados a reducidos espacios en fábricas y barrios marginales sin servicios de infraestructura sanitaria, constituyendo perfecto caldo de cultivo para futuras epidemias. La frecuencia y consecuencias de los brotes epidémicos se tornaron un problema para los dueños del capital y las autoridades de gobierno, debido a que paralizaban las ciudades, interrumpían el comercio e incapacitaban a las y los trabajadores, cuyos cuerpos eran considerados una suerte de recurso natural.

Fue en reacción a las estragos dejados por las pandemias –particularmente de cólera– y buscando su prevención, que se consolidaría la salubridad pública moderna, como una política de Estado. Aunque en términos estrictos no era una novedad. En realidad, la salud pública moderna del siglo XIX recuperó, sistematizó, centralizó y extendió prácticas de policía médica que habían operado con cierta claridad desde el XVIII tanto en Europa¹⁸⁵

¹⁸⁵ Institución formada por un cuerpo de funcionarios médicos con competencias definidas a nivel municipal. Operó en Italia, el Imperio austriaco, Lombardía, los Países Bajos austríacos y holandeses, en los estados alemanes y la república de Zúrich. Organismos similares operaron en Rusia y Francia, donde la intervención de gobierno fue menos sistémica. Mientras que en Inglaterra no existía un cuerpo equiparable a una policía médica burocrática y centralizada, sino médicos privados (Haudemann-Simon, Calixte, *La conquista de la salud en Europa 1750-1900*, Madrid, Siglo XXI España, 2017).

como en América, con propuestas tempranas como las del quiteño Eugenio Espejo, el novohispano Hipólito Villarroel, y el peruano José Hipólito Unanue¹⁸⁶. En estos higienismos dieciochescos, ya se apreciaba un interés en la vigilancia de la calidad del medio ambiente, así como en el control de las prácticas sanitarias populares, aunque entre la población fuera común que la enfermedad se entendiese como un castigo divino.

De la mano de la consolidación de la salubridad pública moderna, tomaron fuerza movimientos reformistas sanitaristas como el urbanismo, la eugenesia y el higienismo; todos ellos producto de una época “entre-pandémica”¹⁸⁷ que, en América Latina, también se expresaría en la preocupación por diseñar y aplicar intervenciones dirigidas a prevenir la aparición de enfermedades, particularmente de aquellas dolencias que poseían potencial epidémico. Mientras la eugenesia centraba su atención en los cuerpos sufrientes que, por herencia o hábito, eran incapaces de integrarse a la estructura productiva¹⁸⁸, el higienismo se distinguió por tomar como bandera la cruzada contra las enfermedades, tanto las de naturaleza infecto-contagiosa como las dolencias “sociales” causadas por los llamados comportamientos antihigiénicos.

Quizás para un lector desprevenido, el movimiento higienista pueda ser reducido a una expresión típicamente occidental, lo que pondría en entredicho su condición global. Sin

¹⁸⁶ C.f.r. Espejo, Eugenio, *Reflexiones acerca de un método para preservar a los pueblos de las viruelas* (1785); Villarroel, Hipólito, *Enfermedades políticas que padece la capital de esta Nueva España en casi todos los cuerpos de que se compone y remedios que se la deben aplicar para su curación si se quiere que sea útil al Rey y al público* (1785-1786); Unanue, José Hipólito, *Observaciones sobre el clima de Lima y su influencia en los seres organizados, en especial el hombre* (1806). En estos trabajos ya se identifica una tradición de topografía médica ilustrada que tuvieron eco en toda América Latina (Kingsman Garcés, Eduardo, *La ciudad y los otros. Quito, 1860-1940. Higiene, ornato y policía*, Ecuador, Flacso Ecuador/Universitat Rovira i Virgili, 2006).

¹⁸⁷ Si bien el término “inter-pandémico” es utilizado por la Epidemiología para referirse a una de las fases de alerta de una pandemia durante la cual no se tienen detectados nuevos subtipos de virus zoonóticos con potencial epidémico, aquí se emplea en el mismo sentido que el término “entreguerras” o “interbellum”, para referirse a un periodo de tiempo existente entre dos acontecimientos históricos importantes. En este caso, estos eventos referenciales son las pandemias decimónicas de cólera e influenza acaecidas a lo largo del siglo XIX.

¹⁸⁸ Reggiani, Andrés Horacio, *La eugenesia en América Latina*, México, El Colegio de México, 2019.

embargo, el contexto entre-pandémico que lo vio consolidarse fue común a sociedades asiáticas, africanas y del Pacífico, y no sólo al mundo euroamericano, aunque no todas estas sociedades enfrentaron el reto de la salud pública de la misma manera. Si bien, existían tradiciones de conocimiento médico y culturas “higiénicas” propias, algunos autores han llamado la atención sobre un proceso de “modernización higiénica” extendido más allá de Occidente en este momento finisecular.

Ruth Rogaski toma el concepto de “modernización higiénica” como una traducción del término chino *weisheng*, que hoy es entendido como higiene, salud y salubridad pública, en el sentido moderno. Sin embargo, el *weisheng* sufrió una transformación durante el siglo XIX que lo alejaría de la cosmovisión tradicional china. De comprender una serie de técnicas y prácticas de alimentación, meditación y herbolaria para guardar la vitalidad interna –tal como aparecía en escritos médicos, manuales domésticos y textos “clásicos” chinos–, pasó a ser subsumido a la esfera del poder estatal imperial. Su significado comenzó a aproximarse cada vez más a los estándares científicos higienistas y al discurso occidental de la limpieza de los cuerpos y aptitud de las “razas”. Esto no era extraño en un momento en que el discurso racalista se había tornado el lenguaje común de la ciencia y la política¹⁸⁹.

La autora identifica que, con la llegada del imperialismo armado europeo a China –a través de las Guerras del opio¹⁹⁰–, el *weisheng* pasó a constituir una forma de conocimiento técnico-instrumental que guiaría las reformas sanitarias y modernizadoras de las urbes chinas¹⁹¹. O, dicho de otro modo, el *weisheng* fue colonizado por una forma de higienismo blanco, eurocentrado y burgués. Esto indicaría que el dominio europeo también se expresó a través de una colonización higienista sobre cuerpos y culturas, que

¹⁸⁹ Geulen, *op cit.*

¹⁹⁰ Las dos guerras del opio ocurrieron entre 1839 -1842, y 1856-1860.

¹⁹¹ Rogaski, Ruth, *Hygienic Modernity: Meanings of Health and Disease in Treaty-Port China* London, University of California Press, 2004.

terminó por imponer –aunque no de manera absoluta– las nociones modernas, occidentales y capitalistas de higiene como sinónimo de la vida civilizada. Este proceso se desarrolló de manera desigual, gradual y con ritmos diferenciados, extendiéndose hasta mediados del siglo XX, y en ese sentido, puede entenderse como una forma de blanquitud.

Si bien los significados de lo limpio y lo sucio no pueden ser considerados universales, pues constituyen prácticas ritualizadas propias de contextos culturales e históricos concretos, esto se transformaría con la hegemonía de la modernidad capitalista. Durante el siglo XIX, el siglo del colonialismo europeo por excelencia, las nuevas condiciones de la ciudad industrial moderna, que también se extendía paulatinamente, terminaron por transformar la cultura de la limpieza y la higiene al modo europeo-occidental. Esta cultura higiénica se presentaba con fundamentos científicos –resultado de afirmaciones empiristas que reforzaban las observaciones del acrítico sentido común– y sería extendida con la expansión colonial. Para explicar la insalubridad urbana, el higienismo moderno comenzó a vincular hedor y suciedad a espacios y cuerpos específicos. Y los lugares sospechosos e insalubres eran, siempre y primero, aquellos donde se acumulaba el bajo pueblo. Esos sitios habitados por sujetos a quienes no siempre les protegía la ropa interior, los zapatos, el perfume, la ducha y la ropa blanca. Como ha observado Georges Vigarello, la higiene pública moderna se conceptualizó como una reprobación de las prácticas del pueblo¹⁹².

La modernización higiénica no sólo colonizó a las élites reformadoras chinas finiseculares de la dinastía Qing y después del *Kuomintang*¹⁹³; también había coqueteado, lustros antes, con los burócratas japoneses de la Restauración Meiji y los reformistas coreanos contemporáneos, que se tornarían impulsores de políticas de saneamiento urbano alineadas a los cánones europeo-occidentales (o mejor dicho, moderno-capitalistas), en sus respectivas naciones. Para ello, misiones diplomáticas

¹⁹² Vigarello, *op. cit.*

¹⁹³ *Kuomintang* fue el nombre del Partido Nacionalista Chino fundado tras la Revolución de 1911.

japonesas y coreanas fueron enviadas a Europa y Estados Unidos, a finales del siglo XIX, para observar y evaluar los desarrollos industriales “occidentales”. La delegación japonesa, encabezada por Iwakura Tomomi, recorrió ciudades europeas entre 1871 y 1873, recogiendo y sistematizando información sobre las políticas de salud pública y saneamiento urbano, con singular interés en los sistemas de suministro de agua y alcantarillado, parques, jardines y hospitales¹⁹⁴. Por su parte, Kil-Chun Yu, miembro de la primera delegación oficial coreana enviada a Estados Unidos entre 1887 y 1889, publicó sus observaciones sobre industria y gobierno que incluían una evaluación sobre la salubridad urbana, con especial atención en las leyes sanitarias estadounidenses¹⁹⁵.

En las obras publicadas por estos diplomáticos japoneses y coreanos, aparecen ya ideas higienistas, como las teorías miasmáticas de la enfermedad¹⁹⁶ (que competían con las teorías microbianas), un indicador que muestra la extensión de un discurso científicista transnacional que se movía entre Eurasia y América, como un lenguaje común y compartido. Los conocimientos higienistas circulaban globalmente a través de redes científicas y políticas, anudadas en las conferencias sanitarias internacionales¹⁹⁷, donde se discutían los avances científicos en torno al estudio, tratamiento y prevención de las

¹⁹⁴ Estas impresiones fueron publicadas en 1873, en una obra de cinco tomos titulada *The Iwakura Embassy 1871–1873: Account of the Ambassador Extraordinary & Plenipotentiary's Journey of Observation*.

¹⁹⁵ Kil-Chun Yu publicó su obra *Seoyugyeonmun* en 1895.

¹⁹⁶ Min, You-Ki, Park, Sam-Hun, “East Asian’s Perception of Western Countries’ Urban Hygiene and Public Health in the Late Nineteenth Century: A Review Article”, *Iranian Journal of Public Health*, 2017, October, no. 46, v. 10, pp. 1309–1317.

¹⁹⁷ La primera Conferencia Sanitaria Internacional se celebró en París (1851) y fue escenario de debates sobre las cuarentenas marítimas para contener el cólera en el Mediterráneo. Participaron representaciones de gobiernos europeos, así como de Rusia y el Imperio Otomano. Le seguirían conferencias nuevamente en París (1859, 1894 y 1903), Constantinopla (1866), Viena (1874), Washington (1881), Roma (1885), Venecia (1892 y 1897) y Dresden (1893), que ya reunían una veintena de representaciones de gobiernos de Eurasia y América. Para 1907, se fundaría la *Office International d'Hygiène Publique*, con sede en París. (*The First Ten Years of the World Health Organization*, Geneva, WHO, 1958). En el caso de la eugenesia, desde la década de 1890 este movimiento tuvo presencia en treinta países, incluyendo a naciones latinoamericanas (Adams, Mark B., *The Wellborn Science. Eugenics in Germany, France, Brazil and Russia*, New York, Oxford University Press, 1990).

enfermedades infecto-contagiosas, así como de las posibles medidas de higiene y salubridad que podían contener los brotes dentro y fuera de las fronteras.

La primera Conferencia Sanitaria Internacional se celebró en París en 1851 y fue escenario de debates sobre las cuarentenas marítimas contra el cólera en el Mediterráneo, donde no sólo participaron representaciones de gobiernos europeos sino también de Rusia y el Imperio Otomano¹⁹⁸. La segunda tuvo lugar en París (1859), la tercera en Constantinopla (1866) y la cuarta en Viena (1874)¹⁹⁹, donde se propuso la fundación de una Comisión Internacional Permanente de Epidemias en “defensa de Europa”, frente al peligro del cólera. Para 1907, delegados de doce gobiernos de Eurasia, África y América²⁰⁰, firmaron un acuerdo para la creación de la *Office International d'Hygiène Publique*, con sede en París, cuyo Comité permanente comenzó celebrar reuniones un año después, sumando la presencia de representaciones de Túnez, Serbia y la India Británica²⁰¹.

Por su parte, en el Nuevo mundo se celebraría la Primera Convención General de Sanidad Internacional de las Repúblicas Americanas en 1902. En ella se acordó el establecimiento de la Oficina Sanitaria Internacional, con sede en Washington, D.C.²⁰², muy interesada en controlar los brotes de fiebre amarilla que ocurrían con frecuencia en Panamá, mientras Estados Unidos emprendía los trabajos de construcción del canal interoceánico. Brigadas sanitarias, similares a las establecidas en Panamá, fueron organizadas en Río de Janeiro por el médico higienista Oswaldo Cruz, para controlar los

¹⁹⁸ Participaron 12 representaciones de gobierno de Austria, Francia, Grecia, los Estados Papales, Portugal, Rusia, Cerdeña, las Dos Sicilias, Toscana, España, la Sublime Puerta de Constantinopla [Imperio Otomano] e Inglaterra.

¹⁹⁹ Después de esto, se celebraron conferencias sanitarias internacionales en Washington (1881), Roma (1885), Venecia (1892), Dresden (1893), París (1894), Venecia (1897) y de nuevo París (1903).

²⁰⁰ Bélgica, Francia, España, Inglaterra, Italia, Países Bajos, Portugal, Suiza, Rusia, Estados Unidos, Brasil y Egipto.

²⁰¹ *The First Ten Years of the World Health Organization*, Geneva, WHO, 1958.

²⁰² Más tarde denominada Oficina Sanitaria Panamericana (1923) y Organización Panamericana de la Salud (1958).

brotos de esta dolencia, también conocida como vómito negro, mientras la Comisión de la Fiebre Amarilla, fundada en 1901, recogía las observaciones del médico cubano Carlos Finlay sobre el mosquito *Aedes aegypti* como vector único de transmisión de la enfermedad²⁰³. La segunda convención tuvo lugar de nuevo en Washington, en 1905, y la tercera en Ciudad de México en 1907, donde se reunieron los comités de fiebre amarilla, peste bubónica, tuberculosis, malaria y tracoma, beri-beri y meningitis²⁰⁴. Las trece delegaciones asistentes²⁰⁵ debían presentar un informe sobre el estado de dichas enfermedades, así como de sus leyes de policía sanitaria y del estado de infraestructura sanitaria de sus puertos²⁰⁶, además de otros acuerdos firmados para la siguiente convención a celebrarse en San José de Costa Rica, en 1909. Lo anterior nos habla de la circulación continental y regional de conocimientos y de prácticas de intervención higienista, comunicadas a través de la acción de organismos transnacionales.

Algo similar ocurría con las publicaciones profilácticas. Los textos higienistas citaban trabajos de sus pares extranjeros y reproducían sus obras en periódicos y revistas científicas. En las publicaciones latinoamericanas, por ejemplo, era común encontrar secciones especiales para artículos de revistas científicas internacionales, así como reseñas

²⁰³ El oftalmólogo cubano Carlos Finlay desarrolló la hipótesis del mosquito *Aedes aegypti* como vector de la fiebre amarilla, una enfermedad que irrumpía periódicamente en el Caribe y circuncaribe, Río de Janeiro, Buenos Aires, Filadelfia y Barcelona, siendo un grave problema de salubridad en los trabajos de construcción del canal de Panamá. La hipótesis fue probada por el médico militar James Carroll, quien se ofreció como voluntario para ser inoculado por el insecto y murió a causa de la enfermedad. El momento de la inoculación fue retratado en la pintura de Dean Cornwell, *Los conquistadores de la fiebre amarilla*.

²⁰⁴ El tracoma es la principal causa de ceguera infecciosa del mundo, causada por la bacteria *Chlamydia trachomatis*. El beri-beri abarca un conjunto de enfermedades causadas por la deficiencia de vitamina B1, causada por dietas insuficientes y desequilibradas. Mientras que la meningitis es la inflamación de las membranas de la médula espinal y el cerebro, usualmente causada por una infección viral, bacteriana o fúngica.

²⁰⁵ México, Estados Unidos, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, El Salvador y Uruguay.

²⁰⁶ *Actas de la Tercera Conferencia Sanitaria de las Repúblicas de las Americanas celebrada en la Ciudad de México del 2 al 7 de diciembre de 1907*, Washington DC., Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas, 1908.

de obras de higienistas foráneos, obituarios de figuras connotadas en el mundo de la higiene y hasta directorios internacionales de publicaciones homólogas²⁰⁷. Se vivía un verdadero “periodo higiénico”, como afirmaba una revista médica brasileña²⁰⁸. Los periódicos de circulación corriente también participaban de esta cultura higienista internacional. Publicaban noticias que seguían los recorridos de las epidemias, los avances científico-profilácticos relativos a las enfermedades infectocontagiosa, los desarrollos de trabajos de salubridad en todo el mundo y la celebración de congresos de higiene internacionales. Asimismo, publicaban artículos de opinión sobre cuestiones de higiene y las frecuentes quejas de vecinos dirigidas a los ayuntamientos para alertar sobre la existencia de “muladares” y de comportamientos antihigiénicos en los habitantes de las colonias populares.

Este espíritu de época se recogió bajo la idea de la “higiene internacional”, entendida como la necesidad de establecer medidas sanitarias mundiales contra las epidemias²⁰⁹. Pero al mismo tiempo, no dejaba de insistirse en “los peligros” que “asediaban diariamente” a la población: las prácticas cotidianas contrarias a las prescripciones de la

²⁰⁷ En México, por ejemplo, los periódicos científicos *La Independencia Médica* publicaba un directorio con las siguientes referencias: Del continente americano: *The Sanitarian* y *The Medical Record* (Estados Unidos); *Gaceta Médica de Lima* (Perú); *Gaceta Médica de Valparaíso* y *Revista Médica de Chile* (Chile); *O Progresso Médico* y *Gaceta Médica de Bahia* (Brasil); *Gaceta Médica Quirúrgica de Buenos Aires*, *Anales del Circuito Médico Argentino*, *El Naturalista Argentino*, *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, *Revista de Ciencias, Letras y Artes* y *La Revista de Farmacia* (Argentina); *Gaceta Científica de Venezuela* (Venezuela); *Revista Médico Farmacéutica de Montevideo* (Uruguay); *La Juventud* (El Salvador); *El Médico Cirujano Centroamericano* (Guatemala); *Crónica Médico Quirúrgica de La Habana* y *Anales de la Academia de Ciencias Médicas* (Cuba). Además de otras publicaciones científicas de Francia, España, Inglaterra, Alemania, Italia, Bélgica, Portugal y Rusia.

²⁰⁸ Dr. José Lourenço, “O Barão do Lavradio”, *O Brazil Médico. Revista Semanal de Medicina e Cirurgia*, 8 de diciembre de 1882.

²⁰⁹ “Breves consideraciones sobre higiene”, *La Convención Radical*, Ciudad de México, 27 de febrero de 1887; *O Brazil Médico. Revista Semanal de Medicina e Cirurgia*, Rio de Janeiro (véanse números de 1887, 1889, 1890, 1894, 1895, 1899, 1901 y 1905).

higiene, aquellas propias del pueblo²¹⁰, y sobre las cuales se desplegaría una medicalización de corte autoritario con marcados sesgos de clase y hasta de “raza”.

3.2 Entre el urbanismo y la higiene, la ciudad

Los higienistas, esos profesionales y especialistas de “la gran ciencia de nuestros días”²¹¹, constituyeron un grupo formado principalmente por médicos, ingenieros sanitarios, químicos farmacéuticos, veterinarios²¹² y urbanistas. Además de científicos y técnicos, fueron también funcionarios de Estado que compartían las preocupaciones de la salubridad pública. Se encargaban de la regulación profiláctica y sanitización de todo espacio e infraestructura cuyas condiciones de higiene pudiesen tener efectos sobre la salud pública y privada.

Prácticamente, toda la vida urbana entraba en su jurisdicción: la higiene pública, la higiene privada, la higiene corporal, la mental, la industrial, la alimentaria, la escolar y hasta la higiene del sueño. Como “arte científico”, la higiene se desplegaba como una técnica donde convergían elementos de lo que hoy entenderíamos como medicina, ecología, sociología y psicología. Sus límites eran muy vagos²¹³, y por ello logró fungir como una suerte de ciencia global en un sentido totalizador; pues se encargaba no sólo de la regulación del medio ambiente sino la vida social y las buenas costumbres civilizadas, con el fin de la conservación de la salud.

²¹⁰ “Breves consideraciones sobre higiene”, *La Convención Radical*, Ciudad de México, 27 de febrero de 1887.

²¹¹ Silva, Máximo, *Higiene popular. Colección de conocimientos y de consejos indispensables para evitar las enfermedades y prolongar la vida, arreglado para uso de las familias*, México, Departamento de Talleres Gráficos, 1917 (Aunque fue publicada años después, la obra fue escrita en la década de 1890).

²¹² Como veterinarios higienistas se reconoce a aquellos profesionistas que se desempeñan en el sector alimentario, hoy. En el siglo XIX, los veterinarios también eran funcionarios de salubridad; supervisaban las condiciones de higiene de los rastros y expendios de carne, además de encargarse de la vigilancia de enfermedades presentes en el ganado que se consumía. Por su parte, los químicos farmacéuticos inspeccionaban las boticas.

²¹³ Latour, *op. cit.*

Los inspectores higienistas, trabajadores de los Consejos Nacionales de Higiene²¹⁴ – organismos encargados de producir, vigilar y aplicar la legislación sanitaria–, auditaban todo lo relacionado con la profilaxis urbana. Por ejemplo, las condiciones de las viviendas y escuelas, mercados y cocinas, fábricas y rastros, baños, hospitales y cementerios, y hasta de los comportamientos higiénicos adecuados para la vía pública. Una vigilancia profiláctica total encaminada, principalmente, a prevenir la mortandad, particularmente aquella causada por las enfermedades “paludianas” producidas por los llamados “miasmas” o materias en descomposición que, los higienistas pensaban, se producían tanto por las condiciones insalubres de la urbe, como por los hábitos antihigiénicos de su población. De manera que la falta de limpieza se tornaba sinónimo de enfermedad y, más que a menudo, era identificada con las clases populares y racializadas. Pues, “La mortalidad es más alta en donde las razas indígenas predominan. Esto se debe a su *falta de limpieza*”²¹⁵, señalaba un reconocido higienista mexicano, Domingo Orvañanos.

Si bien los higienistas reconocían la falta de profilaxis en las condiciones de trabajo y vivienda, así como en los hábitos alimentarios, sexuales y de aseo popular, sus discursos tendían a acompañarse de acusaciones estigmatizantes de los grupos subalternos que omitían considerar las causas de fondo de estas condiciones sociales: el orden social capitalista liberal²¹⁶. Este “higienismo blanco” partía de una posición de clase que lo

²¹⁴ En América Latina encontramos el Consejo de Salubridad chileno, el Departamento Nacional de Higiene argentino, el Consejo Superior de Salubridad mexicano, la Junta Central de Higiene Pública brasileña, el Consejo Nacional de Higiene uruguayo, el Consejo Nacional de Higiene paraguayo, la Dirección Nacional de Salubridad peruana y la Dirección General de Sanidad boliviana, por mencionar algunos de estos organismos. En un principio su jurisdicción se reducía a los puertos, pero se extendieron a las capitales, a otras ciudades y finalmente al territorio nacional; en algunos casos se les otorgaban facultades extraordinarias en caso de epidemias (García, Juan César, “La Medicina Estatal en América Latina (1880-1930)”, *Revista Cubana Salud Pública*, v. 42 n.1, enero-marzo, 2016).

²¹⁵ Agostoni, Claudia, *Monuments of Progress. Modernization and Public Health in Mexico City, 1876-1910*, Canadá, University of Calgary Press/University Press of Colorado/IIH-UNAM, 2003, p. 42 [cursivas nuestras].

²¹⁶ Faure, Oliver, “La mirada de los médicos”, Corbin, A., (coord.), *Historia del cuerpo*, v. 2 De la Revolución francesa a la Gran Guerra, Madrid, Taurus, 2005, pp. 23-56.

llevaba a equiparar la protección de la salud con el control moral y social del “bajo pueblo”, sus enemigos de clase, que fueron convertidos en una suerte de “peligro biológico”²¹⁷ y amenaza para la salud pública. De allí que autoras como Calixte Haudemann-Simon identifiquen en las recomendaciones profilácticas de los higienistas, un tono de “moralismo burgués”, pues la salud corría a la par de las buenas costumbres y la vida ordenada y ascética, además de ser resultado de las exigencias del trabajo, la y la disciplina²¹⁸, un elemento común en los discursos higienistas latinoamericanos, estadounidenses y europeos. Pues, como lo expresó un periódico mexicano: “la cultura individual se mide ahora por la higiene personal”, porque representa una “alta manifestación de inteligencia, previsión y cultura”, y quien le sea ajeno “es, o un vicioso incapaz de nada bueno, o un semi-salvaje”²¹⁹.

Higiene, enfermedad y salubridad urbana iban de la mano, ya que, a la par que se desarrollaba el higienismo como piedra de toque de la salud pública, su objeto de saneamiento era la ciudad y sus habitantes. De manera que, en ciertos momentos, la línea que distinguía a higienistas de urbanistas podía ser muy tenue, pues compartían las mismas preocupaciones, los mismos métodos y también los mismos prejuicios sobre las clases populares. Es decir, ambos partían de un lugar de blanquitud. En las reflexiones sobre la ciudad que hace el higienista argentino Eduardo Wilde, denomina “higiene municipal” a aquella que se encarga de la luz, el aire, el agua y el suelo de las urbes. Afirma que, “si hubiera de fundarse una ciudad por las indicaciones de un higienista debería considerarse la elevación, la exposición, la dirección del terreno, la cantidad de lluvia [...] las influencias atmosféricas”²²⁰, desdibujando la línea entre higienismo y urbanismo. Pues, una de las labores de esta higiene “municipal” o urbana, es controlar a la

²¹⁷ Foucault, *Defender la sociedad*, op. cit.

²¹⁸ Haudemann-Simon, op. cit.

²¹⁹ “Higiene privada. La habitación y el aseo personal”, *El Popular*, Ciudad de México, 4 de mayo de 1903.

²²⁰ Wilde, Eduardo, *Obras completas*, t. I, Buenos Aires, Talleres Peuser, 1917, p. 24.

población para evitar hacinamientos, porque “¿Qué exigentes no serán estas poblaciones en tiempos de epidemias?”²²¹. De allí que Wilde confiese: “hacer una ciudad higiénica cuesta muchísimo”, porque “las grandes poblaciones son malsanas, y si bien en ellas es fácil mejorar la habitación, no lo es en la nación cambiar de pueblo”²²².

A lo largo del siglo XIX, se produjeron representaciones sobre la ciudad moderna que tuvieron que emplear nuevos lenguajes para nombrar elementos inéditos: la presencia de fábricas e industrias, tiendas, escaparates y luminarias, de elegantes barrios burgueses y hacinados barrios obreros, estaciones de tren y vías ferroviarias. Quizás los testimonios más famosos son los célebres trabajos de Walter Benjamin sobre París²²³, aunque son más tardíos, de la década de 1920. Pero estas representaciones que identificaban las contradicciones de la ciudad también las encontramos en América. Ejemplo son las impresiones del brasileño Alfredo Moreira sobre la ciudad de São Paulo en 1900, después de 30 años de ausencia. Moreira describe, horrorizado, el aspecto de los nacientes barrios industriales y obreros que se encontraban separados del centro de la ciudad por el río Tamanduateí. Pero al mismo tiempo, se maravilla por el “progreso” de la urbe que encuentra en la expansión territorial de la ciudad, las industrias y ferroviarias, la variedad de la población y las construcciones, así como en los nuevos y elegantes barrios burgueses, en las plazas y jardines, en los cafés, bares y confiterías que están convirtiendo a São Paulo en una “metrópolis de café”²²⁴.

Desde los ilustrados hasta los socialistas, los habitantes de la segunda mitad del siglo XIX, encontraron en la ciudad moderna la expresión de la dinámica de la “civilización”, e identificaron la perversa relación de creación de riqueza como directamente proporcional

²²¹ *Idem*, p. 25.

²²² *Idem*, pp. 14 y 21.

²²³ Benjamin, Walter, *El libro de los pasajes* [1927], México, Akal, 2005.

²²⁴ Moreira Pinto, Alfredo, *A cidade de São Paulo em 1900: impressões de viagem*, Rio de Janeiro, Imprensa Nacional, 1900.

al aumento de la pobreza miserable, como un malestar inherente al mundo civilizado²²⁵. Testigos del malestar y la fascinación que provocaba la ciudad moderna, observarán que la soledad y el anonimato son los precios que el ciudadano debe pagar por la “libertad”. De allí que las descripciones de la época sobre la ciudad, tiendan a plantearla en oposición al campo, no sólo por la artificialidad de las industrias sino porque produce un tipo de sociabilidad de individuos privados opuesta a las sociedades tradicionalmente comunitarias del campo, como observa Lewis Mumford²²⁶. Esta subjetividad que produce la ciudad moderna forma parte del ethos de la blanquitud que será cultivado y estimulado por las reformas higienistas y urbanas.

Desde el siglo XVIII, las nacientes urbes modernas materializadas en las grandes capitales, las ciudades portuarias y los incipientes núcleos industriales, ofrecieron abundante material para evaluar los efectos sociales del crecimiento urbano. Fue sobre esta base de estudios que científicos y funcionarios de gobierno elaboraron propuestas de intervención, ejecutadas por iniciativas públicas o privadas. Allí se gestarían las disciplinas sobre las preocupaciones urbanas²²⁷, que centraron su atención especialmente en los barrios pobre, donde habitaban las y los trabajadores, quienes eran particularmente vulnerables a las epidemias y eran considerados los focos de infección y diseminación, un riesgo para la sanidad de los centros urbanos.

Como señala Leonardo Benevolo, lo que se entiende por “urbanismo moderno” nació a la par de los procesos técnicos y económicos que hicieron surgir a la ciudad moderna; el urbanismo se desarrolló *a posteriori*, cuando los efectos producidos por la ciudad industrial comenzaron a entrar en conflicto entre sí, tornando inevitable una intervención reparadora²²⁸. Las epidemias también se convirtieron en un poderoso

²²⁵ Brescianni, Maria Stella M., “Historiografía e história das cidades, um percurso”, en Marcos César de Freitas (org.), *Historiografia brasileira em perspectiva*, São Paulo, Contexto, 2012.

²²⁶ Mumford, Lewis, *La ciudad en la historia*, Buenos Aires, Ediciones Infinito, 1966.

²²⁷ Brescianni, *op. cit.*

²²⁸ Benevolo, Leonardo, *Los orígenes del urbanismo moderno*, Madrid, H. Blume, 1979.

estímulo para los proyectos de intervención urbana, que oscilaron entre dos casos extremos: las propuestas utopistas de crear nuevas ciudades y poner en práctica otras formas de convivencia; y los planes reformistas para resolver los problemas ya existentes en las urbes, a través de la introducción de nuevos reglamentos higiénicos e instalaciones de infraestructura establecidos mediante instrumentos jurídicos y técnicos que produjeron la moderna legislación urbanística y sanitaria²²⁹. Aunque el urbanismo moderno intentó presentarse como una técnica “políticamente neutra”, en realidad, fue adoptando cada vez más el aspecto de una técnica al servicio del poder constituido, cayendo dentro del ámbito de la nueva ideología conservadora que ocultaba el paternalismo político de las nuevas derechas en la segunda mitad del siglo, en términos de Benevolo. Es decir, al igual que ocurrió con el higienismo, existió un fuerte vínculo entre urbanismo, Estado y poder.

Fueron los males de la ciudad industrial moderna los que estimularon la aparición de proyectos de utopías urbanas formuladas por socialistas como Robert Owen, Henri de Saint-Simon y Charles Fourier, quienes observaron cómo la industrialización había transformado radicalmente la distribución de los habitantes, obligando a familias enteras a abandonar el campo para migrar a los conglomerados urbanos. Una vez allí, se alojaban en los espacios libres disponibles en los barrios antiguos, o en las nuevas construcciones levantadas en la periferia. Si bien es cierto que, probablemente las viviendas ocupadas por las familias obreras en la ciudad no fueran peores que las casas que habitaban en el campo, las instalaciones higiénicas eran igualmente precarias en ambos. Sin embargo, las deficiencias higiénicas que eran relativamente tolerables en el mundo rural se volvían insoportables en la ciudad, por causa del hacinamiento. Además de que en el campo los desechos podían ser eliminados con facilidad, mientras que en la ciudad se hacía casi imposible la eliminación de los residuos, que flotaban en arroyos a lo largo de las calles

²²⁹ *Idem.*

como cloacas abiertas, llenas de montículos de inmundicias, entre los que vagaban los animales y jugaban los niños²³⁰.

Esta situación se agravaba con los brotes epidémicos, que terminaron por obligar a los gobiernos a tomar medidas para sanear la ciudad. En Occidente, los pioneros fueron los ingleses, que emprendieron investigaciones sobre la relación entre pobreza y brotes de cólera desde la década de 1830. Un primer informe redactado por médicos y funcionarios sobre la escasez de agua en los barrios proletarios en 1837 conmovió a la opinión pública. Un segundo informe publicado en 1842 presentó, por vez primera, un cuadro completo de las condiciones sanitarias de la clase trabajadora de Londres²³¹. En consecuencia, las autoridades tomaron medidas como deslindar controles sanitarios a autoridades locales, investigar territorios antes de instalar alcantarillado y pavimentación, la ampliación de calles y avenidas, la legislación higiénica para viviendas y la obligatoriedad en la instalación de servicios sanitarios, así como la creación de un cuerpo de funcionarios médicos de higiene y el establecimiento de fondos para construir parques públicos²³². De nuevo, la convergencia entre higienismo, urbanismo, administración de Estado y poder.

Las epidemias de cólera terminarían por consolidar este ímpetu del reformismo urbano-sanitarista, siendo clave la promulgación del primer *Public Health Act* en 1848, que establecía la provisión de agua, alcantarillado, drenaje, limpieza urbana, pavimentación y sepultura de los muertos obligatoria, mientras solicitaba el ordenamiento de mataderos y jardines públicos; todo ello como medidas dependientes de un mismo organismo: la *General Board of Health*. Del otro lado del canal, en Francia, se publicaba la primera investigación documentada sobre las condiciones de vida de los obreros en 1840, a cargo del higienista Louis René Villermé, texto que abriría el debate sobre el saneamiento de los

²³⁰ *Idem*.

²³¹ *Report on the Sanitary Condition of the Labouring Population and on the Means of its Improvement* [en línea], Londres, mayo de 1842, URL: <http://www.deltaomega.org/documents/ChadwickClassic.pdf>, consultado en noviembre 2017.

²³² Benevolo, *op. cit.*

barrios obreros. Una propuesta de ley fue presentada a la Asamblea Nacional en 1849. A pesar de las protestas de los socialistas que se manifestaron en contra de la propuesta de expulsar a las familias obreras de sus viviendas insalubres, la ley fue aprobada en 1850 frente a la urgencia del estallido de una epidemia de cólera. Estas medidas de expulsión de los pobres urbanos de sus hogares serán comunes en periodos de epidemias, también en América Latina, como se observará en los siguientes capítulos.

Estos cambios en la jurisprudencia francesa permitían que, cuando la insalubridad no pudiese ser eliminada sin trabajos de conjunto, el ayuntamiento pudiera adquirir las propiedades comprendidas en el perímetro de los trabajos de infraestructura sanitaria. Fue así que se implementó la famosa reforma urbana del prefecto Georges-Eugène Haussmann, quien aprovechó ese dispositivo legal, pensado para las obras públicas y el mejoramiento de las vivienda, para llevar a cabo la transformación de París, pues una enmienda hecha en 1852 permitía la expropiación por medio de la ley a través de una resolución del poder ejecutivo²³³. Pues, la cohabitación de personas adineradas con personas más pobres se volvió imposible después de la revolución de 1848. La ciudad debía ser, en adelante, “antirrevolucionaria” y, así, compatible con la República y esto implicaba reorganizar el espacio urbano, a fin de que las élites estuviesen tranquilas en sus hogares y en sus barrios protegidos del “pillaje” y de los “miserables”²³⁴.

Fue en estas mismas décadas de 1840 y 1850, hacia mediados del siglo, que los proyectos de reforma urbano-sanitaria impulsaron grandes trabajos urbanísticos en Europa: las grandes transformaciones de Londres (1848-1865); los *Grands travaux* de Haussmann en París (1853-1869) y la *Régénération* de Marsella (década de 1850); los *Grands travaux* de Anspach en Bruselas (1867-1871); el trazado del *Ring* de Viena (1857);

²³³ *Idem.*

²³⁴ Harvey, David, *París. Capital de la Modernidad*, Madrid, Akal, 2008.

el Plan Cerdá en Barcelona (1859-1860); la reforma y ampliación de Roma²³⁵, Turín y Florencia (1864-1877), así como el *Risanamento* de Nápoles (1888)²³⁶; y otras reformas urbanísticas en Dublín, Budapest, Estambul²³⁷ y San Petersburgo. Más avanzado el siglo, se implementaron proyectos de modernización de los servicios sanitarios en Boston y Chicago (década de 1870) y reformas urbanísticas y de infraestructura como el proyecto Madero en Buenos Aires (1886-1898)²³⁸; la reforma de Pereira Passos en Río de Janeiro (1903-1906)²³⁹; reformas urbanas y sanitarias en Caracas (1870-1877)²⁴⁰; y Santiago de Chile²⁴¹.

Más allá de Occidente también se hicieron sentir las reformas urbano-sanitarias: en El Cairo con los trabajos impulsados por el virrey Ismail Pasha, en las décadas de 1860 y

²³⁵ Otrora capital imperial de la Antigüedad clásica y después de la Cristiandad, se tornó, por decreto, capital moderna del estado italiano, intervenida en 1882 por el moderno plano de Alessandro Viviani (Tenorio Trillo, Mauricio, *"Hablo de ciudad". Los principios del siglo XX desde la Ciudad de México*, México, FCE, 2017).

²³⁶ Sánchez de Juan, Joan-Anton, "La "destrucción-creadora": el lenguaje de la reforma urbana en tres ciudades de la Europa mediterránea a finales del siglo XIX (Marsella, Nápoles y Barcelona)", *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, n. 63, mayo de 2000.

²³⁷ La otrora Constantinopla, capital de Bizancio y, más tarde, urbe islamizada, sufrió un acelerado proceso de occidentalización urbanística durante los años de 1880 a 1910, revistiéndose de los estilos arquitectónicos de las ciudades decimonónicas que embellecían los trazos de una reforma espacial y administrativa. La moderna Estambul perdería su condición de capital turca frente a Ankara en 1924, después de existir desde el año 330 como capital imperial, resultando en una ciudad híbrida, cristiana e islámica pero moderna y secular al mismo tiempo (Tenorio, *"Hablo de ciudad"*, *op. cit.*)

²³⁸ El Congreso argentino aprobó en 1882 el proyecto de Eduardo Madero para construir un puerto situado sobre tierras ganadas al río entre Retiro y La Boca, organizado en cuatro dársenas consecutivas, con un canal al norte y otro al sur, manteniendo un eje central en correspondencia con Plaza de Mayo. La obra tuvo un costo final de 36 millones de pesos oro, con importante participación de capital inglés. Las obras hidráulicas fueron terminadas hasta 1889, pero les seguirían otras frente al incremento del tráfico marítimo. (Novick, Alicia, "Planes versus proyectos: Algunos problemas constitutivos del Urbanismo Moderno. Buenos Aires (1910-1936)", *Revista de Urbanismo*, n. 3, agosto, 2000).

²³⁹ De Paoli, Paula, *Entre reliquias e casas velhas. A arquitetura das reformas urbanas de Pereira Passos no centro do Rio de Janeiro*, Rio de Janeiro, FAPERJ, 2013.

²⁴⁰ Yépez Colmenares, Germán, "Modernización, medicina, enfermedades y salud pública en la ciudad de Caracas (1870-77)", *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, vol.9, Rio de Janeiro, 2002.

²⁴¹ Robinson, César Leyton, y Huertas, Rafael, "Reforma urbana e higiene social en Santiago de Chile. La tecno-utopía liberal de Benjamín Vicuña Mackenna (1872-1875)", *Dynamis*, vol. 32, no.1, Granada, 2012, pp. 21-44.

1870, que modificaron la traza de la ciudad, instalaron drenaje y construyeron modernos parques y bulevares con iluminación de lámparas de gas, así como colonias residenciales europeizadas y zonas comerciales que proliferaron tras la construcción del Canal de Suez; para ello, se demolieron edificaciones de la antigua ciudad fatimí, mostrando el poco interés en preservarla²⁴², siguiendo el ímpetu de crear un Cairo inspirado en el París de Hausmann²⁴³. Reformas urbanas también alcanzaron a Marrakesh, Casablanca, Rabat y Fez (Marruecos), Hanoi (Vietnam) y Tananarive (Madagascar) en el mundo colonial francés, durante las décadas de 1910 y 1920²⁴⁴; lo mismo ocurrió en la India británica, en Nueva Delhi, Calcuta y Bombay, desde la década de 1860²⁴⁵, así como en otras urbes coloniales,

²⁴² Para conectar el distrito de Ezbekeya con la Ciudadela, se abrió un amplio bulevar que atravesó la antigua ciudad fatimí; en su camino se llevó a 400 casas grandes, 300 más pequeñas y un gran número de mezquitas, molinos, panaderías y baños. Todos ellos fueron destruidos o cortados por la mitad, dejando una urbe que parecía haber sido bombardeada recientemente. El resultado fue una ciudad del Cairo dividida en dos reinos: uno al este, tradicional y "egipcio", y uno al oeste, moderno y "europeo" (Stewart, Dona J., "Changing Cairo: The Political Economy of Urban Form", *International Journal of Urban and Regional Research*, March 1999, Vol. 23, Issue 1, pp. 128-147; Abu-Lughod, Janet, "Tale of Two Cities: The Origins of Modern Cairo", *Comparative Studies in Society and History*, Jul., 1965, Vol. 7, No. 4, pp. 429-457).

²⁴³ Lababidi, Lesley, *Cairo's Street Stories. Exploring the City's Statues, Squares, Bridges, Gardens, and Sidewalk Cafés*, New York, Cairo, The American University in Cairo Press, 2008.

²⁴⁴ En estas ciudades se desplegaron los trabajos de urbanistas franceses como Prost, Ernest Hébrard, Georges Cailleux y hasta de Le Corbusier, quien implementó su primer plan urbanístico en Argel hacia 1930 (Wright, Gwendolyn, "Tradition in the Service of Modernity: Architecture and Urbanism in French Colonial Policy, 1900-1930", *The Journal of Modern History*, jun., 1987, Vol. 59, No. 2 (Jun., 1987), pp. 291-316).

²⁴⁵ Las prácticas urbanistas en la India colonial, con su pensamiento higienista, identificaron al cuerpo nativo móvil como sitio amenazador de enfermedad e infección, además de racializar, mostrando la importancia del uso del lenguaje de la "salud" en estos proyectos reformistas (Lewis Beverley, Eric, "Colonial urbanism and South Asian cities", *Social History*, November 2011, Vol. 36, No. 4, pp. 482-497).

como Batavia (hoy Yakarta, Indonesia)²⁴⁶, Dakar (hoy Senegal)²⁴⁷, Ciudad el Cabo²⁴⁸ (hoy Sudáfrica) y Sydney²⁴⁹; y en colonias europeas informales, como Shanghái²⁵⁰ y Edo (hoy Tokio)²⁵¹. Todas estas intervenciones tomaron como guía a los modelos urbanísticos y sanitarios de corte europeo, principalmente el inglés, francés y teutón²⁵², dónde también se expresaban las preocupaciones sanitarias, con vistas a sanear tanto a la ciudad como a sus habitantes.

Estas transformaciones de la ciudad moderna, en materia de higiene y sanidad, operaron como una suerte de estrategia disciplinaria de los comportamientos del "pueblo", a través del normamiento de los hábitos. Para Maria Stella Brescianni, la infraestructura sanitaria de la ciudad convertía a los habitantes en seres "domésticos" y voluntariamente aprisionados en sus "comodidades"²⁵³. Mientras que Benevolo identifica intenciones políticas antiseditiosas en estos proyectos, pues no estuvieron pensados para terminar con la miseria sino para sanear a la urbe aunque fuese de manera autoritaria, pues se necesitaban condiciones higiénicas mínimas para garantizar el funcionamiento de la

²⁴⁶ Hoogervorst, Tom, Nordholt, Henk Schulte, "Urban Middle Classes in Colonial Java (1900–1942)", *Bijdragen tot de Taal-, Land- en Volkenkunde*, Vol. 173, No. 4, Special Issue: New Urban Middle Classes in Colonial Java, 2017, pp. 442-474; Cobban, James L., "Public Housing in Colonial Indonesia 1900-1940", *Modern Asian Studies*, Vol. 27, No. 4, Oct., 1993, pp. 871-896.

²⁴⁷ Bigon, Liora, "Urban planning, colonial doctrines and street naming in French Dakar and British Lagos, c. 1850-1930", *Urban History*, Vol. 36, No. 3, December 2009, pp. 426-448; Nelson, David, "Defining the Urban: The Construction of French-Dominated Colonial Dakar, 1857-1940", *Historical Reflections/Réflexions Historiques*, Vol. 33, No. 2, French Colonial Urbanism, Summer 2007, pp. 225-255.

²⁴⁸ Bickford-Smith, Vivian, "South African Urban History, Racial Segregation and the Unique Case of Cape Town?", *Journal of Southern African Studies*, Vol. 21, No. 1, Special Issue: Urban Studies and Urban Change in Southern Africa, Mar., 1995, pp. 63-78.

²⁴⁹ Wong, Anna, "Colonial Sanitation, Urban Planning and Social Reform in Sydney, New South Wales 1788-1857", *Australasian Historical Archeology*, n. 17, 1999, pp. 58-69.

²⁵⁰ Arkaraprasertku, Non, "Power, Politics, and the Making of Shanghai", *Journal of Planning History*, n. 9, v. 4, octubre 2010, pp. 232-259.

²⁵¹ Ichikawa, Hiroo, "The Evolutionary Process of Urban Form in Edo/Tokyo to 1900", *The Town Planning Review*, Vol. 65, No. 2, Apr., 1994, pp. 179-196.

²⁵² Osterhammel, Jürgen, *La transformación del mundo. Una historia global del siglo XIX*, Barcelona, Crítica, 2016

²⁵³ Brescianni, *op. cit.*

industria y el mercado, beneficiando con ello, principalmente, a las clases dirigentes²⁵⁴. Esto es muy claro en los discursos de los higienistas latinoamericanos, que constantemente señalan el riesgo sanitario de la “plebe” hacia las propias elites.

Si los pobres y racializados encarnaban un “peligro infeccioso”, cualquier medida de higiene se establecía no sólo por interés humanitario, sino en favor “no ya del pobre, [sino] del interés general”²⁵⁵. Como observó Friedrich Engels en una serie de artículos publicados en 1872, los esfuerzos por construir viviendas obreras sólo movían de lugar a los *slums* y los barrios degradados, sin plantearse nunca la posibilidad de eliminarlos al mejorar las condiciones de vida, porque el capitalismo no puede hacerlo. Engels identificaba la contradicción existente entre los pretendidos objetivos “humanitarios” de mejorar las condiciones de vida de las y los trabajadores, y la tendencia capitalista a mantener estas condiciones miserables, para reducir los costos de la mano de obra.²⁵⁶ Por ello, se sospecha que la urbanística moderna no fue pensada para defender los derechos de la ciudadanía, sino de la ciudad como entidad abstracta y administrativa, para conservar el orden social, amenazado por las clases populares y por los estragos de las epidemias.

3.3 La ciudad higienizada y segregada

Hacia finales del siglo XIX, urbanistas, higienistas y eugenistas visualizaron y prometieron un mundo utópico destinado a producir individuos con cuerpos y mentes sanas. Dicho ideal, pensaban, sólo podía alcanzarse a través de una relación armónica entre seres humanos y naturaleza, que precisaba de las intervenciones urbanas para transformar el ambiente y “curarlo” de las enfermedades asociadas a la suciedad, la contaminación, los microbios y la fealdad del mundo industrial. Esto fundamentaba las medidas de control del

²⁵⁴ Benevolo, *op. cit.*

²⁵⁵ *Idem.*

²⁵⁶ Engels, Friedrich, *Contribución al problema de la vivienda* [en línea], [1873], consultado en diciembre de 2016, URL: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/vivienda/>.

ambiente natural a través de la intervención del urbanismo, que “llevaría” la naturaleza a las masas urbanas en forma de aire puro, agua potable y áreas verdes²⁵⁷, para regular el cuerpo humano a través de la adaptación mutua entre organismos vivos y ambiente natural.

Fabiola López-Durán, quien ha emprendido estudios sobre la relación entre urbanismo y eugenesia²⁵⁸, observa que en América Latina, la ciudad se convirtió en el escenario para la

²⁵⁷ Dubos, Rene J., “Medical Utopias”, *Daedalus*, v. 88, n. 3, summer, 1959, pp. 410-424.

²⁵⁸ El movimiento eugenésico tomó fuerza a principios del siglo XX, “oficialmente” inaugurado por el médico británico Francis Galton con su novela *Kantsaywhere* publicada en 1910. Se caracterizó por las ideas de la primacía de lo natural sobre lo cultural, de manera que los eugenistas europeos y norteamericanos veían en la evolución un proceso impermeable al ambiente y regido únicamente por la genética. Sin embargo, Galton no fue el primer autor que escribió sobre una sociedad utópica basada en el control de la sexualidad y la reproducción humana. Antecedentes importantes se encuentran en *La República* (380 a.e.c.) de Platón, donde aparecen ya eficaces medidas eugenésicas; en *Città del Sole* (1602) de Tommaso Campanella, donde los nacimientos son organizados según la calidad de los ciudadanos; y en *La Découverte Australe par un Homme-Volante* (1781) de Rétif de la Bretonne, donde el uso de tecnología produce una raza eficiente de humanos-animales logrando crear un imperio colonial al oeste del hemisferio sur entre Tierra de Fuego y la Antártida (López-Durán, Fabiola, “Utopía en práctica. Eugenesia y naturaleza en la construcción de la ciudad moderna latinoamericana”, en Gisela Heffes (ed.), *Utopías Urbanas: geopolíticas del deseo en América Latina*, Madrid/Frankfurt, Vervuert, 2013).

utopía en práctica de los eugenistas²⁵⁹, un movimiento heterogéneo que logró expandirse por unos treinta países, desde la década de 1890²⁶⁰. En América Latina, por ejemplo, los eugenistas estaban convencidos de que las características orgánicas podían modificarse mediante los factores ambientales, y que dichos cambios podrían transmitirse a las siguientes generaciones permitiendo la posibilidad de “mejorar” la “raza”. Este particular enfoque fue una variante de la eugenesia francesa de finales del siglo XIX, y se encuentra muy presente en las narrativas de múltiples utopías latinoamericanas, enmarcadas en un grupo más amplio de utopías higiénicas que proliferaron en Occidente. En ellas, las nociones de cuerpo y medio ambiente aparecen como territorios plausibles de

²⁵⁹ C.f.r. Sobre la eugenesia en América Latina: Mota, André, *Quem é bom já nasce feito: sanitarismo e eugenia no Brasil*, Rio de Janeiro, DP&A Editora, 2003; Beltrão Marques, Vera Regina, *A medicalização da raça. Médicos, educadores e discurso eugênico*, Campinas, Editora da Unicamp, 1994; y Boarini, Maria Lúcia, *Higiene e raça como projetos : higienismo e eugenismo no Brasil*, Maringá, EDUEM, 2003, sobre el caso brasileño. Miranda, Marisa A., “Eugenesia en Argentina: aportes para una comprensión epistemológica”, en Marisa Miranda y Álvaro Girón Sierra (coords.), *Cuerpo, biopolítica y control social. América Latina y Europa en los siglos XIX y XX*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2009, pp. 139-155; Miranda, Marisa A., “Eugenesia, esterilización compulsiva y liberalismo constitucional: reflexiones sobre un debate ausente en la Argentina del siglo XX”, en Nicolás Cuví, et. al. (eds.), *Evolucionismo en América y Europa. Antropología, biología, política y educación*, Quito, FLACSO Ecuador, 2016; y Palma, Héctor, *“Gobernar es seleccionar” apuntes sobre la eugenesia*, Buenos Aires, Jorge Baudini Ediciones, 2002, sobre el caso argentino. McGrow, Jason, “Purificar la nación: eugenesia, higiene y renovación moral-racial de la periferia del Caribe colombiano, 1900-1930”, *Revista de Estudios Sociales*, no. 27, Bogotá, agosto, 2007, pp. 62-75, sobre el caso colombiano. García González, Armando, Álvarez Peláez, Raquel, *En busca de la raza perfecta: eugenesia e higiene en Cuba (1898-1958)*, España, CSIC, 1999, sobre el caso cubano. Suárez y López Guaso, Laura, *Eugenesia y racismo en México*, México, UNAM, 2005, para el caso mexicano. Y, para una visión panorámica: Stepan, Nancy Leys, *“The Hour of Eugenics”, Race, Gender and Nation in Latin America*, Ithaca & Nueva York, Cornell University Press, 1991.

²⁶⁰ Adams, Mark B., *The Wellborn Science. Eugenics in Germany, France, Brazil and Russia*, New York, Oxford University Press, 1990.

intervención, a través de dos fuerzas: la herencia y el *milieu*²⁶¹, que hacía referencia a la relación entre organismos vivos y adaptación al medio ambiente²⁶².

La utopías higienistas latinoamericanas asumieron ideas eugenésicas para plantear soluciones concretas encaminadas a transformar a la población, donde la ciencia – particularmente la medicina– y la técnica urbanística serían instrumentos determinantes²⁶³. Si bien son mucho más conocidas las utopías socialistas²⁶⁴, los higienistas latinoamericanos recuperaron también utopías conservadoras. Un ejemplo es *Hygeia. A City of Health* (1876), escrita por el médico inglés Benjamin Ward Richardson, obra que fue traducida al español y publicada por entregas en la *Revista Médico Quirúrgica. Órgano de los Intereses Médicos Argentinos*, en Buenos Aires. Esta obra, que tuvo gran influencia entre los círculos higienistas latinoamericanos cuyos funcionarios serían los protagonistas de la puesta en marcha de las reformas higiénico-urbanas, describe a una ciudad-hospital en forma de panóptico urbano, que lograba erradicar las enfermedades a través de un ambiente regulado y controlado. La agenda reformadora de los higienistas latinoamericanos se reconocía en el horizonte de esta obra, el de una suerte de capitalismo mejorado, donde el Estado y sus funcionarios asumían un renovado rol de control y providencia que vigilaba

²⁶¹ El llamado *milieu* fue una idea que refería un espacio material en el que los cuerpos se mueven, acuñada por la física newtoniana, y recogida por la *Encyclopédie* ilustrada. Fue importada a la biología por Jean-Baptiste Lamarck en el siglo XIX, donde pasó a referir un medio dinámico en el que los organismos transforman y son transformados por el ambiente, en un proceso de constante adaptación. Eventualmente, la noción de *milieu* llegó a las ciencias sociales, instalándose en los diálogos entre urbanismo y eugenesia.

²⁶² López-Durán, "Utopía en práctica", *op. cit.*

²⁶³ López-Durán, Fabiola, *Eugenics in the Garden: Architecture, Medicine and Landscape from France to Latin America in the Early Twentieth Century*, Massachusetts, Massachusetts Institute of Technology, 2009.

²⁶⁴ Por ejemplo, el *Phalange* (1829) de Charles Fourier, *Icarie* (1840) de Etienne Cabet y *New Lanark* (1841) de Robert Owen, que intentaron ser recreadas en el Nuevo Mundo. Curiosamente, en estas utopías la higiene es planteada como un objetivo y recurso igualitario de la sociedad, y se propone que la luz, el aire puro, agua potable y los espacios verdes estén equitativamente distribuidos, y que se borren los límites entre el mundo rural y el urbano, apuntando hacia la autosuficiencia. Otros ejemplos de famosas utopías socialistas, pero más tardíos, son *Looking Backward* (1888) Edward Bellamy; y *News from Nowhere* (1890) de William Morris.

los excesos de los individuos a los que proveían de servicios esenciales básicos, como agua y limpieza²⁶⁵.

En América Latina aparecieron numerosas utopías de carácter médico, muy acorde con el auge del movimiento eugenésico hacia finales del siglo XIX e inicios del siglo XX. Sus autores fueron médicos, biólogos y otro tipo de científicos que publicaban sus obras en revistas médicas arbitradas, así como periodistas que escribían para revistas de circulación masiva con enfoque técnico-científico y futurista²⁶⁶. Obras como: *Dos partidos en lucha: fantasía científica* (Argentina, 1875) de Eduardo Ladislao Holmberg; *O Doutor Benignus* (Brasil, 1875) de Augusto Emilio Zaluar; *Buenos Aires en el año 2080: historia verosímil* (Argentina, 1879) de Achilles Sioen; *El doctor Whüntz: fantasía de Raúl Waleis* (Argentina, 1881) de Luis V. Varela; *En busca del eslabón: historia de monos* (Cuba, 1888) de Francisco Calcagno; *La estrella del sur* (Argentina, 1904) de Enrique Vera y González; *Las teorías del profesor Milicénios* (Cuba, 1917) y *La Corriente del Golfo* (Cuba, 1920) de Juan Manuel Planas y Sainz; *Eugenia: esbozo novelesco de costumbres futuras* (México, 1919) de Eduardo Urzaiz Rodríguez; *La Ciudad Argentina ideal o del porvenir* (Argentina, 1919) de Emilio Coni; y *El presidente negro* (Brasil, 1926) de Monteiro Lobato, por mencionar algunas. Textos que, a pesar de ser narrativas de ficción, pueden considerarse precedentes importantes para escritos urbanísticos posteriores, porque muestran un acercamiento crítico a la realidad urbana y un modelo espacial teórico para un futuro posible, que señala el espacio ideal que debe ocupar la sociedad futuras²⁶⁷.

Estos textos deben ser situados en un momento de transformación en América Latina en el que las élites gobernantes intentaban convertir a sus países en naciones modernas, y en dichos proyectos las características biológicas de la población se identificaban como un

²⁶⁵ Armus, Diego, "Utopía Higiénicas/Utopías Urbanas: Buenos Aires 1920", en Gisela Heffes (ed.), *Utopías Urbanas: geopolíticas del deseo en América Latina*, Madrid/Frankfurt, Vervuert, 2013, pp. 115-130.

²⁶⁶ López-Durán, "Utopía en práctica...", *op. cit.*

²⁶⁷ Choay, Françoise, *Urbanismo. Utopías y realidades*, Barcelona, Lumen, 1970.

problema más evidente. López-Durán señala que la heterogeneidad biológica de la población se convirtió en un factor económico relevante que debía ser asumido dentro de un sistema de productividad, donde la eugenesia, la medicina social y el urbanismo, se encargarían de desplegar tecnologías políticas y económicas, para la institucionalización y legitimación del sistema²⁶⁸. Por ello, "No hubo complicidad más activa a principios del siglo XX en Latinoamérica que la establecida entre la profilaxis social y la transformación urbana. Allí, eugenesia e higiene se convirtieron prácticamente en lo mismo"²⁶⁹. Fue así, que a lo largo y ancho del subcontinente, la *intelligentsia* profiláctica imaginó nuevas ciudades higienizadas.

Sin embargo, los impulsos reformistas que intentaron transformar a las urbes en ciudades modernizadas e higienizadas, también reprodujeron dinámicas de segregación expresados en el propio espacio urbano. En este momento finisecular, los tradicionales equipamientos y servicios urbanos habían comenzado a ser sustituidos. Se instalaron alumbrados eléctricos, se construyeron sistemas de desagües y alcantarillado modernos, así como instalaciones de agua corriente, regaderas de ducha y retretes de sifón. Pero estas nuevas tecnologías no se incorporaron de manera generalizada en todos los hogares ni se extendieron a todos los espacios de la ciudad. En realidad, abrieron nuevas brechas en términos de quienes tendrían acceso al disfrute de estas nuevas tecnologías de la higiene²⁷⁰.

No debemos olvidar que, en este tránsito del siglo XIX al XX, se desarrollaron procesos de urbanización y conurbanización en las ciudades, especialmente en las capitales, portuarias e industriales. Y, al mismo tiempo que los nuevos caminos para tranvías, ferrocarriles y automotores se extendían, una minoría privilegiada se beneficiaba de la

²⁶⁸ López-Durán, "Utopía en práctica...", *op. cit.*

²⁶⁹ *Idem*, p. 142.

²⁷⁰ Aréchiga Córdoba, Ernesto, "Lucha de clases en la ciudad. La disputa por el espacio urbano, ca. 1890-1930", en Illades, Carlos, Barbosa Cruz, Mario (coords.) *Los trabajadores de la ciudad de México, 1860-1950: textos en homenaje a Clara E. Lida*, México, COLMEX/UAM-C, 2013, 19-50.

construcción de casas modernas con las nuevas tecnologías sanitarias, mientras que el “resto” habitaba viviendas de baja calidad, pobremente equipadas, y sin acceso a la infraestructura sanitaria, establecidas, además, en los barrios viejos de la ciudad, con alta densidad de población. De allí que, autores como Lewis Mumford, identifiquen un proceso de “desurbanización” que acompañó al proceso de urbanización, pues la propia dinámica de la ciudad moderna reprodujo los barrios miserables, donde proliferaba el hacinamiento, la enfermedad y las condiciones insalubres²⁷¹.

Además del proceso de desurbanización, consustancial a la naturaleza de las propias urbes modernas, las ciudades, especialmente las capitales, se tornaron sinónimos de ciudadanía. Pues, como observa Mauricio Tenorio, ofrecían las posibilidades de “reinención” personal y colectiva, porque se rechazaban las viejas identidades cooperativas y corporativas, como las de comunidades indígenas, y se forjaba una ciudadanía imaginada con posibilidades de movilidad social más allá de los límites socioraciales²⁷². Pero esto debería matizarse, pues nunca ocurrió de manera absoluta. En este trabajo no se recuperan las formas de resistencia y de reapropiación comunitarias del espacio urbano, pues excede los límites de esta investigación. No obstante, se busca enfatizar cómo la ciudad, como estructura urbana reformada bajo el espíritu higienista, se constituyó como una suerte de “espacio mestizo de reinención”²⁷³, en el sentido de un espacio de blanqueamiento, o un locus producido desde el discurso de blanquitud del pensamiento higienista.

Las ciudades intervenidas por las reformas urbano-sanitarias produjeron un espacio discontinuo, que no se extendía uniformemente a lo largo y ancho de toda la ciudad como espacio físico y sobre la totalidad de sus habitantes. Es decir, una suerte de espacio segregado, que fue identificado por los contemporáneos, quienes hicieron notar el

²⁷¹ Mumford, Lewis, *La cultura de las ciudades*, España, Pepitas de calabaza, 2018.

²⁷² Tenorio, “*Hablo de ciudad*”, *op. cit.*

²⁷³ Término de Mauricio Tenorio, *idem*.

contraste que existía entre las clases sociales y que se proyectaba, con toda su crudeza, en el plano geográfico. Las ciudades de fines del siglo XIX tenían dos caras: "una es alegre, aseada y simpática, la otra es asquerosa y repulsiva. Recorred las calles de Plateros y San Francisco, transportaos violentamente al barrio de Tepito y sentiréis la misma impresión que se siente al salir de un baile para entrar en un cementerio"²⁷⁴, así describía un periódico a la Ciudad de México de 1880. Mientras que, unos años antes, el poeta Ignacio Manuel Altamirano, había expresado que, al cruzar el umbral que dividía a las "dos ciudades" se descendía a los infiernos de la miseria, la región de la fiebre y el hambre:

las calles [...] son inmundas. La atmósfera es asfixiante, los grandes hoyancos que hay en aquellos empedrados del tiempo de los virreyes están llenos de agua cenagosa y negra que exhala miasmas mortíferos [...] el aspecto de casas, calles y gentes llega al último extremo a que pueden alcanzar la miseria y la enfermedad²⁷⁵.

Así describió Altamirano a los barrios populares de la capital, esos que fueron segregados de los servicios urbanos y de la ciudad higienizada. La construcción de las viviendas también reflejaba esta segregación, incluso en los nombres, pues algunas eran reconocidas como "colonias" y el resto como "barrios", definidos estos últimos como "no sólo las orillas de la ciudad, sino todo lo que se extiende más allá del reducido perímetro del centro"²⁷⁶, en palabras de un médico higienista de 1898. Estas colonias estarían llamadas a ser, en el futuro, el "núcleo verdadero de la ciudad", señalaba otro periódico mexicano, una década antes²⁷⁷. La ciudad espacialmente dividida en clases sociales, se expresó en diversos sitios de América Latina, como se expondrá a continuación para contrastar algunos casos que serán retomados a lo largo de esta investigación.

²⁷⁴ "La ciudad de México tiene dos faces", *El Centinela Español*, Ciudad México, 19 de diciembre de 1880.

²⁷⁵ Altamirano, Ignacio Manuel, "Una visita a la Candelaria de los Patos", citado en Herrera Rangel, Daniel, "Las pintas de la sirvienta. El tifo y el temor a los pobres en la ciudad de México, 1874-1877", *Estudios de Historia moderna y contemporánea de México*, n. 41, México, enero/junio, 2011, p. 169.

²⁷⁶ Silva, Máximo, "Iniciativa digna de aplauso", *Diario del Hogar*, Ciudad de México, 21 de abril de 1898.

²⁷⁷ "Las colonias", *Municipio Libre*, Ciudad de México, 11 de mayo de 1886.

3.4 México, la “ciudad de los palacios”

¡Dios santo! ¿Pero quién entre nosotros no vive en una pocilga? Nadie ha reído más la equivocación del bondadoso Humboldt, que llamó a este gran centro de barracas “la ciudad de los palacios”. Estos “lujosos miserables” lo son por lo bajo de sus salarios [...] Esas familias comen y visten mal, y sus casas son estrechas y antihigiénicas.

La Patria (Ciudad de México, 1902)

La otrora capital del imperio mexica, México-Tenochtitlan, transfigurada en la Ciudad de México, capital del primer virreinato de las Indias Occidentales, había sido sujeto de planes urbanísticos desde los tiempos coloniales, como los proyectos ilustrados del virrey Revillagigedo²⁷⁸ e Ignacio Castera²⁷⁹. En ellos ya se aprecia un “ideario higienista”, entendido como un código de prescripciones tendiente a regir la vida y a combatir la “barbarie” y la “incultura”. Si bien la Ciudad de México ya era una urbe cosmopolita desde la colonia²⁸⁰, sería hasta las últimas décadas del siglo XIX, bajo el régimen porfirista cuando se desplegaron intervenciones que hicieron de ella una ciudad “moderna” en términos de infraestructura urbana y sanitaria.

²⁷⁸ La reforma urbana de Revillagigedo logró redistribuir los comercios, establecer medidas sanitarias (limpieza de acequias y recolección de basura) y urbanísticas (pavimentación, empedrado de calles, edificación de plazas y paseos y alumbrado público con faroles de aceite). También tenía el propósito de terminar con el desorden de la ciudad, mediante el establecimiento de un cuerpo de serenos armados, la prohibición de animales sueltos en las calles, la regulación de la vestimenta de la población, la represión de vagos y borrachos, la expulsión de la vendimia de la Plaza Mayor y el estricto control de las diversiones populares (Viqueira Albán, Juan Pedro, *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la Ciudad e México durante el siglo de las luces*, México, FCE, 2005).

²⁷⁹ El proyecto de Castera, propuesto en la década de 1790, contemplaba la homologación del trazo de las calles, avenidas y paseos para solucionar el problema de la continuidad entre la república española y los barrios indígenas para poder gobernar la urbe como un *continuum* urbano (Rodríguez Kuri, Ariel, *La experiencia olvidada. El Ayuntamiento de México: política y gobierno, 1876-1812*, México, El Colegio de México, 2016).

²⁸⁰ Gruzinski, Serge, *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*, México, FCE, 2010.

Al igual que ocurrió con otras grandes urbes, esta época finisecular se convertiría en la época del urbanismo moderno para la capital mexicana, momento en que se pusieron en marcha los primeros grandes procesos de transformación urbana: la alineación de las calles para la fluidez del tránsito y la mayor eficiencia de la vida urbana, así como obras de infraestructura sanitaria para el manejo de los desechos. Esto implicó, de cierta manera, la destrucción de la vieja ciudad y el surgimiento de una nueva urbe: destruir para construir talando árboles y limpiando los barrios populosos al demoler vecindades y muladares. Un cambio higiénico y urbanístico que modificó también a los cuerpos que habitaban la ciudad, junto con el paisaje citadino y los significados del propio espacio urbano.

Las transformaciones de las urbes respondieron, en esta época finisecular, a objetivos de modernización permeados por el discurso de la higiene y la salubridad pública, especialmente acotados para espacios urbanos en crecimiento económico y demográfico. Las ciudades llevaban décadas creciendo a un ritmo vertiginoso y alojando en sus entrañas a campesinos desposeídos del interior y migrantes extranjeros de ultramar, que llegaban a urbes que no estaban preparadas para recibirlos, y que se tornaban, paulatinamente, en incipientes centros industriales, cuyas fábricas y talleres tampoco habían sido planificados. Y las mercancías que producían, circulaban y consumían precisaban de vías de comunicación, como el ferrocarril, que traía a la ciudad los insumos necesarios para la producción económica, como las materias primas, pero también el trabajo vivo, que requerirían un espacio donde alojarse, junto con su prole.

El caso de la Ciudad de México no fue una excepción. La transformación de su espacio urbano se hizo sentir con fuerza tras el triunfo del régimen liberal, época en que ocurrieron los cambios espaciales más dramáticos desde la conquista de México-Tenochtitlán²⁸¹. Como señala Ariel Rodríguez Kuri, las reformas urbanas emprendidas en buena parte de

²⁸¹ Staples, Anne, "Espacios transformados: el impacto de la reconfiguración urbana de la Ciudad de México en el siglo XIX", *Espacios en la historia. Invención y transformación de los espacios sociales*, Pilar Gonzalbo Aizpuru (ed.), México, El Colegio de México, 2014.

las ciudades americanas y europeas respondieron a alguna forma de catástrofe natural: incendios, inundaciones –un desastre recurrente que impulsaría las intervenciones urbanísticas en el Porfiriato–, terremotos o epidemias, momentos extraordinarios que posibilitaron consensos en estos proyectos urbanísticos²⁸². Pero, en el caso de la Ciudad de México, las intervenciones urbanas del liberalismo triunfante no siguieron a un desastre natural pero sí una gran catástrofe política: las sucesivas derrotas de los conservadores durante las décadas de 1850 y 1860. Esta catástrofe política trajo importantes consecuencias urbanas que, según Rodríguez Kuri, crearon las condiciones de posibilidad para la reformulación de la traza de la ciudad, amparada en las leyes de desamortización y nacionalización de los bienes de la iglesia y también de las tierras comunales indígenas.

Los bienes comunales y eclesiásticos fueron fraccionados e introducidos en el mercado de los bienes raíces. Con ello, se confinó a las comunidades indígenas en reducidos barrios paupérrimos²⁸³, y se destruyeron edificios religiosos, ermitas, iglesias y conventos, junto con sus huertas. El resultado fueron espacios vacíos en las calles, ruinas, cascajo por toneladas y vías improvisadas, sin sentido y sin pavimentar. Vacíos que fueron llenados con viviendas, comercios, predios adaptados²⁸⁴ y calles nuevas, que en ocasiones no iban a ningún lugar. Un reordenamiento urbano que se desarrolló sin un planeamiento claro y que, más bien, respondió a una motivación política: la destrucción de los símbolos de la facción tradicionalista perdedora²⁸⁵.

Si bien en las primeras décadas de vida independiente, el Ayuntamiento de la Ciudad de México había intentado derrumbar edificios eclesiásticos abandonados con motivos de salubridad pública, estos esfuerzos no prosperaron. Aunque algunos predios religiosos se

²⁸² Rodríguez Kuri, *op. cit.*

²⁸³ Lira, *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México, Tenochtitlan, Tlatelolco, sus pueblos y barrios, 1812-1919*, México, COLMEX, 1995.

²⁸⁴ Algunas edificaciones religiosas fueron readaptadas como escuelas, cuarteles, hospitales y, en algunos casos, cedidas como inmuebles para cultos no católicos.

²⁸⁵ Staples, *op. cit.*

habían convertido en “muladares” que obstruían el tránsito y promovían la inmoralidad, el intento de demolición de estos “espacios benditos” se había interpretado como una medida irreligiosa²⁸⁶. Sería hasta décadas después, en los tiempos de los “liberales radicales”, que el proyecto de “modernización” de la traza urbana permitió desaparecer las grandes propiedades corporativas, a través de órdenes de desalojo y ejércitos de cuadrillas de trabajadores que derrumbaron edificios y símbolos del “antiguo régimen”²⁸⁷.

Sobre las ruinas de la “ciudad de los palacios” se construyeron edificios públicos, pero también vecindades, negocios y fraccionamientos con capitales privados. Pero no se logró mejorar la circulación de la urbe ni “hermosear” la ciudad. La verdadera reconstrucción de esta urbe en ruinas se consolidaría hasta finales del siglo, como parte de una tendencia global de reforma urbana que comprendía el ordenamiento y saneamiento de la ciudad, pero también la regeneración moral de sus habitantes, que se convirtió en una obsesión de la época como apunta Bruno Latour²⁸⁸, y como se mostró en los apartados anteriores.

La reforma urbana de la Ciudad de México, en términos arquitectónicos, de infraestructura e higiene social, se impulsó en la década de 1880, guiada por una política sanitaria que, por primera vez en la historia, lograba tener alcances verdaderamente nacionales. Las grandes obras públicas de infraestructura capitalinas, como el sistema de desagüe (1886-1900) y el drenaje (1897-1905), fueron impulsadas como parte de la política sanitaria que transformó el espacio urbano. Pero, para las autoridades, perdían sentido y eficacia frente a las costumbres de los habitantes de la ciudad. De allí que, para su eficaz funcionamiento, se debían acompañar de políticas sanitaria y de higiene que desplegaron medidas dirigidas a normar los hábitos higiénicos de los habitantes, tanto en el ámbito público como en el privado, como veremos en los capítulos siguientes.

²⁸⁶ Lira, Andrés, “Secularización de la vida”, en *La ciudad federal. México, 1824-1827; 1874-1884 (dos estudios de historia institucional)*, México, El Colegio de México, 2000.

²⁸⁷ Staples, *op. cit.*

²⁸⁸ Latour, *op. cit.*

Algunos de los más prominentes médicos higienistas porfirianos, responsables de las intervenciones sanitarias en la ciudad capital, fueron también dueños de terrenos donde se desarrolló el negocio de la construcción de viviendas populares²⁸⁹. Esto deja entrever que el proceso de urbanización estuvo lejos de sujetarse a criterios exclusivamente higiénicos, sino también respondió a los intereses de fraccionadores urbanos y arrendadores, muchos de ellos extranjeros, que hicieron negocios con la urbanización²⁹⁰.

Hacia el año de 1900 se estaban desarrollando, de manera relativamente planificada, buena parte de los barrios obreros y de "clase media" de la Ciudad de México, acompañados de electrificación y diseño de calles modernas con pavimentación. En la zona oeste de la ciudad, las colonias San Rafael y Limantour se construyeron para las llamadas "clases medias", al igual que los barrios del noreste, Santa María y Guerrero, que alojaron a trabajadores de "clase media" y artesanos. Al nororiente y más cerca del lago de Texcoco, donde las tierras eran más insalubres, se establecieron colonias como Morelos, La Bolsa, Díaz de León, Rastro, Maza y Valle Gómez, desarrolladas como barrios proletarios para acomodar a los desposeídos emigrados del campo. Muchos de sus habitantes habían trabajado en la construcción de la Penitenciaría, el Rastro de la Ciudad – por donde ingresaban cerdos y reses para abastecer el mercado de carne²⁹¹–, La Estación Hidalgo y las vías de los Ferrocarriles Guadalupe, Interoceánico y Cintura²⁹². Por su proximidad al lago, estas colonias populares se encontraban en amenaza permanente de inundación, además de carecer de servicios de drenaje, pavimento y agua potable,

²⁸⁹ Tenorio, *"Hablo de ciudad"*, op. cit.

²⁹⁰ Aréchiga, op. cit.

²⁹¹ El Consejo Superior de Salubridad ordenó que los médicos veterinarios del Rastro de la Ciudad debían acudir diariamente a las instalaciones de los Ferrocarriles Central y Nacional, con objeto de impedir la introducción de cerdos que estuviesen enfermos de epizootia, una dolencia infecciosa ("Epizootia", *El Siglo Diez y Nueve*, Ciudad de México, 3 de noviembre de 1886). Igualmente, se hacían revisiones de reses para identificar y aislar a las enfermas de tuberculosis ("La tuberculosis", *Municipio Libre*, Ciudad de México, 29 de julio de 1886)

²⁹² Agostoni, *Monuments of Progress*, op. cit.

constituyendo una suerte de pantano permanente, en la mirada de los higienistas²⁹³. Mientras que al suroeste de la ciudad, las colonias Juárez, Cuauhtémoc, Roma e Hipódromo Condesa se construyeron *ex profeso* para alojar a las élites, rodeadas de paseos, bulevares y parques, a diferencia de los barrios obreros que no tenían jardines, con excepción de uno construido en Balbuena por iniciativa del director de Obras Públicas, Miguel Ángel de Quevedo, para edificar sitios de recreación para las clases populares²⁹⁴.

Esta geografía urbana mostraba la existencia de espacios diferenciados, pues, “la lechuga vive en La Merced, la flor en San Cosme”²⁹⁵. Y, a pesar de que el Código Sanitario de 1891 establecía “Reglas para la admisión de nuevas colonias” que reforzaba la idea de una ciudad saneada al exigir agua potable, alcantarillado, energía eléctrica y pavimentación, los fraccionamientos reprodujeron la casa colectiva con servicios compartidos: vecindades construidas bajo el criterio de la máxima rentabilidad del espacio, que no necesariamente se apegaban a las normas higiénicas. Pues, a pesar de las ordenanzas sanitarias, las autoridades parecían ser incapaces de controlar los procesos de urbanización. Esto lo ilustra el testimonio de un periódico donde se relatan las pésimas condiciones de las casas de vecindad:

Causa tristeza recorrer los barrios de la ciudad y ver en ellos aglomerada a una numerosa población que habita en sus casas de vecindad tan sucias, tan escasas de higiene, y algunas de ellas tan estrechas, tan viejas y tan lóbregas, que más bien parecen prisiones que albergues de gente honrada y trabajadora [...] ¿Y allí, en esos lugares de podredumbre, de miseria y de muerte se quiere que residan la virtud, la ilustración y la vida?²⁹⁶

²⁹³ Morales Martínez, María Dolores, *Ensayos urbanos. La Ciudad de México en el siglo XIX*, México, UAM, 2011.

²⁹⁴ Miguel Ángel de Quevedo, “Espacios libres en el interior de la ciudad, su adaptación a plazas monumentales, jardines, arboledas y campos deportivos” presentado a Porfirio Díaz y Eduardo Liceaga, citado en Tenorio, “*Hablo de ciudad...*” *op. cit.*

²⁹⁵ Gutiérrez Nájera, Manuel, “Puestas de sol”, pp. 82, citado en Aréchiga, *op. cit.*

²⁹⁶ J. M. G. y G., “Por los pobres. (A las Empresas para fabricar casas)”, *La Convención Radical Obrera*, Ciudad de México, 3 de marzo de 1889.

Además, relatan las dificultades de los obreros para pagar el alquiler de casas sin banquetas, sin atarjeas, sin albañales, donde no pasa el carro de limpia, con alumbrado pobre y agua turbia mezclada con lodo, filtrada en cántaros que no alcanzan para mitigar la sed, guisar o lavar una camisa. Las calles de lodo hacen de la vía pública “un muladar” que desprende un olor nauseabundo y miasmas, proliferando el tifo, la anemia y las “calenturas” que producen una población raquílica, sucia y enfermiza, mostrando que el ideario higienistas también recorría el imaginario vertido en los periódicos.

La segregación de la ciudad volvería a vertirse en los planes de reforma propuestos para la conmemoración del centenario de la Independencia que se celebraría en 1910, observable, para Mauricio Tenorio, en los espacios de la ciudad que albergarían los fallidos proyectos, como la Exposición universal que nunca ocurrió²⁹⁷. Los límites de esta “ciudad ideal” abarcaban el Zócalo y sus alrededores, corriendo al oeste hacia la Alameda y a lo largo del Paseo de la Reforma hasta Chapultepec; al sur hacia el Río de la Piedad y Niño Perdido; y al norte disolviendo sus límites en las haciendas y el campo²⁹⁸. Intervenciones que contemplaban liberar los espacios del centro y sus alrededores, de los pobres, considerados amenazas para la salud y la moralidad, y que se encontraban peligrosamente cerca, geográficamente, del corredor de riqueza y poder²⁹⁹.

Por esos esos mismos años, e igualmente con motivo de la conmemoración del Centenario, se plantearon soluciones para “camuflajear” a la plebe urbana mediante ordenanzas de códigos de vestimenta dirigidos a los transeúntes indígenas que transitaran

²⁹⁷ Una primera propuesta fue realizada por Antonio A. de Medina y Ormaechea, pensando en su utilidad para la educación y modernización de los indios que “se conforman con una camisa y calzón de manta para cubrir sus carnes [...] con una cazuela de chile, frijoles y tortillas y una medida de pulque”. La exposición tendría sede en una de las propiedades de un empresario inmobiliario, en el bosque de Chapultepec. Y una segunda propuesta fue hecha por Fernando Pimentel y Fagoaga, también a celebrarse en los alrededores del Castillo de Chapultepec y el Paseo de la Reforma (Tenorio, “*Hablo de ciudad...*” *op. cit.*)

²⁹⁸ Tenorio, “*Hablo de ciudad...*” *op. cit.*

²⁹⁹ Lear, John, *Workers, Neighbors and Citizens: The Revolution in Mexico City*, University of Nebraska Press, Lincoln, 2001.

por la ciudad³⁰⁰. Este fenómeno no fue exclusivo de la Ciudad de México; se repitió en Río de Janeiro durante la conmemoración del Centenario de la independencia de Brasil en 1922, cuando se propusieron leyes que obligaban a la plebe urbana a usar zapatos³⁰¹. Además de las propuestas de Exposición Universal y las ordenanzas sobre la vestimenta indígena, se celebró la primera gran Exposición Higiénica, para la cual se edificaron predios especiales que alojarían a la población indeseable, y que fueron ubicados fuera de la traza de la "ciudad ideal": el manicomio de la Hacienda de la Castañeda y las penitenciarias de San Lázaro y San Jacinto, instituciones que marcaban una suerte de cordón sanitario³⁰².

En la Ciudad de México, a diferencia de otras urbes, los barrios pobres urbanos no tuvieron que ser destruidos ni reubicados porque fueron planificados³⁰³; pero sí se desplazó a las poblaciones pauperizadas, como los campesinos y los pueblos indígenas que habitaban en los márgenes de la ciudad³⁰⁴. Sin embargo, como observaremos en los capítulos siguientes, las capas urbanas que habitaban estos planificados "barrios obreros", sufrieron intervenciones sanitarias higienistas con sentidos de blanquitud, pues a pesar de tratarse de clases trabajadoras urbanas, no se les consideraba ajenas a las costumbres indígenas, consideradas atávicas e insalubres en la mirada de los higienistas. Pero esta falta de educación antihigiénica no sólo le fue atribuida a las poblaciones indígenas, sino también a las inmigrantes que igualmente sufrían de falta de blanquitud, como se observa en el discurso de los higienistas porteños.

³⁰⁰ Influyentes diplomáticos como E. Lozano, R. Nervo, Carlos Lazo de la Vega y R. Riveroll del Prado propusieron que se les prohibiese a los indios circular por la ciudad si vestían calzón de manta y huaraches mientras durasen las celebraciones. "Vistamos [a la población indígena] y obliguémosla a que use pantalones y blusa y calzado" por el qué dirán los extranjeros y porque era necesario hacer que la población india tuviese necesidades modernas que la obligaran a trabajar para cubrirlas (citado en Tenorio, *"Hablemos de ciudad"*, p. 53).

³⁰¹ Nicolau Sevcenko, *Literatura como missão. Tensões sociais e criação cultural na Primeira República*, São Paulo, Brasiliense, 1983.

³⁰² Tenorio, *"Hablo de ciudad"*, op. cit..

³⁰³ *Idem*.

³⁰⁴ Lira, *Las comunidades indígenas frente a la Ciudad de México*, op. cit.

3.5 Buenos Aires, el “puerto cosmopolita”

En Argentina, la ideología urbanista comenzó a ganar terreno a partir de la segunda mitad del siglo XIX, después de las guerras civiles y la Guerra del Paraguay, cuando la nación se unificaba. Décadas después, hacia finales del siglo, el tema del futuro de la ciudad se colocó como una discusión importante, donde las reflexiones urbanísticas de personajes como Domingo Faustino Sarmiento, resultaron ser antecedentes importantes desde el ideario liberal³⁰⁵. El debate sobre el futuro de la ciudad se mezcló con las discusiones sobre la inmigración deseable frente al arribo del aluvión migratorio, cuya indisciplina social era motivo de seria preocupación para el pensamiento positivista e higienista, al poner en jaque la gobernabilidad de la ciudad de Buenos Aires.

En este arco temporal, que va de la década de 1870 a la de 1930, la higiene se fue perfilando como una obligación para todos aquellos que se pretendían parte de la sociedad, y se fue convirtiendo en una suerte de “nuevo derecho” al que aspiraban sectores que, tradicionalmente, habían sido marginados de la infraestructura sanitaria. Pues, como apunta Diego Armus, más allá del significado social individual o colectivo que se le atribuía a la higiene, la higiene individual y colectiva devinieron en prácticas civilizatorias y de socialización³⁰⁶. Sarmiento, al referir la trascendencia de las obras de agua potable en Buenos Aires en 1868, transmite la presencia de un ideario higienista y de la importancia de la educación higiénica moderna, en un sentido civilizatorio: “el pueblo, ignorante y provisto de agua abundante, perseverará en sus hábitos de desaseo e intemperancia si su estado intelectual y moral no se mejora. [El agua potable] es necesaria y excelente; pero si no damos educación al pueblo, abundante y sana, [...] el cólera

³⁰⁵ Sarmiento, Domingo Faustino, *Argirópolis, Buenos Aires en el año 2080* [1850], Buenos Aires: Kraft, 1956.

³⁰⁶ Armus, Diego, *La ciudad impura. Salud, tuberculosis y cultura en Buenos Aires, 1870-1950*, Buenos Aires, Edhasa, 2007.

devorará a la población”³⁰⁷, y esta educación higiénica poseía tonos moralizadores en el sentido de la ética burguesa de la blanquitud. Porque la higiene era pensada como un valor universal que era expresión de cierta moral, otorgaba respetabilidad y facilitaba la integración social. Es decir, operaba como un instrumento de incorporación de los sectores populares a la urbe capitalista, y no se contraponía con los valores modernos occidentales, como la autoaprobación, la responsabilidad individual, la autodisciplina, el narcisismo, todos ellos muy relacionados con la idea del individuo burgués³⁰⁸.

En este contexto, comenzó a emerger la cultura del “hombre higiénico” hacia el último tercio del siglo XIX, al calor de las preocupaciones de la mortalidad y la morbilidad entre la población, cruzando los temas sanitarios con las cuestiones políticas. Y, como observa Diego Armus, los esfuerzos de la higiene social serían impulsados por sectores profesionales y políticos fuertemente marcados por el positivismo, y se centrarían en dos ejes. Por una parte, ofrecer a las élites un entorno urbano seguro y controlable desde un punto de vista sanitario, y por otra, alejar a vastos sectores sociales del peligro del contagio para incluirlos en el mundo social y moderno del trabajo, como una exigencia económica³⁰⁹.

De allí que el discurso de la higiene fuese alentado por médicos, urbanistas, educadores y burócratas, además de generar consenso entre distintas filiaciones políticas. Dentro del corpus de los textos higienistas, proliferaron las utopías sanitarias en la Argentina, y en algunas de ellas puede apreciarse el ideario de la medicalización y la moralización autoritaria, como en *Buenos Aires en el año 2080. Una historia verosímil* (1879) del periodista francoargentino Achilles Sioen. La trama cuenta la historia de Enrique, un joven que debe viajar en ferrocarril eléctrico desde la Patagonia hasta La Rioja, para llegar a la mina de cobre donde se desempeñará como administrador. Sioen describe a la

³⁰⁷ *Idem*, p. 214.

³⁰⁸ Van Dulmen, Richard, *El descubrimiento del individuo 1500-1800*, Madrid, Siglo XXI, 2016.

³⁰⁹ *Idem*.

Argentina futura como un país cosmopolita, con libertad de cultos y dominio de las ciencias exactas en un mundo donde han cesado las guerras. Mientras que la ciudad de Buenos Aires encarna una utopía sanitaria: una ciudad planificada con amplias avenidas y bulevares, parques metropolitanos como tecnologías para mejorar la salud³¹⁰ y un “sol eléctrico” que ilumina la ciudad. Con una población igualmente higienizada: la soltería es un vicio inmoral, el matrimonio es obligatorio al cumplirse 20 años, el teatro ha sido erradicado por desatar las “bajas pasiones” y los “piropeadores” son condenados a prisión por un Consejo de Ancianos³¹¹, mostrando la presencia de la mentalidad punitivista y puritana burguesa, tan característica de la blanquitud, y que se complementa muy bien con el ideario de la higiene social.

Otros proyectos utópicos sanitarios fueron escritos por los propios funcionarios higienistas, como *La Ciudad Argentina ideal o del porvenir* (1919), del médico Emilio Coni, director de la *Revista Médico Quirúrgica*, fundador de la Asistencia Pública en 1878, de la Oficina Estadística Municipal de Buenos Aires en 1887 y de la Oficina Demográfica del Departamento Nacional de Higiene, en 1891. Aunque su obra fue publicada en 1919, recogía propuestas previas de otros trabajos, como *Progrès de l'hygiène dans la République Argentine* (1887).

Su obra armoniza con las demandas del auge del sistema agroexportador, donde cobraba importancia la asistencia y moralización de los sectores populares, extendidos por el aluvión migratorio. Por ello, *La Ciudad Argentina ideal o del porvenir* describe una ciudad obrera modelo, donde la población de origen inmigrante y criollo –sin rastro de la población negra, al igual que ocurre en la utopía de Sioen– dejaría de habitar los

³¹⁰ El modelo de parque metropolitano de Sioen sería retomado por la Municipalidad de Buenos Aires y materializada en 1882 a través de urbanistas como Benito Carrasco y paisajistas franceses del *Musée Social*, institución parisina que desempeñaría un papel crucial en la transformación de las capitales en la Europa mediterránea y en América Latina (Gorelik, Adrián, *La grilla y el parque: espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2004).

³¹¹ Sioen, Achilles, *Buenos Aires en el año 2080. Una historia verosímil*, Buenos Aires, Igon Hermanos Editores, 1879.

conventillos antihigiénicos del centro de la ciudad. Y, en su lugar, se instalaría en homogéneos e higiénicos barrios proletarios, donde cada casa sería una “unidad sanitaria” que formaría parte de una amplia red de instituciones profilácticas –orfanatos, asilos-talleres para indigentes, salas de maternidad, dispensarios, consultorios médicos, farmacias, etc.– para el mejoramiento físico y moral de la “raza”, privilegiando la profilaxis de mujeres y niños³¹². Para Armus, la propuesta de las viviendas unifamiliares sitúa a Coni más cerca del pensamiento conservador de Richardson y sus casas individuales, y más lejos de los falansterios de Charles Fourier y las soluciones colectivas para la vivienda popular. Pues Coni contribuía a generalizar el ideal de la “casa propia” y la familia nuclear, individualista y anticomunitaria, dentro del imaginario del mundo urbano porteño, cuya estructura facilitaba la puesta en marcha de los modernos ritos de la higiene³¹³, punto sobre el que volveremos en los siguientes capítulos.

Desde la mirada de Coni, los ingenieros sociales y los médicos higienistas eran la representación misma de ese Estado, responsables de gobernar y manejar los conflictos sociales causados por el aluvión inmigratorio, que consideraban inestable y peligrosa, como también antihigiénico, como observaremos más adelante. Para Diego Armus, esta visión de Coni retoma las clásicas figuras de los guardianes del orden en Platón, como una suerte de élite científico-técnica que lo controla todo y que, posicionada en la burocracia estatal y municipal, impulsa iniciativas filantrópicas y asistencialistas para gestionar la prosperidad urbana y transformar las costumbres de la población³¹⁴. Algo similar ocurría en Río de Janeiro, donde la higiene social se expresó en las reformas urbanas, notoriamente en la de Pereira Passos, entre 1902 y 1906.

³¹² Coni, Emilio, “La Ciudad Argentina ideal o del porvenir”, en *La Semana médica*, Buenos Aires, 1919.

³¹³ Armus, “Utopías Higiénicas...”, *op. cit.*

³¹⁴ Armus, Diego, “Un médico higienista buscando ordenar el mundo urbano argentino de comienzos del siglo XX”, *Salud colectiva*, n. 3, v. 1, enero-abril 2007, pp. 71-80.

3.6 Río de Janeiro, la “París de los trópicos”

Los intentos de reforma urbana en Río de Janeiro, la otrora capital imperial y después capital de la República Vieja o República de los coroneles, habían sido discutidas desde la década de 1840, todavía bajo el gobierno monárquico, en un contexto en que el problema de las epidemias de fiebre amarilla se tornó la gran cuestión sanitaria nacional³¹⁵. Pero comenzaron a tomar forma en los albores del siglo XX, planificadas y coordinadas por el gobierno municipal y federal. Esta última instancia quedó a cargo de reconstruir el puerto de la ciudad y las calles aledañas, con el fin de eficientar el comercio. Asimismo, se abrieron avenidas y bulevares y se edificaron instituciones que se tornaron emblemáticas para el paisaje urbano, como la Escuela Nacional de Bellas Artes, la Biblioteca Nacional y el Palacio Monroe, este último demolido en 1976. Todo ello como parte del proyecto reformista de la nueva república, que había asumido un discurso que pretendía superar el “paradigma esclavista” dejado por el imperio, depuesto por el ejército en 1889, un año después de la abolición de la esclavitud, régimen de trabajo que no sólo empleó a los cautivos en las plantaciones y en el hogar, sino también como mano de obra para la realización de labores sanitarias como cargar agua potable y escurrir cloacas. Los predios coloniales que serían demolidos por las reformas, eran identificados no sólo con la esclavitud, sino también con la presencia de enfermedad: “sin condición alguna estética o higiénica [...] aún están impregnados de los miasmas de los Nuevos Negros [...] Llegados moribundos, destrozados por el escorbuto, por la sarna y por todas las hediondas molestias, que acompañaron al atroz comercio de carne humana”³¹⁶, afirmaba el ingeniero militar y abolicionista negro André Rebouças. Pero “aún perfectamente drenada, la vieja ciudad de Río de Janeiro permanecerá siempre sobre un cementerio, un hediondo

³¹⁵ Benchimol, Jaime Larry, “Fiebre amarilla: miasmas, microbios y mosquitos. Una historia a vuelo de pájaro vista desde Brasil”, *Revista Biomédica*, v. 21, n. 3, UADY, septiembre-diciembre, 2010, pp. 247-266.

³¹⁶ Rebouças, André, ““Hygiene pública”, *Revista de Engenharia*, 28 de marzo de 1888.

*Kjokkenmodding*³¹⁷, construido por la desidia, por la ignorancia y la incapacidad de la plutocracia esclavócrata”³¹⁸.

En los últimos años del imperio se había instalado el sistema de alcantarillado municipal, en 1886; medida acompañado de una legislación que obligaba a todas las viviendas de la ciudad a instalar baños y pozos negros individuales, y ordenaba la demolición de aquellas edificaciones que no contaran con esta infraestructura sanitaria³¹⁹. Pues, hacia finales del siglo, el ideario higienista se traducían en este tipo de intervenciones urbano-sanitarias, que también se configuraron con el ensanchamiento de las calles para mantener ventilada la ciudad; la nivelación de las vías públicas, para combatir inundaciones y mantener a raya los desechos; así como la remoción de cerros y la demolición de caserones y conventillos –ocupados por las familias pobres y hacinadas, conformadas por inmigrantes extranjeros y por libertos que migraban del campo a la ciudad–, con el propósito de moralizar, higienizar y modernizar a la población. Acciones, todas ellas, que estaban dirigidas a reducir la propagación de las enfermedades, tanto las sociales como las infectocontagiosas, especialmente la fiebre amarilla, que había causado grandes epidemias en 1873 y 1876, y que se había convertido en una dolencia endémica.

En el marco de este impulso higienista reformista, se gestó un proyecto de reforma propuesto por el prefecto de la capital, Francisco Pereira Passos, en 1902. Su propuesta incluyó la edificación del Teatro Municipal, el paso de un tranvía sobre los arcos de Lapa – una construcción colonial–, el acceso al morro Corcovado, la canalización de ríos, y la apertura de nuevas vías para conectar los suburbios con el centro de la urbe. Todo ello con el propósito de modernizar la urbe y mejorar su imagen y condiciones sanitarias, pues Río tenía fama de sufrir periódicas epidemias de fiebre amarilla y viruela, además de haber

³¹⁷ *Kjökkenmödding* es un término danés que significa “montón de basura”.

³¹⁸ Rebouças, *op. cit.*

³¹⁹ Queiroz, Christina, “Un alcalde ambivalente”, *Revista Pesquisa*, n. 266, abril, 2018.

sido escenario de brotes de cólera y peste bubónica³²⁰, que ahuyentaban a la inmigración extranjera. Sin embargo, este proyecto de modernización que implicó la demolición de antiguas construcciones que se habían transformado en vecindades, causó la expulsión de algunas poblaciones pauperizadas del centro de la ciudad. Efecto que ha sido leído, por algunas autores, como una suerte de símil de los efectos producidos por las reformas hausmannianas en París³²¹, aunque no todos los barrios miserables fueron trastocados y otros más de clase media-alta fueron también destruidos³²². Pero en ambos casos, la demolición de lo viejo era una celebración del progreso cuya expresión también era la higiene:

En el ruido de las paredes, en el rugir de las piedras, en el desmoronarse del barro, había un largo gemido. Era el gemido melancólico y lamentoso del Pasado, del Atraso, del Oprobio. La ciudad colonial inmunda, retrógrada, atascada en sus viejas tradiciones estaba sollozando en el sollozo de aquellos podridos materiales que colapsaban. Pero el himno claro de los picos ensordecía esa protesta impotente. Con qué alegría cantaban ellas –¡Los picos regeneradores! ¡Y cómo las almas de los que ahí estaban comprendían bien lo que ellas decían, en su clamor incesante y rítmico, celebrando *la victoria de la higiene*, el buen gusto y el arte!³²³

Las reformas de Rio de Janeiro, impulsadas tanto por el prefecto de la capital, Pereira Passos, como por el presidente, Francisco de Paula Rodrigues Alves, seguían las ideas del progreso expresado a través del desarrollo material como baluarte civilizatorio, cuyos efectos incidirían en la cohesión social y el “acceso a la cultura”. Una cultura que implicaba comportamientos higiénicos que prohibían orinar en espacios públicos, escupir en los tranvías, andar sin camisa y vender mercancías en la calle. Para Nunes de Azevedo, se trató

³²⁰ Benchimol, “Fiebre amarilla: miasmas, microbios y mosquitos”, *op. cit.*

³²¹ Benchimol, Jaime Larry, *Pereira Passos, um Hausmann tropical. A renovação urbana da cidade do Rio de Janeiro no início do século XX*, Rio de Janeiro, Prefeitura da cidade do Rio de Janeiro/Secretaria Municipal de Cultura, Turismo e Esportes/Departamento Geral de Documentação e Informação Cultural, 1992.

³²² Nunes de Azevedo, André, *A grande reforma urbana do Rio de Janeiro: Pereira Passos, Rodrigues Alves e as ideias de civilização e progresso*, Rio de Janeiro, Mauad, 2016.

³²³ *Kosmos. Revista Artística, Científica y Literaria*, Rio de Janeiro, marzo de 1904, no. 3, año 1 [traducción de la autora].

de una "integración conservadora" que adoptó concepto de civilización de la burguesía europea, es decir una étnica de blanquitud, porque creó una estructura vial con tres conexiones entre el centro y los suburbios, y se construyeron tres villas obreras en el centro para que las y los trabajadores pudieran desplazarse a pie a sus sitios de ocupación laboral mientras se les exigía ir aseados y bien vestidos. Todo en aras de la higiene social y la productividad económica y a pesar de la incompatibilidad con las tradiciones y condiciones sociales de los trabajadores libertos, que andaban por las calles llenos de hollín a causa de los trabajos manuales que desempeñaban. Esta integración conservadora, entonces, era una propuesta que les obligaba a asumir estándares exógenos a la constitución histórica de esos grupos sociales y que, además, no democratizaba el acceso a las riquezas³²⁴.

Por los mismos años en que se desplegaban los trabajos de reforma de Pereira Passos, la intelligentsia higienista también discutía sobre el problema de la vivienda popular. Los médicos Alfredo Pinto y Oswaldo Cruz propusieron el saneamiento de los morros de Santo Antonio y de su favela, donde eran muy numerosas "las habitaciones ilegales, sin higiene, levantadas de un día para otro, sin techo, sin profesión y sin escrúpulos", en una acción combinada con la Policía, la Prefectura de Distrito y la Dirección de Salud Pública³²⁵.

El tema de la vivienda se tornaría una obsesión de los higienistas, quienes en su diagnóstico y propuestas de intervención sanitaria vertieron prejuicios sociales y correlaciones "raciales", que muestran la presencia de elementos de blanquitud dentro del ideario higienista, como observaremos a continuación.

³²⁴ Nunes de Azevedo, *op. cit.*

³²⁵ *Jornal do Commercio*, Rio de Janeiro, 8 de abril de 1907.

PARTE II. **INTERVENCIONES HIGIENISTAS, CONTRAPUNTEOS
LATINOAMERICANOS**

4. El blanqueamiento del espacio íntimo: los higienistas y las intervenciones sobre el hogar mestizo

Por todas partes vemos aglomeraciones de inmundicias [...] y estas costumbres impuras y embrutecedoras de nuestra clase baja [...] Que tengamos malas calles, falta de banquetas y empedrados, alumbrado exiguo, etc., pase; esto es pobreza y la pobreza no deshonor; pero el desaseo público sí es altamente indecoroso, porque ahí se revelan los hábitos, costumbres, gustos, sentimientos y carácter de un pueblo.

El Centinela Español (Ciudad de México 1880)

Esas son las costumbres que debe reformar el Ayuntamiento o la autoridad política [...] Estas costumbres salvajes y que no armonizan con nuestras pretensiones de adelanto.

El Siglo Diez y Nueve (Ciudad de México, 1888)

Parece que la naturaleza ha dado a los pobres un medio de vengarse del inhumano desprecio en que los deja perecer la sociedad en que viven. Le basta pasear por las ciudades su cuerpo, que sale de las tinieblas rodeado de un aura miasmática [...] para hacer que la elegante dama viva pálida y enfermiza, y que el niño mecido en cuna de marfil vea que la muerte le ofrece el seno [...]

La Patria (Ciudad de México, 1890)

La capital mexicana era considerada por los higienistas domésticos la ciudad más insalubre del mundo. Este problema de higiene pública se reflejaba en una alta tasa de mortalidad de 33.6%, para una población urbana de 344,721 habitantes hacia 1900, de

los cuales la mayoría moría a los 26 años de edad³²⁶. Las muertes tempranas y masivas eran resultado de enfermedades que, acorde con los funcionarios de salubridad, podrían ser evitables. Sobre todo aquellas de naturaleza infecciosa, como las dolencias gastrointestinales y las epidémicas, particularmente el tifo, que azotaba duramente a la capital durante la temporada invernal. Grave problema para una urbe que se congratulaba de ser moderna y cosmopolita, mientras tenía una de las tasas de mortalidad más altas del planeta.

En la mirada de los funcionarios de salubridad, las condiciones higiénicas de la capital se mostraban como un verdadero peligro para el progreso civilizatorio, y les obligaban a hacer malabares para conciliar la imagen de nación que las élites deseaban proyectar, con la “tristísima” realidad sanitaria³²⁷. Este problema precisaba de un diagnóstico previo, para explicar las causas de la insalubridad de la capital e intervenirla. Dicha prognosis identificó dos elementos: la falta de un sistema efectivo de drenaje, para una ciudad que prácticamente se levantaba sobre un “pantano”; y la ausencia de prácticas higiénicas entre la población urbana, principalmente, en la clase trabajadora y empobrecida, identificada como mestiza e india.

Los encargados de hacer este diagnóstico y diseñar políticas e intervenciones urbanas encaminadas al saneamiento de la ciudad y sus habitantes, fueron los llamados higienistas, y sobre ellos versa este capítulo. Su estructura de levanta en dos momentos argumentales. En el primero, se presenta a la comunidad de higienistas mexicanos de finales del porfiriato y su diagnóstico sobre la capital, vertido en las llamadas “topografías médicas”. Y, en el segundo, se expondrán los conceptos de higiene pública y privada, y su efectivización mediante las intervenciones de los higienistas sobre el espacio privado del el hogar de los pobres. Todo ello con el propósito de demostrar que, en el núcleo de las doctrinas higienistas, se encuentra un discurso de blanquitud.

³²⁶ Agostoni, *Monuments of Progress*, *op. cit.*

³²⁷ *Idem*, p. 27.

4.1 Higienistas: guardianes de la blanquitud

El de los higienistas fue un gremio formado principalmente por médicos e ingenieros sanitarios, y en menor medida por veterinarios y químicos farmacéuticos³²⁸. Algunos de estos profesionistas fueron también funcionarios que compartían preocupaciones muy amplias en términos de salubridad pública: el saneamiento de la vivienda obrera, escuelas y hospitales; así como de mercados, jardines, parques, plazas, cementerios, alcantarillas, aguas estancadas, mataderos y fábricas. Es decir, de todo sitio cuyas condiciones de higiene pudiesen tener efectos sobre la salud pública. Prácticamente, toda la ciudad entraba en la jurisdicción de los higienistas.

Este gremio de profesionistas-funcionarios definía a la higiene como la ciencia del medio ambiente -del estudio del agua, aire, clima, organismos que afectan a la flora y fauna-, a la cual no le eran ajenas las modalidades y circunstancias de la vida individual, como la herencia, la edad, el temperamento, el sexo, el hábito y la idiosincrasia. Pues todos estos factores sociales, elementos étnicos y estados de civilización intelectual, moral, religioso, estético e industrial, influían sobre la salud humana³²⁹. La higiene se presentaba como un arte científico, casi que una técnica, que combinaba elementos de lo que hoy entenderíamos como medicina, ecología, sociología y psicología. Una suerte de ciencia de todo: no sólo de la regulación del medio ambiente sino la vida social y de las buenas costumbres civilizadas, que corrían en relación al medio, con el fin de la conservación de la salud.

³²⁸ Como veterinarios higienistas, se reconoce a aquellos que se desempeñan en el sector alimentario. En el siglo XIX, los veterinarios que eran funcionarios de salubridad, supervisaban las condiciones de higiene y presencia de enfermedades de ganado en los rastros y expendios de carne. Mientras que los químicos farmacéuticos inspeccionaban boticas.

³²⁹ Campos y Díaz, Jesús María, *Qué sea la higiene, cuáles sus fundamentos y condiciones sociales de las que depende*, Prueba escrita para el examen general de Medicina, Cirugía y Obstetricia, Facultad de Medicina de México, México, Tipografía de Trinidad Sánchez Santos, 1900, p. 8.

Para lograr este objetivo, el higienista se tornaba artífice de técnicas científicas de higiene a través de la acción sobre el medio; tanto del externo natural, como del interno individual y social. Esto se tradujo en la implementación de medidas profilácticas, muchas de ellas encaminadas a fundar hábitos higiénicos, como una suerte de “segunda naturaleza”³³⁰, en un momento en que los desarrollos de la higiene pública y privada se habían convertido en el núcleo de la *salud pública*, concepto convertido en una de las grandes preocupaciones del estado.

El concepto de salubridad pública, en su acepción moderna de política de estado, se estableció después de 1830, precisamente tras una gran epidemia de cólera que azotó a Europa Occidental. No obstante, hubo claros antecedentes de instituciones estatales de salud pública operativas desde el siglo XVIII³³¹. En términos generales, antes del siglo XIX ya habían sido desarrolladas políticas sociales focalizadas en los pobres; políticas sanitarias y de promoción de la higiene pública y privada; y políticas de vigilancia y control del modo y nivel de vida de las poblaciones. Por ejemplo, en los territorios germánicos, operaba la figura de los *Physici*, médicos jurados y remunerados por las municipalidades, encargados de vigilar la calidad del aire, el agua y la vegetación de sus localidades, al igual que los modos de vida de sus habitantes, cuyas observaciones eran plasmadas en informes topográficos.

Para el siglo XIX, el interés por la higiene como medida tanto profiláctica como de vigilancia, no era algo novedoso. Sin embargo, ganaría un importante impulso mundial como estrategia para contener epidemias, particularmente las de cólera. Tema sobre el que volveremos en el siguiente capítulo. A causa del cólera, los estados alemanes comenzaron a establecer comisiones sanitarias permanentes en la década de 1830, en las ciudades con más de 5 mil habitantes. Sus tareas consistían en controlar y aislar a los

³³⁰ *Idem.*

³³¹ *Cfr. Haudemann-Simon, La conquista de la salud en Europa, op. cit.*

enfermos, así como en estipular medidas de desinfección. Esto sería copiado en toda Europa.

La higiene fue desarrollada como "ciencia experimental" y, a pesar de no figurar en los programas de las universidades en un principio, se desarrolló mientras los médicos investigaban las causas de aparición y difusión de las enfermedades. Sus posturas se bifurcaban entre "contagionistas" y "anticontagionistas", pues las primeras acreditaban en el contagio de personas a personas, mientras que las segundas eran partidarias de las teorías miasmáticas, y encontraban el origen de la enfermedad en la descomposición de elementos orgánicos, que infectaban el aire y el agua.

Para la segunda mitad del siglo XIX, surgía un vigoroso movimiento higienista que ponía particular atención en los grupos sociales más desfavorecidos, aduciendo que sus condiciones de vida precaria estaban relacionadas con el origen de las enfermedades infectocontagiosas. Auspiciado por los gobiernos, el gremio higienista monopolizó cuestiones precisas como las medidas de control epidémico, la vigilancia de la prostitución, el alcoholismo, la lactancia y la profilaxis de la tuberculosis; pero su vigilancia sanitaria terminaría por extenderse a espacios urbanos.

Hacia finales del siglo, ya proliferaban organizaciones de higienistas, publicaciones especializadas y cátedras de higiene en las universidades. Con el desarrollo de la bacteriología en la década de 1880, se abrió la posibilidad de realizar análisis prácticos sobre la presencia de agentes patógenos en la ciudad, trayendo de vuelta la importancia de la policía sanitaria. Esta situación impuso nuevas exigencias a los médicos y los obligó a adquirir una formación especializada. Su competencia se había extendido a la inspección de hospederías, mercados, viviendas, pozos de agua potable y cementerios, así como de los servicios de recolección de basura.

Los higienistas presentaban informes periódicamente en los que insistían, cada vez con mayor énfasis, en las consecuencias de la miseria que eran también peligrosas para

las clases acomodadas. La epidemia de cólera había probado que los ricos no estaban exentos de contagiarse, de manera que, para la mejora de las condiciones de vida e higiene de los humildes, era un emprendimiento que tenía lugar, también, en interés de las clases altas³³². La tarea de diseñar y desplegar políticas de higiene y salubridad dirigidas a las clases populares, se construyó sobre un discurso que las consideraba una amenaza para la salud pública de la ciudad. O, dicho de otro modo, fue una conversión del enemigo de clase en una suerte de “peligro biológico”³³³, en palabras de Michel Foucault.

Calixte Haudemann señala que, entre las recomendaciones de los higienistas para el saneamiento del espacio público y privado, había cierto tono de “moralismo burgués”, pues la salud corría a la par de las buenas costumbres y la vida ordenada, y era resultado de las exigencias del trabajo, la frugalidad y la disciplina³³⁴. Es decir, la higiene era identificada no sólo con la limpieza y la salud sino con hábitos y costumbres “modernas” específicas y muy similares a aquellos comportamientos recompensados por la ética protestante y su espíritu afín al ethos del capitalismo: la llamada blanquitud cultural y social que se revisó en el primer capítulo.

En México, ¿quiénes conformaron la comunidad de higienistas? Figuras reconocidas fueron los médicos Eduardo Liceaga³³⁵, Luis E. Ruiz³³⁶, Domingo Orvañanos³³⁷, Nicolás

³³² *Idem.*

³³³ Foucault, *Defender la sociedad*, *op. cit.*

³³⁴ Haudemann-Simon, *op. cit.*

³³⁵ Médico guanajuatense (1839-1920) y el “higienista más distinguido de México de finales del siglo XIX”. Director de la Escuela Nacional de Medicina y del Hospital Materno Infantil. Presidente del Consejo Superior de Salubridad (1886-1914) e impulsor del Código Sanitario de la capital. Durante su administración se estableció la vacunación contra la rabia y la fiebre amarilla. Representó a México en numerosos congresos internacionales y fue autor de diversos estudios médicos.

³³⁶ Médico higienista veracruzano (1853-1914). Profesor de Higiene y Meteorología en la Escuela Nacional de Medicina, escribió numerosos artículos sobre medicina y salud pública; autor de un famoso libro de higiene, titulado *Tratado Elemental de Higiene*. Miembro de diferentes sociedades científicas y organismos educacionales y salud como la Academia Nacional de Medicina.

³³⁷ Médico y catedrático de la Escuela Nacional de Medicina y miembro del Consejo Superior de Salubridad. Autor del *Ensayo de geografía médica y climatología de la República mexicana* (1889).

Ramírez de Arellano³³⁸, José Alfaro³³⁹, Antonio Peñafiel³⁴⁰, Manuel Uribe y Troncoso³⁴¹, José Guadalupe Lobato³⁴² y Máximo Silva³⁴³. Veterinarios como José de la Luz Gómez³⁴⁴ y farmacéuticos como José Donaciano Morales³⁴⁵. Así como ingenieros de renombre: Manuel Marroquín y Rivera³⁴⁶, Miguel Ángel de Quevedo³⁴⁷, Roberto Gayol y Soto³⁴⁸ y

³³⁸ Médico capitalino (1851-1924). Fue director de la Escuela de Medicina, miembro del Consejo Superior de Salubridad y de la Academia Nacional de Medicina, de la cual fue también presidente.

³³⁹ Médico higienista. Autor de *Higiene pública. Algunas palabras acerca de la influencia higiénica de las arboledas y la necesidad de reglamentar su uso entre nosotros* (1892).

³⁴⁰ Médico jalisciense (1830-1911) especialista en disponibilidad y distribución del agua potable. Fue profesor en el Hospital Militar de San Lucas de Ciudad de México y en el Instituto Científico y Literario. Diputado federal por el estado de Hidalgo, fue también el primer Director General de Estadística (1876-1911). Coordinó el primer censo poblacional de la república en 1895. Fue fundador de la Sociedad de Historia Natural de México e investigador de lingüística y filología de lenguas indígenas.

³⁴¹ Médico oftalmólogo toluqueño (1867-1959). Profesor de la Escuela Nacional de Medicina, director de la Beneficencia Española de México y jefe del Servicio de Higiene Escolar, así como inspector general médico de las escuelas del Distrito Federal.

³⁴² Médico higienista y anesthesiólogo.

³⁴³ Médico especialista en higiene mental infantil. Autor de *Higiene popular* (1917).

³⁴⁴ Médico veterinario chihuahuense (1840-1912). Miembro del Consejo Superior de Salubridad, profesor y director de la Escuela Nacional de Agricultura y Veterinaria y representante de México en la Asociación Americana de Salubridad Pública.

³⁴⁵ Químico farmacéutico mexiquense (1850-1929). Profesor de la Escuela Nacional de Medicina, miembro del Consejo Superior de Salubridad y Jefe de la sección química del Instituto Médico Nacional.

³⁴⁶ Ingeniero queretano (1865-1927). Fue responsable de las grandes obras de conducción del agua de los manantiales de Xochimilco a la Ciudad de México: el proyecto de desecación de la Ciénaga de Chapala y los trabajos de capacitación de las aguas del Lago de Xochimilco, entre 1903 a 1914.

³⁴⁷ Ingeniero tapatío (1862-1946) conocido como "el apóstol del árbol". Especialista en ingeniería hidráulica, trabajó en el Departamento Forestal de la Secretaría de Agricultura donde impulsó programas de parques públicos para el área urbana de la Ciudad de México, incluidos los Viveros de Coyoacán para los cuales donó terrenos. Fundador de la Sociedad Forestal Mexicana (1922) e impulsor de la ley forestal federal así como de la creación de reservas forestales y parques nacionales, como el Desierto de los Leones.

³⁴⁸ Ingeniero hidalguense (1857-1936). Profesor de la Escuela Nacional de Ingeniería y Subdirector de Obras Públicas de la Ciudad de México. Fue director de diversas obras públicas, como la del ferrocarril Jalapa-Perote-Veracruz y del gran proyecto de drenaje para la capital, incluyendo la construcción de un sistema de bombeo para aguas residuales instalado junto al canal de San Lázaro, y el diseño del sistema de drenaje para las colonias Roma y Condesa.

Alberto José Pani³⁴⁹, quienes fungieron como urbanistas. De otras figuras menos conocidas se ha perdido el rastro: de una pléyade de galenos, como Ramón Rodríguez Rivera y José Ramírez, que trabajaron en la Secretaría de Fomento, así como de ingenieros que participaron en las obras de saneamiento de la ciudad, como Luis Espinosa, Ricardo Orozco, Manuel Contreras y Leonardo Fernández, claves en la construcción del nuevo sistema de desagüe del Valle de México³⁵⁰.

Estos personajes formaban parte de la élite intelectual y del aparato de estado del porfiriato. Profesores en la Escuela Nacional de Medicina y en la Escuela Nacional de Ingeniería, miembros de diversas asociaciones médicas y sociedades científicas y funcionarios del servicio público, en el Consejo Superior de Salubridad, el Ministerio de Economía y Desarrollo y el Consejo Municipal. Como higienistas, se dedicaron a hacer observaciones detalladas, investigaciones científicas, análisis químicos y meteorológicos, y levantamientos de encuestas y estadísticas topográficas, para el diagnóstico de la salubridad de la capital. En un momento en que se pensaba que, las naciones como los individuos, “tienen su fisiología y su patología, su terapéutica y su higiene” y, por ello, “los grandes estadistas son sus médicos”³⁵¹.

También incidieron en el debate de la opinión pública, a través de publicaciones especializadas, los llamados “periódicos científicos”. Un género que incluía a la *Gaceta Médica. Órgano de la Academia Nacional de Medicina* (1865-1915); *El Observador Médico. Publicación científica de la Asociación Médica “Pedro Escobedo”* (1869–1883; 1886; 1901-1905; 1908); *La Naturaleza. Publicación científica de la Sociedad Mexicana de Historia Natural* (1869-1903; 1910-1911); *Boletín del Ministerio de Fomento* (1877-1886);

³⁴⁹ Ingeniero hidrocálido (1878-1955). Fue Director general de las Obras Públicas de la Ciudad de México, Secretario de Industria, Comercio y Trabajo, Secretario de Hacienda y Crédito Público, Secretario de Relaciones Exteriores y Embajador de México en Francia y en España. Miembro de la Sociedad de Geografía y Estadística, de la Asociación de Ingeniería y Arquitectura. Profesor de la Escuela Nacional de Ingeniería y autor de *La higiene en México* (1916).

³⁵⁰ Agostoni, *Monuments of Progress*, op. cit.

³⁵¹ “El nacimiento de un pueblo”, *El Siglo Diez y Nueve*, Ciudad de México, 16 de septiembre de 1891.

La Escuela de Medicina. Periódico Científico (1879-1909; 1912; 1914); *La Moralidad. Semanario dedicado exclusivamente al mejoramiento de las costumbres y la extirpación de los vicios* (1885-1886); *La Farmacia. Periódico de la Sociedad Farmacéutica Mexicana* (1890-1940); y *La Mujer Mexicana. Revista científico-literaria consagrada al progreso y perfeccionamiento de la mujer mexicana* (1904-1908), por mencionar algunas³⁵².

En dichas publicaciones, los higienistas profesionales escribían sobre todo tipo de temas relacionados con la higiene pública y privada, pero también publicaban artículos de opinión en periódicos de circulación corriente. En estos últimos también escribían higienistas aficionados, que a menudo firmaban con seudónimos. Eran periodistas, abogados, médicos, políticos y otro tipo de profesionistas que, a pesar de no ser funcionarios higienistas, intervenían en los debates sobre la higiene. Asimismo, eran comunes los desplegados de vecinos con denuncias en materia de infraestructura sanitaria, ausente en sus colonias, dirigidas a los funcionarios de salubridad de la capital, así como acusaciones públicas sobre los comportamientos antihigiénicos de los vecinos de colonias populares. Todos estos personajes, higienistas profesionales, higienistas amateurs, funcionarios higienistas y vecinos preocupados por la higiene pública, participaban de una cultura higiénica global, que había comenzado a tomar impulso desde el siglo XVIII, pero que se consolidaba en el XIX mientras se hacían evidentes las impostergables necesidades de la salubridad pública.

Los higienistas mexicanos no fueron las figuras centrales de la élite de políticos e intelectuales apodada por la prensa "los científicos". Pero su generación asumió ideas del positivismo inspirado en Comte y Spencer, aunque adaptado de forma ecléctica y pragmática a la realidad nacional, y sin abrazar abiertamente el darwinismo social

³⁵² Para mayor información, véase: Rodríguez, Martha Eugenia, "Semanarios, gacetas, revistas y periódicos médicos del siglo XIX mexicano", en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas. Nueva época* 2, no. 2, 1997, pp. 61-96.

spenceriano³⁵³. La simpatía por el positivismo comtiano se embebía dentro del fenómeno del afrancesamiento del medio intelectual, porque representaba la identidad de la modernidad en la mirada de las clases dominantes porfirianas. Es decir, “las élites mexicanas no intentaban ser específicamente francesas, sino simplemente modernas”³⁵⁴. Por ello, durante la década de 1880, esta naciente élite porfiriana, más urbana y cosmopolita que nunca antes, absorbió e idealizó el pensamiento francés, incluidas teorías basadas en determinismos científicos, que fungieron como modelo para la construcción de la política científica³⁵⁵. Además de que fue frecuente la referencia a higienistas franceses, como Tardieu³⁵⁶ y Lévy³⁵⁷. Son citados textualmente los textos *Précis d'hygiène privée et sociale* de Lacassagne³⁵⁸, y *Traité d'hygiène publique et privée* de Proust³⁵⁹, esta última, obra donde se ofrece una historia de la higiene y un balance mundial de los diversos medios que las “naciones civilizadas” emplean para deshacerse de los desechos, señalando que ingleses y franceses prefieren verterlas a ríos y mares, mientras que chinos y

³⁵³ Fueron pocos los que siguieron pública y rigurosamente el darwinismo social, quizás con excepción de Bulnes, especialmente cuando se expresaban en documentos oficiales (González Navarro, “Las ideas raciales de los científicos, *op. cit.*)

³⁵⁴ Tenorio Trillo, Mauricio, *Artifugio de la nación moderna. México y las exposiciones universales, 1880-1930*, México, FCE, 1998, p. 38.

³⁵⁵ *Idem.*

³⁵⁶ Ambroise Tardieu fue un médico higienista, autor de *Des voiries et cimetières* (1852), cuyo título puede traducirse como *Muladares y cementerios*, donde se habla sobre las regulaciones sanitarias parisinas en relación a esta materia.

³⁵⁷ Michel Lévy (1809-1872), reconocido médico higienista. Fue profesor de Higiene y Medicina Legal, inspector sanitario en el Ejército desplegado en Turquía y Crimea, donde implementó medidas de higienización contra epidemias de cólera, y llegó a ser presidente de la Academia Nacional de Medicina de Francia. Autor de *Tratado de higiene pública y privada* (1879).

³⁵⁸ Trabajo publicado en 1876 por el médico higienista y profesor de medicina legal, Jean-Alexandre Lacassagne (1843-1924), cuyo título puede traducirse como *Higiene privada y social precisa*. En esta obra, aparece una de las primeras menciones del término “higiene social”.

³⁵⁹ Obra publicada en 1877 de autoría del médico higienista Adrien Proust, padre del célebre escritor Marcel Proust. Fue también autor de *La défense de l'Europe contre le choléra* (1892) y *La défense de l'Europe contre la peste* (1897).

japoneses los aprovechan como abono para cultivo, aunque en detrimento de la “pureza de la atmósfera”³⁶⁰.

El pensamiento de las élites científicas bajo esta especificad moderna y afrancesada, se reflejó también en lo respectivo a las nociones de limpieza, higiene y salubridad, que eran identificadas con los comportamientos europeos de las clases sociales aburguesadas. Higienistas como Luis E. Ruiz, afirmaban categóricamente que la higiene era al arte científico de preservar la salud e incrementar la prosperidad, y constituía una preocupación propia de las naciones civilizadas y modernas³⁶¹. Para Ruiz, la vida en la ciudad era la mejor forma de vida posible, donde los hombres podrían desarrollarse física y moralmente, pues las urbes eran el hogar colectivo de la raza humana. Estas declaraciones resultaban interesantes, al ser emitidas en un momento en que la vida rural era la norma, para la mayoría de los habitantes del país. Entre líneas, Ruiz refleja las ideas, no sólo de los higienistas sino de las élites porfirianas, del atraso y barbarie que significaba, ante sus ojos, la vida del campo. Especialmente cuando ésta irrumpía en la ciudad, a través de los migrantes desposeídos que se instalaban en los barrios pobres y llevaban sus hábitos y costumbres al espacio público.

Como bien observó Guillermo Bonfil Batalla, la vida campestre en nuestro país, es el bastión del México profundo, de la presencia ubicua y multiforme de lo indio. De manera que, entre las comunidades campesinas, “mestizas” e indias, se encuentran muchas similitudes en la vivienda, la alimentación, la cultura de la milpa, las prácticas médicas y las formas de vida comunitaria³⁶². El México antiguo, que era visto como sucio, peligroso para la salud, vicioso y oloroso, constituía una amenaza moral y sanitaria para los oficiales de salud. Lo rural era la presencia de lo indígena y esto fue lo que los higienistas se

³⁶⁰ “A favor de la salubridad”, *El Siglo Diez y Nueve*, Ciudad de México, 5 de enero de 1891; “Baños y lavaderos públicos”, *El Siglo Diez y Nueve*, 23 de marzo de 1891.

³⁶¹ Ruiz, Luis E., *Tratado elemental de Higiene*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1904.

³⁶² Bonfil Batalla, Guillermo, *México profundo. Una civilización negada* [1987], México, Debolsillo, 2005.

propusieron erradicar de la ciudad, pues estas prácticas constituían, para ellos, focos de infección por no cumplir con sus nociones modernas de higiene, como veremos más adelante.

Limpieza y salud se tornaron sinónimos para los higienistas, pero también limpieza y orden. Fueron ellos quienes establecieron, con su discurso, los límites entre lo limpio y lo sucio dentro de la ciudad, la frontera entre salud y enfermedad, los confines entre orden y desorden. Sus preocupaciones sanitarias se acompañaban de preocupaciones morales y políticas, pues la ciudad, ese centro de civilización, estaba amenazada, desde dentro, por dos peligros latentes: un ambiente lacustre “salvaje” y sus “bárbaros” habitantes, ambos elementos igualmente nocivos, en la mirada de los higienistas.

4.2 El pantano, la higiene y la ciudad

En la Ciudad de México, el desarrollo de la infraestructura sanitaria moderna, como intervención reparadora, no fue consecuencia sólo de las epidemias, particularmente las de cólera, como sí puede identificarse en las reformas urbano-sanitarias de otras urbes del globo³⁶³. Se trató, más bien, de una respuesta a la particular condición natural de la cuenca del Valle de México, que producía un fenómeno fácilmente tornado en desastre social: las inundaciones crónicas. Esta “enfermedad crónica” apareció junto con la sistemática desecación del lago, proyecto iniciado desde la colonia y que, para finales del siglo, XIX aún era una obra sin terminar.

La cuenca del Valle de México abarca 9,600 km²; rodeada por montañas y volcanes, se compone por un sistema de lagos: Texcoco al oriente, Chalco y Xochimilco al sur, Zumpango, Xaltocan y San Cristóbal al norte, así como ríos diversos. Curiosamente, la *Memoria de las obras del desagüe del Valle de México* de 1902, data los inicios de los

³⁶³ Véase el capítulo anterior.

trabajos en 1449 con los diques construidos por Nezahualcóyotl, casi equiparando la historia de los trabajos de drenado con el relato de la historia de la "nación" misma³⁶⁴, como una versión paralela de *México a través de los siglos*, publicada ocho años antes.

Durante la colonia, se combatió al "enemigo poderoso que sitiaba e invadía a México": se desvió el curso de los ríos, se abrieron canales y se construyeron diques y socavones para desaguar el lago, y así, "obligarlo a levantar el sitio para siempre"³⁶⁵, y rompiendo con ello el modelo ecológico mexicana, que había desarrollado tecnología de ingeniería hidráulica para la construcción de México-Tenochtitlán. Las crónicas describen al *altépetl* con abastecimiento de agua potable y letrinas públicas. Los desechos se enterraban en los patios o se arrojaban a aguas pantanosas y, aunque las aguas negras podían llegar a los canales, las corrientes aseguraban su dispersión. Sin embargo, no se había resuelto completamente el problema de las inundaciones periódicas, como la de 1446, que ocasionó fallecimientos y daños a las chinampas³⁶⁶.

Para los autores de la *Memoria*, publicada por orden de la Junta directiva de los trabajos del desagüe, la inestabilidad política del medio siglo de vida independiente había dificultado la concertación de proyectos de drenaje de la cuenca. Sería hasta la década de 1870 con el gobierno de Díaz, cuando, en palabras de los propios funcionarios porfiristas, se habían diseñado obras para un desagüe general y directo del Valle, conectadas con los trabajos de saneamiento de la ciudad³⁶⁷.

Pero, a pesar de las obras, las inundaciones no cesaban."¿Es la Ciudad de México un puerto sin mar? Por lo menos muchas calles se han vuelto navegables... Más que coches

³⁶⁴ *Memoria histórica, técnica y administrativa de las obras del desagüe del valle de México, 1449-1900*, v. I, v.II Apéndice, México, Tip. de la Oficina Impresora de Estampillas, 1902.

³⁶⁵ *Memoria histórica, técnica y administrativa de las obras del desagüe del valle de México, 1449-1900*, v.II Apéndice, México, Tip. de la Oficina Impresora de Estampillas, 1902, p. VI.

³⁶⁶ González-Molina, Julio, "Políticas de salud y vida saludable en México-Tenochtitlán", *Revista Facultad Nacional de Salud Pública*, v. 19 n. 1, enero-junio, 2001, pp. 104-113.

³⁶⁷ *Memoria de las obras del desagüe*, v. I, *op. cit.*

para transitar hoy en la capital, se necesitan canoas”³⁶⁸, se leía en un periódico de 1886. Se volvió un lugar común señalar que, los problemas de salubridad de la capital, eran causados por el agua estancada del Lago de Texcoco y por la falta de un sistema eficiente de atarjeas, cuestión que repercutía en las inundaciones periódicas. De manera que la cuestión del futuro del lago, se convirtió en una pregunta frecuente entre los higienistas: ¿limpiarlo o drenarlo?, y ¿qué efectos tendría sobre la salubridad de la ciudad?

[...] Esto indica una vez más que la fetidez procede de la laguna de Texcoco; pero todos se preguntan: ¿será mejor desecarla o hacer que nuevas corrientes vayan a ella y la tengan constantemente llena? Los unos creen que al desecarla desde luego habría una terrible mortalidad en México por la mayor exhalación de los miasmas [...] y que el aire [...] quedaría tan seco que sería pernicioso [...]³⁶⁹

Cualquiera de estas acciones, ya fuera desecar la laguna o reemplazar las corrientes de agua que desembocaban en ella, traería consecuencias para la salud. De allí que también se propusiera drenarlo para transformar los lagos en bosques:

[...] nosotros decimos, ¿no se pudieran emprender plantaciones de eucaliptos [...] en una gran faja hacia el Oriente de la ciudad; ir avanzando el plantío poco a poco; llegar por fin a la orilla de la laguna, y emprender por este lado la conquista del lago [...] con los árboles mencionados [...] se vaciaban sus aguas y cuando nos faltase el lago, tener en cambio un bosque grandísimo que suministrara oxígeno, refrescara la atmósfera y atrajera las lluvias, que a causa de la tala de los montes circunvecinos se van haciendo más raras cada día?³⁷⁰

En la época, no se conocían los efectos negativos de los eucaliptos para el medio ambiente³⁷¹, pero la propuesta de hacer del lago bosque resonaba con otro interés de los higienistas, concretamente de los ingenieros sanitarios: los parques, jardines y arboledas,

³⁶⁸ *El Tiempo. Diario católico*, 16 de julio de 1886.

³⁶⁹ “Asuntos del día”, *Diario del Hogar*, Ciudad de México, 27 de febrero de 1885.

³⁷⁰ *Idem*.

³⁷¹ Hoy día están bien documentados los efectos adversos para el medio natural que tienen los bosques de eucaliptos (*Eucalyptus camaldulensis dehnhardt*). Una variante originaria de Australia y Nueva Guinea que fue introducida en América en el siglo XIX. Se ha convertido en una plaga, pues al ser un árbol que capta mucha agua, se vuelve competidor directo por los recursos hídricos y acidifica el terreno donde se planta. Si bien el eucalipto crece rápidamente y es un árbol muy rentable para determinadas industrias, su presencia tiene un efecto pernicioso en los ecosistemas en los que se introduce.

muchos de ellos contruidos por el ingeniero Miguel Ángel de Quevedo, el “apóstol del árbol”, quien también trabajó en las obras del desagüe.

En la época, los “espacios verdes” eran considerados, por el urbanismo moderno, medios de transformación y mejora social. Parques y jardines públicos se construyeron en grandes ciudades a lo largo del globo, ya no sólo para el disfrute de las élites, sino para el recreo y esparcimiento de la clase trabajadora en aumento: constituyeron expresiones tempranas de la cultura de masas. En la capital, existió una Comisión de Paseos, encargada del “embellecimiento” de los sitios de paseo, “especialmente de los jardines”³⁷². En las urbes globales, también proliferaron los llamados “jardines de pobres”, pequeñas porciones de tierra para establecer huertos, que iglesias, fábricas y asociaciones benéficas ponían a disposición de las familias proletarias. Todo ello con el fin de mejorar la salud, mantener la estabilidad y control social, así como fomentar la moralidad de los trabajadores³⁷³. En una edición de *El Tiempo* de 1903, se da cuenta de la próxima celebración de un Congreso de jardines para obreros, en París, proyectos descritos como “forma de asistencia [que] dignifica al pobre” y “plan de regeneración popular”³⁷⁴, casi un asunto de higiene pública.

Transformar el lago en un bosque artificial o desaguarlo, implicaría su “conquista”: domar a la naturaleza, acción que simbolizaba un mito fundacional civilizatorio. Donde los ingenieros harían las veces al guerrero que somete a la naturaleza en la mitología, en la cual, la naturaleza tiende a ser representada en una figura monstruosa: la esfinge, el dragón, el centauro, o la medusa³⁷⁵. De allí que los trabajos de desagüe del Valle de México recibieran el mote de “la obra máxima de la política sanitaria del Porfiriato”³⁷⁶.

³⁷² “Nuestros paseos”, *El Popular. Diario independiente de la mañana*, Ciudad de México, 21 de mayo de 1903.

³⁷³ Beruete, Santiago, *Jardinosofía. Una historia filosófica de los jardines*, Madrid, Turner, 2016.

³⁷⁴ “El Congreso de los jardines para obreros”, *El Tiempo*, Ciudad de México, 6 de noviembre de 1903.

³⁷⁵ Kurnitzky, Horst, *Edipo: un héroe del mundo occidental*, México, Siglo XXI, 1992.

³⁷⁶ González Navarro, Moisés, “México en una laguna”, *Historia Mexicana*, v. 4, n. 4, abril-junio, México, El Colegio de México, pp. 506-522.

Los higienistas esperaban que las obras del desagüe desaparecieran los miasmas, los supuestos causantes de enfermedades. Se estimaba que esto reduciría las defunciones por lo menos a la mitad y ahorraría el presupuesto destinado a enfermos y difuntos, así como a gastos de saneamiento de la capital³⁷⁷. Además, los higienistas esperaban que las obras del desagüe desaparecieran el “pútrido” olor de la urbe, elemento que acompañaba, de manera recurrente, las descripciones de la ciudad–pantano: “El agua es negra y huele muy mal [...] El hedor excesivamente fuerte; la hediondez intolerable”³⁷⁸, escribía un periódico de 1885. Mientras otro se lamentaba que “Desde las primeras horas de la mañana de antier, se dejó sentir de nuevo el fétido e insoportable hedor que, procedente del Lago de Texcoco suele llegar en densas oleadas durante la temporada de la seca”³⁷⁹.

Para los altos funcionarios, los trabajos del desagüe poseían dimensiones civilizatorias y fáusticas, pues de ellos dependían “la seguridad, la buena higiene y hasta la existencia misma de la capital”, decía el ministro de Gobernación, Romero Rubio; y el mismo Díaz señalaba que constituían el “ideal de tres siglos”³⁸⁰. Las nuevas obras iniciaron en 1889 y terminarían hasta 1900, siendo inauguradas oficialmente el 17 de marzo; pero en términos efectivos se extenderían casi otra década, hasta 1909. Le seguirían los trabajos del sistema de drenaje al interior de la ciudad para sustituir la red antigua de atarjeas. Representaron un gran triunfo para el pensamiento higienista y fueron elogiadas por la opinión pública:

Entre las obras realizadas por la ingeniería en el continente de Colón, seguramente descuellan por su abolengo histórico y su desenlace feliz, las del Valle de México, emprendidas para su desagüe artificial. Efectivamente, si se ha de medir el esfuerzo intentado en sangre humana, solamente habrá costado mayor rescate el canal, aún en

³⁷⁷ *Idem*.

³⁷⁸ “Las obras públicas y el saneamiento de la capital”, *El Tiempo. Diario católico*, Ciudad de México, 8 de septiembre de 1885.

³⁷⁹ “Insoportable”, *El Partido Liberal*, Ciudad de México, 21 de febrero de 1885.

³⁸⁰ González Navarro, “México en una laguna”, *op. cit.*, p. 570.

obra, de Panamá. Basta, con efecto, recordar que el tajo de Nochistongo³⁸¹ significa en la historia de México la desaparición de una raza autóctona³⁸².

Las obras del desagüe aparecen, nuevamente, como símbolo de la modernidad y el progreso, pero también como la superación del atraso indígena. El espectro de la blanquitud se presenta como sinónimo de la higiene y la salubridad modernas.

Durante las décadas de 1880 y 1890, a la par que se emprendían los trabajos del desagüe, algunos higienistas realizaron estudios para diagnosticar el impacto de la laguna en la salud de la capital. Ejemplo fueron las expediciones científicas del Dr. Antonio Peñafiel en 1883. Su diagnóstico señalaba que el lago constituía una amenaza para la población, al descargarse en él todos los desechos de la capital. A Peñafiel le preocupaba un posible colapso de los edificios por la porosidad del suelo, y la desaparición de áreas verdes, causada por las zonas pantanosas que, afirmaba, destruían a la vegetación alledaña. Sostenía que la presencia de materia fecal producía miasmas que llegaban a la capital y alteraban la atmósfera y la temperatura, resultando en el declive de la humedad que provocaba neumonías y anemias. El médico pensaba, que el lago enfermaba a la capital y “degeneraba” a la población, al producir individuos débiles física y moralmente, además de que el ambiente fétido motivaba el crimen en la ciudad³⁸³, una afirmación común entre los higienistas de la época.

³⁸¹ El Tajo de Nochistongo es un sistema de ríos, arroyos y canales construidos durante la Colonia para evitar inundaciones en los terrenos alledaños a la zona lacustre. En 1607, Enrico Martin presentó un proyecto de desagüe del Valle de México que proponía la construcción de un inmenso túnel al norte, para dejar correr las aguas del lago. La obra, el desagüe de Huehuetoca, no cumplió su cometido; sufrió derrumbes y no logró desahogar las corrientes que inundaron la ciudad en 1629. Fue sustituida por un desagüe a tajo abierto, Nochistongo, que atravesaría los cerros de Huehuetoca, para crear un cañón artificial para que el agua circulase libremente. Los indígenas de los pueblos cercanos fueron los trabajadores que construyeron ambas obras, con la falsa promesa de un pago de salario, provisiones, transporte y hospital. Desprovistos de su paga, recibieron castigos corporales que llegaron a causarles la muerte (*Memoria de las obras del desagüe, op. cit.*). Estas condiciones de trabajo a las que fueron sometidos los indios en dichas obras, pueden considerarse un régimen de trabajo forzado.

³⁸² “Una excursión a las magnas obras del desagüe del Valle de México”, en *El Imparcial. Diario de la Mañana*, Ciudad de México, 27 de noviembre de 1909.

³⁸³ Agostoni, *Monuments of Progress, op. cit.*

Como se observa en el caso de Peñafiel, el discurso de los higienistas no sólo se centró en la imagen de pantano con que se representaban al lago de Texcoco, un estanque rebosante de desechos, sino también en el “asqueroso pantano” en que se convertían las colonias de la ciudad, en tiempos de lluvia. Como escribía el *Diario del Hogar*: “México está expuesto [...] a convertirse a cada lluvia, por pequeña que sea, en un pantano, cuya duración es un foco de enfermedades [...] es un lodazal [...] un chiquero”³⁸⁴.

Durante toda la década de 1880, no era extraño encontrar en los periódicos de la capital denuncias de los vecinos dirigidas al Ayuntamiento y al Consejo Superior de Salubridad, relativas a las inundaciones constantes y problemas con el desazolve de acequias, que convertían a las colonias respetables en “pantanos artificiales”. Depositados en vías y calzadas, causaban la “infección del aire”, “cuya acción nociva es perfectamente reconocida por todos” en “las enfermedades paludianas desarrolladas en los habitantes de la calle de las Artes en la colonia de los Arquitectos”³⁸⁵. Algo preocupante en una colonia construida para las “clases medias” en ascenso y no para los sectores populares, como era el caso de Arquitectos, colonia construida *ex profeso* para los profesionistas del mismo nombre.

Sin embargo, el mote de “pantano” también fue empleado para describir el ambiente en que se tornaba la vía pública, cuando en ella irrumpían personajes con hábitos no higiénicos. Así se refirió un periódico capitalino a un callejón de la plazuela de Morelos que “está convertido en un verdadero pantano, debido a que todos los transeúntes pueden hacer [...] el uso para el cual están destinados los mingitorios”³⁸⁶. Un mal que, pedían, debía ser remediado por los gendarmes.

³⁸⁴ “El Ayuntamiento, las inundaciones y el empedrado”, *Diario del Hogar. Periódico de las Familias*, Ciudad de México, 24 de julio de 1886.

³⁸⁵ “Un informe aprobado”, *El Nacional. Periódico de Política, Literatura Ciencias, Artes, Industria, Agricultura, Minería y Comercio*, Ciudad de México, 5 de noviembre de 1881.

³⁸⁶ “Pantano”, *La Patria de México. Diario*, Ciudad de México, 7 de abril de 1883.

Como señala Dominique Kalifa, la imagen del pantano junto con su léxico líquido, fue una suerte de espectro que circuló entre el imaginario de las élites decimonónicas, como una representación de los bajos fondos³⁸⁷. Se trataba de una metáfora de lugares acuosos, peligrosos, difíciles de navegar y proclives al naufragio. Estas zonas pantanosas eran vistas como lugares malsanos, no sólo en términos de salubridad medioambiental sino también de higiene moral. Para las élites, eran aquellos sitios degradados por la miseria y el vicio, donde pululaban figuras hediondas y repulsivas, aunque a menudo quiméricas y estereotipadas. En el terreno del pantano, lo social era constantemente redefinido por lo moral, en un momento en que las concepciones ambientalistas, que dominaban el pensamiento médico, articulaban el lugar con el carácter, y al individuo con ciertos comportamientos³⁸⁸. De manera que, cuando los diarios exclamaban que la Ciudad de México “nació sobre un pantano, se levantó en medio del fango y ahí ha permanecido siglos”, referían tanto al medio como a la moralidad de sus habitantes. Y sentenciaban: “ahí permanecerá [...], esperando que la ciencia y el progreso vengan a redimirle, a secar el pantano en que descansa”³⁸⁹.

La “ciencia redentora” de los higienistas se convirtió en el medio para “civilizar” la “ciudad-pantano”. Sus herramientas fueron las topografías médicas: mapeos que vinculaban lugares, individuos, caracteres morales y enfermedades. En este sentido, el régimen porfirista no fue el primero en intervenir la capital con reformas urbanísticas, pero sí se caracterizó por profundizar este proyecto modernizador en un punto clave: el saneamiento físico y moral de la ciudad y sus habitantes.

³⁸⁷ Kalifa, Dominique, *Os bas-fonds. História de um imaginário*, Sao Paulo, EDUSP, 2017.

³⁸⁸ *Idem*.

³⁸⁹ Juvenal, “Boletín del Monitor”, *Monitor Republicano*, Ciudad de México, 18 de abril de 1883.

4.3 Topografías médicas: raza, clase e higiene

Las topografías médicas, como parte de los estudios estadísticos de salubridad, constituyeron un instrumento para hacer inteligible la dimensión espacial de las enfermedades. Dos reconocidos higienistas, los médicos Antonio Peñafiel y Eduardo Liceaga, fueron figuras claves en el desarrollo de la estadística médica durante el porfiriato. El primero como director de la Dirección General de Estadística, creada en 1882³⁹⁰, y el segundo como presidente del Consejo Superior de Salubridad, la máxima autoridad sanitaria, que realizó los primeros análisis sistemáticos y continuos en materia de estadística médica para la capital, puertos y fronteras.

Entre estas estadísticas científicas, auspiciadas por el Ministerio de Fomento y el Consejo Superior de Salubridad encontramos las *Noticias climatológicas de la República mexicana* (1886), firmadas por los médicos Ramón Rodríguez Rivera y José Ramírez³⁹¹. Esta obra, descrita como “el primer intento de una geografía médica”, fue encargada por la Comisión Científica Mexicana del Ministerio de Fomento, con un doble interés científico y político, para servir a las cuestiones de colonización, comercio e industria en regiones de difícil acceso. Las noticias de las que se informaba se sintetizaban en nueve puntos³⁹² y, para el levantamiento de información, se recurrió tanto a estadísticas oficiales, como a datos levantados directamente en las localidades municipales. Estos últimos se recopilaron a través de un sencillo cuestionario, como si se tratase de una especie de censo, donde se

³⁹⁰ Esta dependencia estaba adscrita al Ministerio de Fomento. Bajo la gestión de Antonio Peñafiel, que fue su director durante 28 años, se publicaron la *Estadística General de la República Mexicana* (1884-1893), el *Anuario Estadístico de la República Mexicana* (a partir de 1894), convertido en *Boletín Demográfico* (a partir de 1896). Además de organizar y realizar tres censos, en 1895, 1900 y 1910.

³⁹¹ Rodríguez Rivera, Ramón, Ramírez, José, *Noticias climatológicas de la República mexicana*, México, Oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1886.

³⁹² 1) Situación geográfica y altitud barométrica; 2) Configuración y topografía; 3) Temperatura anual máxima, mínima y media; 4) Vientos, pluviometría, higrometría y ozometría; 5) Censo de población (mortalidad y enfermedades); 6) Alimentos más comunes y clase de aguas potables; 7) Enfermedades endémicas y estacionales; 8) Epidemias de las que se tenga noticia y épocas del año en que se verificaron; 9) Industrias o ejercicios más generalizados entre la población.

preguntaba, además de la topografía, la hidrografía y las enfermedades de la localidad, cuestiones relacionadas con los alimentos que se consumían, los oficios, las razas y lenguas de los habitantes.

Los cuestionarios contenían 14 preguntas: 1. ¿Qué forma tiene la población? ¿Está en la loma o en cuenca? 2. ¿Qué mar, río, arroyo o laguna hay en sus cercanías y a qué distancia? 3. ¿Qué plantas son las más comunes? 4. ¿Caen heladas en invierno? 5. ¿Son las lluvias cada año excesivas o moderadas? 6. ¿Se forman pantanos o ciénagas? ¿Cuándo? ¿A qué distancia y de qué extensión? 7. ¿De qué clase de agua se hace uso, de manantial, de pozo o río? ¿Es dulce o salada? 8. ¿Cuáles son los alimentos de que más uso se hace? 9. ¿A qué industria, ejercicio o profesión se dedican los habitantes de la localidad? 10. ¿Cuáles son las enfermedades más generales en el invierno? 11. ¿Cuáles en el verano? 12. ¿Cuál es la epidemia que causa más mortalidad? 13. ¿De qué epidemias se tiene noticia, de qué enfermedades y en qué época? 14. ¿A qué razas pertenecen los habitantes y qué idiomas hablan?

Del entonces Distrito Federal³⁹³, se levantó información de sus 22 municipios existentes³⁹⁴. Por lo demás, resulta muy sugerente la información que se presenta en términos de los oficios, raza, lengua, alimentación, enfermedades y oficios, que es resultado de los cuestionarios y que pasaba por el filtro de los higienistas que recabaron,

³⁹³ Creado en 1824, comprendía la capital y las poblaciones de Guadalupe Hidalgo, Azcapotzalco, Tacuba, Tacubaya, Mixcoac e Iztacalco. El primer gobierno centralista lo incorporó a la jurisdicción del Departamento de México. La vuelta del federalismo lo reinstaló como estado y le adicionó las municipalidades de Iztapalapa, Popotla, La Ladrillera, Nativitas y Mexicaltzingo, Tlalpan, Xochimilco, Santa Fé, Cuajimalpa, Tlalnepantla y Texcoco. Con el gobierno imperial de Maximiliano, pasó a ser el departamento del Valle de México. Y con la República restaurada, fue reinstalado y sus municipalidades reducidas a 13: Azcapotzalco, Coyoacán, Cuajimalpa, Guadalupe Hidalgo, Iztapalapa, Mixcoac, Milpalta, San Ángel, Tlalpan, Tacuba, Tacubaya y Xochimilco, además de México (Miranda Pacheco, Sergio, *Historia de la desaparición del municipio en el Distrito Federal*, México, Unidad Obrera y Socialista/APN/ Frente del Pueblo/Sociedad Nacional de Estudios Regionales, 1998).

³⁹⁴ Actopan, Azcapotzalco, Aztahuacán, Coyoacán, Cuajimalpa, Guadalupe Hidalgo, Iztacalco, Iztapalapa, México, Milpalta, Mixcoac, Mixquic, Oztopec, San Ángel, Santa Fé, Tacuba, Tacubaya, Tláhuac, Tlalpan, Tlatenco, Tulyehualco y Xochimilco.

ordenaron y presentaron la información. Se reportan comunidades dedicadas al cultivo de la tierra, ganadería y comercio, pero también "jornaleros" en canteras de tepetate, fábricas de papel y pólvora (Santa Fé) y de minas de carbón (Cuajimalpa). Es decir, se trata de trabajadores que laboran un lapso de tiempo a cambio de un jornal, pago que constituye una de las múltiples formas que toma el salario. Esto nos dice que, si bien la mayor parte del D.F. continuaba siendo una zona rural, miembros de las comunidades indígenas y campesinas se encontraban insertos en un proceso formal de proletarización, al laborar como jornaleros (aunque no se reporta si de forma estacional o permanente).

En buena parte de las municipalidades se reporta presencia indígena: "raza mexicana sin mezcla de otra alguna", hablante de "mexicano y de un mal español" en Santa Fé; "raza indígena hablante de mexicano" en Ixtapalapa; "gente mayoritariamente de raza indígena" "hablantes de español y mexicano" en Tacuba; "raza indígena y poca gente de razón" "hablantes de mexicano y en parte castellano" en Cuajimalpa; "raza azteca y mixta" "hablante de castellano" en Coyoacán; "raza tolteca" "hablante de mexicano" en Xochimilco; "raza mestiza y una pequeña parte española", en Guadalupe Hidalgo; mientras que en Azcapotzalco se reportaba que un quinto de la población era "híbrida", "mezcla de indígena y europea, predominando la europea en la mezcla" y siendo los cuatro quintos restantes, "indígenas".

Este censo levantado por los higienistas nos revela quiénes son, en los términos raciales de la época y en la mirada de estos funcionarios, las poblaciones que rodeaban la ciudad, algunas de las cuales serían blanco de las intervenciones de las autoridades sanitarias, como las municipalidades de Tacuba, Azcapotzalco y Guadalupe Hidalgo. Las *Noticias* no informan sobre su procedimiento para recoger los datos, ni sobre las categorías socioraciales elegidas por los higienistas para referirse a la población. Sin embargo, es sintomático que las municipalidades donde se registró presencia de "mestizos" o razas "híbridas" sean, precisamente, las más cercanas geográficamente a la Ciudad de México:

de manera muy minoritaria en Tacuba y Azcapotzalco, y de manera preponderante en Guadalupe Hidalgo, aunque también en Coyoacán, más alejada de la capital.

¿Es posible que se tratara de comunidades indígenas, como las que poblaban el resto del Distrito Federal, pero vistas y registradas como “mestizas” por los censadores, a causa de su cercanía con la capital? Como señala Federico Navarrete, la presencia de los indígenas urbanos, históricamente, ha sido invisibilizada en la Ciudad de México³⁹⁵. Ser indígena y urbano pareciera ser una contradicción y una identidad imposible, y así lo era para los funcionarios higienistas. La ciudad desindianizaba prácticamente de facto, como si tuviese poderes de alquimista, convertía a las comunidades indígenas en “mestizas”, a pesar de que éstas continuaran ejerciendo su cultura propia, hasta donde la vida en la ciudad se los permitía³⁹⁶. Esto es correlato del triunfo de la ciudad, impulsado desde el periodo de la Reforma, cuando las comunidades comenzaron a resentir, como nunca antes, la presión de la ciudad y de los urbanitas³⁹⁷.

La mestiza localidad de Guadalupe Hidalgo colindaba con las colonias populares de la ciudad que se habían extendido hacia el noreste. Era prácticamente la antesala del Lago de Texcoco, muy próxima a la zona donde se realizaban las obras del gran canal del desagüe. De allí, que sea un distrito aquejado por pulmonías “al encontrarse cerca de la laguna de Texcoco”. En realidad, estos municipios circundantes, donde se registra gran presencia de comunidades de “raza indígena”, “azteca” y “tolteca” “hablantes de mexicano”, pero ubicadas en las periferias de la ciudad, serían absorbidos por el crecimiento urbano.

³⁹⁵ Navarrete Linares, Federico, “Pensando los indígenas urbanos y las ciudades indígenas en América”, en Miranda Pacheco, Sergio (coord.), *El historiador frente a la ciudad de México. Perfiles de su historia*, México, IIH-UNAM, 2016, p. 229-256.

³⁹⁶ Bonfil Batalla, *México profundo*, *op. cit.*

³⁹⁷ Lira, Andrés, *Comunidades indígenas frente a la Ciudad de México. Tenochtitlan, Tlatelolco, sus pueblos y barrios, 1812-1919*, México, COLMEX, 1995.

Como señala Andrés Lira, fue la conjunción del ferrocarril, la necesidad de disponer de espacios para los trabajadores que laboraban en la transformación y modernización de la ciudad, y la consolidación de suelos aledaños a la capital durante casi un siglo de obras de drenaje de ciénagas y pantanos convertidos en potreros, más el comercio y la especulación del suelo liberado por la desamortización, los factores que explican el crecimiento urbano en el que desaparecieron los pueblos indígenas. La expansión de la ciudad comenzó a borrar la frontera entre comunidades indígenas y colonias populares, desarrollos urbanos construidos en los márgenes mismos de la capital y sitios que encarnaron uno de los blancos favoritos de los higienistas.

En este sentido, los datos de las *Noticias* nos hablan de la percepción de los funcionarios higienistas sobre los sujetos que serían el objetivo de buena parte de las intervenciones higiénicas. No se trataba de individuos en abstracto, sino de comunidades con importante presencia de "raza indígena", en menor medida de "mestizos", y de manera casi nula, de "europeos". Una suerte de "frontera identitaria" avanzaba junto con la expansión de la ciudad: la identidad mestiza urbana.

Como el lector puede haberse dado cuenta ya, los datos de las *Noticias* están incompletos. Faltan los del municipio de México, donde se ubicaba la capital. La obra se publicó sin tener la totalidad de las respuestas de los cuestionarios. Fue, en realidad, una suerte de obra preliminar contemplada dentro de un proyecto mayor: una geografía médica de la república, la primera en su tipo, que pondría los cimientos para la realización futura de trabajos homólogos para estados y municipios.

El proyecto final fue publicado tres años después, en 1889, bajo el título de *Ensayo de geografía médica y climatología de la República mexicana*, firmado por el médico higienista Domingo Orvañanos. El método de investigación de la obra fue similar al de las *Noticias*, al recopilar información, tanto de estadísticas oficiales, como de cuestionarios. Éstos fueron enviados a las 2,363 municipalidades del país, y las respuestas compiladas,

ordenadas y graficadas por Orvañanos. Para recoger la información, se compilaron las respuestas de dos cuestionarios; el primero es el mismo que aparece en las *Noticias climatológicas*, mientras que el segundo se centra en preguntas precisas sobre la presencia de enfermedades como el mal de san Lázaro o lepra; mal del pinto; bosio, también conocido como papera y buche; reumatismo; fiebre amarilla o vómito prieto; tifo; cólera; viruela; sarampión; escarlatina; tosferina; catarro; neumonía; afecciones intestinales. El *Ensayo* incluye cartas geográficas correspondientes a cada una de estas enfermedades. Si bien las respuestas de los cuestionarios comenzaron a llegar desde 1884, el Ministerio de Fomento decidió hacer un corte y publicar el *Ensayo de geografía médica* en 1889, aún con información incompleta, pero suficiente para hacer un análisis estadístico representativo.

La obra, prologada por Eduardo Liceaga, se divide en dos partes: el texto y 43 cartas geográficas. A su vez, el texto está seccionado en tres: 1) Bosquejo geográfico de la república, 2) Datos de climatología y 3) Principales enfermedades que se observan en la república. Y se acompaña de un apéndice sobre las enfermedades que producen mayor mortalidad en los distritos de la república y de una noticia sobre las enfermedades más comunes en la Ciudad de México.

De la obra, queremos destacar dos elementos sobre los datos que se presenta para la capital: la pureza del agua y las enfermedades epidémicas, temas íntimamente relacionados que se configuraron como obsesión de los higienistas. Orvañanos denuncia la carencia de un sistema de canalización que de salida a las aguas de desecho de los domésticos y de las materias excrementicias. Y señala que esta cuestión resultaba en la infestación de materia orgánica en el suelo, que se infiltraba en los pozos y causaba enfermedades. Encuentra que lo mismo ocurre en ríos y manantiales, que se convierten en verdaderos caños de aguas sucias por el imperdonable descuido de las poblaciones, pues allí se bañan personas y animales, ropa y utensilios de cocina. Además de ser común que

los aguadores o mozos, para evitarse dar unos pasos más, lleven el agua de cualquier acequia o pozo que tenga el agua limpia, en lugar de llevarla de la fuente de agua potable³⁹⁸.

Para Orvañanos, el problema residía, tanto en la falta de infraestructura adecuada, como en la ausencia de educación higiénica de la población: en los descuidos populares y el comportamiento antihigiénico y perezoso de los trabajadores. Para los higienistas, esto resultaba peligroso, pues la impureza del agua potable y el mal uso de ella que hacía la población, incidía en la salud, pues muchas enfermedades tenían su causa principal en las impurezas del agua, según las teorías miasmáticas de la época.

Las estadísticas le indicaban al galeno que impureza del agua y la diarrea iban juntas, y que esta dolencia, la cual podía causar la muerte, ocurría con mayor frecuencia en los cuarteles IV y VII de la ciudad. El cuarto se ubicaba al sur, junto a la “inmunda cloaca” del canal de La Viga, mientras que al noreste se situaba el séptimo, sede de la colonia Guerrero, fraccionamiento de obreros³⁹⁹ que era una de las colonias más pobladas de la ciudad. Es dicha zona, apunta Orvañanos, es donde más se sufre por la salida de materias fecales, inundaciones de agua corrompida y “el abandono y la miseria de la mayor parte de sus habitantes”⁴⁰⁰, que han convertido a la colonia Guerrero en “la parte más insalubre de la ciudad”. Lo que no señala Orvañanos, es que esta población dejada en el abandono

³⁹⁸ Orvañanos, Domingo, *Ensayo de geografía médica y climatología de la República mexicana*, México, Oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1889.

³⁹⁹ El fraccionamiento, propiedad privada de Rafael Martínez de la Torre y Antonio Escandón, se inauguró el 5 de mayo de 1874, un año después del Ferrocarril Mexicano. Fue fundado para aliviar el problema de habitación de familias obreras y artesanas, quienes edificaron construcciones de adobe para vivir y alojar talleres. Sin embargo, la mayoría de los artesanos y obreros no pudieron volverse propietarios de sus terrenos y se tornaron arrendatarios de las innumerables casas de vecindad que allí se construyeron, dada la demanda de vivienda que la zona requería. Esto, para satisfacer la mano de obra necesaria para los trabajos del ferrocarril, además de que las rentas eran más baratas que otras zonas de la capital (Morales Martínez, María Dolores, *Ensayos urbanos. La ciudad de México en el siglo XIX*, México, UAM, 2011).

⁴⁰⁰ Orvañanos, *op. cit.*, p. 180.

y la miseria, se conformaba por familias trabajadoras, que sufrían, además, de brotes de tifo.

El mismo Orvañanos encuentra relación entre la presencia de materias fecales en el agua con las epidemias de tifo, enfermedad infectocontagiosa que se convirtió en la primera causa de muerte en la república, además de haber originado el mayor número de epidemias, cuestión sobre la que volveremos en el siguiente capítulo.

Los descuidos populares que denuncia Orvañanos, se traducen en comportamientos faltos de higiene y limpieza, para los estándares de los higienistas. Curiosamente, esta misma expresión, “descuidos populares”, es recogida por Georges Vigarello en su estudio *Lo limpio y lo sucio*, como la manera en que las élites europeas evocaban los hedores urbanos, promiscuidades, excesos y vicios incontrolados de las clases trabajadoras, pues la higiene pública fue conceptualizada como la reprobación de las prácticas del pueblo⁴⁰¹, la denuncia de su falta de blanquitud sociocultural. Higiene pública, entonces, se tornó equivalente de las modernas prácticas burguesas de las élites, aquellas que tenían el visto bueno del pensamiento higienista. No olvidemos que los avances registrados en materia de higiene y salubridad, fueron presentados como pruebas ineludibles de la modernidad, el orden y el progreso, alcanzados por los gobiernos de Porfirio Díaz y Manuel González⁴⁰².

Higiene y modernidad iban de la mano, y desde allí se debe entender el sentido que tendrán las intervenciones diseñadas por la comunidad de higienistas, para ser implementadas en el espacio privado del hogar, que expondremos a continuación.

4.4 Higiene privada: el blanqueamiento de la vivienda mestiza

En 1903, escribía un periódico capitalino: “Hoy se nota un movimiento general en favor de la higiene por parte de la autoridad, de la Facultad Médica y de los particulares. Los

⁴⁰¹ Vigarello, *Lo limpio y lo sucio*, op. cit.

⁴⁰² Agostoni, *Monuments of Progress*, op. cit.

elementos inteligentes y conservadores de la sociedad predicán hoy este evangelio: el culto de la higiene"⁴⁰³. En realidad, este movimiento higienista tenía tras de sí un impulso de décadas previas, y se refleja claramente en la prensa de la época como el espíritu de los tiempos.

El mismo diario describía a la higiene como elemento esencial para la existencia de la sociedad. Pues encarna la defensa contra todo lo que ataca la salud, física y mental, el bienestar y la existencia misma, que

nos rodea por todas partes y a toda hora; pues nuestros enemigos son infinitos e impalpables; son luz, calor, aire, agua; invaden nuestros vestidos, nuestras habitaciones, nuestro lecho, nuestros alimentos; nos penetran por la piel, por la boca, por la nariz, por los oídos; por los ojos, y se apoderan de tal modo de nuestro individuo, que nos debilitan, nos enferman, nos postran y nos matan al fin⁴⁰⁴.

Tanto la higiene como sus enemigos se vuelven omnipresentes; de allí la necesidad de vigilar e higienizar prácticamente todos los aspectos de la vida. Sin embargo, ese "enemigo" no era solamente el "terrible parásito llamado microbio"⁴⁰⁵, sino muchas otras afecciones que, para los higienistas, podrían contraerse por falta de higiene privada. Es decir, por la ausencia de limpieza en la habitación personal; por falta de métodos y reglas para el trabajo; por las costumbres antihigiénicas de alimentación y vestido; por la ausencia o práctica inadecuada del ejercicio físico; por la falta de higiene del sueño; y por el aseo mismo, hecho de manera antihigiénica y peligrosa que descuida la limpieza de los materiales empleados⁴⁰⁶.

En realidad, lo que podemos observar aquí, es la diferenciación de los higienistas entre higiene pública y privada. En palabras del galeno Luis E. Ruiz: la limpieza personal era el

⁴⁰³ "Higiene privada. La habitación y el aseo personal", *El Popular*, Ciudad de México, 4 de mayo de 1903.

⁴⁰⁴ *Idem*.

⁴⁰⁵ "Los microbios, esos diminutos organismos que han adquirido tan gran celebridad desde que se les considera como el germen de las enfermedades infecciosas" ("Revista científica", *El Tiempo. Diario católico*, Ciudad de México, 16 de septiembre de 1884).

⁴⁰⁶ "Higiene privada. La habitación y el aseo personal", *op. cit.*

deber del individuo, la limpieza del hogar responsabilidad de la familia y la limpieza de la ciudad obligación de las autoridades⁴⁰⁷, pues “del Estado es la higiene pública”⁴⁰⁸, encargado de velar por la vida de la comunidad. Si bien Ruiz identifica tres niveles en las prácticas de higiene y/o salubridad, las dos primeras pueden sintetizarse en la idea de la higiene privada.

Para los higienistas, la higiene pública no basta para garantizar la salud de las familias y los individuos, pues “ni la higiene pública [...] es toda la higiene, ni la autoridad tiene obligación de atender la salud personal de todos los ciudadanos”. Por el contrario; pensaban que los individuos tenían el deber social y moral de cuidar de la higiene privada, de su casa y su persona. Por ello se afirmaba que “la cultura individual se mide ahora por la higiene personal”, pues representa una “alta manifestación de inteligencia, previsión y cultura”. Pero no de una cultura en general, sino de la cultura moderna aburguesada, y allí vuelve a colarse la blanquitud en el discurso higienista, pues “el aseo está al alcance de todos, incluidos los pobres y menos instruidos”, de manera que, quien no pueda llevar a cabo el aseo personal “es, o un vicioso incapaz de nada bueno, o un semi-salvaje”⁴⁰⁹, que se niega a estar dentro de la civilización.

Para otros galenos, como el higienista Máximo Silva, especialista en higiene mental infantil y autor de *Higiene popular*⁴¹⁰, la higiene no sólo era “la gran ciencia de nuestros días”, sino que se erigía como “la moral del cuerpo”, llamada a modificar los comportamientos populares, entendidos como antihigiénicos. En la frase “La educación higiénica del pueblo. He ahí la suprema salud pública”,⁴¹¹ se sintetiza el proyecto expuesto por Silva, donde, si bien es responsabilidad privada del individuo cultivar la

⁴⁰⁷ Ruiz, *Tratado elemental de higiene*, op. cit.

⁴⁰⁸ “Higiene privada. La habitación y el aseo personal”, op. cit.

⁴⁰⁹ *Idem*.

⁴¹⁰ Obra escrita durante la década de 1890 pero publicada en 1917.

⁴¹¹ Silva, Máximo, *Higiene popular. Colección de conocimientos y de consejos indispensables para evitar las enfermedades y prolongar la vida, arreglado para uso de las familias*, México, Departamento de Talleres Gráficos, 1917, p. 467.

higiene en el cuerpo y el hogar, el estado está llamado a ejercer su cumplimiento. Y fue por ello que los funcionarios higienistas diseñaron intervenciones para la vigilancia de los hábitos de la higiene privada que se desplegaban en el espacio público, y que la policía debía hacer cumplir:

la policía del aseo comprende la supresión del polvo y el lodo en la vía pública, el riego de las calles, *la conservación en buen estado de los mingitorios*, la tenaz persecución a *los que infringen las disposiciones relativas a no arrojar basuras, ni desechos de ninguna especie fuera de las casas*, *la reglamentación y vigilancia de las letrinas en las casas de vecindad*, *el cuidado de que los zaguanes y patios de las casas particulares no se conviertan en muladares nocivos a la salubridad*, la extracción y transporte de las inmundicias a puntos ajenos de la ciudad donde deben ser incinerados rápidamente, y lo que hoy se llama limpia, esto es, el desazolve de las cloacas⁴¹².

Si bien allí aparecen medidas de higiene pública como de higiene privada, es interesante observar que se demandaba la vigilancia del comportamiento no sólo en la vía pública sino al interior de las casas: en patios y letrinas particulares.

El interés público en intervenir la higiene privada, según los propios higienistas, se tenía el objetivo de prevenir enfermedades que afectaran a la colectividad. Porque “las costumbres de nuestro pueblo bajo, hemos dicho que muchas son inconvenientes, absurdas, antihigiénicas y que cualquier esfuerzo que por desterrarlas se hiciera, merecería los aplausos y el elogio de nuestra sociedad”⁴¹³. Los higienistas veían a estas costumbres populares como “prácticas nocivas”, fundadas en el desconocimiento de las “más elementales reglas de higiene” que, como resultado, propagan rápidamente las enfermedades paludianas⁴¹⁴.

¿Y cuáles eran estas costumbres populares? Por lo menos se identifican dos: el llamado hacinamiento, no sólo de las familias sino también de sus animales que

⁴¹² Bucareli, “Ornato y policía II”, *El Centinela Español*, Ciudad de México, 29 de febrero de 1880 [cursivas nuestras].

⁴¹³ “Las costumbres”, *El Municipio Libre*, Ciudad de México, 23 de mayo de 1890.

⁴¹⁴ *Idem*.

compartían el hogar; y la falta de limpieza, tanto de la vivienda como de los propios cuerpos. Así se retrataban ambas, comenzando por el hacinamiento de la vivienda:

en una casa pequeña en un suburbio [...] en el cuarto que la familia habita, y que cuando más puede acomodarse contener tres o cuatro personas, se alojan diez y frecuentemente el mismo número de animales domésticos: en la misma pieza está el fogón, el depósito de los comestibles, y a veces hasta ciertos materiales de algún arte u oficio que [...] despiden miasmas insalubres⁴¹⁵.

En este texto publicado en *El Municipio Libre*, el autor no se admira de que el tifo tenga numerosas víctimas entre “esa clase del pueblo”. Y agrega: “¿Cómo culparemos al mal estado de una calle o atarjea lo que sólo viene de un descuido tan absoluto de las reglas de higiene?”⁴¹⁶. De nuevo, aparece la idea de los “descuidos populares” y la inexistente cultura higiénica, idea que será una constante en los discursos higienistas que hablan de “el desaseo peculiar” de los pobres, que resulta en un terrible aumento de la mortalidad, “particularmente en las clases obreras, para quienes la higiene privada es desconocida”⁴¹⁷.

La higiene de la vivienda de las familias trabajadoras de bajos recursos, fue obsesión del pensamiento higienista, pues cada uno de los hogares constituía un foco latente de enfermedad. Higienistas como Luis E. Ruiz, recomendaban que las casas estuviesen limpias por dentro y por fuera, libres de basura y residuos, y previstas de suficiente agua. Que los cuerpos estuviesen igualmente limpios, cuya profilaxis debía ser practicada con cuidado y dedicación, por lo que recomendaba el baño diario con agua fría, la dieta saludable y la moderación de las actividades de ocio, placer sexual y trabajo, que no debían caer en los excesos⁴¹⁸. Algo complicado de cumplir para las clases trabajadoras.

⁴¹⁵ *Idem*.

⁴¹⁶ *Idem*.

⁴¹⁷ “Las casas de vecindad”, *La Patria. Diario de México*, Ciudad de México, 22 de mayo de 1890.

⁴¹⁸ Ruiz, *Tratado elemental de higiene, op. cit.*.

Las vecindades y los barrios urbanos fueron sujeto de la curiosidad, del morbo y la denuncia de los reportajes urbanos que los veían como nidos de indecencia⁴¹⁹. Pero también acapararon la mirada científica con sus preocupaciones sanitarias, las cuales se tradujeron, hacia la década de 1890, en visitas periódicas de inspectores sanitarios que buscaban casos de tifo, viruela y tuberculosis. Estos funcionarios proponían medidas de intervención como la construcción de letrinas modernas en los patios de las vecindades y en la vía pública, campañas de vacunación, misiones informativas para que los inquilinos lavaran la ropa de los enfermos de manera separada, y recomendaciones de demolición total de los predios. Pero también se dedicaron a hacer pesquisas sobre los hábitos higiénicos privados de los pobres.

En 1891, el Ayuntamiento propuso un proyecto de averiguación de la higiene de las casas de vecindad, definidas como “toda aquella donde habite más de una familia en cada piso”. El resultado del proyecto sería un informe, cuyos datos permitirían emprender un trabajo estadístico con el fin de esbozar una ley sanitaria sobre las casas, como parte del capítulo del Código Sanitario. El proyecto era similar a las topografías médicas, que se levantaban con la previa recabación de datos a través de cuestionarios y observaciones “científicas” de inspectores higienistas⁴²⁰. En este caso, las visitas las harían dos funcionarios: inspector y escribiente, siendo alguno de ellos representante de la autoridad sanitaria.

Un diario de la capital clasificó a las viviendas en tres categorías: las “de primera”, “decentes”, de “elegante apariencia” y cuyos vecinos disfrutaban de holgados recursos; las de “segunda clase”, situadas en el centro de la ciudad y en algunos “barrios habitados”; y

⁴¹⁹ Ejemplos son las columnas “Visiones de la calle” y “A través de México” en la revista *Arte y Letras* de autoría de Porfirio Hernández y Petronio.

⁴²⁰ Debían recabar información sobre el número de habitantes por habitación; presencia o ausencia de áreas libres; cantidad de piezas y cubo respirables, así como aberturas de ventanas y balcones o puertas; presencia de industrias o comercios; presencia de enfermedad y si contagiosa; antecedentes de salubridad en años anteriores; nivel entre patio y calle; estado de caños y albañales (Rhazés, “Higiene pública. Cuestión de palpante actualidad”, *El Nacional*, Ciudad de México, 14 de mayo de 1891).

“las de tercero y último orden”, ubicadas “casi siempre por los arrabales”⁴²¹. Esta clasificación, además, tenía un correlato espacial en la ciudad, tema sobre el que se volverá en el siguiente capítulo.

Las casas “de tercera clase”, eran de un solo piso, con cuartos que se sucedían unos a otros, conformados por “una sola pieza o *cuarto redondo*”, donde podían vivir hasta diez personas, en un espacio que servía “para todos los usos de la vida”⁴²². El problema de los higienistas con estos cuartos redondos, es que recordaban al jacal, a la casa indígena colectiva de adobe, tierra y paja. Un monoambiente donde se cocina, lava y duerme, que constituía, en la mirada “científica” de estos galenos, el primer foco de infección y un atavismo que obstaculiza el progreso de la sociedad toda. No olvidemos que algunos de estos médicos higienistas, como Rafael de Zayas Enríquez y Máximo Silva, hicieron también investigaciones sobre las comunidades indígenas, que conceptualizaron como parte de una raza degenerada. En términos de Rafael de Zayas, dicha raza estaba destinada a desaparecer por su herencia degenerativa, aunque susceptible de regenerarse por intervenciones externas⁴²³, a través de la introducción de nuevos hábitos de conducta, de trabajo y de higiene personal⁴²⁴. Mientras que Máximo Silva esbozó un breve perfil frenológico sobre los rasgos del carácter indio, describiéndolo como un “ejemplar humano sellado desde el nacer con yo no sé que signo de fatal melancolía”⁴²⁵. Y Domingo de Orvañanos, el autor del *Ensayo de geografía médica*, llegó afirmar categóricamente, que “La mortalidad es más alta en donde las razas indígenas predominan. Esto se debe a su falta de limpieza”⁴²⁶.

⁴²¹ Gastón, “En pro de los pobres”, *La Voz de México*, Ciudad de México, 20 de mayo de 1890.

⁴²² *Idem*.

⁴²³ De Zayas Enríquez, Rafael, *La redención de una raza*, 1883.

⁴²⁴ Urías Horcasitas, *op. cit.*

⁴²⁵ Silva, Máximo, “Iniciativa digna de aplauso”, *Diario del Hogar*, 21 de abril de 1898.

⁴²⁶ Agostoni, *Monuments of Progress*, *op. cit.*, p. 42.

Si bien, la ciencia higienista estaba convencida de haber demostrado que la potencia de la luz y la ventilación influían en la salud, las zonas rurales tampoco estaban exentas de ser focos de infección. Pues más allá de los límites de la ciudad, se llegaría “al colmo de la miseria [...] como acontece en todos los pueblecitos de los alrededores, donde bajo el techo del *tejamanil* de un jacal de yerbas, pasa una familia numerosa su poco envidiable existencia”⁴²⁷, porque se repetía el problema del hacinamiento. De manera que, para los higienistas, tanto esos “antros infectos que malamente llaman *cuartos* [...] de las casas de alquiler”⁴²⁸ en la ciudad, como las casas colectivas indígenas estaban fuera de la cultura higiénica moderna, excluidas de la blanquitud identitaria.

El mismo Rafael de Zayas describió lo poco higiénicas que eran tanto las casas antiguas como las nuevas. Sarcásticamente, relata la forma en que las nuevas viviendas nuevas se edificaron, donde:

los habitantes de cada piso viven en perfecta comunidad y gozan de la envidiable ventaja de oírse unos a otros hasta los suspiros: de que el olor que se desprende de una cocina, invada hasta la sala del vecino; de que todos tengan que enterarse forzosamente, de las pretensiones de cuantos vengán a visitar al inquilino de al lado, y sepan si paga al sastre, si hace trampa al zapatero, si quedó a deber al panadero el día anterior [...] [y] la enfermedad contagiosa se encuentra en la casa del vecino⁴²⁹.

El galeno le llama a estas fincas urbanas “verdaderos falansterios”, donde se paga por vivir, “o mejor dicho, donde se paga mucho dinero por llevar una vida que no es vida”. Porque, para las modernas élites higienizadas, cualquier resabio que oliese a vida comunitaria indígena, no podía ser vida.

En estos mismos años, se publicaba, paralelamente, una obra del reconocido higienista argentino Emilio Coni, *Progrès de l'hygiène dans la République Argentine* (1887), cuyas ideas fueron retomadas en su utopía higiénica *La Ciudad Argentina ideal o*

⁴²⁷ Gastón, “En pro de los pobres”, *op. cit.*

⁴²⁸ “Las casas de vecindad”, *La Patria. Diario de México*, Ciudad de México, 22 de mayo de 1890.

⁴²⁹ De Zayas Enríquez, R., “Escenas de la vida mexicana. Cuestión de casas (Artículo de actualidad)”, *El Siglo Diez y Nueve*, Ciudad de México, 2 de mayo de 1891.

del porvenir, donde los sectores populares eran también el objeto de la moralización profiláctica. En su obra, Coni atacaba a la habitación colectiva como símbolo del atraso y la degradación moral, la cual no quedaría en la historia sino como un “recuerdo vergonzoso”, para dar paso a:

La Ciudad el Porvenir [que] no reconocerá conventillos, ni pensiones ruinosas, ni ranchos. Los poderes públicos y las empresas construirán casas y barrios obreros de una, dos y tres piezas, con servicios correspondientes. Entonces se habrá desterrado toda contaminación física y moral de las viviendas de las clases trabajadoras [...] La raza será mejorada física y moralmente⁴³⁰.

Con la propuesta de los higienistas de la desaparición de la habitación colectiva, que sería sustituida por la vivienda unifamiliar, se generalizaba el ideal de la casa propia con sus delimitados espacios individuales, de acuerdo a las funciones y roles de los miembros de la familia nuclear. Además de transmitirse junto con la idea de la ocupación de la clase trabajadora en empleos útiles, su alejamiento de los vicios y la mendicidad. Dichos hábitos productivos serían facilitados por el escenario de la casa propia, que también permitiría la puesta en marcha de los ritos de higiene, la educación moral en familia y las nociones modernas de propiedad privada⁴³¹. Es decir, un proyecto de blanqueamiento identitario a través del espacio de la vivienda obrera unifamiliar.

Esta intervención higiénica “científica” de las casas colectivas, tomó parte del desarrollo de la ciencia del saneamiento, que exigía un diagnóstico y un tratamiento para habitar los espacios públicos, especialmente cuando había síntomas de enfermedad, anomalía y degeneración⁴³². En el fondo, lo que se jugaba con estas intervenciones, era la separación efectiva de los espacios público y privado, atravesados por la privatización de la intimidad, que constituye una característica de la modernidad occidental y cultivada como elemento del blanqueamiento identitario. Para Mauricio Tenorio, fue hasta las primeras décadas del

⁴³⁰ Coni, “La Ciudad Argentina ideal o del porvenir”, *op. cit.*, pp. 4-7.

⁴³¹ Armus, “Utopía Higiénicas”, *op. cit.*

⁴³² Tenorio, “Hablo de ciudad”, *op. cit.*

siglo XX, que se desarrollaron experimentos de viviendas populares de “casa mínima”⁴³³, con recámaras separadas para los miembros de la familia, con el objetivo de combatir el paradigma de la promiscua intimidad de la vecindad⁴³⁴. Esto también lo observa Bonfil Batalla, para quien los proyectos habitacionales de multifamiliares masivos constituían formas de vida individual y occidentalista, que terminaban con los rasgos de vida comunitaria de las vecindades, resabios del México prehispánico⁴³⁵.

4.5 Los higienistas frente al olor de los pobres

La vivienda unifamiliar y su antecedente, el ensayo fallido de las vecindades higienizadas, implicaban también hacer privados los desechos y los olores corporales. La denuncia del hedor y la fetidez, serán también recurrentes en los textos de los higienistas, no sólo para referirse al lago de Texcoco y a los muladares producidos por inundaciones y problemas de desagüe, sino también para describir a la propia ciudad, particularmente en aquellos espacios donde se evidenciaban los “descuidos populares”. Por ejemplo, cuando se habla de los mingitorios públicos, cuyas “malas condiciones y sus fétidas exhalaciones expiden un olor intolerable para los transeúntes”, causando que “Toda la ciudad está convertida en mingitorio. Esto es asqueroso y habla muy poco en pro de la cultura que debe exigirse a la capital del país”⁴³⁶. Así escribía, bajo seudónimo, un higienista en 1891, al quejarse de los charcos inmundos que impedían el tránsito y ofendían el olfato.

Como señala Alain Corbin, con el ascenso de la noción de individuo privado, –también fomentada por la ideología de la blanquitud–, los desechos igualmente se vuelven privados, y se desarrolla una repulsión hacia los olores del prójimo⁴³⁷. Como una suerte de

⁴³³ Por ejemplo, en la colonia Balbuena.

⁴³⁴ Tenorio, “*Hablo de ciudad*”, *op. cit.*

⁴³⁵ Bonfil Batalla, *México profundo*, *op. cit.*

⁴³⁶ Doctor Razhés, “Los mingitorios públicos”, *El Nacional*, Ciudad de México, 24 de octubre de 1891.

⁴³⁷ Corbin, Alain, *El perfume o el miasma. El olfato y lo imaginario social. Siglos XVIII y XIX*, México, FCE, 1987.

reacción anticomunitaria, que no se sufriría, por ejemplo, en las casas colectivas urbanas y rurales. El asco generado por el olor del otro es una emanación que buscó ser desaparecida a través una forma específica de limpieza corporal, desarrollada por una sociedad moderna que desarrolló una nueva sensibilidad olfativa, y que cultivó la diferencia entre “el burgués desodorizado y el pueblo infecto”⁴³⁸.

Como señala Corbin, los higienistas, enloquecidos por el olor de las cosas y de la turba pútrida, se dedicaron a detectar los flujos que constituían la trama olfativa de la ciudad, “los peligros revelados por los olores de la tierra, el agua, los excrementos, los cadáveres y los cuerpos mezclados en confusión”⁴³⁹. Por ello, la cuestión de los mingitorios públicos debía estudiarse a fondo, al ser no sólo una “importantísima necesidad urbana”⁴⁴⁰, sino un receptor y difusor de los olores de la plebe, cuyo hedor agredía a la sensibilidad moderna, occidentalizada y blanqueada.

La propia opinión pública que asumía el paradigma se la cultura higiénica, señala que todas las ciudades modernas habían comprendido la necesidad de establecer mingitorios públicos, “desde mediados de siglo viene [...] recomendándose por la mayor parte de los higienistas”⁴⁴¹. Mientras que en México se suprimían en lugar de difundirse. La élite decente utilizaba los mingitorios privados de los hoteles, cuya existencia era desconocida para la mayoría de la gente, que ni siquiera podría pagar los 6 pesos que cobraban⁴⁴².

Los higienistas aficionados que escribían en los diarios, señalaban que el “pueblo ignorante” desconocía la necesidad del aseo y la considera superflua. Y que estas pésimas costumbres debían desaparecer, aunque implicase el sacrificio de los vecinos, al establecer baños y lavaderos públicos, y aunque fuesen los baños más económicos y sencillos. Citando a un higienista francés, un diario capitalino señalaba que los lavaderos públicos

⁴³⁸ *Idem*, p. 67.

⁴³⁹ *Idem*.

⁴⁴⁰ “Baños y lavaderos públicos”, *El Siglo Diez y Nueve*, Ciudad de México, 23 de marzo de 1891.

⁴⁴¹ *Idem*.

⁴⁴² Doctor Razhés, “Los mingitorios públicos”, *op. cit.*

podían hacer grandes servicios a la higiene de las clases laboriosas, pues “El desaseo depende de la ignorancia, y la sociedad debe favorecer, al mismo tiempo el desarrollo físico y la evolución moral”⁴⁴³. Y citando a otro higienista galo, remataban diciendo que baños y lavaderos públicos “habrán realizado unos de los más preciosos instrumentos de la higiene pública: habrá dado al obrero agua para lavarse, ropa seca y aseada para cubrirse, y habrá, a la vez, saneado su hogar doméstico”⁴⁴⁴.

Estos mismos higienistas aficionados y francófilos, presentaban la moderna higiene burguesa desodorizada como la culminación del desarrollo de los pueblos antiguos que habían comprendido la necesidad de la higiene, poniendo a los romanos como el paradigma de la limpieza al bañarse diariamente. Si bien entre las culturas prehispánicas también se acostumbraba la ducha diaria, el aseo de manos y boca antes y después de comer, y existía la cultura de los baños públicos y los *temazcalli* o saunas⁴⁴⁵, y serán pocos quienes hablen de las prácticas de higiene indígena⁴⁴⁶. Por el contrario, se lamentaban que en México no se haya contado con un Adriano I, que impusiera el aseo obligatorio, mientras que “son costumbres españolas que heredamos en México, no bañarse”⁴⁴⁷. No obstante, la limpieza no era sinónimo de salud ni de lavado con agua y jabón, al menos no necesariamente, ni en todos los casos. Limpiar se entendía como drenar inmundicias y evacuar olores⁴⁴⁸.

⁴⁴³ Lacassagne, *Précis d'hygiène privée et sociale*, op. cit., citado en “Baños y lavaderos públicos”, op. cit.

⁴⁴⁴ Lévy, Miguel, citado en *idem*.

⁴⁴⁵ García Blanco, Saúl, “La educación higiénica y médica en los aztecas”, *Aula: Revista de Pedagogía de la Universidad de Salamanca*, n. 5, 1993, pp. 59-65; Matarredona Desantes, Nuria, “La arquitectura del baño de vapor en la cultura maya”, *Estudios de Cultura Maya*, v. 44, n. 44, 2014, pp. 11-40.

⁴⁴⁶ “La ciudad antigua no era, sin embargo, tan sucia, como la católica ciudad virreinal [...] había una vigilante policía encargada de la seguridad, y servidores suficientes que tenían a su cargo velar sobre el aseo y la salubridad. En la capital, se dice que empleaba Moctezuma diariamente más de mil hombres en barrer y regar las calles de la ciudad” (Díaz Milián, Andrés, “La insalubridad de la capital en sus diversas épocas”, *El Siglo Diez y Nueve*, 14 de junio de 1892).

⁴⁴⁷ “Baños y lavaderos públicos”, op. cit.

⁴⁴⁸ Corbin, op. cit.

Para los higienistas, otra causa del hedor provenía del hacinamiento. Para evitarlo, se debían colocar los cuerpos a distancia, para facilitar el control de las emanaciones individuales. Para Chantal Jacquet, el hecho de emitir un olor se volvió un marcador animal, que aproximaba al sujeto a la bestialidad y al salvajismo. Pues, a diferencia del resto de los sentidos, el hombre civilizado ha sido representado como un ser con el olfato debilitado en un ambiente desodorizado. Porque las percepciones olfativas son generalmente involuntarias y colocan al ser humano bajo el régimen de la necesidad: “el olor lo invade, le penetra, portando de esta forma una ofensa a su libre albedrío y a su intimidad”⁴⁴⁹ O como señala Serge Chaumier: “El odio al cuerpo se acompaña de un odio por el olfato [...] [por] quienes manifiestan una moral rígida: su desprecio a los olores es proporcional a su asco por el cuerpo”⁴⁵⁰. Y esta moral rígida y puritana, embona con los valores modernos capitalistas, expresados en la blanquitud.

De la mano del hacinamiento y los olores animales, venían también los rasgos “degenerados” en la sexualidad, pues esta condición de vida comunitaria en las casas colectivas, obligaba a los pobres a realizar esta actividad al aire libre, en la calle o en los patios de las vecindades, e incluso en el espacio público, como señalaron los criminólogos Carlos Roumagnac⁴⁵¹ y Julio Guerrero⁴⁵², coetáneos de los médicos higienistas. Para estos autores, estudiosos de la higiene aunque aterrizada en la relación entre el medio y el crimen, el ejercicio de la sexualidad debía limitarse al ámbito estrictamente privado, pues la cercanía al espacio público tornaba a la gente promiscua⁴⁵³. El hacinamiento implicaba

⁴⁴⁹ Jacquet, Chantal, *Filosofía del olfato*, México, Paidós, 2016, p. 53.

⁴⁵⁰ Citado en *idem*, p. 60.

⁴⁵¹ Roumagnac, Carlos, *Por los mundos del delito. Los criminales en México. Ensayo de psicología criminal. Seguido de dos casos de hermafroditismo observados por los señores doctores Ricardo Egea, Ignacio Ocampo, jefe del servicio médico de la cárcel de Belén*, México, Tipografía del Fénix, 1904.

⁴⁵² Guerrero, Julio, *La génesis del crimen en México. Estudio de psiquiatría social*, México, Vda. de C. Bouret, 1901.

⁴⁵³ *Idem*.

la cercanía de los cuerpos y, por lo tanto, también de los olores, algo que resultaba repulsivo para la sociedad moderna aburguesada, interiorizada en las clases dominantes.

Sin embargo, esta repulsión también descansaba en razones morales: en la imagen de los pobres, esa población mestiza a medio camino, que fue retratada por los higienistas como una “raza” mucho más cercana a lo indígena. Raza y clase fueron elementos que aparecen juntos en la mirada higienista, como se mostrará a continuación.

4.6 Higiene de clase: el cuerpo mestizo y peligroso de la plebe

La higienización de los pobres capitalinos no perseguía, solamente, razones relacionadas estrictamente con la salud y el control de la mortalidad. Fue claro, en el discurso higienista, que existía también un interés de clase. Así lo leía la prensa, que señalaba a la plebe que irrumpía en la calle, como un riesgo sanitario:

Parece que la naturaleza ha dado a los pobres un medio de vengarse del inhumano desprecio en que los deja perecer la sociedad en que viven. Le basta pasear por las ciudades su cuerpo, que sale de las tinieblas rodeado de un aura miasmática [...] para hacer que la elegante dama viva pálida y enfermiza, y que el niño mecido en cuna de marfil vea que la muerte le ofrece el seno y despierte ahogándose con las horribles natas de la difteria⁴⁵⁴.

Los pobres encarnaban un peligro infeccioso y de clase, de manera que cualquier medida de higiene se establecía no sólo por interés humanitario, sino en favor “no ya del pobre, [sino] del interés general”⁴⁵⁵.

El “comportamiento antihigiénico” de los pobres fue denunciado por médicos higienistas como Máximo Silva. En un texto presentado originalmente en la Sociedad Médica Pedro Escobedo, y reproducido en el *Diario del Hogar*, describe “el desconsolador y repugnante espectáculo que presenta nuestro pueblo bajo, en algunas escenas de su vida íntima”, que producen focos de infección:

⁴⁵⁴ “Las casas de vecindad”, *La Patria. Diario de México*, Ciudad de México, 22 de mayo de 1890.

⁴⁵⁵ *Idem*.

La accesoria y el jacal mexicanos pueden considerarse, sin hipérbole de ninguna especie, como verdaderos *focos de infección*, de cuyas tenebrosidades saldrán para esparcirse con una funestísima prodigalidad legiones de microbios, destinados a llevar el luto y la desolación a las familias y a interponerse cual *barreras infranqueables en el camino de la prosperidad y del progreso nacionales* [...] ⁴⁵⁶

La vivienda antihigiénica vuelve a aparecer como el principal foco de infección y diseminador de microbios. Algo sumamente simbólico, pues ese espacio privado del hogar, el espacio de la intimidad por excelencia, es donde se reproducen las prácticas cotidianas que están fuera del alcance de la jurisdicción higienista. Y son estas prácticas “antihigiénicas” las que, para Silva, se interponen en el camino al progreso, y las que afectan tanto a la “clase indígena”, como a las “clases medias”:

males que no sólo redundan *en perjuicio de la clase indígena*, de esa clase que se alimenta con atole y tortillas, que duerme sobre un petate tendido en el suelo; de esos indios que viven silenciosos, pobres y casi inactivos [...] sino que esos gérmenes nocivos se introducen *en las suntuosas mansiones de los mimados de la fortuna y en las modestas viviendas de la clase media* ⁴⁵⁷.

En la ciudad que observa Silva, no son los indígenas ni las clases medias ni “los mimados de la fortuna”, los diseminadores de miasmas y microbios. Higienistas como José Guadalupe Lobato, señalaban que “Para los criollos y para los extranjeros es para quienes se debe trabajar, porque los indígenas, siempre con sus mismos hábitos y trajes, son invulnerables a todas las vicisitudes telúricas que trae consigo la aclimatación” ⁴⁵⁸. Como una suerte de seres detenidos en el tiempo, pensaban a los indígenas “inocuos” frente a los fenómenos naturales, de manera que, concluye Lobato, no merecen la intervención higienista. ¿Quiénes eran, entonces, los sujetos de la intervención higienista?

Máximo Silva responde esta pregunta y la problematiza:

⁴⁵⁶ Silva, Máximo, “Iniciativa digna de aplauso”, *Diario del Hogar*, Ciudad de México, 21 de abril de 1898 [cursivas nuestras].

⁴⁵⁷ *Idem* [cursivas nuestras].

⁴⁵⁸ Lobato, J. G., “Meteorología de México”, *El Observador Médico*, Ciudad de México, 1º de abril de 1874.

¿De qué sirve que *unas cuantas familias acomodadas* observen, siquiera sea imperfectamente, algunas prescripciones higiénicas? ¿de qué sirve que los médicos hagamos esfuerzos para popularizar estos mismos preceptos si *la clase más necesitada, digámoslo así, de higiene no ha llegado a oír siquiera esta palabra?* ¿si sobre esa clase no se ejerce por la autoridad una *vigilancia* suficientemente eficaz que reduciría, repito, en beneficio incalculable sobre todos y cada uno de los ciudadanos?⁴⁵⁹

El médico lamenta que las familias acomodadas sean las únicas que asumen las recomendaciones profilácticas, y que estas no lleguen a las clases que las requieren con mayor urgencia y sobre las cuáles se demanda una vigilancia higiénica. De allí que sean los trabajadores precarizados los que reciban la atención de los higienistas en su radio de acción ciudadano. Pues son los proletarios quienes están en condiciones de buscar “otra esfera *superior* de comodidades para su cuerpo”, como fincas “cómodas, higiénicas y baratas, que vengan a redimirlo de la cautividad en que yace, y rompan las solidísimas cadenas que lo atan todavía a la enfermedad, el contagio, a la peste y a la tumba”⁴⁶⁰. Para los higienistas, esa cautividad en la que yace el proletario, consiste en la presencia de los rasgos indígenas que atraviesan su espacio íntimo:

Las pocilgas inmundas de los barrios, con *piso húmedo de tierra*, techo de *tejamanil*, sujeto con pedazos de *tepetate*, paredes de *adobe* ahumado, y sin más menaje que las tres piedras del *nahoa primitivo*, con que formaran su hogar, la olla para los *frijoles* y el *metate* para las tortillas, *eran hasta há dos años el hogar de nuestros proletarios* [...] sucios y andrajosos⁴⁶¹.

Esto fue escrito por el jurista y sociólogo Julio Guerrero, en 1901, en el amanecer del siglo XX. Además de referir que los pobres viven sobre suelo pantanoso, emplea profusamente la palabra “proletario”, señalando que la capital está desbordada por su presencia. Para Guerrero, es el hacinamiento lo que provoca la exigüidad del salario y mantiene a esta población en “estado estacionario”, sin permitirle el ahorro, su llave para adquirir mundo, colándose aquí la ética productivista de la blanquitud. Pues, sin el ahorro, el proletario está

⁴⁵⁹ Silva, “Iniciativa digna de aplauso”, *op. cit.* [cursivas nuestras].

⁴⁶⁰ “Las costumbres”, *El Municipio Libre*, Ciudad de México, 23 de mayo de 1890.

⁴⁶¹ Guerrero, *La génesis del crimen*, *op. cit.*, p. 137 [cursivas nuestras].

“condenado a no aprender nada de la vida distinto a su pocilga y su taller”⁴⁶², como si esto dependiese de su voluntad y su esfuerzo individual, apareciendo aquí la ideología de la meritocracia, otro elemento de la blanquitud.

Guerrero, como representante del discurso científico de su época, plantea que las clases sociales tienen un correlato fenotípico, pues el “progreso”, como bienestar físico y desarrollo intelectual, “ha quedado sujeto a límites infranqueables a veces de generación en generación, obligando a sus miembros a vivir las mismas costumbres que sus padres, formándoles un coeficiente intelectual especial y hasta un tipo físico”⁴⁶³. Esto se refleja en la clasificación de tres órdenes que Guerrero hace de la sociedad mexicana, basada en “la vida privada de los individuos” donde, por supuesto, la higiene juega un papel importante.

El primer orden lo conforman los trabajadores informales, “arrimados” con familiares y compadres, que pernoctan en los dormitorios públicos y se hacinan en los portales:

Son mendigos, traperos de los basureros públicos, papeleros, seberas, hilacheras, fregonas [...] cubiertos de andrajos, se rascan sin interrupción, y en las greñas de sus cabezas se acumula el polvo y lodo de todos los barrios de la ciudad. No se lavan sino cuando les llueve y sus pies descalzos y agrietados se encallecen y toman el color de la tierra. Por lo general no llegan a la vejez; sino a una decrepitud precoz, agotados por la sífilis, la miseria, el pulque y el mezcal [...] han perdido el pudor de la manera más absoluta [...] forman el antiguo leperaje de México [...] Son feos, raquítricos, sucios [...] viven en xacalis con medios techos de tejamanil; y duermen en un petate, en la más inmunda promiscuidad [...]⁴⁶⁴

En su descripción de la clase “lépera”, vuelven a aparecer los rasgos indígenas en los comportamientos del espacio íntimo del hogar, además de la presencia de elementos degenerativos como la enfermedad, el alcoholismo, la suciedad, la fealdad y la promiscuidad, y todo atribuido a la falta de hábitos higiénicos.

⁴⁶² *Idem*, p. 154.

⁴⁶³ *Idem*, p. 155.

⁴⁶⁴ *Idem*, pp. 158-160.

En el segundo orden acomoda a los trabajadores formales: la tropa, los sirvientes y los obreros asalariados, “redimidos de la miseria por el trabajo y aunque todavía obran por inercia las fuerzas depravadoras en su espíritu, por el industrialismo se escapan de caer en la última clase de nuestra sociedad”⁴⁶⁵. Es decir, los obreros han sido redimidos de la degeneración por el industrialismo y las prácticas que este inculca: los hábitos de la blanquitud. Aunque todavía analfabetos, ya son usuarios de la modernidad, pues “El uso de la luz artificial comienza en esta clase” y “De las clases libres, ésta es la primera que usa calzado y pantalones”⁴⁶⁶, dejando atrás los vestidos indígenas o relegándolos al espacio privado. Mientras que las mujeres de los obreros se abrigan con rebozo pero, nota Guerrero, sólo lo hacen dentro de su hogar y ya no en la vía pública, donde visten mascada de seda, y botines de charol, “un lujo”⁴⁶⁷.

Los pantalones representaban el “decoro y decencia”, al punto que el entonces gobernador del D.F. consideró la idea de hacer su uso obligatorio entre los hombres que habitaban la capital, medida que fue celebrada por la prensa:

[...] el llamado <<bando de los pantalones>> no tiene más que un defecto y es ser un poco tardío. Vergüenza da el aspecto que ofrecen, al extranjero que nos visita, los individuos del pueblo vistiendo, por único traje, camisa y calzoncillos blancos, acompañados de la indispensable <<frazada>> ¿Es un país de micos o de salvajes?⁴⁶⁸.

Este artículo de *El Popular*, elogiaba al gobierno por sus intentos de extirpar esa “repugnante costumbre popular” “en beneficio del pueblo mismo”. Medidas de moralización que lograrían arraigar en las masas “hábitos más cultos” que las elevarían

⁴⁶⁵ *Idem*, p. 164.

⁴⁶⁶ *Idem*, pp. 164-168.

⁴⁶⁷ Sobre el rebozo, el trabajo de Ana Paulina Gámez ha propuesto la hipótesis de que no se trata de una prenda originaria, sino que fue traída a México por los españoles, modificando el uso de una prenda árabe (“Nueva exposición revela que el origen de los rebozos no es prehispánico, sino árabe”, *El Universal*, 17 de octubre de 2020, <https://www.eluniversal.com.mx/cultura/exposicion-revela-que-el-origen-de-los-rebozos-no-es-prehispanico-sino-arabe>, consultado en octubre de 2020).

⁴⁶⁸ “Educación popular. La moral y los pantalones”, *El Popular. Diario independiente de la mañana*, 2 de marzo de 1903.

más allá de la “primitiva subsistencia material” y hacia la “dignidad humana”⁴⁶⁹. Casi dos décadas después, algo similar sucedería en Río de Janeiro, donde, en el marco de la conmemoración del Centenario de la independencia en 1922, se decretó el uso obligatorio de traje y zapatos, como parte de la lucha contra lo “andrajoso”, la enfermedad, el atraso y la pereza: un “aburguesamiento del paisaje”, que incluyó también la prohibición de la práctica religioso-sincrética del *candomblé*, la restricción de *fantasías* en el carnaval y la persecución de curanderos⁴⁷⁰, todos ellos ataques a la cultura popular en nombre de la ética de la blanquitud.

El último y “más evolucionado” orden clasificado por Guerrero, lo conformaban aquellos con “hogar definitivo”: gendarmes, empleados, pequeños cuentapropistas, profesionistas (burócratas y sector privado), empresarios (nacionales y extranjeros) y altos mandos militares. Si bien al interior del estamento, Guerrero hace distinciones, los caracteriza como habitantes de viviendas “limpias” en barrios céntricos, y poseedores de “hábitos privados” que “hacen observar todas las prescripciones de la higiene”. Racialmente, los distingue cuando habla de las mujeres: “Hijas de las damas españolas y mestizas de la época colonial [...] producto terminal de una larga selección [...] criaturas genuinamente aristocráticas [...] [de] inmensa superioridad moral”⁴⁷¹. La personificación de la “señora decente”, que “resume las más preciadas cualidades de nuestra sociedad” y conforma el “tipo nacional”. Incluso describe sus atributos físicos: “más bien alta que baja; esbeltas de talle y seno turgente, *la tez de un pálido trigueño* que sonrosan con facilidad los rubores de la modestia; pelo negro o castaño oscuro, suave, largo y abundante”⁴⁷². Blancas españolas y mestizas de piel casi blanca: “individuos superiores de las clases superiores”, en la mirada de Guerrero.

⁴⁶⁹ *Idem.*

⁴⁷⁰ Sevcenko, *op. cit.*

⁴⁷¹ Guerrero, *La génesis del crimen, op. cit.*, pp. 174-177.

⁴⁷² *Idem*, p. 177 [cursivas nuestras].

A la inversa, clases bajas y hábitos antihigiénicos irán de la mano en el discurso higienista. Así lo refleja Máximo Silva en su descripción de escenas cotidianas acaecidas durante epidemias de sarampión, escarlatina y tos ferina:

Niños en periodo de descamación de alguna fiebre eruptiva, durmiéndose en los brazos de *una india* que [...] los coge y los vuelve a abandonar para continuar con su tarea de echar tortillas, tortillas que llevan dentro de ellas multitud de gérmenes [...] *Lavanderas* que en el cuarto donde duermen y en donde hay enfermos de tifo [...] tienen aglomerados diversos montones de ropa perteneciente a varias familias [...] *Panaderos* que ostentan en sus manos huellas más o menos recientes de erupciones contagiosas [...] ⁴⁷³.

Esta imagen de la llamada “clase más humilde de nuestro pueblo”, como la describe Silva, se conforma por mujeres y hombres trabajadores: lavanderas, panaderos y una india tortillera, quienes infectan la ciudad por su falta de educación higiénica, al contaminar los alimentos y ropa que pasan por sus manos. Quizás por ello, en los periódicos se promocionaban expendios de “Tortillas limpias y sanas”⁴⁷⁴.

Vale la pena resaltar que Silva incorpora a una mujer indígena en esta humilde clase trabajadora, y este sector proletario también llegará a ser retratado con un tipo físico racializado en el que resaltan las descripciones fenotípicas. Como “verdaderas arpías” de “tipo horroroso” se refieren los periodistas de *El Universal* a las habitantes del barrio Manzanares, al oriente de la ciudad, “centro nocturno de *alto quirio* de la plebe”, donde las mujeres muestran:

rostros amoratados [...] cabello hirsuto [...] ojos pequeños sin vida [...] *hocico* velludo del que despiden un tufillo [...] en estado de descomposición; nariz como la del Chimpancé, frente casi nula y deprimida, y para mejor embellecer aquel *rostro encantador*, tienen cicatrices en el rostro en gran cantidad, todo el cuerpo hinchado

⁴⁷³ Silva, “Iniciativa digna de aplauso”, *op. cit.* [cursivas nuestras].

⁴⁷⁴ “Tortillas limpias y sanas. Compañía manufacturera de tortillas. Prolongación de San Salvador el Seco 2420. México D.F. Teléfono número 1582. Venta diaria de tortillas por mayor y menor desde las 9 de la mañana hasta las 6 de la tarde. Esta Compañía se ocupa de instalar expendios en los distintos rumbos de la ciudad, para atender con toda eficacia a los numerosos pedidos que diariamente recibe, y oportunamente será publicada la lista de dichos expendios” (*El Imparcial, Ciudad de México*, 19 de agosto de 1903).

[...] Nada decimos de sus trajes, porque son el complemento directo de los harapos de sus rostros⁴⁷⁵.

Con un tono irónico, la descripción la dota de rasgos animales, tristemente frecuentes al referirse a la gente de color, particularmente a aquella de origen africano, además de la inseparable referencia al olor. El relato es acompañado por un dibujo de Rosita, la "Chirlos Mirlos", "-¡así se llama la bruja! a la que entrevistamos con toda repugnancia, solo por cumplir con nuestra misión"⁴⁷⁶ [figura 1]-. Huérfana a temprana edad e hija de madre alcohólica, Rosita trabajó moliendo maíz en las cocinas de la cárcel de Belén y fue lavandera en hospitales, pero aparece descrita como una alcohólica vagabunda dedicada al "raterismo". "Rosita, sin fragancia ni aroma, era sencillamente un miembro podrido de la sociedad"⁴⁷⁷, sentenciaba el redactor de *El Universal*.

⁴⁷⁵ Villanueva, Gabriel, "México desconocido. Los suburbios de la capital. Una noche en la "Cité". Usos y costumbres", *El Universal. Diario de la mañana*, Ciudad de México, 18 de junio de 1893.

⁴⁷⁶ *Idem*.

⁴⁷⁷ *Idem*.



Figura 1. "Rosita la "Chirlosmirlos""

FUENTE: Villanueva, Gabriel, "México desconocido. Los suburbios de la capital. Una noche en la "Cité". Usos y costumbres", El Universal. Diario de la mañana, Ciudad de México, 18 de junio de 1893 (Hemeroteca Nacional de México).

Para la sociedad higienista porfiriana, Rosita y muchos otros más formaban parte de la “plebe”, el orden más bajo e involucionado que fue diseccionado por Julio Guerrero, y cuyos orígenes se encontraban en los mestizos coloniales, de donde venía la “degeneración hereditaria”. Así lo señala Micrós, en un texto de 1890:

[...] Allá en el arrabal, al borde de grandes zanjas de lodo verdoso, donde flotaban los pálidos lantejuelos y los tulares, construidos sobre el **muladar** con adobes y viejos y podridos palos se alzaba un barrio, un barrio de mujeres, niños y hombres desnudos, que se alimentaban de inmundas alimañas, sólo consumían **totopo en los tianguis**, jamás lavaban ni sus cuerpos ni sus ropas; vivos los devoraban insectos parásitos humanos, revolcábanse en **petate** deshecho y **dormían hacinados** los unos con los otros sin distinción de sexo ni de parentesco; arrojaban sus inmundicias al muladar cercano [...] y **arrastraban a las calles céntricas desparramando gérmenes**. Cocíanse los frijoles en la olla de la familia sobre un montón incendiado de estiércol y parecían dormir bajo el techo de sus covachas, una de esas digestiones que inmovilizan a las serpientes [...]⁴⁷⁸.

El imaginario acuático del pantano reaparece con el lodo y los tulares (ecosistema de plantas acuáticas); así como los elementos indígenas, en la comida y el lecho. Como elementos antihigiénicos emergen la figura del muladar y, de nuevo, el hacinamiento –esa obsesión higienista–, que lleva a la promiscuidad, así como la desnudez y la suciedad. Todo ello para caracterizar a los léperos como focos infecciosos, cuando irrumpen en el espacio público de la ciudad.

En términos socioraciales pero atravesados por los hábitos higiénicos, Micrós los describe así:

No eran indios, porque el indio lavaba sus trajes, pululaba en el mercado, construía palacios para los nobles y suntuosos templos, en tanto que la india deslizaba su canoa matizada por las riquezas de hortaliza, o en el *chiquihuite* paseaba sus tortillas de fábrica en fábrica y de *tianguis* en *tianguis*; **tampoco eran españoles**, porque la tropa, la hez del ejército vivía en el palacio o vagaba en los caminos sosegando los últimos desórdenes. Aquel hormiguero de miserables, aquel montón de parias, era una familia de expósitos, una raza mezclada, el **producto degenerado de la sangre india y la**

⁴⁷⁸ Micrós “Tipos viejos”, *El Municipio Libre, Ciudad de México*, 12 de agosto de 1890 [las negritas son nuestras].

enferma sangre española: eran los leprusos... (léperos). No trabajaban, nada les importaba [...] su única necesidad era el alimento [...] y su aspiración poder vivir tendidos en la arena o con la cabeza en las piernas de una querida que los rascara [...] ⁴⁷⁹.

Micrós enfatiza que, a diferencia de los españoles y los indios, los léperos no trabajan; viven hacinados y poseen una cultura antihigiénica. Existen en el nivel de la animalidad. El lépero es presentado como el mestizo degenerado, como la síntesis de los vicios de su herencia, manifestados en un tipo físico y social:

Hirsutos, enormes las greñas, **deprimida la frente, bestiales la nariz y la boca**, los ojillos con mirada amortecida de enfermo, salientes los pómulos, el cuerpo enflaquecido, débiles los músculos; escaso de vello y con el color amarillento **de los que viven al lado del pantano**. Eran los *ensabanados* [...] su manta les servía de traje y de lecho y semidesnudos **vagaban por las calles céntricas** en busca de algún pillaje [...] Ese era el lépero [...] que **infestaba las vías públicas** y tenía en los labios los gritos del *caló* más inmundo. Errante; parecía huir de la sociedad [...] ⁴⁸⁰.

Su descripción transmite una mirada frenológica sobre la forma del cráneo. Retrata a los léperos con rasgos animales, no sólo en cuestiones físicas sino en sus hábitos: criaturas amarillentas que viven junto al lago, apareciendo nuevamente el imaginario acuático relacionado con la enfermedad: los léperos como focos infecciosos ambulantes. Para Micrós, ese es el origen de la plebe contemporánea. Natalia Bieletto nos recuerda que también se empleó el término "peladito", para referirse a los parias sociales decimonónicos, conformados por aquellos individuos de origen indígena que migraban a la capital. El término aludiría a sus cabezas afeitadas, como una manifestación de las presiones sociales de los indígenas para integrarse a la sociedad urbana mestizada, pues el cabello largo era símbolo de prestigio para algunos grupos indígenas⁴⁸¹. Tanto lépero como pelado y plebe, se tornaron términos peyorativos en el discurso de las élites educadas, que veían a esta población como sucia, impura, indecente y mestiza. Esta

⁴⁷⁹ *Idem* [las negritas son nuestras].

⁴⁸⁰ *Idem*.

⁴⁸¹ Bieletto Bueno, Natalia, "Peladito (Pelado)", en Herrera-Sobek, Maria, *Celebrating Latino Folklore: An Encyclopedia of Cultural Traditions*, Santa Barbara, CA., ABC-CLIO, 2012.

apreciación se observa en la opinión pública de la época, de forma particularmente pesimista en el mismo texto antes citado de Micrós: “El lépero virreynal es el padre legítimo de esa plebe de hoy día [...] la lepra de un pueblo”, Y termina sentenciando: “El indio puede civilizarse pero el lépero no, su enfermedad es hereditaria y esas no se curan”⁴⁸².

Si bien las referencias raciales no serán del todo explícitas, cuando el discurso higienista está pensando en la plebe, el bajo pueblo, los pobres de clase trabajadora o los proletarios, los construye como mestizos, como una población sucia y enferma, poseedora de una cultura que no es completamente urbana porque de ella emana la presencia de rasgos indígenas degenerados. La cultura urbana se vuelve, entonces, equivalente de lo blanco, lo higiénico y lo saludable. Esto lo ilustra un diario capitalino, que se refirió a las colonias habitadas por la plebe mestiza como análogas a “los campos de reconcentración durante la guerra de insurrección en Cuba, en la selva, donde morían los negros”. Con un tono irónico, se les reviste de un carácter de tierra exótica:

*Vayan, como quien va a expedicionar a los Polos o al centro de África, a dar un paseito a la renombrada Colonia de la Bolsa [...] y verán con los ojos muy abiertos y las narices muy tapadas [...] aquél cacho de mapa del mundo formado por un solo e inmenso muladar, sin desagüe alguno sobre que reverbera el sol y zumban a millonadas toda especie de insectos alados [...] Aquellos habitantes son pintos y más valientes que Livingston y Stanley en África Central [...] Allí, en ese nuevo mundo, hierve la gente y pululan albañiles, carpinteros y pintores, fabricando y pintando centenares de casas nuevas...*⁴⁸³

El discurso de los higienistas analizado en este capítulo, tanto el de los profesionales como el de los aficionados, se caracterizó por la presencia de elementos de esencialización, estereotipación y generalizaciones de los indígenas y las clases populares, así como de

⁴⁸² Micrós “Tipos viejos”, *op. cit.*

⁴⁸³ “Cabos sueltos”, *El Popular*, Ciudad de México, 6 de octubre de 1903.

explicaciones construidas desde la falta, concretamente desde la ausencia de la higiene, como un elemento civilizatorio y de blanquitud⁴⁸⁴.

Los higienistas no ocultaron su condición de clase pequeño-burguesa ni su puritanismo social, elementos identificados con la ideología de la blanquitud. Su postura puede resumirse en estas palabras de un artículo de opinión de 1894: “Cuánto daño causa a la sociedad la falta de una severísima represión de costumbres que desdican nuestra decantada cultura y que trascienden con frecuencia al orden y a la moralidad pública”⁴⁸⁵. Esa es la blanquitud. Y su normamiento se expresará en otras dimensiones de la intervención higienista, como en el tratamiento del cuerpo enfermo y sano, tema que abordaremos en el siguiente capítulo.

⁴⁸⁴ Junto con la banalización o trivialización y la negación de la agencia, la orientalización o exotización, la esencialización, la estereotipación, la generalización acrítica y la explicación desde la falta, conforman un conjunto de procedimientos epistemológicos que son comunes en el discurso racista. Esta propuesta fue desarrollada por el Dr. Federico Navarrete y explorada en el seminario “Pensando (contra) el racismo: perspectivas críticas y metodológicas” en 2019, como parte de la currícula de cursos optativos del Posgrado en Estudios Mesoamericanos de la UNAM. Como resultado de dicho seminario se organizó el evento “Pensando el racismo, la discriminación y las políticas estatales: perspectivas críticas y metodológicas”, celebrado el 6 de junio de 2019 en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

⁴⁸⁵ “Las personas decentes”, *Semana Mercantil*, 12 de marzo de 1894.

5. El blanqueamiento del cuerpo: intervenciones higienistas en la salud y la enfermedad

Existe la vacuna obligatoria en defensa de la sociedad, de la salud pública. ¿Por qué no se ha de establecer, con el mismo fin, el aseo obligatorio para vagos y viciosos?

El Popular (Ciudad de México, 1903)

La bandera de los higienismos fue el combate contra las enfermedades infectocontagiosas, en una cruzada para desterrar a los flagelos que diezmaban a las poblaciones campesinas e indígenas en el mundo rural, y a las clases trabajadoras en las ciudades. Fue por ello que estos higienismos finiseculares privilegiaron una medicina “ambientalista” que se preocupaba por las relaciones entre el medio ambiente y la enfermedad y cuya científicidad radicaba en una mezcla entre sentido común, tradición y teoría científica⁴⁸⁶. La observación de población y naturaleza no hacía más que confirmar los datos acumulados de forma empírica por el sentido común (a menudo prejuicioso, moralista y con una marcada posición de clase); mientras que la estadística y topografía médicas ratificaban el impacto del medio sobre el estado de salud.

Como parte del impacto ambiental que los higienistas estudiaban, los hábitos y costumbres populares pasaron a formar parte de su esquema explicativo de la enfermedad, como los factores humanos que incidían en el medio. Es decir, las condiciones de trabajo y de vivienda, así como los hábitos alimenticios, sexuales, higiénicos y morales de la población, se tornaban factores de riesgo para contraer

⁴⁸⁶ Faure, Oliver, “La mirada de los médicos”, Corbin, A., (coord.), *Historia del cuerpo*, v. 2 De la Revolución francesa a la Gran Guerra, Madrid, Taurus, 2005, pp. 23-56.

enfermedades. Mientras que las verdaderas causas de las condiciones de miseria que extendían la enfermedad sobre las clases trabajadoras, desaparecían de la mirada higienista, miope frente a las consecuencias sociales que había traído consigo el nuevo orden social capitalista liberal. Su ceguera era resultado de su posición de clase, que llevaba a los higienistas a equiparar la protección de la salud con el control moral y social de las clases subalternas y a estigmatizar sus hábitos, en un abierto ejercicio de blanquitud.

Es por ello que el higienismo es considerado un movimiento cuya filosofía se proponía combinar las necesidades fisiológicas y culturales con el medio ambiente, asumiendo la responsabilidad de apoyar reformas sociales que lograsen superar los efectos no deseados del crecimiento urbano e industrial⁴⁸⁷, es decir, del desarrollo del capitalismo moderno y sus inminentes efectos devastadores. Pero se caracterizó por su cuño conservador y elitista, así como por sus prejuicios racialistas y de clase que recuperaban las ideas científicas pregonadoras de la degeneración social. Como pensamiento reformista, su objetivo era la limpieza y ordenamiento de la sociedad en todos los sentidos posibles, desde el espacio físico -las calles, avenidas, alcantarillado, pozos, basureros, mataderos, etc.-, hasta la conducta y salud de los ciudadanos, como una suerte de regulación de la vida cotidiana, especialmente de las clases populares.

Como parte de la "medicina social", el higienismo asumió la nosopolítica de medicalización autoritaria, basada en una clasificación productivista de la sociedad que criminalizaba a aquellos sujetos que no eran económicamente productivos y, a su vez, se preocupaba por hacer útil la pobreza al fijarla a un aparato de producción o aligerando su peso social⁴⁸⁸. Es decir, se proponía incorporar a los sectores marginados al aparato económico capitalista, al transformarlos en mano de obra útil. Y esto implicaba la gestión

⁴⁸⁷ Armus, "Utopía Higiénicas", *op. cit.*

⁴⁸⁸ Foucault, "La política de la salud en el siglo XVIII", *Obras esenciales*, Barcelona, Paidós, 1999.

sobre los cuerpos y la vigilancia de las conductas de los desposeídos, de esos “bárbaros urbanos”, que eran nocivas para la vida social y económica nacional.

Es por ello que el discurso higienista posee una innegable posición de poder, la que ostentan el médico y el científico dentro de una sociedad de clases en la que forman parte de la élite, en su triple calidad de profesionistas liberales, políticos y funcionarios de estado. El médico, dueño del conocimiento y símbolo de la ciencia moderna, se torna el gran experto en la mejora del cuerpo social y en consejero de los representantes del poder político, ejerciendo su propio coto de poder. Como señala Michel Foucault, es su posición como higienista más que su prestigio de terapeuta la que le asegurará una posición políticamente privilegiada⁴⁸⁹. Pues, frente a sus objetos de intervención, los higienistas gozaron de una posición de privilegio, una posición de blanquitud inherente a su clase, a su gremio y a su oficio que será celebrada por parte de la opinión pública y denostada por otra.

Dentro de estas intervenciones dirigidas hacia los cuerpos de las clases populares urbanas, tanto en condiciones de salud como de enfermedad, se echó mano de tecnologías como la higienización del espacio de trabajo y del aseo personal, a veces de manera coercitiva y a menudo mediante la racialización de la higiene y de enfermedad. Estos fenómenos serán abordados en este capítulo, con miras a demostrar que, detrás de estas intervenciones higienistas desplegadas en Ciudad de México y Buenos Aires en nombre de la prevención de la enfermedad, particularmente del tifo y la fiebre amarilla, está presente un discurso de blanquitud que se fraguó en un momento global.

⁴⁸⁹ *Idem.*

5.1 Intervenciones higiénicas contra la enfermedad

El mal de la raza indígena existe, para su decrecimiento en sus propias costumbres, en las condiciones higiénicas de su modo de vivir.

Antonio García Cubas, 1870

Hacia finales del siglo, era común que los médicos explicasen la presencia de enfermedades infectocontagiosas, mucho más comunes entre las clases populares, como resultado de las condiciones de vida insalubres y la mala alimentación, planteados como hábitos antihigiénicos y decisiones individuales y privadas. Un ejemplo se observa en las palabras del médico mexicano Austacio Martínez:

en la mayor parte de esa clase la inmoralidad de sus costumbres, los excesos, sobre todo en la embriaguez y en los placeres venéreos, son causas que no solamente *los predisponen a contraer el tifo*, sino que otras enfermedades que contraen tomen un carácter de gravedad que en otras circunstancias no tendrían⁴⁹⁰.

En nombre de la salud pública, se proponía inculcar a la población una educación higiénica que combatiera los excesos populares y que, en realidad, se sostenía en una ideología moralista, ascética e individualista, muy característica de la blanquitud. En términos "científicos", estas observaciones de los galenos se fundamentaban en las ideas francesas de la herencia biológica, muy socorridas por las comunidades médicas latinoamericanas, que consideraban a la sangre como la transmisora de virtudes y defectos morales y de salud⁴⁹¹. De allí que se asumiera que los comportamientos inmorales y antihigiénicos de las clases populares podrían transmitirse de generación en

⁴⁹⁰ Martínez, Austacio, "Memoria sobre el tifo", *Gaceta Médica de México*, Ciudad de México, 1º de diciembre 1881 [cursivas nuestras].

⁴⁹¹ López Beltrán, Carlos, *El sesgo hereditario. Ámbitos históricos del concepto de herencia biológica*, México, UNAM, 2004.

generación. Estas ideas también permearon en el sentido común, como se observa en este texto del cronista *Micrós*, seudónimo de Ángel de Campo Valle:

Es preciso confesar que la más terrorífica de las narraciones del siglo pasado no causa ni con mucho el efecto que provoca la lectura de cualquier obra de medicina, capítulos "Nuevo organismo" y "Herencia" [...] con sus ejemplos de atavismo [...] donde las calaveradas de un padre crapuloso producen en el hijo *romollimento cerebrale*, o cualquiera de esas malditas enfermedades que no tienen remedio [...] resulta que también el hombre tiene un pecadillo original y que cae de generación en generación, sin que haya agua bautismal que lo borre⁴⁹².

Esta degeneración que, para el sentido común higienista, se transmitía a través de los hábitos de las clases populares, obligaba a regular tanto el espacio privado donde se hacía la vida familiar, como el espacio público, pues en él las pauperizadas clases trabajadoras se convertían en un riesgo sanitario:

Y a veces uno de esos infelices que no imploran caridad pero provocan náuseas, se sube a un tren; su cara denuncia los horrores de una *sangre venenosa*; *deja a su paso una nube de gérmenes*; *apesto el aire*, y suele añadirse a la miseria de su estado, la tristeza de saberse repugnante; se siente huído, se mira señalado, escucha comentarios que bien pudieran evitarle un gendarme, un mozo de ambulancia, o cualquier empleado de los hospitales que el gobierno sostiene [...] ⁴⁹³

Con estas palabras, *Micrós* mostraba el estupor y repugnancia que le causaba a la "gente decente" la presencia de los enfermos y menesterosos en las calles de la Ciudad de México, con quienes estaban obligadas a compartir la vía pública. Él mismo confiesa que "reflexiones me vienen a la mente cuando encuentro en la calle, y muy a menudo, a esa familia de monstruosos, mutilados, leprosos, lazarinos, quemados", que le hacen preguntarse "¿no habrá un lugar menos expuesto que la calle para esos museos, más propios del Hospital y de la Escuela de Medicina que de la vía pública?"⁴⁹⁴.

⁴⁹² Micrós, "Heredismo y otras yerbas", *El Universal*, Ciudad de México, 14 de marzo de 1896, en *Kinetoscopio: las crónicas de Ángel de Campo, Micrós*, en *El Universal (1896)*, estudio preliminar, compilación y notas de Blanca Estela Treviño García, México, UNAM, 2004.

⁴⁹³ "Piedades y eméticos", *El Universal*, Ciudad de México, 7 de marzo de 1896, en *idem* [cursivas nuestras].

⁴⁹⁴ *Idem*.

En opinión de los médicos latinoamericanos, la regeneración sanitaria se convertía en “la misión más gloriosa, más patriótica y más meritoria que podamos emprender [...] condición indispensable para nuestra prosperidad física y moral”⁴⁹⁵. De allí la importancia de contrarrestar la caída en la espiral de la degeneración a través de la regeneración higiénica⁴⁹⁶, particularmente de aquellas capas urbanas trabajadoras que se hacían en los barrios marginales, grupos en su mayoría de inmigrantes indígenas que no había logrado cruzar el umbral hacia las “mestizadas” “clases medias”. Fue así que las intervenciones higienistas en este periodo de finales del siglo XIX y principios del XX, un verdadero “periódico higiénico” como afirmaba una revista médica brasileña⁴⁹⁷, no sólo recayeron en la modernización de la infraestructura sanitaria urbana sino se materializaron en políticas de prevención de la enfermedad, en donde se incluía la medicalización, higienización y moralización de las clases populares.

En las convenciones sanitarias americanas se hacía notar la necesidad de establecer cuerpos sanitarios con carácter ejecutivo, así como la codificación de leyes y reglamentos sanitarios que siguieran los lineamientos de la higiene internacional. Fue un mandato internacional y donde Estados Unidos ejerció una presión importante⁴⁹⁸. De manera que, tal como hicieron los diplomáticos japoneses y coreanos, fue común que comisionados de higiene de naciones latinoamericanas viajaran por Europa y Estados Unidos para hacer observaciones sobre los códigos sanitarios que establecerían después en casa.

Hacia finales del siglo se encuentran ya activos órganos sanitarios, como el Consejo Superior de Salubridad mexicano, el Consejo de Salubridad chileno, el Consejo de Higiene y más tarde Departamento Nacional de Higiene argentino, la Junta Central de

⁴⁹⁵ *Anuário Médico Brasileiro*, Rio de Janeiro, noviembre 1886, no. 1, año 1.

⁴⁹⁶ López Beltrán, *op. cit.*

⁴⁹⁷ Dr. José Lourenço, “O Barão do Lavradio”, *O Brazil Médico. Revista Semanal de Medicina e Cirurgia*, Rio de Janeiro, 8 de diciembre de 1882.

⁴⁹⁸ García, Juan César, “La medicina estatal en América Latina (1880-1930)”, *Revista Cubana de Salud Pública*, vol. 42, no.1, Ciudad de La Habana, enero-marzo, 2016.

Higiene colombiana, el Consejo Nacional de Higiene uruguayo, la Junta Central de Higiene Pública brasileña, el Consejo Nacional de Higiene paraguayo, la Dirección General de Sanidad boliviana y la Dirección Nacional de Salubridad peruana, por mencionar algunos. En un principio no poseían alcance nacional, sino comenzaron actuando con jurisdicción local, en ciudades portuarias y capitales, con facultades extraordinarias en caso de epidemias⁴⁹⁹. Pero llegarían a promulgar reglamentos, decretos y códigos sanitarios con alcance nacional que garantizaban la intervención del gobierno en caso de epidemias, la constante vigilancia higiénica de la vida pública y privada, así como la regulación de la profesión médica, veterinaria y farmacéutica.

En México, el Consejo Superior de Salubridad operaba desde 1841, bajo la dependencia de la Junta de la Facultad Médica del Distrito Federal y, más tarde, de la Junta Directiva de la Beneficencia Pública, para 1871. Se encargaba de expedir legislación sanitaria para el D.F., de proponer ante autoridades centrales y municipales disposiciones y providencias de higiene pública para combatir epidemias, promover vacunas y vigilar la higiene de establecimientos públicos. Para 1872, asumió las tareas de recoger estadística médica y reglamentar y vigilar la prostitución⁵⁰⁰. En 1879 creaba una Comisión de Epidemiología para vigilar, prevenir y controlar las enfermedades contagiosas (tifus, tifoidea, cólera, viruela, sarampión, paludismo y fiebre amarilla), y una de Epizootia para hacer lo propio con dolencias contagiosas de animales no humanos, mientras que el Consejo podía imponer medidas profilácticas a las autoridades locales para controlar los brotes⁵⁰¹.

⁴⁹⁹ *Idem*.

⁵⁰⁰ Considerada un "mal necesario" pero "indispensable para conservar el orden" ("La prostitución en México. Leyes y Reglamentos que deben sujetarse, en beneficio de la Salubridad Pública", *Boletín del Consejo Superior de Salubridad*, Ciudad de México, 31 de octubre de 1896).

⁵⁰¹ Con excepción de las enfermedades venéreas, de cuyos casos se encargaría la Inspección de Sanidad.

Formado por cinco miembros titulares, tres médicos, un farmacéutico y un químico, el Consejo Superior de Salubridad promulgó un Código Sanitario con alcance federal en 1891, inspirado en la legislación sanitaria de Nueva York, Inglaterra, Argentina y Chile. Este Código no sólo homologó y centralizó la legislación sanitaria⁵⁰², sino que otorgó importantes facultades al Consejo: la inspección de instalaciones sanitarias en domicilios privados, la recepción obligatoria de informes de todo galeno que atendiese a enfermos con padecimientos transmisibles y el control de todo asunto de política sanitaria internacional, es decir, de todos los puertos de la república y poblaciones fronterizas⁵⁰³.

Por su parte, en Argentina funcionaba un Código Médico desde 1879 que regulaba las facultades del Consejo de Higiene Pública. Se componía por dos profesores de medicina, un farmacéutico y un veterinario, más algunos miembros honorarios: el Administrador General de Vacuna, dos médicos de Policía, el Inspector de Farmacia y dos catedráticos de Química de la Universidad. Sus atribuciones eran vigilar el ejercicio de las profesiones médica y farmacéutica, fomentar la propagación de la vacuna, inspeccionar la higiene de establecimientos públicos y privados, indicar a las municipalidades las faltas de higiene pública y aconsejar medidas para repararlas, indicar medidas profilácticas para combatir y prevenir enfermedades transmisibles, pedir observaciones de la Policía del Puerto en lo relativo a la higiene pública y proyectar un reglamento especial de higiene al que deberían someterse todas las poblaciones de la provincia de Buenos Aires⁵⁰⁴.

⁵⁰² Las corporaciones municipales eran las encargadas de la administración de servicios sanitarios e inspecciones de salubridad mediante sus propios agentes y organismos consultivos como Juntas de Salubridad, Consejos o Comisiones de Salud e Inspección Sanitaria (Orozco Ríos, Ricardo, "Temas médicos y sanitarios en el Porfiriato", *Boletín Mexicano de Historia y Filosofía de la Medicina*, año 5, no. 2, 2002).

⁵⁰³ Brena, Ingrid, "Atención a la salud en la época porfiriana", en Hernández Martínez, María del Pilar et al. (coords.), *Porfirio Díaz y el derecho. Balance crítico*, México, IIJ-UNAM, 2015, pp. 413-428.

⁵⁰⁴ Coni, Emilio, *Código médico argentino. Recopilación y resumen de la legislación y jurisprudencia sobre la profesión, deberes y derechos de los médicos, farmacéuticos y parteras*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni, 1879.

Ambas legislaciones permitían la inspección de espacios privados, como las viviendas populares, y la vigilancia sanitaria de las enfermedades contagiosas que permitía desplegar intervenciones higienistas sobre la población. Dado que en los núcleos urbanos se consideraba a los pobres focos infecciosos, sobre ellos recayó parte de las intervenciones, particularmente en tiempos de epidemia: una suerte de medicalización autoritaria, con el fin de inculcarle una serie preceptos morales y cuidados de aseo, llegando a perfilarse una suerte de “dictadura sanitaria” más claramente definida hacia la década de 1880⁵⁰⁵. Mezcla de higiene pública y vigilancia autoritaria de la población, particularmente de las llamadas “clases peligrosas”, a quienes se les recluyó y aisló cuando manifestaban síntomas de enfermedad, con fuertes tintes de violencia, control y hasta discriminación⁵⁰⁶. Pues, después de todo, “una cosa [...] [son] los derechos individuales y otra el peligro de contaminarse de un mal repulsivo”⁵⁰⁷ ...como el tifo.

5.2 El tifo en Ciudad de México y la racialización de la enfermedad

Se ha observado que las epidemias atacan sobre todo a la raza indígena.

Domingo Orvañanos, 1889

Tabardillo, tabardete, tifus de Hungría, fiebre petequial y tifus de los campos, de las prisiones, de los navíos y de los lazaretos. Así se le denominaba al tifo en México, un mal bien conocido por las poblaciones urbanas. Si bien no fue la única enfermedad infecto-

⁵⁰⁵ Vargas Olivera, Rogelio, “El tránsito de los siglos XIX y XX y el tifo en la ciudad de México”, en *El miedo a morir. Endemias, epidemias y pandemias en México: análisis de larga duración*, América Molina del Villar, Lourdes Márquez Morfín y Claudia Patricia Prado Hernández (eds.), México, CIESAS/ Instituto de Investigaciones José María Luis Mora/BUAP/CONACyT, 2013; Molina del Villar, América, *Guerra, tifo y cerco sanitario en la Ciudad de México 1911-1917*, México, CIESAS, 2016.

⁵⁰⁶ Molina del Villar, *Guerra, tifo y cerco sanitario en la Ciudad de México*, op. cit.

⁵⁰⁷ Micrós, “Piedades y eméticos”, op. cit.

contagiosa que asolaba a la república⁵⁰⁸, tenía altos índices de letalidad y causaba gran número de epidemias⁵⁰⁹. De allí que en el *Ensayo de geografía médica* de Domingo Orvañanos, se le dedique mayor espacio que a cualquier otra enfermedad. En la carta topográfica que mapea su presencia entre los municipios de la república, se señala que el tifo es endémico durante el verano en buena parte del país, con excepción de Sinaloa y Colima. Mientras que en invierno no se registraban brotes en Campeche, Colima, Tabasco y el territorio de Baja California.

En su geografía médica, Orvañanos esbozó una breve historia del tifo en México. Basándose en los los síntomas que provoca (fiebre, cefalea y exantema o erupciones cutáneas), el médico afirmó que el tifo existía desde tiempos prehispánicos y que se conocía en el Anáhuac como *cocolistle*, mientras que en la colonia se le llamó *matlazahuatl*⁵¹⁰. Orvañanos sustentó estas afirmaciones en datos arrojados por viejos informes de autopsias, que reportaban síntomas parecidos a un “tifo exantemático complicado por hemorrágicas”. Según el higienista, el *matlazahuatl* mató a millones de indígenas, “pues los españoles fueron muy poco atacados”, aduciendo que esta diferencia en la mortalidad se dio por la cuestión de la higiene. Pues, como afirmaba Antonio García Cubas, otro higienista mexicano:

el mal de la raza indígena existe, para su decrecimiento en sus propias costumbres, en las condiciones higiénicas de su modo de vivir. Una miserable choza que sirve de habitación a una numerosa familia, y en ella hacinados verdaderamente sus moradores

⁵⁰⁸ Otras muertes por este tipo de enfermedades eran causadas por viruela, paludismo, tos ferina, tuberculosis, tifoidea y sarampión.

⁵⁰⁹ Para inicios de la década de 1893, el tifo había causado 80 mil muertes en todo el país. De cada cuatro enfermos, uno moría: la tasa de letalidad era del 25% (Molina del Villar, *Guerra, tifo y cerco sanitario en la Ciudad de México*, op. cit.)

⁵¹⁰ Se han identificado menciones al *matlazahuatl* en documentos, crónicas y tratados médicos del siglo XVI. Sin embargo, refieren síntomas que pueden ser generalizados para otros padecimientos, En el caso del *matlazahuatl*, se trataba de una epidemia con sintomatología similar al tifo o peste, y el nombre en náhuatl daba cuenta de algunos de los síntomas: *matla* (red) y *zahuatl* (manchas parduscas): manchas en forma de red (Molina del Villar,, *Guerra, tifo y cerco sanitario en la Ciudad de México* op. cit.)

no pueden menos que respirar un aire inficionado, sus alimentos son escasos y poco nutritivos, a la vez que penosas y fuertes sus cotidianas ocupaciones⁵¹¹.

De nuevo, aparece la cuestión del hacinamiento como semilla de la enfermedad en general y, en la mirada de Orvañanos, del tifo en particular, pues estaba convencido de que el tifo se desarrollaba por las aglomeraciones en espacios poco ventilados, en combinación con el hambre y la suciedad. Esto constituía una “miseria fisiológica”, definida por Orvañanos como un debilitamiento del organismo causado por la falta de higiene, la alimentación insuficiente y el abuso de bebidas alcohólicas que aumentan “la receptividad morbosa”. Esta supuesta miseria fisiológica “ataca igualmente a raza mezclada e indígena”, pero no menciona a la “raza europea”⁵¹², cuyos hábitos de higiene no son puestos en duda por el higienista mexicano.

La existencia de diferencias “raciales” entre las víctimas del tifo es una hipótesis de Orvañanos, cuando afirma que la dolencia ataca mayoritariamente a poblaciones indígenas, presuntamente afectadas por la “miseria fisiológica”. Para sustentar su hipótesis, presenta estadísticas históricas de las víctimas fatales del tifo, tanto de los casos confirmados como los presumibles, desde 1530 hasta la fecha de publicación de su *Ensayo*:

⁵¹¹ García Cubas, Antonio, “Materiales para formar la estadística general de la República mexicana. Apuntes relativos a la población” [1870], en Ríos Molina, Agostoni, *Las estadísticas de salud en México*. *op. cit.*, p. 88 [cursivas nuestras].

⁵¹²Orvañanos contabiliza 11.250,000 habitantes compuestos por cuatro razas en esta proporción: 4 millones de raza indígena; 2 millones de raza europea; 250 mil de raza negra; y 5 millones de raza mestiza (definida como mezcla de europeos e indígenas). Aunque reconoce la existencia de una “raza mulata” de descendientes de blancos y negros, señala que es “extraordinariamente rara en la República” como para contabilizarla. Sobre la indígena, afirma que las “tribus” más numerosas son la mexicana, otomí, mixteco-zapoteca, maya, tarasca, totonaca, ópata-pima y apache. Sobre su distribución, afirma que la “raza mestiza” predomina en todos los distritos situados al norte del paralelo 21, mientras que la raza indígena se encuentra al sur del mismo. En el caso del DF, los distritos de Guadalupe y Tacubaya aparecen como de mayoría mestiza, mientras que Xochimilco y Tlalpan, de mayoría indígena (*Ensayo de geografía médica, op. cit.*)

Tabla 1. Epidemias de tifo en México (1530-1886)⁵¹³

Año	Enfermedad	Lugar	Muertos	Síntomas
1530	presunto tifo	"provincias y pueblos de la Nueva España"	s.d.	fiebre con pintas en la piel
1545	presunto tifo	"muchos puntos del país"	800,000 indígenas	calosfrío, dolor de cabeza, sangrado nasal, ardor en las entrañas
1575	"matlazahuatl"	s.d.	"se cebó en los indígenas puramente"	s.d.
1576	"matlazahuatl"	s.d.	"se cebó en los indígenas puramente"	s.d.
1577	"matlazahuatl"	s.d.	"se cebó en los indígenas puramente"	s.d.
1694	enfermedad desconocida	s.d.	s.d.	s.d.
1714	enfermedad desconocida	s.d.	s.d.	s.d.
1736-1737	"matlazahuatl"	Ciudad de México, Puebla, Oaxaca	40,150 (Cd. México) 54,000 (Puebla) 192,000 indios tributarios (en todo el país)	calosfrío, dolor de cabeza, sangrado nasal, ardor en las entrañas, color amarillo en algunos enfermos, pústulas
1763	"matlazahuatl"	s.d.	s.d.	sangrado nasal
1784	"epidemia de la bola"	Guanajuato	s.d.	s.d.
1785-1786	"epidemia de fiebres"	s.d.	s.d.	s.d.
1805	tifo	Distrito Federal	s.d.	s.d.
1812	fiebre amarilla (presunto tifo)	Distrito Federal, Puebla, Oaxaca	s.d.	s.d.
1813	tifo	Distrito Federal	s.d.	s.d.
1813	"fiebre del año de 13" (presunto tifo)	s.d.	s.d.	s.d.
1821	tifo	s.d.	s.d.	s.d.
1835-1838	tifo	s.d.	s.d.	s.d.

⁵¹³ Elaboración propia con datos tomados del *Ensayo de geografía médica (op. cit.)*

1848-1849	tifo	Ciudad de México	s.d.	s.d.
1850-1851	tifo	Guanajuato, Zacatecas	s.d.	s.d.
1860	tifo	Chiapas, Guanajuato, Ciudad de México, Oaxaca	s.d.	s.d.
1861	tifo	D.F., Estado de México, Guanajuato	s.d.	s.d.
1862	tifo	Chiapas	s.d.	s.d.
1863	tifo	Ciudad de México, Michoacán, Tlaxcala	s.d.	s.d.
1864	tifo	México, Oaxaca, Puebla, Zacatecas	s.d.	s.d.
1865	tifo	D.F., Estado de México, Nuevo León	s.d.	s.d.
1866	tifo	Distrito Federal	s.d.	s.d.
1867	tifo	Ciudad de México, Estado de México	s.d.	s.d.
1868	tifo	Michoacán, Oaxaca	s.d.	s.d.
1869	tifo	Guanajuato	s.d.	s.d.
1871	tifo	Chiapas, Oaxaca	s.d.	s.d.
1872	tifo	Hidalgo	s.d.	s.d.
1874	tifo	Guanajuato	s.d.	s.d.
1875	tifo	D.F., Durango, Michoacán, Morelos, Oaxaca	s.d.	s.d.
1876	tifo	D.F., Guanajuato, Estado de México	s.d.	s.d.
1877	tifo	México, Nuevo León, Oaxaca, Puebla	s.d.	s.d.
1878	tifo	Guerrero, México, Pueblo	s.d.	s.d.
1879	tifo	Guerrero, Oaxaca, Territorio de Tepic	s.d.	s.d.
1880	tifo	Chiapas, Oaxaca	s.d.	s.d.
1881	tifo	Michoacán, Oaxaca	s.d.	s.d.
1883	tifo	Oaxaca, Puebla, Tamaulipas	s.d.	s.d.

1884	tifo	México, Oaxaca	s.d.	s.d.
1885-1886	tifo	Hidalgo	s.d.	s.d.

Además de mostrar la cotidianidad de los brotes de tifo, Orvañanos insiste en la relación entre tifo y poblaciones indígenas, a pesar de que buena parte de su información está incompleta: “Se ha observado que las epidemias [de tifo] atacan sobre todo a la raza indígena, sin dejar de manifestarse también en la raza mezclada”⁵¹⁴, e insiste en que los españoles fueron “poco afectados”. Es el único caso, en toda su geografía médica, que correlaciona una enfermedad con una “raza” o tipo de población con características fenotípicas y culturales reconocibles.

Para 1889, cuando Orvañanos publicaba *Geografía médica*, no se conocía aún el origen del tifo. Se pensaba que lo causaba un “microorganismo” que surgía de los miasmas emanados por la acumulación de productos animales en estado de fermentación, los cuales, a su vez, se generaban por una presunta falta de limpieza y medidas de higiene de la población. Sería hasta 1910 que se descubriría que el tifo es causado por las bacterias *rickettsias* que se transmiten a través de las heces de piojos, pulgas, ácaros y garrapatas, insectos que habitaban en las cabezas, cuerpos y ropas de buena parte de la población⁵¹⁵.

Tras una picadura en cuero cabelludo o cabeza, si la persona se rasca, facilita la entrada de la bacteria al torrente sanguíneo. Entonces comenzaban los síntomas: estupor, cefalalgia constante, agotamiento, debilidad, fiebre, ronchas pequeñas y petequias en dorso y brazos. Sin tratamiento, los enfermos morían de trece a quince días

⁵¹⁴ Orvañanos, *Ensayo de geografía médica, op. cit.*, p. 94.

⁵¹⁵ En 1910, en pleno año del Centenario y en medio de una nueva epidemia de tifo, el gobierno de Díaz convocó un concurso que ofrecía 50 mil pesos oro para quien lograra descubrir la etiología y la cura de la enfermedad. Compitieron equipos científicos mexicanos y extranjeros. Uno de ellos fue comandado por el estadounidense Howard T. Ricketts, médico que murió a causa de este mal en la Ciudad de México, infectado por los piojos huéspedes de tifo que utilizaba en sus investigaciones. Su apellido dio nombre a la bacteria causante del mal (Tenorio, “De piojos, ratas y mexicanos”, *op. cit.*)

después por colapso cardíaco. Y muerto el huésped, los insectos esparcían la *rickettsia* al mudar a otro huésped, viajando a lomo de rata o entre los tejidos de las ropas que cambiaban de dueño. Hoy, el tifo se trata con doxiciclina, pero en la época no tenía tratamiento ni se conocía su causa o las formas de contagio, de manera que creaba pánico entre la población como una dolencia de origen desconocido.

Los piojos han sido acompañantes de la vida en sociedad y, en tiempos “premodernos”, era común que los amantes se despiojaran el uno al otro, o los hijos a los padres, la suegra a su futuro yerno y los sirvientes a los amos, como un signo de deferencia y hasta de cariño; incluso llegaron a existir mujeres despiojadoras profesionales⁵¹⁶. Erróneamente, se piensa que la presencia de piojos puede evitarse con una buena higiene corporal. Sin embargo, los piojos no distinguen entre cabezas limpias y sucias, resisten al agua y a temperaturas de hasta 50 grados centígrados. En realidad, cualquier persona es susceptible de sufrir una infestación de piojos, independientemente de su clase social⁵¹⁷; después de todo, por cada ser humano que habita el planeta, hay más de 200 millones de insectos, lo que los convierte en los reyes de la Tierra⁵¹⁸. Sin embargo, algunos autores consideran que la sustitución ropa de lana por ropa de algodón, tuvo algún efecto en la reducción de la mortalidad por tifo, ya que el algodón podía ser hervido y la ebullición podía llegar a matar a los piojos⁵¹⁹.

Todavía para finales del siglo, las autoridades de sanidad explicaban las epidemias de tifo como resultado de los llamados miasmas, las emanaciones malolientes que

⁵¹⁶ Vigarello, *op. cit.*

⁵¹⁷ La afección en la que pequeños insectos infectan el cuero cabelludo es una infestación presente en todo el mundo, cuya prevalencia es variable: desde un 35,2 % en India hasta un 56,8 % en Argentina. Pese a las investigaciones sobre esta problemática, no se ha llegado a su resolución. Afecta a millones de personas en todo el mundo, ocurre en todos los grupos socioeconómicos y es común en áreas urbanas sobrepobladas, así como en climas húmedos y, con más frecuencia, en el verano (Valle Barbosa, María Ana, *et al.*, “La pediculosis capitis en escolares y el índice de marginalidad de la zona metropolitana de Guadalajara, México”, *Universitas Médica*, vol. 61, no.3, Bogotá, July/Sept. 2020).

⁵¹⁸ Sverdrup-Thygeson, Anne, *Terra insecta. El mundo secreto de los insectos*, España, Ariel, 2020.

⁵¹⁹ Molina del Villar, *Guerra, tifo y cerco sanitario en la Ciudad de México, op. cit.*

supuestamente se desprendían de cuerpos enfermos, de materias corruptas o aguas estancadas en lugares insalubres. Incluso se llegó a hablar de un "miasma tífico"⁵²⁰. En concordancia con la teoría miasmática, los higienistas del Consejo Superior de Salubridad recomendaban, como medidas para prevenir la enfermedad, la ventilación, el lavado de vestimenta y ropa de cama, el drenado de aguas estancadas y la pulcritud en el hogar⁵²¹. Aunque las enfermedades atacaban a todas las clases sociales, la *intelligentsia* profiláctica afirmaba que eran fruto de "la ignorancia de la mayoría", que "desconociendo la higiene, cuida poco del aseo y de la ventilación de las habitaciones, de la buena calidad de los alimentos"⁵²². Por ello, la política sanitaria debía "perseguir el mal hasta sus oscuras y húmedas guaridas, en los barrios miserables, llevando la palabra de la higiene a los léperos y ensabanados"⁵²³. Casi como una cruzada evangelizadora o misión civilizadora.

Los informes estadísticos sobre los enfermos de tifo señalaban que no había lugares preferidos para el desarrollo de la enfermedad, exceptuando la Cárcel de Belén, la Escuela Correccional y el Asilo de Dementes, sitios con mucha población y de donde provenía la mayoría de los enfermos⁵²⁴. Pero, a pesar de estos datos, el imaginario de la opinión pública sostenía lo contrario. Se señalaba a los muladares y barrios bajos de la ciudad como focos latentes de tifo, de allí que esa "pulcritud en el hogar" se recomendase especialmente para las viviendas de los barrios marginales, la presunta cuna de la plaga de tabardillo. Allí, la "natural receptividad" de los pobres para contraer

⁵²⁰ Que incluía además del tífus, a la fiebre amarilla; Herrera Rangel, Daniel, "Las pintas de la sirvienta. El tifo y el temor a los pobres en la ciudad de México, 1874-1877", *Estudios de Historia moderna y contemporánea de México*, n. 41, México, enero/junio, 2011.

⁵²¹ Tenorio Trillo, Mauricio, "De piojos, ratas y mexicanos", *Istor. Revista de historia internacional*, México, CIDE, año 11, n. 41, 2010, pp. 3-66.

⁵²² De Olaguíbel y Arista, Carlos, "Boletín del monitor", *El Monitor Republicano*, Ciudad de México, 19 de noviembre de 1875.

⁵²³ Herrera Rangel, *op. cit.*, p. 71.

⁵²⁴ "Estadística médica. Estadística especial de los enfermos de tifo del "Hospital Juárez" correspondiente al año fiscal de 1890 a 1891", *Gaceta Médica de México*, Ciudad de México, 1º de mayo de 1892.

estas plagas y transmitir las, los volvía un elemento peligroso que debía ser higienizado⁵²⁵. De allí el interés del Consejo Superior de Salubridad en inculcar hábitos de higiene entre las clases bajas, pues "La higiene *privada* es desconocida para muchos de los habitantes del Distrito, especialmente por las clases pobres"⁵²⁶.

La correlación entre tifo y pobreza fue señalada por los higienistas al cartografiar la extensión de los brotes. Por ejemplo, el médico José Lobato hizo lo propio durante una epidemia de tifo de 1877 y sus observaciones le dieron un correlato empírico a los prejuicios del sentido común: la epidemia se había extendido primero por los barrios pobres. Desde allí había llegado a las zonas de alcurnia, donde se presumía que el contagio era transmitido por las "sirvientas"⁵²⁷. La *intelligentsia* profiláctica repartía las culpas y situaba el origen de la epidemia en las casas de vecindad: "Allí está la fuente de todas las enfermedades que con el carácter de epidemias reinan en México"⁵²⁸. En respuesta, el Consejo mandó desalojarlas y desinfectarlas⁵²⁹, dejando a familias enteras sin hogar y sin bienes, pues sus ropas y colchones fueron incinerados como parte de las medidas de desinfección, mientras que los tifosos eran recluidos en lazaretos, pues las familias pobres no contaban con las condiciones para mantenerlos a sus enfermos en aislamiento, en casa. Los ricos, por su parte, podían ser atendidos en casa si cumplían las disposiciones sanitarias: habitaciones aisladas, sin alfombras ni cortinas y solo con lo

⁵²⁵ Herrera Rangel, *op. cit.*

⁵²⁶ Castillo Velasco, José M., "Carta al Sr. doctor Eduardo Liceaga", *El Siglo Diez y Nueve*, Ciudad de México, 19 de abril de 1877.

⁵²⁷ El brote había comenzado en las calles del Carmen y Cervatana; veinte días después, se extendió hacia el sur, al barrio de San Pablo. De allí rodeó la ciudad, primero por el lado sur hasta Salto del Agua y Belén, y más adelante por el flanco este, hacia los barrios populares de Santo Tomás, la Viga, la Merced, San Lázaro y San Sebastián. Continuó su marcha por el norte, entre las "casuchas miserables" de Santa Ana y Santa María la Redonda, para finalmente acercarse peligrosamente al centro de la ciudad, por el lado oeste, a través de los "sucios callejones" de la parroquia de la Santa Veracruz (Herrera Rangel, *op. cit.*)

⁵²⁸ Frías y Soto, Hilarión, "La peste", *El Siglo Diez y Nueve*, Ciudad de México, 23 de noviembre de 1875.

⁵²⁹ "El Consejo de Salubridad", *El Monitor Republicano*, Ciudad de México, 27 de abril de 1875.

indispensable, donde debían ser atendidos por personal que ya hubiera padecido tifo, ya inmunizado. Sus ropas personales y de cama debían ser hervidas o inmersas en soluciones de agua y cloruro de cal o mercurio, sus excreciones recolectadas en vasijas con agua y sulfato de cobre o ácido sulfúrico, y las tuberías desinfectadas con estas mismas sustancias⁵³⁰.

Además de los brotes registrados por Orvañanos, ocurrieron otras epidemias de tifo en 1889, 1892-1894, 1903, 1905-1906 y 1910⁵³¹. Y en todas ellas, los pobres fueron responsabilizados de los brotes y el Consejo Superior de Salubridad repitió las mismas medidas. Fueron comunes la inspección y desinfección de habitaciones de vecindad, el lavado e incinerado de ropas personales y de cama, así como la limpieza de caños y atarjeas. Estas intervenciones se acompañaron, una vez más, de violentos desalojos de jacales, a la par de nuevas medidas como el baño forzoso de los pobres, desnudados sin su consentimiento, a los cuales se les proporcionaron ropas nuevas⁵³². La medida de los baños forzosos junto con el rapado de cabello se repetiría en 1915, para controlar otra epidemia de tifo en plena Revolución mexicana⁵³³.

¿Cómo fueron recibidas estas medidas por los habitantes de los barrios populares de la capital? Si bien este no es el foco de esta investigación, algunas evidencias parecen indicar que los vecinos de estos barrios tenían consciencia de que sus hábitos higiénicos no eran los únicos responsables de los brotes de tifo, sino que el gobierno tenían su cuota de responsabilidad. Vecinos de San Lázaro escribieron cartas al Ayuntamiento, para denunciar que eran tratados como ciudadanos de segunda; acusaban al gobierno de gastar grandes sumas en "lujosos adornos" para otros barrios, "mientras a éstos nos

⁵³⁰ Vargas Olivera, *op. cit.*

⁵³¹ Herrera Rangel, *op. cit.*; Vargas Olivera, *op. cit.*; Tenorio, "De piojos, ratas y mexicanos", *op. cit.*

⁵³² Vargas Olivera, *op. cit.*

⁵³³ Molina del Villar, *Guerra, tifo y cerco sanitario en la Ciudad de México, op. cit.*

falta desde agua, [y] policía", y de haber instalado allí los tiraderos, "sumiendo a esos barrios en las basuras e inmundicias de la ciudad"⁵³⁴.

La prensa, por su parte, llegó a señalar la responsabilidad del gobierno y los propietarios de las vecindades, quienes las dejaban caerse a pedazos, más preocupados por recaudar las rentas que por las condiciones de salubridad de los inquilinos⁵³⁵. Pero no dejaron de señalar la falta de "educación higiénica" de los vecinos en el cóctel miasmático que, supuestamente, causaba las enfermedades: "La incuria de sus moradores, la sórdida avaricia de los propietarios y la indolencia de las autoridades [...] han permitido que se aglomeren dentro de ellas todos los elementos posibles de corrupción"⁵³⁶, señalaba un periódico en 1875. Dos décadas después, permanecía el mismo discurso en la prensa sobre la miseria de la plebe como origen del tifo:

Ahí tienen ustedes el tifo, constante y puntual, después de la primera lluvia [...] Ahora se discute si es hijo de los dioses, una deidad engendrada por los fenómenos meteorológicos; algunos lo declaran vecino de las zahúrdas de Plutón, expulsado a la superficie del planeta por los pozos [...] y uno que se quema por nada pega en el clavo ¡la suciedad de la plebe, esa es la matriz! [...]⁵³⁷

En este texto de Micrós, el origen de las epidemias de tifo es atribuido a los hábitos higiénicos de la población, considerados sucios e insalubres. En la mirada higienista del articulista y escritor, el tifo es omnipresente porque la miseria también lo es, y por ello piensa que los esfuerzos higienizadores del Consejo Superior de Salubridad son infructuosos:

[el tifo] está en todas partes, porque se ha hecho de confianza, porque conoce nuestros salones y nuestras recámaras; no es exigente y se conforma con poco. ¿Lo ven ustedes? Está en aquella azotea, se escapó de los tubos ventiladores que se han

⁵³⁴ Romero, Manuel M., "Los muladares en México", *El Monitor Republicano*, Ciudad de México, 16 de abril de 1875.

⁵³⁵ Lara, Julio de, "Mesa revuelta", *El Monitor Republicano*, Ciudad de México, México, 24 de abril de 1875.

⁵³⁶ Frías y Soto, "La peste", *op. cit.*

⁵³⁷ Ángel de Campo, "El popular tifo", *El Universal*, Ciudad de México, 6 de marzo de 1896, en *Kinetoscopio*, *op. cit.* [cursivas nuestras]

desoldado; está en los comunes, *que por más luchas que se han hecho siguen lo mismo que antes*; en las coladeras del caño, *en el muladar del suburbio*, en las accesorias que manan agua, *en los cuartos donde duermen ocho*; *en la cocina, laboratorio de indigestiones de los pobres*; en las atarjeas que Orozco puso en orden y nadie quiso fijarse; *en las ropas hace muchos años pegadas a la piel de los desaseados*; en la vivienda donde se han muerto tres sin que se desinfecte a tiempo; *en las casas que se ocultan al Consejo Superior [...] en todos aquellos lugares, en fin, donde la miseria engaña a los estómagos con mendrugos*⁵³⁸.

Este fenómeno se repitió en otros sitios durante esta misma época en las urbes latinoamericanas. Así ocurrió en Buenos Aires con la fiebre amarilla, cuyos brotes epidémicos trajeron la institucionalización de la salubridad pública que también desplegó medidas higienistas de medicalización de la pobreza. Mientras que sus funcionarios higienistas, como Guillermo Rawson, Eduardo Wilde y Augusto Bunge, igualmente expresaron discursos de blanquitud revestidos de elementos higiénicos.

5.3 La fiebre amarilla en Buenos Aires y la higienización de la pobreza

¡Guerra a muerte a los conventillos y focos de infección que existen en la ciudad!

El Nacional (Buenos Aires, 1871)

El puerto de Buenos Aires no era ajeno a las epidemias. Había sido azotado por brotes de fiebre amarilla, cólera, viruela, tuberculosis, difteria y enfermedades venéreas como la sífilis, comunes en un fondeadero cosmopolita. En febrero 1871 se propagaba un nuevo brote de fiebre amarilla que traería grandes consecuencias para la ciudad: el inicio de un inconcluso proyecto de "utopía sanitaria"⁵³⁹, para administrar la salud pública, regular el

⁵³⁸ *Idem* [cursivas nuestras].

⁵³⁹ Kohl, Alejandro, *Higienismo argentino: historia de una utopía. La salud en el imaginario colectivo de una época*, Buenos Aires, Dunken, 2006.

conflicto social y disciplinar a la población, especialmente a las clases populares, a través de intervenciones represivas y reformistas de corte higienista.

Los primeros brotes de la epidemia de fiebre amarilla 1871 se registraron en los barrios populares de San Telmo, zona tradicionalmente habitada por los trabajadores portuarios. En un principio, el brote del vómito negro, como también se le conocía a la fiebre amarilla, había sido atribuido a los sitios más insalubres de la urbe: los saladeros y Riachuelo⁵⁴⁰. Pero la opinión pública, los funcionarios y los médicos comenzaron a señalar a otro culpable como foco de infección: las casas de inquilinato o conventillos, donde habitaba la clase trabajadora más pobre. Al igual que en la Ciudad de México con las epidemias de tifo, la epidemia de fiebre amarilla fue atribuida a lo que los higienistas consideraban “primitivos” hábitos higiénicos de la multitud. Los médicos ignoraban la causa de la enfermedad⁵⁴¹, y sus teorías miasmáticas se complementaban con la visión higienista y moralista del “desequilibrio de las pasiones” que ocurría al perderse el “autocontrol”⁵⁴², cuando los individuos se abandonaban a los excesos. Una afección

⁵⁴⁰ Saladeros era el nombre que se le daba a los establecimientos fabriles destinados a la producción de carne salada. Y Riachuelo, era el nombre coloquial que se le daba a la desembocadura del río Matanza-Riachuelo, un curso de agua de 64 km al este de Argentina que nace en la provincia de Buenos Aires y constituye el límite sur de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, desembocando en el Río de la Plata. Bajo la mentalidad higienista de la época, pueden hacerse algunos paralelismos entre el lago de Texcoco en la Ciudad de México, y Riachuelo en la Ciudad de Buenos Aires, como zonas pantanosas productoras miasmas:

¿y cómo no había de incubar la mala semilla en el Sud de la ciudad, cuando ella solo se propaga a la margen de los ríos, cuando esa propagación es casi segura al lado de las aguas corrompidas y cuando nosotros tenemos esa tierra fértil por su podredumbre, que se llama Riachuelo y que envenena con el aire que respiramos y el agua que consumimos todos los días? (*La Nación*, Buenos Aires, 7 febrero de 1871).

⁵⁴¹ Sería una década después, en 1881, que el médico cubano Carlos Finlay descubriría el vector causante de la fiebre amarilla: la picadura del mosquito *Aedes aegypti* (Finlay, Carlos, *Epidemiología de la fiebre amarilla*, La Habana, Imp. Militar Muralla No. 40, 1897).

⁵⁴² Figuepron, Maximiliano Ricardo, “Lugares, actitudes y momentos durante la peste: representaciones sobre la fiebre amarilla y el cólera en la ciudad de Buenos Aires, 1867-1871”, *História, Ciências, Saúde – Manguinhos*, v. 25, n. 2, abril-junio, 2018, pp.335-351.

moral que identificaban presente en las clases populares con su falta de valores modernos y educación higiénica, es decir, ante su falta de blanquitud social.

Por ello, en la capital porteña, el juicio sumario sobre la responsabilidad de la epidemia recayó en los habitantes de los conventillos: los *tanos*, *genoveses*, *ligures* y *cocoliches*⁵⁴³, trabajadores inmigrantes de origen italiano que vivían en precarias condiciones de hacinamiento. Así lo ilustran estas palabras del diario *La Nación*, publicadas en pleno brote de fiebre amarilla: “La inmigración que viene en esas condiciones [...] es la que, no siendo apta para el trabajo, carece de recursos y continúa ejerciendo la mendicidad, comiendo restos inmundos y viviendo en nauseabundos hacinamientos”⁵⁴⁴.

Las casas de inquilinato, junto con otros establecimientos en los que se dormía y se vivía (como fondas, caballerizas y bares), eran considerados un problema de salud pública, tal como lo denunciaría años después el informe del médico higienista Guillermo Rawson en 1883⁵⁴⁵, en un discurso muy parecido al de los higienistas mexicanos. Con una notable obsesión con el hacinamiento de los pobres, su supuesta generación de miasmas y la presunta transmisibilidad de enfermedades a las capas acomodadas de la población:

De aquellas fétidas pocilgas, cuyo aire jamás se renueva y en cuyo ambiente se cultivan los gérmenes de las más terribles enfermedades, salen esas *emanaciones*, se incorporan a la atmósfera circunvecina y *son conducidos por ella tal vez hasta los lujosos palacios de los ricos*. Un día, uno de los seres queridos del hogar, un hijo, que es un ángel a quien rodeamos de cuidados y de caricias, se despierta ardiendo con la fiebre y con el sufrimiento de una grave dolencia [...] aquel cuadro de horror que hemos contemplado un momento en la casa del pobre. Pensemos en aquella acumulación de centenares de personas, de todas las edades y condiciones, amontonadas en el recinto malsano de sus habitaciones; recordemos que allí se

⁵⁴³ Couto, Cristóbal, López Mato, Omar, *La fiebre amarilla*, Buenos Aires, Olmo Ediciones, 2015.

⁵⁴⁴ *La Nación*, Buenos Aires, 9 de marzo de 1871.

⁵⁴⁵ El informe de Rawson titulado *Estudio sobre las casas de inquilinato en Buenos Aires*, describía la situación habitacional de los conventillos y advertía sobre el peligro que representaban para la salud pública. Proponía que la municipalidad vigilase su construcción y reglamentara los montos de alquileres.

desenvuelven y se reproducen por millares, bajo aquellas mortíferas influencias, los gérmenes eficaces para producir las infecciones, y que *ese aire envenenado se escapa lentamente con su carga de muerte, se difunde en las calles, penetra sin ser visto en las casas, aun en las mejor dispuestas; y que aquel niño querido, en medio de su infantil alegría y aun bajo las caricias de sus padres, ha respirado acaso una porción pequeña de aquel aire viajero que va llevando a todas partes el germen de la muerte*⁵⁴⁶.

Para Rawson y el resto de la *intelligentsia* higienista, las viviendas populares de los barrios pobres eran los focos de la peste; sus miasmas infectaban la atmósfera y llevaban la enfermedad hasta las viviendas de las élites. Esto era una verdad a medias. Las condiciones insalubres en que vivían las clases populares eran resultado de la explosión urbana, que las obligaba a vivir en barrios segregados donde las enfermedades como el tifo y la viruela se volvían endémicas⁵⁴⁷, condiciones agravadas por la dificultad y desinterés del Estado de proveerles de viviendas populares con infraestructura sanitaria. A diferencia de lo que afirmaban los higienistas, para quienes el hacinamiento y la enfermedad eran resultado de un comportamiento producto de la herencia biológica y de un inherente “desequilibrio de las pasiones”.

Los habitantes de los barrios populares, como los trabajadores inmigrantes, eran considerados *a priori* un riesgo sanitario y social, asociados al concepto de higiene-infección⁵⁴⁸. Junto con el “criollo rebelde” y el “indio bárbaro” (contra el que había

⁵⁴⁶ Rawson, Guillermo, “Casas de inquilinato”, *Escritos y discursos*, t. I, Buenos Aires, Compañía Sudamericana de Billetes, 1891, p.108 (cursivas nuestras).

⁵⁴⁷ Esto ya lo había observado Engels en su análisis etnográfico sobre la clase proletaria en Inglaterra:

El cólera, el tifo, la fiebre tifoidea, la viruela y otras enfermedades devastadoras esparcen sus gérmenes en el aire pestilente y en las aguas contaminadas de estos barrios obreros. *Aquí no desaparecen casi nunca y se desarrollan en forma de grandes epidemias cada vez que las circunstancias les son propicias*. Estas epidemias se extienden entonces a los otros barrios más aireados y más sanos en que habitan los señores capitalistas. La clase capitalista dominante no puede permitirse impunemente el placer de favorecer las enfermedades epidémicas en el seno de la clase obrera, pues sufriría ella misma las consecuencias, ya que el ángel exterminador es tan implacable con los capitalistas como con los obreros (Engels, Friedrich, *La situación de la clase obrera en Inglaterra* [1844], Barcelona, Crítica, 1974 p. 344 [cursivas nuestras]).

⁵⁴⁸ Pagani, Estela, “Introducción”, *La vivienda colectiva en la Ciudad de Buenos Aires. Guía de inquilinatos 1856-1887*, Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 2007.

comenzado a librarse la “Conquista del desierto” en la Argentina), conformaban el grupo de los “sujetos peligrosos”. Esta opinión sobre los inmigrantes, a los que además se tachaba de “delincuentes” y “locos”, se sustentaba en un presunto “juicio científico” influido por la escuela italiana de criminología de Césare Lombroso y su determinismo biológico⁵⁴⁹. Los inmigrantes italianos de los barrios populares nutrían buena parte de la incipiente clase obrera de la ciudad y serían objeto de leyes represivas⁵⁵⁰ que seguían los principios de la “migración deseable”. Entre los trabajadores inmigrantes se encontraban colectivos anarquistas y socialistas, considerados por los higienistas y juristas rioplatenses ejemplares de “patologías psíquicas y físicas”. No es de extrañarse que estas mismas consideraciones sean las que Lombroso definía para los anarquistas en Italia, dónde también eran hijos de la clase trabajadora. Curiosamente, dos décadas después, la prensa mexicana hablaría de los microbios causantes de “toda clase de enfermedades contagiosas” como las nuevas armas de los anarquistas, que llegaron para reemplazar a la dinamita⁵⁵¹.

Mientras las clases acomodadas y algunos médicos⁵⁵², huían de la capital hacia sus fincas en el campo, la epidemia de fiebre amarilla de 1871 obligaba a los trabajadores inmigrantes a volver a Europa, abarrotando los consulados, o a trasladarse a las ciudades de San Martín y Merlo (hoy situadas en el conurbano del Gran Buenos Aires), donde se

⁵⁴⁹ Zimmerman, Eduardo A., *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina 1890–1916*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana/Universidad de San Andrés, 1995.

⁵⁵⁰ La Ley de Residencia de 1902, permitía la expulsión del país de aquellos inmigrantes que perturbasen el orden; mientras que la Ley de Defensa Social de 1910, prohibía la entrada al país de extranjeros con antecedentes políticos, prohibía también las reuniones anarquistas, y tipificaba delitos y penas relacionadas desde seis meses de prisión hasta la pena de muerte.

⁵⁵¹ “Ecos de todas partes”, *El Siglo Diez y Nueve*, Ciudad de México, 31 de octubre de 1892.

⁵⁵² “En momentos en que la justa indignación del pueblo se pronuncia enérgicamente contra los médicos que abandonan la ciudad y huyen cobardemente de la fiebre, justo es que se conozcan aquellos hechos que revelan [...] [su] decisión y el sacrificio [...]. No es sólo ya el contagio lo que los amenaza a cada momento, son ahora las bárbaras preocupaciones del pueblo bajo, las que traidoramente tienden una celada a la existencia de muchos médicos [...]” (“Persecución a los médicos”, *La Prensa*, Buenos Aires, 13 de marzo de 1871).

destinaron habitaciones para alojar a la población pobre que huía de la capital. Conforme avanzaba la epidemia, la cantidad de enfermos comenzó a superar la capacidad de los hospitales y de los 160 médicos que atendían a la ciudad, de los cuales más de la mitad murieron a causa de la dolencia.

Empezaba como un resfriado, le seguía la fiebre, la lengua blanca, la piel amarilla y los vómitos biliosos. Si el enfermo no se recuperaba para entonces, los síntomas se agravaban y los vómitos se tornaban sanguinolentos hasta tomar un color negro, acompañados de una gran opresión en el pecho, hemorragias, delirios, y finalmente el óbito. La muerte, el pánico y la crisis inundaron la ciudad. El presidente Sarmiento abandonó la ciudad y las críticas al gobierno federal y municipal proliferaron en la prensa. Textos de tono tragicómico transmitían el miedo de la población a ser enterrados vivos o morir solos. Se decía que la gente moría por *julepis morbis*, expresión que hacía alusión al “julepe” o susto que causaba la pura mención de la enfermedad, así como al miedo que causaba la lentitud de la atención médica: “la fiebre amarilla es un hombre que se asusta, que se mete en la cama, que manda por el médico y que se muere”⁵⁵³.

A un mes del brote, el Consejo de Higiene Pública creó una Comisión Popular, destinada a establecer medidas para la limpieza y la desinfección de viviendas, el desalojo de casas contaminadas, la denuncia de focos de infección y establecimientos insalubres, el entierro de las víctimas, la organización de servicios médicos y farmacéuticos gratuitos, el alimento y abrigo para los menesterosos, y el asilo para los huérfanos dejados por el vómito negro. El más afectado era el “bajo pueblo”, como señalaba *La Nación*: “la mitad de los desgraciados que han sucumbido víctimas de la epidemia han carecido de asistencia médica [...] [y] se atribuye mayor parte de las desgracias [...] entre la gente pobre de esta ciudad, cuya mortalidad está en una inmensa desproporción con la de las personas acomodadas”⁵⁵⁴. Con casi 5 mil muertes

⁵⁵³ *La Nación*, Buenos Aires, 15 de enero de 1871, citado en Figuepron, *op. cit.*, p. 340.

⁵⁵⁴ *La Nación*, Buenos Aires, 24 de mayo de 1871.

acumuladas y 500 decesos diarios, los fallecidos fueron enterrados en fosas comunes. Ante tal dimensión de la crisis, la Comisión Popular recomendó abandonar la ciudad lo más pronto posible. Parecía que no había nada más que hacer.

Para junio de 1871 la epidemia cedió. El saldo mortal fue de 13,043 víctimas, de las cuales 6,201 fueron trabajadores inmigrantes italianos, provenientes de los barrios populares de, San Telmo, Concepción y el Socorro, los más golpeados por la epidemia. Les llamaban “talleres de epidemias” o “cementorios de vivos”⁵⁵⁵. Mientras los habitantes de los conventillos de San Telmo eran desalojados por la fuerza y la Comisión Popular mandaba incinerar sus escasas pertenencias y les imponía el ultimátum de reubicarlos o morir en las calles como indigentes⁵⁵⁶, la ciudad celebraba la victoria sobre el vómito negro. Se construía un monumento para las víctimas en el Parque Ameghino, inaugurado hasta 1889; se pintaron cuadros como el de Juan Manuel Blanes “Un episodio de fiebre amarilla en Buenos Aires” en el mismo año de 1871 [figura 2]; y se condecoraba a los miembros de la Comisión Popular con la orden de la Cruz de Hierro, entre ellos al médico higienista Eduardo Wilde, que se convertiría en Director del Departamento de Higiene y Obras de Salubridad de la Nación, y autor de un *Curso de higiene pública* en 1885.

⁵⁵⁵ Couto, *op. cit.*

⁵⁵⁶ Robira, Enrique, *La epidemia de fiebre amarilla de 1871 en la Ciudad de Buenos Aires: aportes desde la prensa periódica*, tesis doctoral, Universidad del Salvador, Ciudad de Buenos Aires, 2019.



Figura 2.

“Un episodio de fiebre amarilla en Buenos Aires” de Juan Manuel Blanes (1871)

Óleo sobre tela, 230 x 180 cm

Museo Nacional de Artes Visuales, Montevideo, Uruguay

FUENTE: Portal del Museo Nacional de Artes Visuales, <http://mnav.gub.uy/m.php?o=77>, consultado en enero de 2021.

Tras la crisis de la epidemia de fiebre amarilla, se desplegaron reformas higienistas en la ciudad de Buenos Aires, para atender los problemas urbanos. Se prohibieron las faenas de los saladeros y graserías situadas a orillas de Riachuelo, generando huelgas entre los trabajadores. Toman nuevos impulsos las obras del desagüe y de abastecimiento de agua potable⁵⁵⁷, así como políticas para la erradicación del uso de letrinas. La geografía de la ciudad cambió: los barrios del sur fueron abandonados por las clases acomodadas, que se mudaron a Recoleta y Retiro al norte de la ciudad, dejando sus palacetes para ser habitados como conventillos, puntos focales para la intervención higienista.

Por su cercanía con las colonias acomodadas, los conventillos se tornaron en una de las obsesiones de la agenda higienista, al constituir un “peligro para toda la población”⁵⁵⁸. De allí que Eduardo Wilde definiese la higiene pública como “la higiene de los pobres”, cuyo diagnóstico se establecía “estudiando las casas de los pobres, es como se ve más claramente las necesidades de una población”⁵⁵⁹. Pero ¿de cuál población? En realidad, las medidas higienistas colmaban las necesidades, no de las clases populares, sino de las élites, a través de intervenciones autoritarias de disciplinamiento social dirigidas al bajo pueblo, para el beneficio de las clases acomodadas.

Con el antecedente de las intervenciones hechas durante la epidemia de fiebre amarilla, el poder público legitimó la intervención en el espacio privado de las viviendas populares en aras del “bien común”. Se autorizó la promulgación de ordenanzas para la

⁵⁵⁷ En 1874 se inaugura la planta purificadora de Recoleta, ubicada en los terrenos iniciales de la primera casa de bombas, proyectada por el ingeniero irlandés John Coghlan (Bordi de Ragucci, Olga, *El agua privada en Buenos Aires (1856-1892)*, Buenos Aires, Editorial Vinciguerra, 1997).

⁵⁵⁸ Recalde, Héctor, *La salud de los trabajadores en Buenos Aires (1870-1910) A través de las fuentes médicas*, Buenos Aires, Grupo Editor Universitario, 1993, p.166.

⁵⁵⁹ Wilde, Eduardo, *Curso de higiene pública*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1885, p. 38.

inspección y vigilancia de hoteles y casas habitadas por más de una familia⁵⁶⁰. Al igual que en la Ciudad de México, el código sanitario reglamentaba las características que debían tener las construcciones (altura de los techos, ubicación de las cocinas, piletones y letrinas), así como la cantidad de inquilinos permitidos por habitación. Tan sólo entre 1891 y 1892, la intendencia municipal había desalojado 890 casas de inquilinato y 336 piezas por no cumplir con las regulaciones para evitar el hacinamiento⁵⁶¹. Pues la mirada higienista consideraba que las miserables condiciones de vida de los conventillos no sólo favorecían los contagios de enfermedades como la tuberculosis o el cólera, sino que llevaban al desorden, la promiscuidad, la vagancia, la ebriedad y la disolución familiar, como focos de una epidemia de “conducta inmoral” que no empataba con los valores nacionales modernos del orden y el progreso. Ante cualquier sospecha de enfermedad infectocontagiosa, se permitían las requisas para desalojar a empujones a los inquilinos, quienes se resistían, gritaban, e intentaban salvar lo poco que tenían, pues el contenido de la casa estaba destinado a ser incinerado⁵⁶².

Al igual que los higienistas mexicanos, cuyo discurso sobre las casas de vecindad fue explorado en el capítulo anterior, el higienista argentino Eduardo Wilde encuentra en los conventillos una violación voluntarista de las leyes del “sentido común”, del “buen gusto” y de los principios básicos de la higiene, entendida como la salud:

Un cuarto de conventillo [...] es la alcoba del marido, de la mujer y de la cría [...] cinco o seis chicos debidamente sucios; es comedor, cocina, despensa, patio para que jueguen los niños, sitio donde se depositan los excrementos, a lo menos temporalmente, depósito de basura, almacén de ropa sucia y limpia si la hay, morada del perro y del gato, depósito de agua, almacén de comestibles, sitio donde arde a la

⁵⁶⁰ Paiva, Verónica, “Entre miasmas y microbios. La ciudad bajo la lente del higienismo. Buenos Aires 1850-1890”, *Revista Área*, n. 4, 1996.

⁵⁶¹ Yujnovsky, Óscar, *Claves Políticas del Problema habitacional argentino 1955-1981*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires. 1984, citado en Cravino, Ana, “Historia de la vivienda social. Primera parte: del conventillo a las casas baratas”, *Vivienda & Ciudad*, v. 3, diciembre 2016, pp. 7-24.

⁵⁶² Howlin, Diego, “Vómito Negro Historia de la fiebre amarilla, en Buenos Aires de 1871”, *Persona. Revista Electrónica Mensual de derechos existenciales*, n.34, octubre de 2004; *La vivienda colectiva en la Ciudad de Buenos Aires*, op. cit.

noche un candil, una vela o una lámpara; en fin, cada cuarto de éstos es un pandemónium donde respiran contra las prescripciones higiénicas, contra las leyes del sentido común y el buen gusto y hasta contra las exigencias del organismo mismo, cuatro, cinco o más personas. De manera que si hubiera algo hecho con el propósito de contrariar todos los preceptos higiénicos, al hacer un conventillo no se habría acertado mejor⁵⁶³.

La vida en los conventillos comenzó a regularse para controlar el “uso correcto” de las viviendas mediante reglamentos que prohibían las fiestas, la presencia de personas ajenas a la familia y el subarrendamiento. Pero que permitían el desalojo de familias cuya conducta fuera causa de escándalo o “mal ejemplo”, como aquellas que organizaban asambleas anarquistas y socialistas⁵⁶⁴. Fue por ello que higienistas como Guillermo Rawson impulsaron la vivienda individual privada, señalando la importancia de “evitar el contacto social entre los inquilinos” y regular la sociabilidad “dentro del marco de tareas colectivas estrictamente programadas”⁵⁶⁵, además de que el modelo de casa propia donde habitaba la familia nuclear, reproducía la intimidad burguesa⁵⁶⁶. Su alumno, Eduardo Wilde, héroe de la epidemia de fiebre amarilla de 1871, identificaba el concepto enfermedad con inmigración y conventillos, señalando que los tísicos, reumáticos y achacosos de otros padecimientos que abarrotaban los hospitales, eran “los pobres y perdularios [...] que han venido de otra parte”, los “provincianos” que se dejan “caer como aerolito sobre un pariente, sobre un conocido o un amigo”⁵⁶⁷. Por ello afirmaba tajantemente: “si fuera posible vivir *aislado*, ello sería mucho mejor para la higiene, pero las necesidades del hombre son superiores a sus fuerzas individuales”⁵⁶⁸, casi lamentándose de que los seres humanos no puedan vivir como individuos atomizados y autosuficientes, como Robinson Crusoe. El héroe de Defoe que representa

⁵⁶³ Wilde, *Curso de higiene pública*, op. cit., pp. 29-30 [cursivas nuestras].

⁵⁶⁴ Cravino, op. cit.

⁵⁶⁵ *Idem*, p. 15.

⁵⁶⁶ Perrot, Michelle, “Formas de habitación”, Ariès, Philippe, Duby, Georges (dirs.), *Historia de la vida privada*, t.4 De la Revolución francesa a la Primera Guerra Mundial, Madrid, Taurus, 2017.

⁵⁶⁷ Wilde, Eduardo, *Obras completas*, op. cit., p. 26.

⁵⁶⁸ *Idem*, p. 21 [cursivas nuestras].

al propietario privado burgués que habita la sociedad de libre competencia, en la que el individuo aparece desprendido de los lazos comunitarios, como observó Karl Marx sobre la famosa novela⁵⁶⁹.

Estas casas de inquilinato donde habitaban familias y trabajadores migrantes (tanto extranjeros como nacionales), con espacios de uso comunitario para letrinas, duchas y lavaderos, eran conocidos como conventillos en la Argentina⁵⁷⁰, Chile y Uruguay; *cortiços* en Brasil; ciudadelas o cuarterías en Cuba; solares en Perú; y casas de vecindad en México⁵⁷¹. La historia de su intervención higienista con tonos autoritarios se repitió en toda América Latina. En el Montevideo de 1902 se intervinieron sitios considerados “foco de infección y peligro para la salud pública” a causa del “amontonamiento de inquilinos de *vida poco higiénica*”⁵⁷². La prensa celebró el desalojo de un conventillo conocido como “Palacio de cristal” y la demolición de otro, llamado “Caserío de los negros”, sitio donde acudían dolientes en busca de un curandero conocido como “negro Francisco”⁵⁷³ [figura 3]. Algo parecido ocurriría en el “París de los trópicos”, Rio de Janeiro, en 1904 y 1922, cuando se demolió el *Morro do Castelo*, un sitio histórico que se había transformado en un enorme *cortiço* donde habitaban decenas de familias pobres de negros libertos, eliminado “en nombre de la higiene y de la estética, pero también de la reproducción de capital”, pues estorbaba en el camino de la ampliación de las avenidas

⁵⁶⁹ Marx, Karl, *Introducción general a la crítica de la economía política de 1857*, México, Siglo XXI, 1987.

⁵⁷⁰ Existieron otras estrategias de vivienda popular, como la “casa chorizo” o casa familiar expandible, la dependencia de servicio de la residencia de elite, la casilla precaria en lote propio, el rancho en el terreno baldío, el “cuarto del fondo” de una vivienda unifamiliar, las fondas, pensiones y hoteles (Armus, Diego, Hardoy, Jorge Enrique, “Conventillos, ranchos y casa propia en el mundo urbano del novecientos” en Armus, Diego (comp.) *Mundo urbano y cultura popular: Estudios de historia social argentina*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1990).

⁵⁷¹ Cravino, *op. cit.*

⁵⁷² “Cosas de municipio”, *Rojo y blanco. Semanario ilustrado*, Montevideo, 13 de diciembre de 1902 [cursivas nuestras].

⁵⁷³ *Idem.*

en una de las zonas más valorizadas de la urbe⁵⁷⁴ [figura 4].



Figura 3.

“El caserío de los negros”

FUENTE: “Cosas de municipio”, *Rojo y blanco. Semanario ilustrado*, Montevideo, 13 de diciembre de 1902.

⁵⁷⁴ El *Morro do Castelo* fue un peñasco que albergaba diversas construcciones coloniales: una Fortaleza, la Iglesia y Colegio de los Jesuitas, el Seminario de São José, la Iglesia de São Sebastião, el Hospital de São Zacarías, la Facultad de Medicina, el Telégrafo, el Observatorio y el Calabozo. Fue demolido parcialmente para abrir paso a la Avenida central en 1904, y finalmente desmontado y arrasado en 1922 para alojar predios de la Exposición Universal celebrada con motivo de la conmemoración del Centenario de la Independencia de Brasil (*Memória da destruição. Rio – Uma história que se perdeu (1889-1965)*, Rio de Janeiro, Prefeitura da Cidade do Rio de Janeiro/Secretaria das Culturas/Arquivo da Cidade, 2002; C.f.r Documental *O desmonte do monte*, de Sinai Sganzerla (Brasil, 2017)).



Figura 4.

Morro do Castelo, Rio de Janeiro

FUENTE: *Memória da destruição. Rio – Uma história que se perdeu (1889-1965)*, Rio de Janeiro, Prefeitura da Cidade do Rio de Janeiro/Secretaria das Culturas/Arquivo da Cidade, 2002.

Estas intervenciones se hicieron en nombre del saneamiento público y la modernización. Pero en realidad, operaron como medidas de blanqueamiento social de las clases populares y trabajadoras, pues se apuntaba a destruir aquellos sitios donde se cultivaban lazos comunitarios, no operaba la propiedad privada ni la familia nuclear y permanecían ciertos usos y costumbres “no modernos”, prácticas consideradas arcaicas, antihigiénicas, anti productivistas y que no empataban con la identidad aspiracionista de ascenso social. De allí que los higienistas fomentaran medidas encaminadas a inculcar hábitos para la individualización de la vida, que representaban el epítome del modo de ser moderno.

Algunos autores como Ana Cravino han visto en las políticas higienistas rioplatenses esfuerzos de “argentinamiento”, entendidos como la incorporación coercitiva de pautas de comportamiento impulsadas por el higienismo; por ejemplo en el fomento del uso de letrinas y duchas, aquellos servicios sanitarios modernos cuyo uso le era enseñado a los recién llegados en el Hotel de Inmigrantes⁵⁷⁵, como condición para entrar al país. Un sitio visitado por el presidente Julio Argentino Roca, quien al “verse rodeado de malolientes turbas de napolitanos, preguntó si era ése el material humano que acudía a civilizar”⁵⁷⁶. Sin embargo, esto no ocurrió sólo en el puerto de Buenos Aires, sino en otros sitios de América Latina. Lo que Cravino denomina “argentinamiento”, en realidad puede denominarse como blanquitud, entendida como la interiorización y expresión de valores modernos occidentales que convergían con los intereses capitalistas. En este caso, nos referiremos al aseo corporal, pensada por los higienistas como un marcador socioracial y de clase.

⁵⁷⁵ Cravino, *op. cit.*

⁵⁷⁶ Pues, Roca y “la clase alta buscó siempre distinguirse, con sutiles burlas sobre los apellidos italianos y hasta el uso deliberado de incorrecciones idiomáticas de origen rural” (Taboada, “Argentina, país de inmigrantes: nacimiento y muerte de una ilusión”, *op. cit.*, p. 174).

5.4 Blanquitud del cuerpo: el aseo como cuestión de clase y raza

La primera demostración de cultura es el uso del agua.

El Popular (Ciudad de México, 1908)

Eduardo Wilde afirmaba que la historia de la higiene es la historia del género humano⁵⁷⁷. Pero en realidad, lo que en el Occidente moderno se entiende por higiene, como bien observó Georges Vigarello, es la limpieza corporal, elemento que se tornó símbolo de civilización. Por supuesto que un estudio más detenido mostraría que la relación entre civilización e higiene se ha expresado históricamente de diversas maneras en distintas sociedades. Pero las intervenciones de los higienistas decimonónicos no estaban pensando en una higiene en general sino en una higiene en específico, la moderna, que se impondrá como el canon con que se mide el grado de civilización y moralidad de los individuos.

Como señalamos al principio de este capítulo, la higiene se tornó una ciencia totalizadora pero también una práctica concreta, que comenzó a homologar la salud con la limpieza, y el aseo con el baño. De allí que algunas intervenciones de los higienistas tuviesen como objetivo el desarrollo del hábito de la ducha en las clases populares, incluso de manera coercitiva, en nombre de la salud y particularmente como medio para evitar y aliviar los brotes epidémicos⁵⁷⁸. Como escribía un periódico mexicano en 1908: "La limpieza es, indudablemente, la primera de las virtudes [...] una virtud que se ejerce

⁵⁷⁷ Wilde, *Obras completas*, *op. cit.*, p. 15.

⁵⁷⁸ La idea de que el baño corporal evitaba las enfermedades constituyó un cambio radical entre los saberes médicos. Hasta el siglo XVII aún se pensaba que el agua era capaz de infiltrarse en el cuerpo, y que el baño con agua caliente podía fragilizar a los órganos al dejar los poros abiertos a los aires malsanos. Por ello, cuando había brotes de peste en Europa se le prohibía a la gente bañarse, bajo el supuesto de que calentar los cuerpos le abría las puertas al veneno del aire (Vigarello, *op. cit.*)

con agua clara y un estropajo⁵⁷⁹. Pero una virtud que era rechazada por el pueblo, como se lamentaba Eduardo Wilde: “El baño tan sin razón rechazado en varias partes, *por la ignorancia más lamentable*, sirve para mantener en buen estado las funciones [...] [del] órgano de absorción del cuerpo humano”, ayudando a disipar “venenos de la sangre, capaces de engendrar mil enfermedades y de favorecer, a la larga, *la aparición de epidemias*”⁵⁸⁰. Sin embargo, los higienistas eran miopes al momento de reconocer que el hábito de la ducha requería una infraestructura concreta que no existía en los barrios populares y marginales de las urbes. Esta miopía era resultado de la posición de clase del higienismo, que operó históricamente como una respuesta de las clases dominantes para mitigar y ocultar el verdadero motivo de la enfermedad⁵⁸¹, que tenía mucho más que ver con la desigualdad social que con la falta de educación higiénica individual.

Si bien es cierto que el discurso higienista se tornó un *zeitgeist* y, en ese sentido, constituyó un fenómeno global con expresiones locales diversas, los proyectos sanitaristas desplegados por los estados tendieron a reproducir medidas autoritarias que medicalizaron, patologizaron y biologizaron la pobreza, como puede observarse en América Latina. Pero dentro de esta diversidad del discurso higienista se desarrollaron también “higienismos de izquierda” entre socialistas y anarquistas latinoamericanos⁵⁸². Un ejemplo es el médico y socialista argentino Augusto Bunge, autor de *Las conquistas de la higiene social* (1910), informe donde señala que los “estigmas” producidos por la desigualdad de clase, tendrán efectos “deprimentes y deformadores” sobre la población y su descendencia, creando una “raza de ricos” y una “raza de pobres”⁵⁸³. Paradójicamente, las intervenciones de los higienistas funcionarios de estado, estaban

⁵⁷⁹ “Para poder pedir limpieza al pueblo, debe comenzarse por darla a la Ciudad”, *El Popular*, Ciudad de México, 18 de mayo de 1908.

⁵⁸⁰ Wilde, *Obras completas*, *op. cit.*, p. 250.

⁵⁸¹ Kohl, *op. cit.*

⁵⁸² Véase capítulo 3.

⁵⁸³ Bunge, Augusto, *Las conquistas de la higiene social. Informe*, tomo I, Buenos Aires, Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional, 1910.

dirigidas a la regeneración de estas clases trabajadoras, pero a través de medidas no comunitarias sino atomizadoras, que dejaban incólume las relaciones de explotación y opresión y que, por el contrario, ayudaron a profundizarlas al producir trabajadores domesticados y modernos. “¡Ah, la profilaxia, la higiene!... Un trabajo de araña sutil, sutilísimo. Una tela dorada de mil pretextos y engañosas con que lo van envolviendo a uno sin que lo sienta, hasta dejarlo *aislado de sus semejantes* para que no los contamine [...] por el delito de tener la salud precaria”⁵⁸⁴, exclamaba una ficticia madre tísica tras sufrir el ostracismo de su familia por estar contagiada, en una comedia del dramaturgo uruguayo Florencio Sánchez.

Hacia finales del siglo XIX, el baño corporal frecuente aún no era un hábito común⁵⁸⁵ a pesar de que ya existían “baños públicos”. La regadera representó el triunfo del higienismo en la ciudad finisecular y un símbolo del desarrollo, pues no era sólo un asunto de salud y limpieza, sino también una cuestión moral y civilizadora, según los higienistas y los saberes médicos⁵⁸⁶. Como observa Omar Olivares en el caso de la Ciudad de México, la ducha adquirió significados políticos y culturales y comenzó a popularizarse. El propio Porfirio Díaz ponía el ejemplo tomando una ducha diariamente a

⁵⁸⁴ Sánchez, Florencio, *Los derechos de la salud* [1907], citado en Kohl, *op. cit.*, p. 91.

⁵⁸⁵ El baño completo se convirtió en un hábito diario, incluso entre las elites, hasta entrado el siglo XX. Implicó una transformación cultural y técnica (Agostoni, “Las delicias de la limpieza”, *op. cit.*) La importancia del cuarto de baño en el hogar se impondría, finalmente, tras los descubrimientos de Pasteur que hicieron del lavado de manos una nueva obligación social (Guerrand, Roger-Henri, “Espacios privados”, Ariès, Philippe, Duby, Georges (dirs.), *Historia de la vida privada*, t.4 De la Revolución francesa a la Primera Guerra Mundial, Madrid, Taurus, 2017).

⁵⁸⁶ Los higienistas mexicanos, por ejemplo, recomendaban diferentes tipos de baños (rusos, turcos, de vapor, romanos, de regadera simple, de regadera a presión con hielo, o para nadar), que producían efectos distintos como “medicación”. Pero no todos los baños se consideraban “terapéuticos”, pues sus reglas debían estar escrupulosamente indicadas por los médicos como hidroterapias. Los baños de precio más económicos se consideraban baños “empíricos” y no médicos (Olivares, Omar, “¡A! bañarse se ha dicho! Higienismo, olores y representaciones en la implantación de la ducha en el cambio del siglo XIX al XX en la Ciudad de México”, en Dupey García, Élodie, Pinzón Ríos, Guadalupe (coords.), *Aproximaciones a los olores en la historia de México*, México, FCE/IIH-UNAM, 2020, pp. 251-288).

las cinco de la mañana, un “baño terapéutico” recetado por sus médicos⁵⁸⁷. La ducha moderna individualizaba el aseo, dejando atrás el baño comunitario en el temazcal, y haciendo evidente la relación entre una práctica higiénica y la construcción de una subjetividad moderna, o expresión de blanquitud. El “nuevo aristócrata” ya no era aquel iba a misa los domingos, sino el que “de la cama pasa al baño y regadera”⁵⁸⁸ pues, como lo observaban los higienistas, había una diferencia entre “el nacionalismo democrático del baño en la zanja y el cosmopolitismo individualista del baño en la ducha”⁵⁸⁹.

El baño detonó una nueva geografía en el espacio urbano, pues ahora debía ocupar un sitio especial en hogares, fábricas y escuelas⁵⁹⁰ para superar el “oscuro y mugroso” pasado⁵⁹¹, mientras se difundía entre las clases populares. Además, su práctica se recomendaba para prevenir las epidemias, como lo señalaba este periódico mexicano durante un brote de tifo en la capital:

Hacer que el pueblo se asee será dar un gran paso en pro de la salubridad [...] el maestro, el patrón, el profesor, todos cuantos dirigen un taller, una escuela y aún una oficina, deben hacer que sus subordinados concurren aseados a desempeñar sus labores. Al principio los verán remisos, pero en poco tiempo harán que adquieran el hábito del aseo, baluarte resistente de las enfermedades infecciosas⁵⁹².

Una muy similar recomendación se hacía para evitar los brotes de cólera, solicitando la instalación de retretes con sistema inglés en las casas de vecindad, como una forma de

⁵⁸⁷ “La industria de Don Porfirio”, *La Linterna*, Ciudad de México, 23 de julio de 1877, citado en Olivares, *op. cit.*, p. 263.

⁵⁸⁸ “Pinceladas”, *México Gráfico*, Ciudad de México, 12 de agosto de 1888, citado en Olivares, *op. cit.*, p. 265.

⁵⁸⁹ Olivares, *op. cit.*, p. 278.

⁵⁹⁰ En el caso de las escuelas, los higienistas implementaron un sistema de control y observación por medio de inspectores, cartillas, peticiones, prohibiciones, exclusiones y mobiliarios, pues los baños protegían a los niños de los gérmenes y se indicaban para vigorizar el cuerpo (Chaoul María Elena, “La higiene escolar en la Ciudad de México en los inicios del siglo XX”, *Historia Mexicana*, v. 62, n. 1, El Colegio de México, 2012, pp. 249-304).

⁵⁹¹ *El Municipio Libre*, Ciudad de México, 10 de julio de 1898.

⁵⁹² “Guerra al tifo”, *La Iberia. Diario Hispano-americano de la Mañana*, Ciudad de México, 7 de octubre de 1908.

impedir las “eyecciones [...] que al evaporarse exhalan el microbio”⁵⁹³. Sin embargo, al igual que ocurría en la Ciudad de México, las redes hidráulicas no cubrían la totalidad de las urbes, dejando siempre a ciertos espacios excluidos, además de que los barrios populares sufrían muy a menudo la falta de agua. Aún con estas grandes diferencias sociales en el acceso urbano al agua, la *intelligentsia* higienista demandaba al Estado la “profilaxia obligatoria” de los pobres: “obligando al individuo al baño obligatorio [sic] que es rechazado y zaherido por la hidrofobia general y congénita”⁵⁹⁴.

En algunos periódicos mexicanos aparecen evidencias de prácticas de baños forzosos, como medida higienista para evitar la propagación del tifo. En 1906, el *Abogado cristiano ilustrado* escribe sobre los “gendarmes de la capital que tantos trabajos pasaban para llevar a la gente por la fuerza a los baños y lavaderos públicos el verano pasado”⁵⁹⁵. Ese mismo año, pero en una edición de *El Popular*, se celebraba el baño gratuito pero forzosos de la “plebe” y se le pedía al gobierno de la ciudad que también rapase a los más sucios, como una medida higienista para prevenir el tifo:

Hemos visto y aplaudido que se proporcionan baños gratuitos a *las gentes más desaseadas del pueblo bajo* y que aún *las obliga la policía a tomar el baño*. Esto es magnífico, y no puede darse cosa mejor. Solamente nos ocurre, que para que no se malogren los buenos frutos de tan acertada medida, se debe complementar, *cortando el pelo a los más sucios de los bañistas obligados*. No se nos oculta que esto significa un buen gasto para los fondos de la Ciudad, pero si no se practica, resultará casi inútil para muchos el mediano aseo que consiguen por el baño. Todos sabemos, porque lo estamos viendo, *cuantas de esas gentes pobres llevan en la cabeza una verdadera selva virgen donde abundan, la grasa, la tierra y las basuras de todos los orígenes, y donde los insectos pasan la gran vida*. Con el baño, por más minucioso que sea, es imposible la extinción de tanta porquería, si subsisten los largos pelos enmarañados y compactos, y solamente los oficios de una tijera implacable, cortando la causa, podría quitar el efecto. Dejar mondas y limpias esas cabezas que ahora son nidales de piojos y depósito de gran variedad de cosas puercas, *que generan gérmenes morbosos*, nos

⁵⁹³ “El cólera”, *El Tiempo*, Ciudad de México, 8 de febrero de 1887.

⁵⁹⁴ “Los naufragios sociales. El alcohol y sus víctimas”, *El Abogado Cristiano*, Ciudad de México, 22 de octubre de 1908.

⁵⁹⁵ “El agua y el jabón”, *El Abogado Cristiano Ilustrado*, Ciudad de México, 1º de noviembre de 1906, citado en Olivares, *op. cit.*, p. 275 [cursivas nuestras].

parece el único medio de conseguir en esos pelados una limpieza radical, que les libere de ser focos de infección⁵⁹⁶.

En ese mismo artículo se propone que se le cobre a los usuarios de los baños gratuitos, no sólo como “compensación de lo que ha costado limpiarlos”, sino para desaparecer de sus rostros “esa alegría estúpida de haber obtenido algo a título absolutamente gratuito, sin que puedan explicarse la causa del favor”⁵⁹⁷. Pero quedaba bien claro que constituían una estrategia higienista para inculcar este hábito, por la fuerza, siendo este el argumento que cerraba el artículo de *El Popular*: “Quienes hayan tomado algunos baños gratuitos, puéstose ropa limpia y llevado el pelo corto sin mugre ni insectos, es seguro que después tomarán algún empeño en asearse ellos mismos”⁵⁹⁸.

Baños forzosos y en masa como medida higienista para combatir el tifo entre los pobres, se practicaron también 1909 por órdenes del gobierno del D.F., para “obligar a un mendigo durante un año a un aseo escrupuloso de su cuerpo y sus ropas con el objeto de enseñarles a gustar de la satisfacción de la limpieza”⁵⁹⁹. Algo parecido sucedería años después, en plena Revolución mexicana durante un brote epidémico de tifo. En 1915, la Comisión de Baños de la Secretaría de Gobernación desplegó una masiva campaña de baño obligatorio dirigida a todos los empleados del gobierno, so pena de no recibir sus sueldos si fallaban en acreditar sus modernos hábitos de limpieza. La “recomendación” se extendió a establecimientos fabriles y comerciales con el objetivo de cambiar los “hábitos de suciedad de nuestro pueblo” mediante baños corporales y afeitados de cabeza obligatorios⁶⁰⁰.

⁵⁹⁶ “Necesidad de activar la campaña contra el tifo. El pueblo y los baños gratuitos”, *El Popular*, Ciudad de México, 6 de marzo de 1906.

⁵⁹⁷ *Idem*.

⁵⁹⁸ *Idem*.

⁵⁹⁹ *Boletín del Gobierno del Distrito*, citado en Molina del Villar, *América, Guerra, tifo y cerco sanitario en la Ciudad de México 1911-1917*, México, CIESAS, 2016, p. 404 [cursivas nuestras].

⁶⁰⁰ Entre enero y abril de 1916 136,874 individuos fueron bañados; 50,787 fueron rapados o se les cortó el cabello; y 9,546 hombres fueron rasurados (*Boletín del Consejo Superior de Salubridad*, enero a abril de 1916, núms. 1, 2, 3 y 4, citado en Molina del Villar, *Guerra, tifo y cerco sanitario, op cit*, p. 427).

El sentido común higienista estaba convencido de que “La limpieza, por desgracia, no es virtud propia de la gente infortunada o inculta que habita en los barrios”, y reconocía que este mal “es difícilísimo de remediar, pues se necesita antes que todo *engendrar en las costumbres* el hábito del aseo”⁶⁰¹. Mostrando con esto la existencia de un proyecto de imponer una nueva ética, en el sentido de un ethos o forma de ser y habitar el mundo. Parte de este proyecto fueron los baños forzados contra los miembros de las clases populares, medidas que respondían a la mentalidad higienista que los veía como “bárbaros” porque su aspecto les resulta horrible, sus costumbres groseras y sus hábitos depravados, reprochando su falta de blanquitud social. Incluso se les llegó a considerar una suerte de raza inferior, como lo mostró Chevalier en su *Classes laborieuses et classes dangereuses*, para el caso francés⁶⁰². Estas referencias a identidades socioraciales como representantes del salvajismo por su falta de higiene también aparece en los higienistas mexicanos:

Con tacto y estudiando medios indirectos y prácticos, puede lograrse paulatinamente que *el indígena y el pelado* [...] *prescindan del inmundo huarache y del repugnante calzón blanco* por todo abrigo de pie y pierna. El espectáculo de gente así vestida y calzada, dentro de la capital de un país que presume de civilizado, da idea de *un pueblo aún salvaje*, e infunde un irresistible sentimiento de menosprecio en los extranjeros [...] Esta natural repulsión aumenta a lo sumo con el *desaseo personal de esa clase, melnuda y pestilente* [...] [su] *animalización por el desaseo personal* arrastra poderosamente a las libaciones, a la taberna, a la embriaguez, [y] a *la bestialidad de las costumbres domésticas y sociales* [...] ⁶⁰³.

Como puede observarse en esta cita, lo que se entendía por higiene cuando se hacía referencia al “bajo pueblo”, no sólo implicaba la limpieza corporal sino ciertos comportamientos mucho más relacionados con la apariencia: el lavado y cuidado del pelo y, sobre todo, la forma de vestir. De allí la referencia a prescindir del “inmundo

⁶⁰¹ “Inspecciones sanitarias de Méjico”, *El correo español*, Ciudad de México, 5 de julio de 1895 [cursivas nuestras].

⁶⁰² Chevalier, Louis, *Classes laborieuses et classes dangereuses à Paris pendant la première moitié du XIXe siècle*, Paris, Plon, 1958.

⁶⁰³ “Educación popular”, *El Popular*, Ciudad de México, 9 de febrero de 1903.

huarache" y el "repugnante calzón blanco", marcadores de prendas indígenas. Es así que la higiene, como aseo personal, también se expresó como una estética (de blanquitud), porque "la persona aseada tiene la convicción de que es *mejor vista y tratada*"⁶⁰⁴. Y ese mejor trato pasaba por la ropa que se porta y que denota un cierto comportamiento y la descodificación de un código cultural moderno y de blanquitud.

Esta misma idea de hace presente en los confines del mundo hispanoamericano, por los mismos años, en la obra del Isabelo de los Reyes⁶⁰⁵, escritor y nacionalista socialista filipino, quien observa los dones y jerarquía social que otorga la adopción de vestimenta limpia y aseada según los modernos parámetros europeos y norteamericanos, y recomienda a sus compatriotas asumir esta práctica:

El hábito no hace al monje, reza un antiguo refrán español; pero lo cierto es que *el traje y las apariencias* lo hacen todo en Europa, así que este asunto, que parece baladí, no carece de importancia. Empezaremos, pues, por aconsejar a nuestros compatriotas [...] procuren *vestirse lo mejor y aseado que puedan*, según los recursos de cada cual, porque los europeos y americanos tratan como a seres inferiores o criados a los que ven misérrimamente vestidos, *máxime si notan en ellos desagradable descuido y desaseo* [...] Con *malos vestidos* no debe extrañarnos que [los extranjeros] nos griten o tuteen, porque *suponen que sois ignorantes cuando vestís desgarradamente o no lleváis buen calzado y calcetines*. Piensan ellos que *la cultura de un hombre debe "empezar" por sus vestidos*, por ser éstos el primero o inmediato signo exterior que le rodea [...]⁶⁰⁶

Es muy interesante observar cómo De los Reyes identifica una suerte de colonialismo higienista que comienza a imponerse hasta en los márgenes del mundo occidental, que transforma la vestimenta, el aseo y el cuidado personal en sinónimos de la "cultura" como

⁶⁰⁴ *Idem* [cursivas nuestras].

⁶⁰⁵ Isabelo de los Reyes Florentino (1864-1938) fue un prominente escritor, periodista, senador, socialista y nacionalista filipino. Fundador de la Iglesia Filipina Independiente, del pionero sindicato la Unión Obrera Democrática Filipina, y de *El Ilocano*, el primer periódico publicado en tagalo, una de las lenguas nativas del archipiélago. Tras participar en la Revolución de 1896 se exilió en España y, más tarde, luchó contra la intervención norteamericana que le siguió a la independencia filipina. Fue un prolífico autor de novelas como *Ang Singsing ng Dalagang Marmol* (1905), ensayos como *Folklore Filipino* (1889), y estudios históricos como *La Religión Antigua de los Filipinos* (1909).

⁶⁰⁶ De los Reyes, Isabelo, "Vida europea. Aseo, peinado y trajes", *La Redención del Obrero*, Manila, 3 de diciembre de 1903 [cursivas nuestras].

lo opuesto a la ignorancia, y los convierte una forma de ganarse el respeto de los otros. Además, el socialista filipino da cuenta de que el traje europeo “contribuye mucho a civilizar y levantar el carácter de nuestros compatriotas”, pues “un filipino que va sin americana [...] no tiene inconveniente en ir comiendo maíz o cacauets por las calles, [y] no lo haría bajo ningún concepto, yendo vestido a la europea [...] porque él cree que para llevar ésta, es preciso tener cierta instrucción, cultura y dignidad”⁶⁰⁷. Este texto publicado en 1903, ilustra el proceso de occidentalización de la vida como forma de blanquitud, de la mano de los modernos preceptos de la higiene y a través del establecimiento de códigos globales que imponen jerarquías de clase a través de la ropa. De allí que higienistas como el argentino Juan Alsina, celebren que los trabajadores vayan calzados y vestidos “con bien cubiertas sus carnes, cuando en años anteriores los he visto con los pies y cuerpos desnudos”, pues esto es prueba de “la inclinación de irse civilizando”⁶⁰⁸. Mientras que los higienistas mexicanos se lamenten de que visitantes argentinos y chilenos reporten sobre “la pésima indumentaria” que observaron “en la capital de la República mexicana, [donde] no hay siquiera una noción del buen gusto, lujo y desahogo”. Pues, de una cuadra a otra, el aspecto de los transeúntes cambia por completo: “de cada mil mujeres solo una llevará un traje irreprochable, y por cada dos mil hombres apenas y se verá un flux flamante. Si de estas calles pasamos a las de Santa Ana o Toribio donde pulula la clase humilde, sólo presenciaremos el desfile del más repugnante andrajo”⁶⁰⁹.

El higienismo moderno y su impronta de blanquitud no sólo tuvo este componente civilizador expresado a través del aseo personal, sino que la higiene también significaba “esfuerzo, previsión y voluntad [...] economía y ahorro”⁶¹⁰, dejando bien claro que los

⁶⁰⁷ *Idem*, [cursivas nuestras].

⁶⁰⁸ Alsina, Juan A., *El obrero en la República Argentina*, t. I, Buenos Aires, Imprenta Calle de México, 1905, p. 320.

⁶⁰⁹ “La clase media”, *La Patria*, Ciudad de México, 10 de julio de 1902.

⁶¹⁰ “Educación popular”, *op. cit.*

comportamientos estimulados por la higiene eran los mismos de la cultura productivista, meritocrática y emprendedora del capitalismo.

5.5 Blanquitud del cuerpo trabajador: salud e higiene industrial

La higiene redentora, áncora de salvación de los pueblos cultos [...] significa esfuerzo, previsión y voluntad.

El Abogado cristiano (Ciudad de México, 1908)

Dentro de las intervenciones higienistas, aquellas dirigidas hacia las y los trabajadores y la vida laboral, se denominaron "higiene industrial". Rama de la higiene que tomó importancia en la segunda mitad del siglo XIX cuando la medicina social se planteó el problema del cuerpo, la salud y la fuerza productiva de los individuos⁶¹¹.

Los primeros profesionales de la profilaxis encargados de la higiene industrial, se dedicaban a hacer dictámenes de los riesgos y daños laborales, donde consideraban la calidad del aire, agua, calefacción e iluminación de los talleres, así como la clasificación de los obreros por sexo y edad, observando sus hábitos de vida y las dolencias que los quejaban. Trabajos como el *Tableau de l'état physique et moral des ouvriers* (1840) del economista e higienista francés Louis-René Villermé, y *L'influence que l'industrie exerce sur la santé des populations dans les grands centres manufacturiers* (1842), del médico higienista belga J.P. Thouvenin, se volvieron hitos que orientarían la investigación de la *intelligentsia* profiláctica. Ambos fueron leídos y citados por higienistas latinoamericanos, quienes comenzaron a investigar y legislar sobre las condiciones laborales y de vida de las y los trabajadores. Pero esta nueva perspectiva favoreció la liberación de las fantasías y mitos que regían las representaciones sociales de las élites sobre las clases trabajadoras: su imprevisión, desenfreno y alcoholismo. De allí que la higiene industrial

⁶¹¹ Foucault, "El nacimiento de la medicina social", *op. cit.*

también se constituyese como un “saber sobre el cuerpo en peligro”⁶¹², que prestaba particular atención al lugar de trabajo y su salubridad. Y que tomó como instrumentos la observación clínica, las monografías y topografías, las encuestas y los estudios de caso.

Los factores mórbidos más investigados y con más frecuencia invocados por los higienistas, correspondían a la esfera personal y apelaban a la responsabilidad individual de las y los trabajadores, en sintonía con los principios del liberalismo. O dicho de otro modo, los higienistas hacían responsables a las y los obreros de su propia miseria material y deterioro físico. Los consideraban poco previsores, viciosos y depravados, sistemáticamente perezosos, impermeables a las exigencias de la limpieza y apegados a costumbres antiguas y peligrosas⁶¹³.

La higiene industrial también se denominaba “higiene económica”, pues se consideraba que “Economía, Higiene y Moral son tres ciencias gemelas” porque “Higiene y Economía marchas unidas en su desarrollo progresivo”⁶¹⁴. La higiene aplicada a la industria era una manera de incrementar la productividad, como puede observarse en este texto de un periódico mexicano, que muestra las virtudes económicas de una fábrica higienizada, que es el rasgo de la fábrica moderna:

Entrad después a la fábrica moderna [...] ved las paredes blancas, los altos ventanales grandes, dejando pasar los rayos del sol que vivifica [...] los ventiladores, los lavabos y observad a sus habitantes; ved obreros robustos pletóricos de fuerza [...] hercúleos; mirad como *trabajan alegres* [...] hombres que *trabajan de prisa* [...] como si ensanchara sus pulmones el aire sano, como si les animara la luz del sol [...] ¡Felices ellos! Terminada la tarea, saldrán *satisfechos y descansarán dichosos en sus hogares limpios, sanos, higiénicos* [...] ¿Qué dará esta fábrica? *Productos centuplicados, en condiciones mil veces más ventajosas y hechos de prisa y bien*⁶¹⁵.

⁶¹² Corbin, Alain, “Dolores, sufrimientos y miserias del cuerpo”, en Corbin, A., (coord.), *Historia del cuerpo*, v. 2 De la Revolución francesa a la Gran Guerra, Madrid, Taurus, 2005, pp. 203-262, p. 240.

⁶¹³ Faure, “La mirada de los médicos”, *op. cit.*

⁶¹⁴ De Larra, Fernando José, “La higiene y la economía humana”, *Gaceta Comercial. Diario mercantil, industrial y de noticias. Órgano de las clases productoras*, Ciudad de México, 23 de junio de 1900.

⁶¹⁵ *Idem* [cursivas nuestras].

Para la mirada profiláctica que redactó estas citadas líneas, la higiene vigoriza los cuerpos de los trabajadores, los dota de velocidad y propósito, evita los conflictos laborales al otorgarles dicha y les hace producir más y mejor. Una visión que estaba lejos de la realidad, pues los propios higienistas como Eduardo Wilde reconocían que los obreros se resistían a acatar las reglamentaciones de higiene impuestas por la autoridad: “se oponen [...] a la ventilación de los talleres creyendo que el aumento de comodidad puede inducir a los propietarios a disminuir los salarios; se niegan a lavarse o a bañarse, exponiéndose con su desaseo a intoxicaciones; comen con las manos sucias”⁶¹⁶, al grado de llegar a ponerse en huelga. Wilde atribuye esta resistencia a su “pereza o ignorancia”, sin considerar que el temor de los obreros a la disminución de sus salarios estaba fundamentado, pues todas las mejoras higiénicas se volvían costos para los empleadores que tomarían de los salarios de sus trabajadores para no tocarle un pelo a sus ganancias.

El propio Wilde confesaba que para el desarrollo de la industria se requería de “moralizar, instruir y proteger” a los trabajadores, que eran “incapaces por sí mismos de moralizarse, instruirse y conocer sus derechos”⁶¹⁷, mostrando el deje autoritario y paternalista de la mirada higienista. Paradójicamente, aunque la industria era desarrollo, también producía sujetos degenerados; en palabras de Wilde: “una población especial generalmente imprevisora, ignorante, sediciosa, atrevida, disipada y hasta viciosa”, que debía ser moralizada para su regeneración, pues “el adelanto industrial no se alcanza sino con las buenas costumbres, honradez y cierta cultura de parte de los auxiliares *inferiores*”⁶¹⁸, es decir, de las y los trabajadores, inferiores respecto del gobierno y de los empresarios. Por ello, los médicos debían actuar para evitar la degeneración de los cuerpos obreros, mientras que la higiene sanearía sus vicios, como la falta de previsión.

⁶¹⁶ Wilde, *Obras completas*, op. cit., p. 246.

⁶¹⁷ *Idem*.

⁶¹⁸ *Idem* [cursivas nuestras].

“Las tres formas supremas de la previsión para el individuo, lo mismo que para la sociedad, son la higiene, la instrucción y el ahorro”, señalaba otro periódico mexicano. Observaba que, el ahorro, era una costumbre casi exótica entre los capitalinos, tanto “entre las clases ilustradas como en el pueblo trabajador”⁶¹⁹. Y, curiosamente, en su examen sobre el carácter imprevisor de las clases populares de la Ciudad de México, criticaba su falta de espíritu emprendedor y su carencia de un impulso por acumular:

el pobre, perezoso hasta para librarse de la muerte si para ello tiene que hacer un *esfuerzo moral y físico*, tiene para excusar su pereza en frases tan características como estas: [...] “¿qué he de ahorrar si no me alcanza para comer?”, “la Divina providencia vela por todos”, “en México nadie se muere de hambre” [...] y otras semejantes que expresan claramente *el horror a la previsión*, y una confianza absoluta en que hay un buen Dios en el cielo que cuida de proveer a todas sus necesidades y de suplir su ignorancia y su pereza. *No hay en el pueblo esfuerzo personal por su propia ventajosa instrucción, y la higiene y el ahorro no entran en sus costumbres*⁶²⁰.

O dicho de otro modo, se lamentan que no exista entre el “pueblo” la idea del esfuerzo personal como meritocracia, ni la costumbre del ahorro como el comportamiento idóneo que se espera de un trabajador moderno y bien domesticado. Carecen de blanquitud y deben de aprenderla e interiorizarla para ser más productivos. Pues, después de todo, como decía un higienista español “ahorrar es obra de la inteligencia y la razón: hay animales que amontonan; pero no los hay que ahorren”⁶²¹. Pero detrás de la fachada del ahorro se esconde algo más, un tipo de racionalidad económica muy singular. Recordemos que con el salario, los trabajadores se vuelven consumidores regulares del mercado y, cuando ahorran parte de ese salario, sacrifican el disfrute inmediato en aras de la promesa de un disfrute mayor en el futuro. Pero, el ahorro implica un sacrificio para la clase trabajadora que, al ahorrar, le demuestra al empleador que puede vivir con un salario menor. Y ya con ello puede observarse que la ética del sacrificio como expresión

⁶¹⁹ “Las cajas de ahorros”, *El Popular*, Ciudad de México, 6 de mayo de 1900.

⁶²⁰ *Idem* [cursivas nuestras].

⁶²¹ López Núñez, Álvaro, *Relaciones entre Higiene y la Previsión*, Madrid, Tipografía de la Revista de Arch. Bibl. y Museos, 1915.

de un carácter frugal que nunca vive en el exceso, representada en el ahorro, es también la encarnación de una actitud puritana identificable con la blanquitud.

Fue común que los higienistas se encargaran de estudiar los accidentes laborales, las enfermedades de los trabajadores, y todo aquello que aludiera a su salud física y moral, buscando con ello la redención sanitaria, y moral de la clase trabajadora, que pasaba también por una redención económica. En sus informes, los higienistas tendían a emplear terminología racial, como lo hacía el “discurso científico” de la época, además de que fue común el determinismo biologicista que vinculaba ciertas enfermedades, como la tuberculosis, el alcoholismo y la sífilis, a los cuerpos de las y los trabajadores⁶²². Le otorgaban a cada una de las razas valores orgánico-biológicos, que se traducían en una serie de potencialidades o debilidades económicas. En la Argentina, por ejemplo, el Ministro del Interior Joaquín V. González, estaba convencido de que su país era el más productivo de la región por la presencia racial blanca, porque “El hombre culto y civilizado, el hombre europeo [...] es más valor productivo que el hombre inferior, de raza mestiza”⁶²³.

En el caso argentino, y particularmente en el porteño, la mirada racializada también quedó constatada en investigaciones de higienistas sobre las condiciones de vida y de trabajo de los obreros porteños, como los informes de Juan Biale Massé (1904), Juan Alsina (1905) y Pablo Storni (1908), encargados por Joaquín V. González durante la administración de Roca. Biale Massé, por ejemplo, pone a la “raza criolla” por encima de “extranjeros” y “aborígenes” en términos de rendimiento físico y psíquico, pues el criollo es “bueno y dócil”, aunque carece de disposición para el ahorro y la previsión. Mientras

⁶²² C.f.r. Chevalier, *Classes laborieuses et classes dangereuses*, op. cit; Barnes, David, *The Making of a Social Disease. Tuberculosis in Nineteenth Century France*, Berkeley, University of California Press, 1995; Armus, Diego, *La ciudad impura. Salud, tuberculosis y cultura en Buenos Aires, 1870-1950*, Buenos Aires, Edhasa, 2007; Kohl, *Higienismo argentino...*, op. cit; Sánchez, Marcelo, “La teoría de la degeneración en Chile (1892-1915)”, *Historia* n. 47, vol. II, julio-diciembre, 2014, pp. 375-400.

⁶²³ Citado en Haidar, Victoria, *Trabajadores en riesgo. Una sociología de la biopolítica de la población asalariada en la Argentina (1890-1915)*, Buenos Aires, Prometeo, 2008, p. 395.

que Alsina señala que el “buen obrero”, es el sujeto autónomo, independiente, proveedor de su familia, que ahorra y se aleja de los vicios, como los criollos. Estas investigaciones tenían un claro objetivo político: demostrar la superioridad de la raza obrera criolla, que debía ser conservada, mejorada y moralizada⁶²⁴, en sintonía con el proyecto de nación.

La higiene industrial o económica, como parte de la salubridad pública, desplegó tecnologías profilácticas a través de legislación que imponía la limpieza personal del trabajador y el uso de los empleadores como agentes de la higiene, al obligarlos a poner baños, lavatorios y a enseñarle a los obreros a utilizarlos. El Estado comisionaba a sus inspectores como pedagogos de la higiene al medicalizar el cuerpo de los trabajadores mediante un examen clínico periódico y la inspección sanitaria de los establecimientos de trabajo. Esto quedó sancionado en los códigos sanitarios en Ciudad de México y Buenos Aires, pero también en otras urbes latinoamericanas, con miras a la modernización. Ello podía leerse en la *Cartilla de higiene social* del Departamento Nacional de Higiene argentino: “Trata de cumplir fielmente los preceptos higiénicos que se exponen en el presente libro [...] porque sin higiene y sin buenas costumbres no hay progreso”⁶²⁵.

Parte de este camino higiénico al progreso pasaba por transformar, con sentido modernizador, otro aspecto que atravesaba a los cuerpos de las clases populares: su alimentación, la cuál también sufrió intervenciones higienistas igualmente permeadas por discursos de blanquitud, como se verá en el siguiente capítulo.

⁶²⁴ *Idem*.

⁶²⁵ Otero, Francisco, “Cartilla de higiene social”, *Anales DHN*, n.4, 1913, p. 746, citado en *Idem*, p. 189.

6. El blanqueamiento de la dieta: higiene alimentaria y consumo popular

Todavía no dejamos la afición al penacho, a las uñas largas y a la carne cruda, y todavía hay asociados que comen rafas, iguanas, ajolotes, atepocates, meztlapiques, gusanos, hormigas, ocosiles, ranas, sapos y culebras, y hasta gato por liebre y perro frito; todo ello aderezado con chile rabioso, quelites, verdolagas, quintoniles, huaunzontles, xoconoxtles, nopalitos y otras yerbas igualmente apetitosas y suculentas, que llenan el estómago... de agua y aire.

El Popular (Ciudad de México, 1903)

Las reglamentaciones sanitarias de los higienistas también alcanzaron a la producción de alimentos y bebidas. La producción de carne, por ejemplo, era una actividad que debía ser bien vigilada e higienizada, porque los animales sacrificados podían transmitir enfermedades y provocar brotes epidémicos y epizootias. Un higienista chileno señalaba la importancia de higienizar con mayor ahínco los rastros de cerdos, porque se alimentan de productos muy variados e incluso de basura, y pueden ingerir hasta esputos de enfermos⁶²⁶.

Igualmente, en términos de la producción agrícola, los temas de irrigación para cultivo también caían en los temas de interés e intervención higienista, especialmente aquellos relacionados con la infraestructura hidráulica. El agua de las cloacas destinada a la irrigación de cultivos debía ser fresca para evitar la putrefacción de materia fecal. Y para ello, debía cuidarse que en las cloacas reinase una conveniente higiene, y que el agua no

⁶²⁶ *Revista Chilena de Higiene*, t. I, Instituto de Higiene de Santiago, Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1894.

se estancara⁶²⁷. Además, la carne producida en los mataderos no debía lavarse con el agua de las acequias, pues se desconocía si este tipo de líquido transmitía enfermedades, como la tuberculosis⁶²⁸.

Los higienistas también estaban obligados a señalar dónde debían ubicarse rastros, mercados, expendios de bebidas y alimentos y comedores, así como a establecer cuáles debían ser las condiciones de higiene a seguir en estos establecimientos. Y sobre la alimentación al interior de los hogares, se preocuparon por las formas de preparación de alimentos, especialmente la de niños y mujeres embarazadas, que eran temas centrales de la higiene alimentaria, como una suerte de “colonización de la vida cotidiana” y de una “revolución blanca” al interior de la casa⁶²⁹, pero también de las escuelas.

Esta revolución higiénica en la vida privada también se relaciona con el combate a la enfermedad, que contemplaba las dolencias del aparato digestivo, que “son más numerosas que por cualquiera otra, inclusive el tifo y las pulmonías”⁶³⁰. Pero especialmente del cólera, cuya principal arma de combate eran las medidas de higiene individual, como aplicarse desinfectantes en las manos y emplear exclusivamente agua hervida para beber y para demás usos domésticos, como bañarse o lavarse. También se recomendaba no tomar alimentos o bebidas crudas, no comer ni beber con exceso, abstenerse de comer y tocar alimentos o bebidas con las manos sin lavar y no recibirlos de otra persona que no se hubiese lavado, así como el más estricto aseo de personas, ropas y aposentos⁶³¹. Pero parte del combate contra la enfermedad era también evitar todas aquellas causas que destruyesen o perjudicasen las funciones motoras o químicas del estómago, como las “sobreexcitaciones intelectuales, morales o corporales” y los

⁶²⁷ Wilde, *Obras completas*, *op. cit.*

⁶²⁸ *Revista Chilena de Higiene*, *op. cit.*

⁶²⁹ Tavares, José, “A construcão da casa popular no Recife (década de 30)”, *Análise Social, Revista do Instituto de Ciências Sociais de Universidade de Lisboa*, a. XXIX, n. 127, 1993, pp. 733-753.

⁶³⁰ Guerrero, *La génesis del crimen en México*, *op. cit.*, p. 148.

⁶³¹ “El cólera”, *Diario del Hogar*, Ciudad de México, 10 de septiembre de 1892.

“alimentos indigestos y mal sazonados, lo mismo que el de platillos extraordinarios muy substanciosos y de difícil digestión”, así como el abuso de bebidas alcohólicas⁶³².

La higiene alimentaria no sólo vigilaba la dieta con fines de moralización, salud y prevención de la enfermedad, sino que mostraba un componente de discurso de clase, pues se pensaba que las poblaciones enfermaban “introduciendo su economía por la boca”⁶³³ y que, por ello, habían llegado a la “regresión”, en materia de alimentos al consumir arcilla, yerbas y animales silvestres de campo, causando con ello graves consecuencias en la salud: “semblantes amarillos, terrosos, músculos enjutos, miradas adoloridas y apagadas y dientes sarrosos [que] revelan los sufrimientos de clases mal alimentadas”⁶³⁴.

Esta relación entre higiene alimentaria, discurso de clase y prejuicios sociales será explorada en este capítulo, centrado en los casos del maíz, el trigo, la carne, el pulque y la chicha. Intentando mostrar con ello, un vínculo entre higiene alimentaria, racismo y blanquitud, presente en el discurso de los higienistas.

6.1 Maíz y trigo, cereales racializados

Con esta alimentación puede el indio ser un buen sufridor, que es por donde el hombre se acerca más al animal doméstico; pero jamás un iniciador, es decir, un agente de civilización.

Justo Sierra
(*México social y político*, 1889)⁶³⁵

⁶³² “El cólera morbus y una circular importante, por Liber Varo [Dedicado al Consejo Superior de Salubridad]”, *El Nacional*, Ciudad de México, 15 de septiembre de 1882.

⁶³³ “El cólera”, *Diario del Hogar*, Ciudad de México, 10 de septiembre de 1892.

⁶³⁴ Guerrero, *La génesis del crimen en México*, op. cit., p. 149.

⁶³⁵ Sierra, Justo, “México social y político. Apuntes para un libro. Capítulo primero. Etnografía y demografía”, *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, México, t. 1, 1889, pp. 13, 170, 213, 328 y 371, en *Ensayos y artículos escogidos*, México, CONACULTA, 2013.

Fue común que los higienistas consideraran la cuestión alimentaria en sus investigaciones, como las topografías médicas. Por ejemplo, en el caso del ya citado *Ensayo de geografía médica y climatológica de la República mexicana*, Domingo Orvañanos clasifica a la población en cuatro tipos, con base en su alimentación:

4. Distritos que consumen cereales, leguminosas y carne (la zona más extensa).
5. Distritos que consumen cereales, leguminosas, carne y chile (la zona más poblada).
6. Distritos que consumen cereales, leguminosas y chile (zona insignificante).
7. Distritos que consumen cereales y leguminosas (zona insignificante)⁶³⁶.

Sin embargo, las observaciones de Orvañanos no se limitan a mostrar la extensión del consumo de ciertos alimentos, sino que esta clasificación también está atravesada por sus apreciaciones al respecto de la población. Retomando las investigaciones de otro higienista, de nombre Samuel Morales Pereira, que hizo una topografía médica de la ciudad de Puebla, Orvañanos afirma que el tipo de alimentación a la que está sujeta “la gente excesivamente pobre”, consiste en atole de maíz, frijoles, habas, arvejones, chile, algunas yerbas y tortillas de maíz. Mientras que en “un grado un poco más elevado” pero sin dejar la esfera de la pobreza, entran a la alimentación la carne de cerdo, res o carnero, el café, la leche, el arroz y el pan de trigo⁶³⁷. Salta a la vista que los alimentos de origen europeo como la carne y las harinas de trigo, se tornan en marcadores de clase en la mirada de Orvañanos, pero también serán marcadores étnicos.

El higienista mexicano identifica el mismo tipo de alimentación para la “gente excesivamente pobre” y los indios de “raza pura”, que consumen atole, chile y tortilla como base de su alimentación ordinaria, y no carne y leche. Para Orvañanos, el ají y los derivados del maíz son alimentos que deben consumirse en cantidad suficiente para suplir la falta de carne y “sustancias albuminoides”. Pues “entre gente muy miserable, la carne

⁶³⁶ Orvañanos, *op. cit.*

⁶³⁷ Morales Pereira, Samuel, *Puebla, su higiene, sus enfermedades* (1888), citado en Orvañanos, *Ensayo de geografía médica, op. cit.*

se sustituye por los frijoles, y casi nunca se usa la leche, que es reemplazada por el atole. En vez de pan de harina de trigo, se toma como sucedáneo tortilla de maíz”⁶³⁸. Orvañanos hace esta recomendación especialmente para los habitantes de las ciudades, pues señala que una alimentación basada en maíz y legumbres en cantidades suficientes no sería inconveniente si se vive en el campo, donde los indios pueden ser robustos. Pero esto no ocurre cuando la plebe urbana vive hacinados en habitaciones estrechas, húmedas y mal ventiladas.

Observaciones muy similares se encuentran en las *Noticias climatológicas de la República mexicana* de Ramón Rodríguez Rivera y José Ramírez. Según los cuestionarios aplicados a partir de los cuales recabaron su información, existe una relación entre alimentos de origen europeo con distritos de población mestiza, y alimentos nativos en municipios de población indígena. En Santa Fé, un municipio mayoritariamente indígena, se consume maíz, haba, frijol, arvejón, chile, y muy pocos habitantes comen pan de harina de trigo. Mientras que la carne de res, de carnero, de puerco y de aves domésticas son alimentos comunes entre las personas acomodadas de la municipalidad. La carne vuelve a aparecer como marcador de clase. Algo similar ocurre en Ixtapalapa, Tacuba y Cuajimalpa, también municipios de mayoría indígena. Cuajimalpa: maíz, haba, frijol. A diferencia de Coyoacán donde la población es india y mestiza, y consume carne, cereales y legumbres.

En Xochimilco, los “indios toltecas”, consumen frijol y haba, pero también tienen cerdos. En Atzacapotzalco, donde la mayoría de la población es indígena y castellanizada, mientras convive con una pequeña proporción “híbrida” donde predomina en la mezcla el elemento europeo, se cultiva tanto maíz como trigo, nopal, haba y arvejón, pero también ganado vacuno. Y en Guadalupe Hidalgo donde abundan los mestizos y hay pocos españoles se consume maíz y chile, pero también carne de su ganado⁶³⁹. Si bien esta información se encuentra incompleta porque no da cuenta de la riqueza que se producía,

⁶³⁸ *Idem*, p. 51.

⁶³⁹ Rodríguez, Ramírez, *Noticias climatológicas de la República mexicana*, *op. cit.*

se consumía y se intercambiaba ni señala bajo qué formas rituales y culturales se cultivaban, preparaban e interiorizaban dichos alimentos, lo que transmite es la apreciación de los higienistas y las correlaciones que hacían entre tipos de alimentación y grupos socioraciales. Donde “lo mestizo” y “lo blanco” (identificado como “lo europeo”) eran correlacionados con el consumo de trigo y de carne, pertenencia a la que los propios higienistas se autoadscribían. Así se aprecia claramente en estas palabras escritas en un artículo del periódico científico *La Independencia médica*: “La harina de trigo, por ejemplo, *base de nuestra alimentación*, se encuentra por todas partes en el aire”⁶⁴⁰, confesando que no asumen la cultura del maíz, pues no correspondía con su estatus de clase ni con su ideario modernizador.

En un tono muy similar al de Orvañanos, Rodríguez Rivera y Ramírez, Francisco Bulnes esbozó, una década después, una clasificación de la humanidad dividida en tres grandes “razas”, con base en el cereal que producían y consumían de manera preponderante: el trigo, el maíz y el arroz. De esta triada, Bulnes afirma que “La historia nos enseña que la raza del trigo, es la única completamente progresista”⁶⁴¹, pues su desarrollo o debilidad depende de la alimentación. Para Bulnes, el trigo poseía propiedades que estimulaban el desarrollo en clave civilizatoria, y afirma que “los pueblos que comen trigo como principal artículo de alimentación o exclusivamente, deben alcanzar el mayor grado de desarrollo físico y mental puesto que están nutridos con su elemento técnico”⁶⁴², porque este cereal contiene más materias minerales y fosfato que el maíz y el arroz. Y, según Bulnes, el fosfato era importante el desarrollo de la sangre, huesos, músculos y vísceras, particularmente del sistema nervioso, el esperma y el cerebro. Por ello, las “razas” que se alimentan casi exclusivamente de maíz y arroz son “casi desfosforadas”, y esto explica “su falta de

⁶⁴⁰ “Salud en el taller”, *La Independencia Médica*, Ciudad de México, 1 de julio de 1880 [cursivas nuestras].

⁶⁴¹ Bulnes, Francisco, *El porvenir de las naciones hispanoamericanas ante las conquistas recientes de Europa y los Estados Unidos*, México, Imp. Mariano Nava, 1899, p. 6.

⁶⁴² Bulnes, *op. cit.*, p. 11.

potencial mental y su aspecto soñoliento, embrutecido, profundamente conservador y eminente melancólico”⁶⁴³, tal como los higienistas acostumbraban describir a los indios, quienes, para Bulnes, carecían de proteína por su excesivo consumo de maíz y la carencia de carne en su dieta.

6.2 Carne y blanquitud

Dime lo que comes y te diré quien eres.

La Patria (Ciudad de México, 1903)

El consumo de carne se tornó un elemento importante en el discurso de la salud pública y la higiene alimentaria en la vuelta del siglo XIX al XX. Era un momento en que la *intelligentsia* profiláctica se preocupaba por la escasez de carne, como un síntoma de la falta de desarrollo industrial. Estas preocupaciones de los higienistas también tenían un componente económico. Las postrimerías del siglo XIX constituyeron un momento en que se intentó transicionar de la venta de carne fresca proveniente de los mataderos, a la carne congelada que era importada desde los mataderos de Estados Unidos, y particularmente de Chicago, gracias a la tecnología de los frigoríficos. Esta carne congelada era supuestamente “más higiénica” y su comercialización coincidía con los intereses de capitales extranjeros que tenían presencia en el país⁶⁴⁴.

Bulnes explicaba que, a falta de carne de cerdo, res y aves de corral, “la alimentación que *civiliza*”⁶⁴⁵, los indios tuvieron que consumir perro y animales “repugnantes”, como iguanas, hormigas, serpientes, alacranes y gusanos. Sin embargo, no los consideraba no “culpables” de su “barbarie”, pues estos hábitos alimenticios eran resultado del medio

⁶⁴³ Bulnes, *op. cit.*, p. 12.

⁶⁴⁴ Pilcher, Jeffrey M., *The Sausage Rebellion. Public Health Private Enterprise and Meat in Mexico City, 1890-1917*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2006.

⁶⁴⁵ Bulnes, *op. cit.*, p. 13 [cursivas nuestras].

ambiente que impone su severidad a hombres que no estaban lo “bastante civilizados” para modificarlo, dejando entrever sus posturas próximas a los determinismos del darwinismo social, comunes igualmente en otros pensadores latinoamericanos contemporáneos, como Euclides da Cunha. El periodista y militar brasileño escribiría en *Los sertones* que los andrajosos, inmundos y repugnantes sertanejos habitantes de la ciudad de Canudos, se reunían en cuclillas alrededor de las hogueras, para dilacerar carnes apenas cocidas como una banda de caníbales hambrientos⁶⁴⁶. Pues hasta para comer carne, se precisaban de cierta cultura y costumbres modernas e higiénicas, pues no sólo con ingerirla bastaba para participar de la moderna civilización blanca; el matiz estaba en el cómo, pues “la carne cocida sin sal, sin ningún ingrediente, en agua salobre y sospechosa, o chamuscada en clavos de hierro, era casi intragable. Repugnaba hasta el hambre”⁶⁴⁷.

Para Bulnes, los indígenas de México se diferenciaban de otros indios como los araucanos, una “raza guerrera indomable e independiente”, a causa de su alimentación. Pues los araucanos tenían una dieta mixta, no sólo basada en el maíz, sino también en la carne de caza y los alimentos del mar, esa “nodriza del heroísmo griego”. Y en este mismo elemento yacía la superioridad europea, pues Bulnes afirma que no se había dado en la historia un solo caso en que una “raza” de maíz o arroz venciera militarmente a una “raza” de trigo. Correlacionando no sólo carne con desarrollo y civilización, sino con superioridad militar y, ciertamente, con una idea de masculinidad como virilidad. Pues, como ha dado cuenta Carol J. Adams, a partir del siglo XIX se estableció una relación entre carne y masculinidad a la manera moderna, donde la figura del soldado es el epítome de lo masculino, figura que debe alimentarse con la carne requisada para mantener su fuerza y virilidad en tiempos de guerra. Y, en este sentido, el consumo abundante de carne que

⁶⁴⁶ Da Cunha, Euclides, *Los sertones. Campaña de Canudos* [1902], Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980.

⁶⁴⁷ *Idem*, p. 276.

caracteriza la dieta occidental se convierte en un símbolo de poder masculino y en un índice de racismo, al imponerse los hábitos blancos de la producción y el consumo de carne. Además, Adams nota que carne y blancura también van de la mano, porque, cuando el suministro de carne se ve limitado, las personas blancas que conforman a las clases dominante se quedan con ella, y sólo cuando se encuentra en abundancia su consumo se democratiza. Es decir, la jerarquía de la proteína cárnica refuerza otras jerarquías, de raza, clase y sexo⁶⁴⁸.

Tanto Bulnes como otros defensores de la superioridad blanca del siglo XIX, avalaron la carne como una "comida superior". Sus razonamientos rezaban que los trabajadores intelectuales requerían carne magra como comida principal, mientras que los "salvajes" y las clases "bajas" de la sociedad podían vivir exclusivamente de alimentos más bastos. Así lo señalaba George Beard, un médico estadounidense que se había especializado en las enfermedades que aquejaban a la clase media, quien afirmaba que los cereales y las frutas estaban por debajo de la carne en la escala de evolución, y precisamente por ello eran el alimento apropiado para las "razas de color" y para las mujeres blancas, consideradas igualmente inferiores. Haciendo gala de argumentos racialistas y androcéntricos que defendían la carne como alimento para el hombre blanco y civilizado⁶⁴⁹.

Sin embargo, Beard se preguntaba cómo es que los pueblos "salvajes" podían sobrevivir sin una gran cantidad de proteínas de origen animal, concluyendo que esto sólo podía ocurrir porque esos "salvajes" estaban poco alejados de los propios animales que no consumían. Con base en el consumo de carne, el galeno clasificó a aquellas "razas" inferiores que eran intelectualmente superiores que sus homólogas porque se alimentan con carne, y aquellas que resultaban inferiores por alimentarse con plantas y vegetales. Para Beard, al igual que Bulnes, en la alimentación se encontraba la clave de la superioridad europea. Pues los hindúes y chinos, alimentándose de arroz, así como los

⁶⁴⁸ Adams, Carol J., *La política sexual de la carne*, España, Ochodoscuartos, 2018.

⁶⁴⁹ *Idem*.

irlandeses, consumidores de patatas, eran naturalmente sometidos por los “bien alimentados” ingleses⁶⁵⁰.

En su clasificación de las “razas”, Bulnes reconoce la superioridad física de la los negros sobre las “razas” indígenas del maíz, precisamente porque el negro no se alimenta exclusivamente de maíz, sino que son pueblos pastores que se alimentan con carne y plantas azucaradas o feculentas. Igualmente, Bulnes señala que las “tribus” “formidablemente guerreras” del Tíbet beben leche de yak, y que las “tribus” también guerreras de América del norte se alimentan con carne de la caza. Mientras que los turcos, pueblos mixtos de “razas” oscuras y negras, asiáticas y africanas, potencia que tres veces estuvo a punto de conquistar Europa, le debe toda su fuerza, poder y grandeza a la carne y los campos de trigo del Asia Menor. Pues “sin carne en la alimentación, no hay trabajo cerebral, no hay civilización”. Y, exponiendo el mismo “razonamiento” que George Beard, afirma: “Cuántos grandes hechos en la vida de las naciones, explicados mal por los historiadores, han tenido solo por causa secreta, la alimentación. [...] ¿Más allá de los mares, obedecerían ciento cuarenta millones de hindús, a algunos millares de ingleses, si aquellos se hubieran nutrido como ellos?”⁶⁵¹, con carne... El mismo argumento es empleado para explicar la derrota de los imperios mexica e inca, porque es “evidente”, para Bulnes, que si Moctezuma, Atahualpa y sus respectivos pueblos se hubieran acostumbrado a comer lo que Hernán Cortés y sus tropa, y no una alimentación “exclusiva de maíz”, América nunca hubiera sido conquistada⁶⁵².

Sin embargo, el balance de Bulnes es ambivalente. Pues, aunque afirma que los conquistadores prestaron un “gran servicio a la humanidad” al introducir a América los animales indispensables para la civilización, además de otros elementos igualmente civilizatorios como el trigo y el uso del fierro, también trajeron consigo elementos

⁶⁵⁰ *Idem.*

⁶⁵¹ Bulnes, *op. cit.*, p.17.

⁶⁵² *Idem.*

bárbaros. Con ellos se refiere a las hordas de frailes voraces y lujuriosos, el aguardiente, leyes embrutecedoras, ignorancia, un idioma cargado de desprecios y la esclavitud de los indios, trabajo cautivo que se empleó para construir grandes obras de infraestructura sino iglesias y conventos, como un verdadero desperdicio. Pero al final, es la alimentación la que decide el "vigor" y la superioridad de la "raza", y ello explica, para Bulnes las diferencias civilizatorias, incluso entre las mismas "razas del trigo", donde las anglosajonas del norte de Europa se yerguen como las más avanzadas, porque comen más carne, y por ello son también las más industriosas con su "furor por el trabajo", avizorándose la relación entre carne y productividad, casi como una dieta discursivamente compatible con la ética capitalista. De allí que se esperase que las y los trabajadores aumentasen su consumo de carne, como señalaba Julio Guerrero al lamentarse de la escasa y mala alimentación de los proletarios:

*Comen aún poca carne, de puerco, mucha es la expendida sin los requisitos exigidos por el Rastro; y el consumo se limita a los domingos y días de fiesta. Los huevos jamás entran en el menú del proletario, que consiste en tortillas de maíz en vez de pan de harina, verdolagas, frijoles, nopales, quelites, calabazas, fruta verde o podrida, chicharrón, y sobre todo, chile en abundancia, como guiso o condimento*⁶⁵³.

Esta cuestión de la abundancia o el exceso era mal vista en el caso del consumo de chile, pues no se consideraba un alimento higiénico. "Mucha grasa y mucho chile, constituyen la sazón nacional", criticaba el mismo Julio Guerrero, quien afirmaba que sólo entre los extranjeros y las familias donde se había introducido la cocina francesa o se había conservado la española, estaban seguros de no sentir las consecuencias funestas de esos "guisos absurdos": la indigestión. Por ello, recomendaba una "alimentación higiénica", compuesta de carne asada, arroz, huevos, fruta y café. Además de que la falta de consumo de carne, "apropiada para la buena alimentación del hombre", era la causa de que la "raza indígena pura, sin ninguna mezcla", careciera de vigor para los trabajos manuales⁶⁵⁴.

⁶⁵³ Guerrero, *La génesis del crimen en México*, op. cit., p. 148 [cursivas nuestras].

⁶⁵⁴ *El Economista mexicano*, Ciudad de México, 11 de julio de 1903.

Aunque la *intelligentsia* profiláctica no tenía empacho en recomendar el aumento del consumo de carne, era juiciosa sobre el aumento en los consumos que pudieran llevar al vicio, como ocurría con las bebidas alcohólicas. Pues el alcoholismo, aunado a la falta de un alojamiento apropiado –mezclando aquí dos de las obsesiones higienistas–, provocaba que las clases populares no sólo se volvieran improductivas sino también incapaces de organizar de modo adecuado su alimentación⁶⁵⁵.

6.3 El pulque y la higienización del espacio público

El pulque había sido considerado desde la colonia como fuente de desórdenes sociales, Durante la guerra de Independencia, la necesidad de reclutar hombres para el ejército trajo medidas para la corrección de la vagancia y la detención de “vagos” ocurría de manera frecuente en pulquerías y casas de juego. Hombres que debían probar la existencia de “hábitos de trabajo” y de “moral”, pues las pulquerías se consideraban lugares de peligro y de corrupción social⁶⁵⁶.

Para finales del siglo, la producción de las haciendas pulqueras había llegado a un momento de esplendor, auge económico que se mantendría durante las primeras décadas del siglo XX, llegando a su ocaso en 1930. Este ocaso estuvo relacionado con los cambios traídos por la Revolución mexicana y el reparto agrario en el altiplano central del país. Pero también jugaron un papel la maledicencia de su consumo, las restricciones higiénicas, las cargas fiscales en los procesos de elaboración, venta y distribución y las transformaciones en los hábitos de consumo frente a la introducción de la producción cervecera⁶⁵⁷.

⁶⁵⁵ Kingsman Garcés, *op. cit.*

⁶⁵⁶ Teitelbaum, Vanesa, “La corrección de la vagancia. Trabajo, honor y solidaridades en la ciudad de México, 1845-1853”, en Lida, Clara, Pérez Toledo, Sonia (comps.), *Trabajo, ocio y coacción. Trabajadores urbanos en México y Guatemala en el siglo XIX*, UAM-I/Porrúa, 2001, pp. 115-158.

⁶⁵⁷ Ramírez Rodríguez, Rodolfo, *La querrela por el pulque. Auge y ocaso de una industria mexicana, 1890-1930*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2018.

La maledicencia sobre el pulque estaba muy relacionada con las consideraciones del ideario higienista, que consideraba al alcoholismo un problema de salubridad, no sólo como causante de otras enfermedades sino por sus efectos “morales” sobre las clases populares. De allí que las pulquerías y otros expendios de bebidas embriagantes fueran objeto de regulación sanitaria, intervenciones que no iban sobre la bebida por sí misma sino también sobre sus consumidores. Pues, para la *intelligentsia* y el sentido común higienista, pulque y “chusma” iban de la mano:

El pulque es el alcohol del calzón blanco [...] tiene la pesadez y el olor de la chusma, anda como la sangre democrática, muy alterado por la falsificación y hasta sus propiedades medicinales, me dice una amiga mía (de las que han viajado por París y toman whisky), son poco decentes: dan gordura de recaudera y colores encendidos de campesina [...] es el gran secreto de los miles y miles de adeptos que forman la baja clase de nuestro pueblo, y las fronteras de la clase media⁶⁵⁸.

La desconfianza sobre el pulque partía de su consumo de clase. Junto con otras bebidas embriagantes como el aguardiente, el pulque resultaba muy barato y, para los higienistas, sus estragos estaban muy relacionados con la insuficiencia de la alimentación de las clases populares, especialmente de los indígenas, quienes, aseguraban los higienistas, constituían a la mayoría de alcohólicos en los hospitales de la ciudad. Y, como bebida criminalizada, era considerada la causa de la mayoría de infracciones y delitos que llenaban de habitantes a la cárcel de Belén y la Penitenciaría⁶⁵⁹.

La mirada higienista sobre el pulque se manifestó en los debates sobre las posibles medidas para erradicar el “vicio abominable” o, por lo menos higienizarlo. Como parte de las medidas de higienización, se propuso la supresión de su venta por vasos e incrementar su precio para desincentivar el consumo, que no sólo se daba entre

⁶⁵⁸ De Campo, “C4 H6 O2”, *El Universal*, 9 de abril de 1896, en *Kinetoscopio...*, *op. cit.*, p. 183-184.

⁶⁵⁹ “Las pulquerías y la embriaguez”, *El Tiempo. Diario católico*, Ciudad de México, 13 de noviembre de 1900.

hombres⁶⁶⁰ sino también entre mujeres e niños. Su consumo se consideraba una "enfermedad" que "corroe a las clases bajas de la sociedad mexicana"⁶⁶¹ desde la primera infancia, pues los higienistas se horrorizaban de que los bebés fueran destetados con pulque a los seis meses de nacidos⁶⁶². Aunque otras opiniones profesionales pregonaban las propiedades alimentarias y nutritivas del pulque⁶⁶³.

Otras propuestas higienistas fueron más radicales y propusieron la prohibición total de su venta en los expendios que, además, no estaban del todo regulados. Algunos se disfrazan con el nombre de figones o fondas, y era común que en los expendios pulqueros se vendiera también comida. "Si a esto se agrega el mal olor del expendio y el nauseabundo olor que por lo general expiden estos comestibles, se comprenderá que el espectáculo que ofrece una pulquería no es nada pulcro y sí indigno de una ciudad culta como nuestra metrópoli"⁶⁶⁴, se escribía en la prensa. No sólo se les consideraba potenciales focos de infección, sino que los expendios de pulque eran constantemente denunciados como "cunas del crimen", por congregar a "ebrios" y "vagos" y por atraer a los trabajadores decentes quienes despilfarraban allí su salario:

del operario que olvida sus deberes de familia y gasta su jornal en embriagarse antes de la hora de reposo nocturno; del doméstico que hurta al patrón, del ratero que ha logrado hacer una presa, y de lo más hediondo, moralmente, de las clases inferiores de la sociedad. Al figón debiera vigilársele con empeño y constancia⁶⁶⁵.

⁶⁶⁰ Sobre la correlación del consumo de bebidas alcohólicas con roles de género y categorías raciales, véase: Gaytán, Marie Sarita, "Drinking difference: Race, consumption, and alcohol prohibition in Mexico and the United States", *Ethnicities*, June 2014, Vol. 14, No. 3, pp. 436-457.

⁶⁶¹ *La Voz de México. Diario político y religioso, órgano de los católicos mexicanos*, Ciudad de México, 22 de diciembre de 1900.

⁶⁶² "Los ripios científicos del Dr. Macouzet", *El Universal*, Ciudad de México, 29 de noviembre de 1900.

⁶⁶³ Diferentes científicos como Roque Macouzet, Boussingault y Río de la Loza realizaron análisis químicos sobre el pulque. Mientras que, para la opinión pública, el asunto central se encontraba en poder saber, a ciencia cierta, la cantidad de alcohol que éste contenía ("El pulque como alimento y las probetas del Dr. Macouzet", *El Universal*, Ciudad de México, 29 de noviembre de 1900).

⁶⁶⁴ "Las pulquerías y la embriaguez", *El Tiempo*, Ciudad de México, 13 de noviembre de 1900.

⁶⁶⁵ "El estorbo del tránsito en las calles. Los grupos que se forman sobre las banquetas", Ciudad de México, *El Universal*, 9 de agosto de 1900.

Los jefes de policía llegaron a afirmar que en los días lluviosos se consignaban muy pocas entradas a la cárcel, atribuyendo el fenómeno a la falta de asistencia del pueblo a las pulquerías en esos mismos días lluviosos...⁶⁶⁶, de manera que, con la higienización de estos lugares, se perseguía la represión del crimen.

Si bien parte de la higiénica opinión pública llegó a señalar que el pulque como tal no era el culpable de la criminalidad sino, más bien, el abuso de cualquier bebida espirituosa de la clase que fuere, otros discernían y criminalizaban a la bebida milenaria: "el día que se nos demuestre que de las cantinas surgen los crímenes en la misma proporción que de las pulquerías, pediremos con igual razón que ahora, que se prohíba la venta de copas del alcohol en los bar-rooms"⁶⁶⁷. De nuevo, el discurso de clase y de blanquitud salta a la vista. Pues el problema con el pulque era que había algo especial en él... y no eran precisamente sus grados de alcohol, sino el hecho de ser la bebida favorita del bajo pueblo.

En una editorial publicado en el periódico *El Universal* en noviembre de 1900, se muestra entre líneas que la vigilancia higienista-moral sobre con el pulque era una cuestión de clase, y que su consumo tenía por objeto mitigar la miseria y el hambre de las clases bajas, que se encontraban en peligro permanente de pauperización y que era esta situación la que los mantenía en una espiral de degradación moral:

el pulque, en parte por las propiedades alimenticias que posee, pero más por el "vigor ficticio" que produce y por la borrachera delirante que ocasiona, es el recurso a que acuden nuestras últimas clases sociales para "disimular" la miseria y el hambre crónica que las azota. Por exceso, son las bebidas, llámense pulque, o aguardiente, un factor poderoso en la degradación, en la delincuencia y en la mortalidad. Pero estos terribles males no se remedian con prohibir la embriaguez por el alza de los impuestos: el pueblo, mordido por

⁶⁶⁶ "Influencia del pulque en la criminalidad", *El Tiempo. Diario católico*, Ciudad de México, 19 de agosto de 1898.

⁶⁶⁷ "Las pulquerías y la embriaguez", *El Tiempo. Diario católico*, Ciudad de México, 13 de noviembre de 1900.

el hambre, dejará diariamente sus infiernos famélicos para recostar la cabeza en los paraísos artificiales del alcohol⁶⁶⁸.

Si bien en esta misma editorial se señala que el alza en los impuestos sobre el pulque no causará más que perjuicios a los bebedores pobres sin terminar con la enfermedad de la embriaguez, sí encuentran algunas ventajas en estas medidas. Al elevar su precio “los artesanos tendrán un punto de vicio menos donde reunirse, así como ocasión menor de gastar su jornal”⁶⁶⁹. Esta forma de obligar a los trabajadores a no gastar su salario es una expresión de la ética frugal para el ahorro, tan característica de la blanquitud, encarnada en una medida que tenía como objetivo transformar los hábitos del “bajo pueblo” e incrementar su productividad estimulando el ahorro. Era una forma de fijar un “límite racional”, en palabras de *La Patria de México*, que se imponía a “la cantidad de vida, de fuerzas y de elementos pecuniarios que se pierden en ese gran mercado [...] esa gangrena que está corroyendo el cuerpo social”⁶⁷⁰. En el mismo artículo, los redactores de *La Patria de México* proponen sus propias medidas para regular e higienizar el consumo de pulque que, curiosamente, tienen que ver con la intervención física del espacio de los expendios:

Un bando de policía previno que los mostradores fueran de tal manera situados que no hubiese local para que los consumidores estuviesen instalados cómodamente, sino para que el despacho quedase tan solo el tramo que abarca el ancho de las puertas. Este bando ha sido dado al olvido y hoy hay expendios que tienen hasta mesillas para la comodidad de los parroquianos; pues bien, debería de volverse a poner en vigor ese bando a fin de evitar las reuniones que allí se forman y que causan escándalos; si se conserva el despacho por vasos, resultará con la vigencia de ese bando que el parroquiano bebe un vaso únicamente, pues por interés propio el encargado hará que desocupe el lugar donde estaba para que lo

⁶⁶⁸ “Notas editoriales”, *El Universal. Diario de la mañana/diario político de la mañana*, Ciudad de México, 27 de noviembre de 1900.

⁶⁶⁹ *Idem*.

⁶⁷⁰ “Las cantinas, los borrachos y los impuestos”, *La Patria de México. Diario*, Ciudad de México, 21 de enero de 1898.

ocupen otros. Además, el gendarme del punto debe estar alerta para evitar que los ebrios o los concurrentes se instalen en la vía pública y obligarlos a que continúen su camino⁶⁷¹.

Intervenir y vigilar el espacio y con ello modificar la forma del consumo y el comportamiento de los “parroquianos”, eran propuestas pensadas para atacar el problema y evitar también hacinamientos en expendios y en la vía pública. En palabras de *La Voz de México*, si la solución apuntaba a no comprar pulque para beberlo, “es preciso que se inculque en las masas populares el convencimiento de que los vicios son perjudiciales a fin de que se abstengan de ellos, y esto solo puede hacerse moralizándolas”⁶⁷², sin modificar la relación de explotación y las condiciones de miseria que empujaban al consumo excesivo. La reforma “morales” que quería ver la *intelligentsia* higienista requería vastos cambios culturales, que incluyesen una redefinición del carácter nacional⁶⁷³, uno que empatase con la higienizada identidad moderno-occidental.

6.4 La chicha, entre la higiene y la “degeneración”

Por esos mismos años, una discusión similar ocurría en Colombia sobre el consumo y la medicalización de la chicha, el “veneno criollo”, bebida fermentada de maíz que constituía un elemento fundamental de la dieta popular. La historia de chicha había acompañado el devenir de la medicina colombiana, y su medicalización el desarrollo de la institucionalización de la ciencia médica⁶⁷⁴ y, en el vecino país del Perú, la chicha tuvo una relación con el proceso de independencia. Así puede observarse en la canción popular patriótica “La chicha”, escrita por José de la Torre Ugarte, un importante

⁶⁷¹ “Las pulquerías y la embriaguez”, *El Tiempo. Diario católico*, Ciudad de México 13 de noviembre de 1900.

⁶⁷² *La Voz de México*, Ciudad de México, 22 de diciembre de 1900.

⁶⁷³ Piccato, Pablo, ““El Paso de Venus por el disco del sol”: Criminality and Alcoholism in the Late Porfiriato”, *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, Summer, 1995, Vol. 11, No. 2, pp. 203-241.

⁶⁷⁴ Calvo Isaza, Óscar Iván, Saade Granados, Martha, *La ciudad en cuarentena. Chicha, patología y profilaxis*, Bogotá, Ministerio de Cultura, 2002.

funcionario peruano, y musicalizada por José Bernardo Alcedo, un humilde hermano terciario dominico, mulato, dupla que también creó el himno nacional peruano⁶⁷⁵.

En Colombia, durante las primeras décadas del siglo XIX, los médicos consideraban a la chicha una bebida americana y popular, que dotaba de tanto vigor como los vinos y cervezas de origen europeo, además de que daba una alta expectativa de vida a indios y mestizos, sus principales consumidores⁶⁷⁶. Pero con el avance del siglo los médicos comenzaron a señalar las alteraciones mórbidas en el sistema nervioso, elaborando cuadros clínicos del "chichismo", que daba cuenta de las lesiones funcionales que, supuestamente, producía la "toxina" de la chicha en el cuerpo humano. Pero, además, lo correlacionaron con el atraso económico del país, porque causaba problemas en el rendimiento laboral y en la productividad de talleres e industrias⁶⁷⁷. Pues, a diferencia del alcohol, cuyo efecto desata las pasiones más extravagantes y desaparece los "buenos instintos", los enchichados se convierten en entes pasivos con depresión en sus facultades intelectivas: "en ellos no hay locura, sino estupidez y abatimiento en todas sus formas"⁶⁷⁸.

Esta cuestión de la pasividad e improductividad causada por la chicha, respondía a las particularidades del ideario científico del entresiglo. A principios del siglo XX, los médicos colombianos reflejaron un incipiente interés, que se expresó también en toda América Latina, por reconocer los hábitos y cualidades alimenticias de la población. Este

⁶⁷⁵ Esta canción fue estrenada para celebrar la entrada de José de San Martín a Lima, en 1821. La letra exalta a algunas comidas americanas y a la chicha como "licor peruano" que "el Inca la usaba", más sabrosa "que el vino y la sidra / que nos trajo la Hidra". Estas bebidas, el vino y la sidra, son asociadas a los españoles, mientras que la chicha, junto con el recipiente en que se bebe, es identificada con lo americano: "patriotas, el mate / de chicha llenad / y alegres brindemos / por la libertad".

⁶⁷⁶ Merizalde, José Félix, *Epítome de los elementos de Higiene*, Bogotá, Cabides editores, 1828, p. 342, citado en *idem*, p. 29.

⁶⁷⁷ *Idem*.

⁶⁷⁸ Zerda, Liborio, "Estudio químico, patológico e higiénico de la chicha bebida popular en Colombia", en *Anales de la Instrucción Pública en la República de Colombia*, Bogotá, v. XIV, n. 78, 1889, pp. 3-36, p. 20, citado en *idem*, p. 36.

interés tenía como objetivo obtener información para poder regular la alimentación y las condiciones laborales. En palabras del higienista colombiano Pablo García Medina: “la defectuosa alimentación de nuestra clase obrera debe hacernos meditar sobre las funestas consecuencias que ella tiene no solamente sobre la salud individual y colectiva, sino sobre el porvenir de la raza”⁶⁷⁹. Esta relación entre alimentación y productividad se encontraba en la adecuada ingesta de calorías, una que fuera suficiente para el trabajo que se realizaba, junto con adecuadas condiciones de vestido, vivienda e infraestructura fabril, para hacer un balance energético en la actividad económica. Además de que la alimentación jugaba, para los higienistas, un papel central en el “mejoramiento de la raza”, un asunto que también estaba relacionado con la productividad y los esfuerzos por incrementar el rendimiento de la maquinaria humana, algo que se podría lograr al evitar el degenramiento racial y moral de la población, o así lo pensaban los higienistas⁶⁸⁰.

Fue en este contexto que se realizaron esfuerzos para controlar el consumo de la chicha, y que conjugaron, religiosamente, las normas que debían regir sobre las prácticas y los gustos de los trabajadores. Esto se ilustra con los “Mandamientos higiénicos” publicados por el médico Royo Villanova en 1907, que imitaban la forma y el sentido de los diez mandamientos judeocristianos:

- I. Amarás á la luz sobre todas las cosas. La luz del sol es el símbolo de Dios. Todos los bienes proceden de ella.
- II. Jurarás no probar licores ni asistir á espectáculos en lugares cerrados.
- III. Higienizarás las fiestas. Lo que la confesión es para el espíritu, es el baño para el cuerpo. Las prácticas religiosas y las higiénicas son el mejor medio de aprovechar el tiempo cuando no se trabaja.
- IV. Honrarás al aire y al agua corriente. Son el padre y la madre de nuestra salud, que necesita, para engendrarse y sostenerse, de la ventilación y de la limpieza.

⁶⁷⁹ García Medina, Pablo, “La alimentación de nuestra clase obrera en relación con el alcoholismo”, *Revista de Higiene. Órgano del Consejo Superior de sanidad de Colombia* 6, no. 88, 1914, p. 161, citado en , Pohl-Valero, Stefan, ““La raza por la boca entra”: Energy, Diet, and Eugenics in Colombia, 1890-1940”, *Hispanic American Historical Review*, 94, no. 3, 2014, pp. 455-486.

⁶⁸⁰ *Idem*.

- V. No beberás; quien bebe se mata ó puede matar al prójimo.
- VI. No fumarás; quien fuma respira humo en vez de aire y causa molestia a los demás.
- VII. No escupirás; quien escupe roba la salud a sus semejantes.
- VIII. No levantarás polvo bajo ningún pretexto, ni trasnocharás; quien hace lo primero siembra el dolor; quien hace lo segundo, no ama la luz del sol, que es el símbolo de la vida y de la verdad.
- IX. No desearás nada que venga del azar ó del albur; quien juega no trabaja; engaña o es engañado; si alguna vez gana dinero, pierde la tranquilidad, que es la salud del alma, y la salud, que es la paz del cuerpo.
- X. No gastarás el dinero más que en alimento sano, ropa limpia y cama dura, para conseguir lo cual no se necesita codiciar los bienes ajenos⁶⁸¹.

Para Óscar Isaza Calvo y Martha Saade Granados, este documento demuestra la presencia del anhelo de la higiene entre las élites científicas, y sus intenciones por crear y consolidar un nuevo código de comportamiento urbano a través de una nueva legitimidad, ya no religiosa sino científica, que establece las reglas precisas que debían ordenar la vida urbana: “dios cede parte de su luz celeste a la ciencia para discernir el bien y el mal, lo normal y lo patológico”⁶⁸². Los elementos del medio ambiente, como la luz, el aire y el agua, en condiciones adecuadas y con la infraestructura correcta, representaban el paradigma para la salud física y moral. Y por el contrario, su ausencia o su medida incorrecta, llevaba a la oscuridad y el estancamiento que podían propiciar la producción de miasmas por la putrefacción, y con ello, la generación de focos de infección. Este paradigma higienista sería el que intentaría ordenar los expendios de chicha, para higienizarlos.

Los diarios de la capital pedían que, en nombre de la higiene, el decoro, la estética, la moral pública y la policía, se removieran las chicherías que rodeaban la Plaza de Mercado. Porque eran sitios de “vergüenza y peligro” para la ciudad capital⁶⁸³. Además,

⁶⁸¹ Villanova, Royo, *Revista Médica de Bogotá*, 1907, n. 323, p. 251, citado en Calvo Isaza, Saade Granados, *op. cit.*, p. 110-111.

⁶⁸² Calvo Isaza, Saade Granados, *op. cit.*, p. 111.

⁶⁸³ “Por higiene y por decoro”, *El Ariete. Periódico liberal*, Bogotá, 1º de septiembre de 1912.

proliferaban en exceso, pues según los cálculos de la Policía Nacional, existía una cantina por cada 100 habitantes⁶⁸⁴. Afeaban la vía pública y contaminaban el ambiente por su olor "sui generis" a mugre y fermentados y por ser lugar de congregación de "rateros consuetudinarios" que ocupan la acera y "ofenden la vista" y el pudor de los transeúntes⁶⁸⁵. Porque en las chicherías "no se exige ni se observa la higiene ni el aseo. Y fomentan la miseria porque en ellas se consume el jornal de la semana y nada queda para el porvenir, ni para el ahorro. Allí se dan cita todos los malos hábitos para la familia y la sociedad"⁶⁸⁶. Las analogías con el pulque son evidentes.

El prejuicio puede observarse en las afirmaciones higienistas que consideraban a la chicha "el mal de la raza", de una que precisaba ser redimida. Asimismo, las investigaciones señalan el chichismo de tornó sinónimo del alcoholismo en general, independientemente de la preferencia del consumo de la bebida espirituosa, y de pobreza⁶⁸⁷.

La acción política higienista sobre los usos y costumbres alimenticias se constituyó como un campo privilegiado para la transformación de la población. A través de estas intervenciones, el Estado tenía la facultad de controlar tanto la dotación biológica de los individuos, como las prácticas de los grupos sociales, al tornar las formas populares de preparar y tomar los alimentos en la imposición de una "alimentación racional"⁶⁸⁸. Pues el alcance de la ética de la blanquitud también se relacionó con el proceso de industrialización de los alimentos en nombre de la higiene, con el arribo de nuevos productos que expresaban la profundización de la presencia del mercado mundial y capitales extranjeros, con las diferencias socioeconómicas en el acceso a la alimentación

⁶⁸⁴ *Idem.*

⁶⁸⁵ "Las chicherías", *El Ariete. Periódico liberal*, Bogotá, .15 de septiembre de 1912.

⁶⁸⁶ *Idem.*

⁶⁸⁷ Calvo Isaza, Saade Granados, *op. cit.*

⁶⁸⁸ *Idem.*

de calidad, y las transformaciones en la dieta y el paladar de la población, con relación a fenómenos de colonialismo alimenticio y culinario.

Fue justamente entre 1880 y 1914 que se dio una expansión mundial de las cocinas ricas en pan de trigo, carne de res y otros animales, grasas y azúcares, entre las clases populares, dejando de ser un monopolio de consumo de las clases burguesas⁶⁸⁹. Esto, bien podría leerse como una democratización de ciertos alimentos, pero también como la expansión de formas de blanquitud en la manera de producir y consumir estos alimentos, junto con la ideología burguesa de la que podían ser vehículo. Pues lo que se extendió fue un tipo de dieta particular, la anglosajona, del pan blanco, la carne -primero fresca y después procesada-, harinas con grasa y azúcar y café y té, adicionados también con azúcar y leche⁶⁹⁰, llevando este tipo de cocina al hemisferio sur. Un proceso de colonialismo que deja muchas interrogantes, donde su relación con la blanquitud aún está por explorarse.

⁶⁸⁹ Laudan, Rachel, *Gastronomía e imperio. La cocina en la historia del mundo*, México, FCE, 2019.

⁶⁹⁰ *Idem*; Mintz, Sidney, *Dulzura y poder: el lugar del azúcar en la historia moderna*, México, Siglo XXI, 1996.

Reflexiones finales

A lo largo de este trabajo se ha intentado demostrar la presencia de un discurso de blanquitud dentro del ideario de los higienistas latinoamericanos, de finales del siglo XIX y principios del XX, como expresión local de un fenómeno global. Esto, durante un momento en el que se desplegaron reformas urbano-sanitarias para paliar los efectos causados por el crecimiento no planificado de las ciudades, las cuales no sólo implicaron modificaciones arquitectónicas y de traza urbana, sino también intervenciones higiénicas para el saneamiento de las ciudades y sus habitantes, considerados sujetos en peligro constante de degeneración.

El pensamiento de los higienistas se desarrolló en una convergencia entre el racialismo científico de la época, la medicina social, el reformismo y el pensamiento liberal de corte autoritario. En su ideario, que tomó como bandera el combate contra las enfermedades, particularmente las infecto-contagiosas y “degenerativas”, se expresó un tono de “moralismo burgués”⁶⁹¹. Porque la salud corría a la par de las buenas y modernas costumbres, la vida ordenada y ascética, y la productividad del trabajo con su disciplina y frugalidad. La higiene no se identificaba sólo con limpieza y salud, sino con ciertos hábitos y costumbres “modernas” específicas e identificables con los comportamientos recompensados por la ética protestante y su espíritu afín al ethos del capitalismo: la llamada blanquitud identitaria, cultural y social.

Observar las diferencias internas entre los pensamientos higienistas latinoamericanos es una tarea pendiente, que rebasó los límites de esta investigación. Pero en términos generales, en los textos revisados de higienistas, tanto profesionales como amateurs, de aquellos que escribían a veces a título personal y en otras ocasiones como funcionarios de Estado, que virtieron sus ideas en periódicos y revistas tanto especializadas como de

⁶⁹¹ Haudemann-Simon, *op. cit.*

circulación corriente, tanto en sitios como México, Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Chile y Uruguay, aparece el contenido de la blanquitud. Y se acompaña por un discurso de clase y de prejuicios con base en ideas de “raza” y de clase social.

En la primera parte de la investigación, se exploró la “convergencia global” entre higienismo y blanquitud, mostrando que este movimiento sanitarista no sólo se desarrolló en Occidente, sino más allá, como la expresión de una suerte de “modernización higiénica”⁶⁹² que, mientras se desarrollaba la salubridad moderna de los estados decimonónicos, subsumió a prácticas profilácticas diversas a la forma y contenido del higienismo blanco, eurocentrado y con sentido burgués de blanquitud.

Para ello, previamente se abordó el término de blanquitud, a través de una revisión conceptual sobre sus usos en el debate latinoamericano y estadounidense. Definiéndola, de la mano de Bolívar Echeverría, como una característica primariamente ética y sólo secundariamente “racial”, que implica asumir una forma de ser y habitar el mundo como una exigencia para ser “modernos”, distinguiendo entre blancura epidérmica o fenotípica y blanquitud cultural⁶⁹³. Esta blanquitud característica de la modernidad capitalista, expresa rasgos como el comportamiento del productivismo laboral y la racionalidad instrumental, que fueron abrazados por el discurso higienista. Convirtiendo las nociones de lo higiénico en sinónimos de lo moderno a la manera capitalista. Esta ética de la blanquitud aparece encarnada en los discursos de Estado sobre lo mestizo, revisados también en la primera parte de la investigación, para mostrar que, entre las élites latinoamericanas de la época, adscritas al ideario higienista, la blanquitud asumió una forma de mestitud, demostrando que no tenía que poseerse blancura epidérmica para expresar blanquitud social y cultural.

⁶⁹² Rogaski, *Hygienic Modernity*, *op. cit.*

⁶⁹³ Echeverría, *Modernidad y blanquitud*, *op. cit.*

En la segunda parte de la investigación se esbozaron algunas intervenciones sobre la población urbana pauperizada y racializada que se guiaron siguiendo los lineamientos del ideario higienista. En una suerte de “contrapunteo latinoamericano”, se revisaron las intervenciones higienistas sobre la vivienda mestiza en Ciudad de México, orientadas a desaparecer los “resabios” de costumbres indígenas consideradas antihigiénicas y atávicas a través del normamiento de la higiene privada. En esta misma línea de la higiene privada, se desplegaron intervenciones sobre los cuerpos sanos y enfermos, recuperados en un contrapunteo entre Ciudad de México y Buenos Aires, donde el tifo y la fiebre amarilla causaban estragos entre la población, aunque también aparecen destellos de los casos brasileño, uruguayo y filipino para ilustrar los cambios acaecidos entre las nociones de aseo personal, como parte de la moderna higiene privada. También se abordó la cuestión de la higiene industrial, donde la blanquitud se expresó con la incentivación del ahorro y la productividad como prácticas higiénicas y modernas. Y, finalmente, se tomaron los casos de México y Colombia para ilustrar las propuestas de medicalización de la “dieta racional”, con los casos del trigo que era considerado más higiénico y nutritivo que el maíz, con la identificación del consumo de carne de res y de cerdo con prácticas modernas y de “gente decente”, y con el consumo de pulque y chicha como sinónimos de alcoholismo y pobreza, todo ello dentro del ideario higienista y su parte de las prácticas de higiene alimentaria. Pues, como se planteó en este trabajo, la higiene era considerada una “ciencia totalizadora” que podría fungir como vehículo para la modernización y el progreso, entendidos a la manera occidental y burguesa, con rasgos de blanquitud.

Cabe señalar que los casos abordados en este contrapunteo latinoamericano están aterrizados en las intervenciones higienistas desplegadas sobre las ciudades capitales debido a la disponibilidad de las fuentes consultadas. Y, por ello, las diferencias que pudieron existir entre estas intervenciones concretas y aquellas hechas sobre urbes del interior, ciudades portuarias y poblados del mundo rural, deben ser examinadas en otro espacio. Asimismo, si bien esta investigación fue realizada desde un punto de vista

latinoamericano y latinoamericanista, hay una preeminencia de México, o mejor dicho, de la Ciudad de México, resultado de la disponibilidad de fuentes y el lugar de enunciación de la autora.

Las fuentes empleadas fueron preponderantemente periodísticas, donde los higienistas profesionales y los también funcionarios de Estado publicaban textos e intervenían en los debates de la opinión pública. Pero también en los periódicos escribían políticos, abogados y periodistas que, a pesar de no ser higienistas de profesión, participaban de este mismo debate, mostrando que el ideario higienista constituyó un *zeitgeist*, pues de vivían verdaderos “tiempos higiénicos”. Al tratarse de voces provenientes de las élites, permanecen abiertas interrogantes sobre cómo las y los subalternos, objeto de las intervenciones higienistas, asumieron, resistieron y adaptaron el ideario higienista. La investigación histórica nos muestra que los sujetos sociales experimentan dinámicas complejas en el proceso de asimilar ideas y prácticas modernas y modernizadoras, como fue el caso del discurso de la higiene, y que sus reacciones no pueden no fluctuar entre la resistencia, la asimilación y la negociación con sus propios saberes populares⁶⁹⁴. Los “desencuentros culturales” y relaciones de poder suscitadas a raíz de la extensión de las intervenciones del ideario higienista y su recepción entre “los de abajo” es un trabajo pendiente que excedió los límites de esta investigación.

Algunas investigaciones han apuntado a formas en que las clases populares se apropiaron del discurso urbanizador e higienista, al reivindicar su lugar en la ciudad y su derecho a tener acceso a las ventajas de la vida moderna. Ejemplos fueron la fundación de organizaciones políticas como juntas de vecinos, juntas de mejoras materiales y sindicatos de inquilinos que llegaron a hacer huelgas de alquileres, fenómenos donde se aprecia una

⁶⁹⁴ Espinoza, “La higiene como experiencia moderna y placentera”, *op. cit.*

determinación por mejorar el conjunto urbano⁶⁹⁵. El razonamiento detrás de esta organización parecía ser el reconocimiento de que el cumplimiento de sus obligaciones fiscales, el pago de impuestos, les daba derecho a los servicios urbanos. De manera que estas poblaciones exigieron el respeto de sus derechos como ciudadanos, cuando solicitaban a las autoridades de salubridad y municipales el cumplimiento de sus obligaciones sanitarias. O bien, participando de manera directa o indirecta pero autónoma, en la construcción de sistemas de aprovisionamiento urbano en las zonas marginadas de la ciudad⁶⁹⁶. Estos movimientos sociales se insertaron en una lógica más amplia, como ocurrió con los sindicatos de inquilinos y huelgas de pagos, movimientos que se transformarían, ya entrado el siglo XX, en parte de la exigencia de “derechos civiles”⁶⁹⁷.

Asimismo, algunas cuestiones no pudieron ser abordadas, como el papel que el pensamiento higienista otorgó a los roles de género masculino y femenino y todo lo relativo a la higiene sexual, como otro posible espacio de blanqueamiento. Y, en términos más generales, quedaron igualmente pendientes reflexiones sobre las características del ideario higienista en las épocas previas y posteriores del entresiglo, para poder observar cambios y continuidades que permitan apreciar si la relación con la ética de la blanquitud se disipó o se agudizó ya entrado el siglo XX. Todos ellos son temas que quedan abiertos para pesquisas futuras.

⁶⁹⁵ Rodríguez Kuri, *La experiencia olvidada*, op. cit; Durand, Jorge, “Huelga nacional de inquilinos: los antecedentes del movimiento urbano popular en México”, *Estudios Sociológicos*, v. VII, n. 19, 1989, pp. 61-78; Prieto, Agustina, “La prensa y la huelga de los inquilinos de 1907”, en *Huelgas, hábitat y salud en el Rosario de 1900*, Rosario, Cuadernos CICSA, 1995; Suriano, Juan, “La huelga de inquilinos de 1907 en Buenos Aires”, en AA.VV., *Sectores Populares y vida urbana*, Buenos Aires, CLACSO, 1984.

⁶⁹⁶ Rodríguez Kuri, *La experiencia olvidada*, op. cit.

⁶⁹⁷ Aréchiga, op. cit.

Fuentes

Archivos consultados

- ▶ Biblioteca Digital de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo
- ▶ Biblioteca Nacional de Uruguay (Colecciones Digitales)
- ▶ Biblioteca Virtual del Banco de la República, Colombia
- ▶ Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de Brasil
- ▶ Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de Colombia
- ▶ Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España
- ▶ Hemeroteca Nacional de México
- ▶ Hemeroteca Nacional Digital de México
- ▶ Repositorio Digital de la Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

Textos higienistas

Actas de la Tercera Conferencia Sanitaria de las Repúblicas de las Americanas celebrada en la Ciudad de México del 2 al 7 de diciembre de 1907, Washington DC., Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas, 1908.

ALSINA, Juan A., *El obrero en la República argentina*, t. I, Buenos Aires, Imprenta Calle de México, 1905.

ARGUEDAS, Alcides, *Pueblo enfermo. Contribución á la psicología de los pueblos hispano-americanos* [1909] (fragmento), *Latinoamérica. Cuadernos de cultura latinoamericana*, n. 46, UNAM, 1979.

BUNGE, Augusto, *Las conquistas de la higiene social. Informe*, tomo I, Buenos Aires, Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional, 1910.

CALCAGNO, Francisco, *En busca del eslabón: historia de monos* [1888], La Habana, Letras Cubanas, 1983.

CAMPOS Y DÍAZ, Jesús María, *Qué sea la higiene, cuáles sus fundamentos y condiciones sociales de las que depende*, Prueba escrita para el examen general de Medicina, Cirugía y Obstetricia, Facultad de Medicina de México, México, Tipografía de Trinidad Sánchez Santos, 1900.

CÓDIGO Sanitario de los Estados Unidos Mexicanos, México, Imprenta de la Patria, 1891, [URL:<https://archive.org/details/cdigosanitariod00mexigoog>]

CONI, Emilio, *Código médico argentino. Recopilación y resumen de la legislación y jurisprudencia sobre la profesión, deberes y derechos de los médicos, farmacéuticos y parteras*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni, 1879.

_____, *La Ciudad Argentina idea o del porvenir*, en *La semana médica*, Buenos Aires, 1919.

_____, *Memorias de un médico higienista (Contribución a la historia de la higiene pública y social)*, Buenos Aires, A. Flaiba,, 1918.

_____, *Progrès de l'hygiène dans la République Argentine*, Paris, Baillièere et Fils., 1887.

CONSEJO SUPERIOR DE SALUBRIDAD, *La salubridad e higiene pública en los Estados Unidos Mexicanos: Brevísimas reseñas de los progresos alcanzados desde 1810 hasta 1910*, México, Casa Metodista de Publicaciones, 1910.

DE ZAYAS Enríquez, Rafael, *La redención de una raza: estudio sociológico*, Veracruz, Tip. de R. de Zayas, 1887.

FINLAY, Carlos, *Epidemiología de la fiebre amarilla*, La Habana, Imp. Militar Muralla No. 40, 1897.

GUERRERO, Julio, *La génesis del crimen en México, estudio de psiquiatría social*, México, Librería de la Viuda de C. Bouret, 1901.

HOLMBERG, Eduardo Ladislao, *Dos partidos en lucha: fantasía científica* [1875], Buenos Aires, Corregidor, 2006.

LACASSAGNE, A., *Précis d'hygiène privée et sociale*, [1876], Paris, Hachette, 2018.

LÉVY, Michel, *Tratado de higiene pública y privada*, Madrid, R. Labajos, editor, 1879.

LICEAGA, Eduardo, *Mis recuerdos de otros tiempos [obra póstuma]*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1949.

LÓPEZ NÚÑEZ, Álvaro, *Relaciones entre Higiene y la Previsión*, Madrid, Tipografía de la Revista de Arch. Bibl. y Museos, 1915.

MEMORIA histórica, técnica y administrativa de las obras del desagüe del valle de México, 1449-1900, v. I, v.II Apéndice, México, Tip. de la Oficina Impresora de Estampillas, 1902.

MONTEIRO LOBATO, Jose Bento, *O choque das raças o o Presidente Negro: romance americano do ano 2228* [1926], Sao Paulo, Editora Brasiliense, 1979.

ORVAÑANOS, Domingo, *Ensayo de geografía médica y climatología de la República mexicana*, México, Oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1889.

PLANAS Y SAINZ, Juan Manuel, *La corriente del Golfo*, La Habana, El Fígaro, 1920.

_____, *Las teorías del profesor Milicénios*, Cuba, 1917.

PROUST, Andrien, *La défense de l'Europe contre la peste et la conférence de Venise de 1897*, Paris, Masson et Cia. Éditeurs, 1897.

_____, *La défense de l'Europe contre le choléra*, Paris, G. Masson Éditeur, 1892.

_____, *Traité d'hygiène publique et privée* [1877], París, Nabu Press, 2003.

RAWSON, Guillermo, "Estudio sobre las casas de inquilinato en Buenos Aires" [1883], en *Escritos y discursos*, t. I, Buenos Aires, Compañía Sudamericana de Billetes, 1891.

REPORT on the Sanitary Condition of the Labouring Population and on the Means of its Improvement [en línea], Londres, mayo de 1842, URL: <http://www.deltaomega.org/documents/ChadwickClassic.pdf>

RICHARDSON, Benjamin Ward, *Hygeia. A City of Health* [1876], US, GoodPress, 2019.

RODRÍGUEZ RIVERA, Ramón, RAMÍREZ, José, *Noticias climatológicas de la República mexicana*, Mexico, Oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1886.

ROUMAGNAC, Carlos, *Por los mundos del delito. Los criminales en México. Ensayo de psicología criminal. Seguido de dos casos de hermafroditismo observados por los señores doctores Ricardo Egea, Ignacio Ocampo, jefe del servicio médico de la cárcel de Belén*, México, Tipografía del Fénix, 1904.

RUIZ, Luis E., *Tratado elemental de higiene*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1904.

SILVA, Máximo, *Higiene popular. Colección de conocimientos y de consejos indispensables para evitar las enfermedades y prolongar la vida, arreglado para uso de las familias*, México, Departamento de Talleres Gráficos, 1917.

SIOEN, Achilles, *Buenos Aires en el año 2080. Una historia verosímil*, Buenos Aires, Igon Hermanos Editores, 1879.

TARDIEU, Ambroise, *Des voiries et cimetières*, Paris, Chez J.-B. Baillièrè, 1852.

THOUVENIN, J.P., *L'influence que l'industrie exerce sur la santé des populations dans les grands centres manufacturiers*, 1842.

TERRÉS, José, *Etiología del tabardillo* [1897], México, Tipografía Económica, 1906.

URZAIZ RODRÍGUEZ, Eduardo, *Eugenia. Esbozo novelesco de costumbres futuras* [Mérida, Talleres gráficos, 1919], estudio introductorio de C. Peniche Ponce, México, UNAM, 2000.

VARELA, Luis V., *El doctor Whüntz: fantasía de Raúl Waleis* [1880], en *Tres Nouvelles fantásticas argentinas 1880 – 1920*, San Andrés, Igotas, 2015.

VERA Y GONZÁLEZ, Enrique, *La estrella del sur* [1904], Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 2000.

VILLERMÉ, Louis-René, *Tableau de l'état physique et moral des ouvriers employés dans les manufactures de coton, laine et de soie*, 1840.

WILDE, Eduardo, *Curso de higiene pública*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1885.

_____, *Obras completas*, t. I, Buenos Aires, Talleres Peuser, 1917.

ZALUAR, Augusto Emilio, *O Doutor Benignus*, Brasil, Typ. Globo, 1875.

Otros textos de la época

BELLAMY, Edward, *Mirando atrás desde 2000 hasta 1887* [*Looking Backward*, 1888], España, Akal, 2014.

BULNES, Francisco, *El porvenir de las naciones latinoamericanas*, México, Imprenta de Mariano Nava, 1899.

CABET, Etienne, *Viaje por Icaria* [*Icarie*, 1840], Barcelona: La Oriental, 1848.

DA CUNHA, Euclides, *Los sertones. Campaña de Canudos* [1902], Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980.

DE LOS REYES, Isabelo, *Ang Singsing ng Dalagang Marmol*, Manila, Ang Kapatid ng Bayan, 1905.

_____, *El folklore filipino*, Manila, Tipo-Litografía de Chofré y C.^a, 1889.

_____, *La Religión Antigua de los Filipinos* [1909], Nuevo mundo, 2011.

ENGELS, Friedrich, *Contribución al problema de la vivienda* [en línea], [1873], consultado en diciembre de 2016, URL: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/vivienda/>.

_____, *La situación de la clase obrera en Inglaterra* [1844], Barcelona, Crítica, 1974.

DE MEDINA Y ORMAECHEA, Antonio A., *La Exposición Universal del Primer Centenario Mexicano*, México, Secretaría de Fomento, 1894.

FIRMIN, Joseph Anténor, *Sobre las razas humanas* [1885], La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2013.

FOURIER, Charles, *El Falansterio*, [*Phalange*, 1829], España, Godot, 2009.

KINETOSCOPIO: las crónicas de Ángel de Campo, Micrós, en El Universal (1896), México, UNAM, 2004.

MARX, Karl, *Introducción general a la crítica de la economía política de 1857* [1857], México, Siglo XXI, 1987.

_____, *El Capital. Crítica de la economía política* [1867], t. 1, México, Siglo XXI, 2008.

MOLINA ENRÍQUEZ, Andrés, *Los grandes problemas nacionales*, México, Impr. de A. Carranza e hijos, 1909.

MORA, José María Luis, *México y sus revoluciones* [1836], México, FCE/ICH, 1986.

MOREIRA Pinto, Alfredo, *A cidade de São Paulo em 1900: impressões de viagem*, Rio de Janeiro: Imprensa Nacional, 1900.

MORRIS, William, *Noticias de ninguna parte* [*News from Nowhere* 1890], España, Capitan Swing, 2011.

NABUCO, Joaquim, *O abolicionismo* [1883], São Paulo : Publifolha, 2000.

OWEN, Robert, *Una nueva visión de la sociedad* [*New Lanark*, 1841], Barcelona : Hacer, 1982

PALMA, Clemente, "El porvenir de las razas en el Perú" [1897], *Solar. Revista de Filosofía Iberoamericana*, n. 3, pp. 137-168.

PIMENTEL, Francisco, *Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena en México y medios para remediarla* [1864].

RIVA PALACIO, Vicente, *México a través de los siglos* [1882-1889], México, Balleescá y Compañía ; Barcelona Espasa y Compañía, 1882.

RODRIGUES, Raimundo Nina, *As raças humanas e a responsabilidade penal no Brasil* [1894], Brasil, SciELO - Centro Edelstein, 2001.

SARMIENTO, Domingo Faustino, *Argirópolis, Buenos Aires en el año 2080* [1850], Buenos Aires: Kraft, 1956.

_____, *Conflicto y armonías de las razas en América* [1883], México, Akal, 2016.

SIERRA, Justo, *México. Su evolución social*, México, J. Balleescá y Compañía, 1900.

TAMAYO, Franz, *Creación de la pedagogía nacional* [fragmento, 1910], *Ciencia y Cultura*, n. 30, junio, 2013, pp. 205-2013.

THE Iwakura Embassy, 1871-1873: A True Account of the Ambassador Extraordinary & Plenipotentiary's Journey of Observation Through the United States of America and Europe, USA, Princeton University Press, 2002.

YU, Kil-Chun, *Seoyu Gyeonmun [Observations on Travels in the West]* [1895], Seoul, Seohaemunjip, 2004.

ZUMETA, César, *El continente enfermo* [1899], Caracas: Monte Ávila Editores, 1961.

Hemerografía

A. Periódicos y revistas científicas

▶ BUENOS AIRES, ARGENTINA

Anales del Circuito Médico Argentino

Anales de la Sociedad Científica Argentina

Gaceta Médica Quirúrgica de Buenos Aires

El Naturalista Argentino

La Revista de Farmacia

Revista de Ciencias, Letras y Artes

Revista Médico Quirúrgica. Órgano de los Intereses Médicos Argentinos

▶ CARACAS, VENEZUELA

Gaceta Científica de Venezuela

▶ CIUDAD DE GUATEMALA, GUATEMALA

El Médico Cirujano Centroamericano

▶ CIUDAD DE MÉXICO, MÉXICO

Boletín del Consejo Superior de Salubridad

Craneoscopio

Gaceta Médica de México

El Observador Médico. Revista

La Independencia Médica

Revista Positiva

▶ LA HABANA, CUBA

Anales de la Academia de Ciencias Médicas

Crónica Médico Quirúrgica de La Habana

▶ LIMA, PERÚ

Gaceta Médica de Lima

▶ MONTEVIDEO, URUGUAY

Revista Médico Farmacéutica de Montevideo

▶ NUEVA YORK, ESTADOS UNIDOS

The Medical Record: A Weekly Journal of Medicine and Surgery

The Sanitarian A Monthly Magazine devoted to the preservation of Health, Mental and Physical Culture

▶ RIO DE JANEIRO, BRASIL

Anuário Médico Brasileiro

O Brazil Médico. Revista Semanal de Medicina e Cirurgia

O Progresso Médico

Revista de Engenharia

▶ SALVADOR DE BAHÍA, BRASIL

Gaceta Médica de Bahía

▶ SAN SALVADOR, EL SALVADOR

La Juventud

▶ SANTIAGO DE CHILE, CHILE

Revista Chilena de Higiene

Revista Médica de Chile

▶ VALPARAÍSO, CHILE

Gaceta Médica de Valparaíso

B. Otros periódicos y revistas

▶ BOGOTÁ, COLOMBIA

El Ariete. Periódico liberal

▶ CIUDAD DE BUENOS AIRES, ARGENTINA

La Nación

La Prensa

▶ CIUDAD DE MÉXICO, MÉXICO

Diario del Hogar. Periódico de las familias

El Abogado cristiano

El Centinela español

El Correo español

El Diario. Periódico independiente

El Economista mexicano

El Imparcial. Diario de la mañana

El Municipio Libre

El Monitor Republicano

El Nacional. Periódico de política, literatura ciencias, artes, industria, agricultura, minería y comercio

El Partido Liberal

El Popular. Diario independiente de la mañana

El Siglo Diez y Nueve

El Tiempo. Diario católico

El Universal. Diario de la mañana/diario político de la mañana

Gaceta Comercial. Diario mercantil, industrial y de noticias. Órgano de las clases productoras

La Convención Radical Obrera

La Iberia. Diario hispano-americano de la mañana

La Patria. Diario de México

La Voz de México

Semana Mercantil

- ▶ GUADALAJARA, MÉXICO

El Informador. Diario independiente

- ▶ MANILA, FILIPINAS

La Redención del Obrero. Periódico Defensor de los Derechos de los Trabajadores de Filipinas

- ▶ MONTEVIDEO, URUGUAY

Rojo y blanco. Semanario ilustrado

- ▶ RÍO DE JANEIRO, BRASIL

Jornal do Commercio

Kosmos. Revista Artística, Científica y Literaria

Bibliografía

ABU-LUGHOD, Janet, "Tale of Two Cities: The Origins of Modern Cairo", *Comparative Studies in Society and History*, Jul., 1965, Vol. 7, No. 4, pp. 429-457.

ADAMS, Carol J., *La política sexual de la carne*, España, Ochosocuartos, 2018.

ADAMS, Mark B., *The Wellborn Science. Eugenics in Germany, France, Brazil and Russia*, New York, Oxford University Press, 1990.

AGAMBEN, Giorgio, *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, España, Pre-textos, 2006.

AGOSTONI, Claudia, *Monuments of Progress. Modernization and Public Health in Mexico City, 1876-1910*, Canadá, University of Calgary Press/University Press of Colorado/IIH-UNAM, 2003.

_____, "Las delicias de la limpieza: la higiene en la Ciudad de México", *Historia de la vida cotidiana en México*, t. IV, Anne Staples (coord.), México, FCE/El Colegio de México, 2006.

ALVIZURI, Verushka, "Evo Morales o la reinención de la indianidad", *Evografías. Indianismo, política y sociedad en la Bolivia de Evo Morales (2006-2016)*, Santa Cruz de la Sierra, Editorial El País, 2017.

APPELBAUM, Nancy et al. (eds.), *Race and Nation in Modern Latin America*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2003.

ARÉCHIGA Córdoba, Ernesto, "Lucha de clases en la ciudad. La disputa por el espacio urbano, ca. 1890-1930", en Illades, Carlos, Barbosa Cruz, Mario (coords.) *Los trabajadores de la ciudad de México, 1860-1950: textos en homenaje a Clara E. Lida*, México, COLMEX/UAM-C, 2013, 19-50.

ARIÈS, Phillipe, DUBY, George (dirs.), *Historia de la vida privada*, t.4 De la Revolución francesa a la Primera Guerra Mundial, Madrid, Taurus, 2017.

ARKARAPRASERTKU, Non, "Power, Politics, and the Making of Shanghai", *Journal of Planning History*, n. 9. v. 4, octubre 2010, pp. 232-259.

ARMUS, Diego, *La ciudad impura. Salud, tuberculosis y cultura en Buenos Aires, 1870-1950*, Buenos Aires, Edhasa, 2007.

_____, "Un médico higienista buscando ordenar el mundo urbano argentino de comienzos del siglo XX", *Salud colectiva*, n. 3, v. 1, enero-abril 2007, pp. 71-80.

_____, "Utopía Higiénicas/Utopías Urbanas: Buenos Aires 1920", en Gisela Heffes (ed.), *Utopías Urbanas: geopolíticas del deseo en América Latina*, Madrid/Frankfurt, Vervuert, 2013, pp. 115-130

_____, (comp.), *Mundo urbano y cultura popular: Estudios de historia social argentina*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1990.

ARNESEN, Eric, "Whiteness and the Historian's Imagination", *International Labor and Working-Class History*, no. 60 (Fall, 2001), pp. 3-32.

BARNES, David, *The Making of a Social Disease. Tuberculosis in Nineteenth Century France*, Berkeley, University of California Press, 1995.

BASAVE BENÍTEZ, Agustín, *México mestizo. Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez*, México, FCE, 1992.

BAYLY, Christopher, *El nacimiento del mundo moderno 1780-1914*, Madrid, Siglo XXI España, 2010.

BEGUIN, François, "As máquinas inglesas do conforto", *Espaço e Debates*, no. 34, 1991.

BELTRÃO MARQUES, Vera Regina, *A medicalização da raça. Médicos, educadores e discurso eugênico*, Campinas, Editora da Unicamp, 1994.

BENCHIMOL, Jaime Larry, "Fiebre amarilla: miasmas, microbios y mosquitos. Una historia a vuelo de pájaro vista desde Brasil", *Revista Biomédica*, v. 21, n. 3, UADY, septiembre-diciembre, 2010, pp. 247-266.

_____, *Pereira Passos, um Hausmann tropical. A renovação urbana da cidade do Rio de Janeiro no início do século XX*, Rio de Janeiro, Prefeitura da cidade do Rio de Janeiro/Secretaria Municipal de Cultura, Turismo e Esportes/Departamento Geral de Documentação e Informação Cultural, 1992.

BENEVOLO, Roberto, *Orígenes del urbanismo moderno*, España, H. Blume Ediciones, 1976.

BENJAMIN, Walter, *El libro de los pasajes* [1927], México, Akal, 2005.

BERUETE, Santiago, *Jardinosofía. Una historia filosófica de los jardines*, Madrid, Turner, 2016.

BHABHA, Homi, "The White Stuff", *Artforum International*, Volume 36, Issue 9, May 1998.

BICKFORD-SMITH, Vivian, "South African Urban History, Racial Segregation and the Unique Case of Cape Town?", *Journal of Southern African Studies*, Vol. 21, No. 1, Special Issue: Urban Studies and Urban Change in Southern Africa, Mar., 1995, pp. 63-78.

BIELETTO Bueno, Natalia, "Peladito (Pelado)", en Herrera-Sobek, Maria, *Celebrating Latino Folklore: An Encyclopedia of Cultural Traditions*, Santa Barbara, CA., ABC-CLIO, 2012.

BIGON, Liora, "Urban planning, colonial doctrines and street naming in French Dakar and British Lagos, c. 1850-1930", *Urban History*, Vol. 36, No. 3, December 2009, pp. 426-448.

BLEE, Kathleen M., *Women of the Klan: Racism and Gender in the 1920s*, Berkeley, University of California Press, 1991.

BOARINI, Maria Lúcia, *Higiene e raça como projetos : higienismo e eugenismo no Brasil*, Maringá, EDUEM, 2003.

"Bolivia es más mestiza que indígena", *El País*, 6 de agosto del 2013, https://elpais.com/internacional/2013/08/06/actualidad/1375814823_694555.html

BONFIL BATALLA, Guillermo, *México profundo. Una civilización negada* [1987], México, Debolsilo, 2005.

BONILLA-SILVA, Eduardo, "The Invisible Weight of Whiteness: The Racial Grammar of Everyday Life in Contemporary America", *Ethnic and Racial Studies*, año 35, v. 2, 2012, pp. 173-194.

BORDI DE RAGUCCI, Olga, *El agua privada en Buenos Aires (1856-1892)*, Buenos Aires, Editorial Vinciguerra, 1997.

BRESCIANNI, Maria Stella M., "Historiografía e história das cidades, um percurso", en Marcos César de Freitas (org.), *Historiografía brasileira em perspectiva*, São Paulo, Contexto, 2012.

CAIRO CAROU, Heriberto et al. (eds.), *Actas del Congreso Internacional "América Latina: La autonomía de una región" organizado por el Consejo Español de Estudios Iberoamericanos (CEEIB) y la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid (UCM), celebrado en Madrid el 29 y 30 de noviembre de 2012*, España, Trama, 2012.

CALVO ISAZA, Óscar Iván, SAADE GRANADOS, Martha, *La ciudad en cuarentena. Chicha, patología y profilaxis*, Bogotá, Ministerio de Cultura, 2002.

CARRILLO, Ana María, "Del miedo a la enfermedad al miedo a los pobres", en Elisa Speckman et al., *Los miedos en la historia*, México, El Colegio de México/IIH-UNAM, 2009.

CASAÚS ARZÚ, Marta Elena, "El mito impensable del mestizaje en América central. ¿Una falacia o un deseo frustrado de las élites intelectuales?", *Anuario de Estudios Centroamericanos*, Universidad de Costa Rica, n. 2014, 40, 77-113.

_____, *Linaje y racismo*, San José, Flacso, 1992

CASTAÑEDA GUILLOT, Carlos; RAMOS SERPA, Gerardo, "Principales pandemias en la historia de la humanidad", *Revista Cubana de Pediatría*, v. 92, suplemento 1, Ciudad de la Habana, 2020.

"Censo. El boliviano se considera indígena y a la vez mestizo", *Eju!*, 29 de noviembre de 2011, <https://eju.tv/2011/12/censo-el-boliviano-se-considera-indigena-y-a-la-vez-mestizo/>

"Censo: menos indígenas es un mensaje político", *Eju!*, 11 de agosto de 2013, <https://eju.tv/2013/08/censo-menos-indigenas-es-un-mensaje-politico/>

CERVANTES, Miguel de, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Madrid, Espasa-Calpe, 1966.

CHAOU, María Elena, "La higiene escolar en la Ciudad de México en los inicios del siglo XX", en *Historia Mexicana*, v. 62, n. 1, El Colegio de México, 2012, pp. 249-304.

CHEVALIER, Louis, *Classes laborieuses et classes dangereuses à Paris pendant la première moitié du XIXe siècle*, Paris Plon, 1958.

CHOAY, Françoise, *Urbanismo. Utopías y realidades*, Barcelona, Lumen, 1970.

COBBAN, James L., "Public Housing in Colonial Indonesia 1900-1940", *Modern Asian Studies*, Vol. 27, No. 4, Oct., 1993, pp. 871-896.

COUTO, Cristóbal, LÓPEZ Mato, Omar, *La fiebre amarilla*, Buenos Aires, Olmo Ediciones, 2015.

CORBIN, Alain, *El perfume o el miasma. El olfato y lo imaginario social. Siglos XVIII y XIX*, México, FCE, 1987.

_____, (coord.), *Historia del cuerpo*, v. 2 De la Revolución francesa a la Gran Guerra, Madrid, Taurus, 2005.

"Coronavirus minuto a minuto: pandemia tiene confinada a media humanidad", Portal de la *Deutsche Welle*, 2 de abril de 2020, <https://www.dw.com/es/coronavirus-minuto-a-minuto-pandemia-tiene-confinada-a-media-humanidad/a-53000881>.

"Covid-19: "Ninguna epidemia ha afectado más a los ricos que a los pobres"", *BBC Mundo*, 23 de octubre de 2020, <https://www.bbc.com/mundo/noticias-54630030>.

CRAVINO, Ana, "Historia de la vivienda social. Primera parte: del conventillo a las casas baratas", *Vivienda & Ciudad*, v. 3, diciembre 2016, pp. 7-24.

CROSBY, Alfred W., *Imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa, 900-1900*, Barcelona, Crítica, 1999.

DANIELS, Jessie, "Irish-Americans, Racism and the Pursuit of Whiteness", *Racism Review* [en línea], 17 de marzo 2009, URL: <http://www.racismreview.com/blog/2009/03/17/irish-americans-racism-whiteness/>,

DE LA CADENA, Marisol, *Indigenous mestizos: the Politics of Race and Culture in Cuzco, 1919-1991*, Durham, Duke University Press, 2000.

DE LA PEÑA, Guillermo, "El futuro del indigenismo en México: del mito del mestizaje a la fragmentación neoliberal", en Yamada, Mutsuo, Degregori, Carlos Iván, (orgs.), *Estados nacionales, diversidad y democracia en América Latina*, Osaka, National Museum of Ethnology, 2002.

DE PAOLI, Paula, *Entre reliquias e casas velhas. A arquitetura das reformas urbanas de Pereira Passos no centro do Rio de Janeiro*, Rio de Janeiro, FAPERJ, 2013.

DEPESTRE, René, "Buenos días y adiós a la negritud", en *Antología del pensamiento crítico haitiano contemporáneo*, Camila Valdés León, Frantz Voltaire (coords.), Buenos Aires, CLALSO, 2018

"Defensoría señala a Jeanine Áñez por comentarios racistas", *24 horas. El Diario sin límites*, <https://www.24-horas.mx/2020/01/07/defensoria-senala-a-jeanine-anez-por-comentarios-racistas/>

DOMINGUEZ, Virginia, *White by Definition: Social Classification in Creole Louisiana*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1986.

DUBOIS, W.E.B, *Black Reconstruction in America. An Essay Toward a History of the Part Which Black Folk Played in the Attempt to Reconstruct Democracy in America, 1860-1880*, New York: Harcourt, Brace & Company, 1935.

_____, *Darkwater, Voices from Within the Veil* [1920], New York, Washington Square Press, 2004.

DUBOS, Rene J., "Medical Utopias", *Daedalus*, v. 88, n. 3, summer, 1959, pp. 410-424.

DUPEY García, Élodie, Pinzón Ríos, Guadalupe (coords.), *Aproximaciones a los olores en la historia de México*, México, FCE/IIH-UNAM, 2020.

DURAND, Jorge, "Huelga nacional de inquilinos: los antecedentes del movimiento urbano popular en México", *Estudios Sociológicos*, v. VII, n. 19, 1989, pp. 61-78.

ECHVERRÍA, Bolívar, *El discurso crítico de Marx*, México, Era, 1986.

_____, *La modernidad de lo barroco*, México, Era, 1998.

_____, *Modernidad y blanquitud*, México, Era, 2010.

_____, "Obama y la "blanquitud"" en *El Telégrafo. Decano de la prensa nacional*, 9 de marzo del 2009.

"El genocidio (estadístico) de indígenas en Bolivia", *El Confidencial*, 18 de febrero de 2014, https://www.elconfidencial.com/mundo/2014-02-18/el-genocidio-estadistico-de-indigenas-en-bolivia_90694/.

"El mestizaje en Bolivia es negado en la boleta del censo 2012", *El Día*, 8 de enero de 2012, https://eldia.com.bo/index.php?cat=447&pla=3&id_articulo=82592

ELIAS, Norbert, *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, FCE, 1989.

"En México las personas pobres tienen doble riesgo de morir", *Portal de Naciones Unidas, México*, 21 de agosto de 2020, <https://coronavirus.onu.org.mx/en-mexico-el-covid-19-mata-al-doble-a-los-pobres-e-indigenas>.

ESPINOZA, Juan Miguel, "La higiene como experiencia moderna y placentera: la difusión de concepciones y prácticas asociadas a salubridad en la revista *Varietades* (Perú, 1908-1920)", en Lossio, Jorge, Barriga, Eduardo (eds.), *Salud Pública en el Perú del siglo XX. Paradigmas, discursos y políticas*, Lima, Instituto Riva-Aguero/PUCP, 2017.

"Evo dice que pregunta mestizo en Censo 2012 era para dividir Bolivia", *Opinión. Diario de circulación nacional*, 21 de noviembre de 2012, <https://www.opinion.com.bo/content/print/evo-dice-pregunta-mestizo-censo-2012-era-dividir-bolivia/20121121134200438557>

FANON, Frantz, *Piel negra, máscaras blancas*, España, Akal, 2013.

FIGUEROA, Mónica, "Mestizaje, cotidianidad y las prácticas contemporáneas del racismo en México", en Elisabeth Cunin (coord.), *Mestizaje, diferencia y nación. Lo "negro" en América Central y el Caribe*, México: Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2013, pp. 129-170.

FIQUEPRON, Maximiliano Ricardo, "Lugares, actitudes y momentos durante la peste: representaciones sobre la fiebre amarilla y el cólera en la ciudad de Buenos Aires, 1867-1871", *História, Ciências, Saúde - Manguinhos*, v. 25, n. 2, abril-junio, 2018, pp.335-351.

FLORESCANO, Enrique, Malvido, Elsa (comps.), *Ensayos sobre la historia de las epidemias en México*, México, Instituto Mexicano del Seguro Social, 1992.

FOLEY, Nick, *The White Scourge: Mexicans, Blacks and Poor Whites in Texas Cotton Culture*, Berkeley, 1997.

FOUCAULT, Michel, *Defender la sociedad*, Buenos Aires, FCE, 2001.

_____, *Historia de la sexualidad*, t. I La voluntad de saber, México, Siglo XXI, 1991.

_____, *Obras esenciales*, Barcelona, Paidós, 2013.

_____, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI, 2009.

FRANKENBERG, Ruth, *White Women, Race Matters. The Social Construction of Whiteness*, London, Routledge, 1993.

FRENCH, Jan Hoffman, *Legalizing Identities: becoming Black or Indian in Brazil's Northeast*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2009.

GANDARILLA SALGADO, José Guadalupe, *Modernidad, crisis y crítica*, México, CEIICH-UNAM, 2015.

GARCÍA, Juan César, "La medicina estatal en América Latina (1880-1930)", *Revista Cubana de Salud Pública*, vol. 42, no.1, Ciudad de La Habana, enero-marzo, 2016.

GARCÍA BLANCO, Saúl, "La educación higiénica y médica en los aztecas", *Aula: Revista de Pedagogía de la Universidad de Salamanca*, n. 5, 1993, pp. 59-65.

GARCÍA GONZÁLEZ, Armando, Álvarez Peláez, Raquel, *En busca de la raza perfecta: eugenesia e higiene en Cuba (1898-1958)*, España, CSIC, 1999.

GARCÍA LINERA, Álvaro, *Identidad boliviana. Nación, mestizaje y plurinacionalidad*, Bolivia, Vicepresidencia del Estado Plurinacional/Presidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional, 2014.

GARNER, Steve, *Whiteness: An Introduction*, London, Routledge, 2007.

GAY, Peter *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud*, t. I La educación de los sentidos , t. II Tiernas pasiones, México, FCE, 1992.

GAYTÁN, Marie Sarita, "Drinking difference: Race, consumption, and alcohol prohibition in Mexico and the United States", *Ethnicities* , June 2014, Vol. 14, No. 3, pp. 436-457.

GAZTAMBIDE-FERNÁNDEZ, Rubén, ANGOD, Leila, "Approximating Whiteness: Race, Class, and Empire in the Making of Modern Elite/White Subjects", *Educational Theory*, v. 69, n. 6, 2019, pp. 719-743.

GEULEN, Christian, "The Common Grounds of Conflict: Racial Visions of the World Order, 1880-1940", en Sebastian Conrad, Dominic Sachsemeier (eds.), *Competing Visions of World Order. Global Moments and Movements, 1880-1930s*, Basingstoke, Palgrave MacMillan, 2007.

GILLER, Diego Martín, "La cuestión étnica en disputa. Tres interpretaciones sobre lo indio en Bolivia", *Corpus. Archivos Virtuales de la Alteridad Americana*, v. 4, n. 1, enero-junio, 2014, pp. 1-33.

GLISSANT, Édouard, *Poétique de la Relation*, París, Gallimard, 1990.

GÓMEZ IZQUIERDO, Jorge, Sánchez y Díaz de Rivera, María Eugenia, *La ideología mestizante, el guadalupanismo y sus repercusiones sociales, una revisión crítica de la "identidad nacional"*, México, BUAP/UI, 2011.

GONZÁLEZ-MOLINA, Julio, "Políticas de salud y vida saludable en México-Tenochtitlán", *Revista Facultad Nacional de Salud Pública*, v. 19 n. 1, enero-junio, 2001, pp. 104-113.

GONZÁLEZ NAVARRO, MOISÉS, "Las ideas raciales de los científicos, 1890-1910", en *Historia mexicana*, XXXVII, 4, 1988, México, El Colegio de México, pp. 565-583.

_____, "México en una laguna", *Historia Mexicana*, 4, no. 4, abril-junio, México, El Colegio de México, pp. 506-522.

GORELIK, Adrián, *La grilla y el parque: espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2004.

GOTTFRIED, Robert S, *La muerte negra*, México, FCE, 1989.

GOULD, Jeffrey, *To Die in this Way: Nicaraguan Indians and the Myth of the Mestizaje, 1880-1960*, Durham, Duke University Press, 1998.

GRUNER, Eduardo, *La oscuridad y las luces. Capitalismo, cultura y revolución*, Buenos Aires, Edhasa, 2010.

GRUZINSKI, Serge, *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*, México, FCE, 2010.

_____, *El pensamiento mestizo*, Paidós, Barcelona, 2000.

GUERRAND, Roger-Henri, "Espacios privados", Ariès, Philippe, Duby, Georges (dirs.), *Historia de la vida privada*, t.4 De la Revolución francesa a la Primera Guerra Mundial, Madrid, Taurus, 2017.

H Aidar, Victoria, *Trabajadores en riesgo. Una sociología de la biopolítica de la población asalariada en la Argentina (1890-1915)*, Buenos Aires, Prometeo, 2008.

HALE, Charles R., "Mestizaje, Hybridity and the Cultural Politics of Difference in Post-Revolutionary Central America", *Journal of Latin American Anthropology*, n. 2, v. 1, 1996, pp. 34-61.

_____, "Neoliberal Multiculturalism: the Remaking of Cultural Rights and Racial Dominance in Central America", *PoLAR: Political and Legal Anthropology Review*, n. 28, v. 1, 2005, pp. 10-28.

HALPERIN Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 1969.

HARRIS, Cheryl I., "Whiteness as Property", *Harvard Law Review*, Vol. 106, No. 8 (Jun., 1993), pp. 1707-1791.

HARVEY, David, *París. Capital de la Modernidad*, Madrid, Akal, 2008.

HAUDEMANN-SIMON, Calixte, *La conquista de la salud en Europa 1750-1900*, Madrid, Siglo XXI España, 2017.

HERNÁNDEZ BRINGAS, Héctor Hiram, "Mortalidad por COVID-19 en México: notas preliminares para un perfil sociodemográfico" *Notas de coyuntura del CRIM*, n. 36, México, CRIM-UNAM, 17 de junio de 2020, 7 págs.

HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, María del Pilar et al (coords.), *Porfirio Díaz y el derecho. Balance crítico*, México, IJ-UNAM, 2015

HERRERA RANGEL, Daniel, "Las pintas de la sirvienta. El tifo y el temor a los pobres en la ciudad de México, 1874-1877", *Estudios de Historia moderna y contemporánea de México*, n. 41, México, enero/junio, 2011.

HOBBSAWM, Eric, *La Era del capital*, Barcelona, Crítica, 2010.

_____, *La Era del imperio*, Barcelona, Crítica, 2005.

_____, *La Era de la revolución*, Barcelona, Crítica, 2011.

HOFBAUER, Andreas, "O conceito de "raça" e o idéario do "branqueamiento" no século XIX. Bases ideológicas do racismo brasileiro", *Teoria e pesquisa*, no. 42, v. 43, enero-julio, 2003, pp. 63-110.

HOOGERVORST, Tom, Nordholt, Henk Schulte, "Urban Middle Classes in Colonial Java (1900-1942)", *Bijdragen tot de Taal-, Land- en Volkenkunde*, Vol. 173, No. 4, Special Issue: New Urban Middle Classes in Colonial Java, 2017, pp. 442-474.

HOWLIN, Diego, "Vómito Negro Historia de la fiebre amarilla, en Buenos Aires de 1871", *Persona. Revista Electrónica Mensual de derechos existenciales*, n.34, octubre de 2004.

HUNEFELDT, Christine, "Los negros de Lima: 1800-1830", *Histórica*, v. III, n. 1, julio de 1979, pp.17-51.

ICHIKAWA, Hiroo, "The Evolutionary Process of Urban Form in Edo/Tokyo to 1900", *The Town Planning Review*, Vol. 65, No. 2, Apr., 1994, pp. 179-196.

IGNATIEV, Noel, *How the Irish Became White* [1995], Routledge, 2008.

JACQUET, Chantal, *Filosofía del olfato*, México, Paidós, 2016.

KALIFA, Dominique, *Os bas-fonds. História de um imaginário*, Sao Paulo, EDUSP, 2017.

KEATING, AnnLouise, "Interrogating 'Whiteness,' (De)Constructing 'Race'", *College English*, n. 57 1995, pp. 901-918.

KINGSMAN GARCÉS, Eduardo, *La ciudad y los otros. Quito, 1860-1940. Higiene, ornato y policía*, Ecuador, Flacso Ecuador/Universitat Rovira i Virgili, 2006.

KLOR DE ALVA, J. Jorge, "The postcolonization of the (Latin) American experience: a reconsideration of "colonialism," "postcolonialism" and "mestizajes", en *After colonialism, imperial histories and postcolonial displacements*, Gyan Prakash (ed.), Princeton: Princeton University Press, 1995.

KOHL, Alejandro, *Higienismo argentino: historia de una utopía. La salud en el imaginario colectivo de una época*, Buenos Aires, Dunken, 2006.

KOLLONTAI, Alexandra, *La mujer nueva y la moral sexual*, México, Juan Pablos, 2009.

- KURNITZKY, Horst, *Edipo: un héroe del mundo occidental*, México, Siglo XXI, 1992.
- La vivienda colectiva en la Ciudad de Buenos Aires. Guía de inquilinatos 1856-1887*, Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 2007.
- LABABIDI, Lesley, *Cairo's Street Stories. Exploring the City's Statues, Squares, Bridges, Gardens, and Sidewalk Cafés*, New York, Cairo, The American University in Cairo Press, 2008.
- LATOUR, Bruno, *The pasteurization of France*, Cambridge, Massachusetts, London, England, Harvard University Press, 1993.
- LAUDAN, Rachel, *Gastronomía e imperio. La cocina en la historia del mundo*, México, FCE, 2019.
- LE GOFF, Jacques, TRUONG, Nicolas, *Una historia del cuerpo en la Edad Media*, Barcelona, Paidós, 2005.
- LEAR, John, *Workers, Neighbors and Citizens: The Revolution in Mexico City*, University of Nebraska Press, Lincoln, 2001.
- LEMUS, J. Jesús, "El rostro de la pandemia en México: los pobres son los más afectados", *Los Angeles Times*, 13 de julio de 2020, <https://www.latimes.com/espanol/mexico/articulo/2020-07-13/el-rostro-de-la-pandemia-en-mexico-los-pobres-son-los-mas-afectados>.
- LIPSITZ, George, *The Possessive Investment in Whiteness: How White People Profit from Identity Politics*, Temple University Press, 2006.
- LIRA, Andrés, *Comunidades indígenas frente a la Ciudad de México. Tenochtitlan, Tlatelolco, sus pueblos y barrios, 1812-1919*, México, COLMEX, 1995.
- _____, "Secularización de la vida", en *La ciudad federal. México, 1824-1827; 1874-1884 (dos estudios de historia institucional)*, México, El Colegio de México, 2000.
- LOPEZ, Ian Haney, *White by Law. The Legal Construction of Race*, New York: New York University Press, 1996.
- LÓPEZ BELTRÁN, Carlos, *El sesgo hereditario. Ámbitos históricos del concepto de herencia biológica*, México, UNAM, 2004.
- LÓPEZ BELTRÁN, Carlos, WADE, Peter, RESTREPO, Eduardo, VENTURA SANTOS, Ricardo (eds.), *Genómica mestiza. Raza, nación y ciencia en Latinoamérica*, México, FCE, 2017.
- LÓPEZ-DURÁN, Fabiola, *Eugenics in the Garden: Architecture, Medicine and Landscape from France to Latin America in the Early Twentieth Century*, Massachusetts, Massachusetts Institute of Technology, 2009.
- _____, "Utopía en práctica. Eugenesia y naturaleza en la construcción de la ciudad moderna latinoamericana", en Gisela Heffes (ed.), *Utopías Urbanas: geopolíticas del deseo en América Latina*, Madrid/Frankfurt, Vervuert, 2013", *op. cit.*, Michèle Riot-Sarcey, et al., *Dictionnaire des Utopies*, Paris, Éditions Larousse, 2002.
- LOVEMAN, Mara, *National Colors: Racial Classification and the State in Latin America*, Oxford, Oxford University Press, 2014.

MAJORS, Steve, "I'm a black man with white privilege. I see how it distorts America", *The Washington Post*, 11 de junio de 2020, https://www.washingtonpost.com/outlook/black-white-privilege/2020/06/11/e9da09b8-ab78-11ea-a9d9-a81c1a491c52_story.html.

MALAMUD, Carlos, "Bolivia no es país para mestizos", 14 de enero de 2013, <http://www.aigob.org/bolivia-no-es-pais-para-mestizos/>

MALLON, Florencia E., "Constructing Mestizaje in Latin America: Authenticity, Marginality and Gender in the Claiming of Ethnic Identities", *Journal of Latin American Anthropology*, v. 2, n. 1, 1996, pp. 170-181.

MANZANARES RUBIO, Sara, "Passing for White: blanquitud y performatividad en la obra de Yinka Shonibare, MBE", *Forma. Revista d'estudis comparatius*, n. 2, 2013, pp. 83-93.

MÁRQUEZ MORFÍN, Lourdes, *La desigualdad ante la muerte en la ciudad de México. El tifo y el cólera*, México, Siglo XXI, 1994.

MARTÍNEZ MARZOA, Felipe, *La filosofía del capital*, España, Abada, 2018.

MARTÍNEZ ORTEGA, Bernardo, "El cólera en México durante el siglo XIX", *Ciencias. Revista de cultura científica*, no. 25, enero-marzo, 1992, pp. 37-40.

MATARREDONA DESANTES, Nuria, "La arquitectura del baño de vapor en la cultura maya", *Estudios de Cultura Maya*, v. 44, n. 44, 2014, pp. 11-40.

MBEMBE, Achille, *Crítica de la razón negra. Ensayo sobre el racismo contemporáneo*, Buenos Aires, Futuro Anterior, 2016.

MCGROW, Jason, "Purificar la nación: eugenesia, higiene y renovación moral-racial de la periferia del Caribe colombiano, 1900-1930", *Revista de Estudios Sociales*, no. 27, Bogotá, agosto, 2007, pp. 62-75.

MCNEILL, William, *Plagas y pueblos*, Madrid, Siglo XXI, 1984.

MEMÓRIA da destruição. Rio - Uma história que se perdeu (1889-1965), Rio de Janeiro, Prefeitura da Cidade do Rio de Janeiro/Secretaria das Culturas/Arquivo da Cidade, 2002.

MILLS, Charles, *The Racial Contract*, Ithaca, Cornell University, 1997.

MIN, You-Ki, PARK, Sam-Hun, "East Asian's Perception of Western Countries' Urban Hygiene and Public Health in the Late Nineteenth Century: A Review Article", *Iranian Journal of Public Health*, 2017, October, no. 46, v. 10, pp. 1309-1317.

MINTZ, Sidney, *Dulzura y poder: el lugar del azúcar en la historia moderna*, México, Siglo XXI, 1996.

MIRANDA, Marisa A., "Eugenesia en Argentina: aportes para una comprensión epistemológica", en Marisa Miranda y Álvaro Girón Sierra (coords.), *Cuerpo, biopolítica y control social. América Latina y Europa en los siglos XIX y XX*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2009, pp. 139-155.

_____, "Eugenesia, esterilización compulsiva y liberalismo constitucional: reflexiones sobre un debate ausente en la Argentina del siglo XX", en Nicolás Cuvi, et. al.

(eds.), *Evolucionismo en América y Europa. Antropología, biología, política y educación*, Quito, FLACSO Ecuador, 2016.

MIRANDA PACHECO, Sergio, *Historia de la desaparición del municipio en el Distrito Federal*, México, Unidad Obrera y Socialista/APN/Frente del Pueblo/Sociedad Nacional de Estudios Regionales, 1998.

MOLINA DEL VILLAR América, *Guerra, tifo y cerco sanitario en la Ciudad de México 1911-1917*, México, CIESAS, 2016.

MOLINA DEL VILLAR, América, MÁRQUEZ MORFÍN, Lourdes, Prado Hernández, Claudia Patricia (eds.), *El miedo a morir. Endemias, epidemias y pandemias en México: análisis de larga duración*, México, CIESAS/Instituto de Investigaciones José María Luis Mora/BUAP/CONACyT, 2013.

MORALES MARTÍNEZ, María Dolores, *Ensayos urbanos. La ciudad de México en el siglo XIX*, México, UAM, 2011.

MORALES MORENO, Jorge, "Discurso, urbanismo y ciudades: de la ciudad de la razón a la ciudad de México", *Sociología*, UAM-A, año 3, no. 3, primavera, 1988.

MORRISON, Toni *Playing in the Dark: Whiteness and Literary Imagination*, Harvard University Press, 1992.

MOTA, André, *Quem é bom já nasce feito: sanitarismo e eugenia no Brasil*, Rio de Janeiro, DP&A Editora, 2003.

MUMFORD, Lewis, *La ciudad en la historia*, Buenos Aires, Ediciones Infinito, 1966.

_____, *La cultura de las ciudades*, España, Pepitas de calabaza, 2018.

NAJMI, Samina, SRINKANTH, Rajini (eds.), *White Women in Racialized Spaces: Imaginative Transformation and Ethical Action in Literature*, Albany, State University of New York Press, 2002.

NAVARRETE LINARES, Federico, "La blanquitud y la blancura, cumbre del racismo mexicano", *Revista e la Universidad de México*, n. 8, septiembre de 2020, pp. 7-12.

_____, "La construcción histórica de la discriminación étnica", *Justicia, desigualdad y exclusión 3. México*, Elisabetta Di Castro (coord.), México, UNAM, 2009, pp. 237-282.

_____, *México racista. Una denuncia*, México, Grijalbo, 2016.

_____, "Pensando los indígenas urbanos y las ciudades indígenas en América", en Miranda Pacheco, Sergio (coord.), *El historiador frente a la ciudad de México. Perfiles de su historia*, México, IIH-UNAM, 2016, p. 229-256.

NELSON, David, "Defining the Urban: The Construction of French-Dominated Colonial Dakar, 1857-1940", *Historical Reflections/Réflexions Historiques*, Vol. 33, No. 2, French Colonial Urbanism, Summer 2007, pp. 225-255.

NIEMONEN, Jack, "Public Sociology or Partisan Sociology? The Curious Case of Whiteness Studies", *The American Sociologist*, vol. 41, no. 1, March 2010, pp. 48-81.

"No es racismo dar atención especial a indígenas: AMLO", *El Economista*, 18 de noviembre de 2019, <https://www.eleconomista.com.mx/politica/No-es-racismo-dar-atencion-especial-a-indigenas-asegura-AMLO-20191118-0006.html>

NOVICK, Alicia, "Planes versus proyectos: Algunos problemas constitutivos del Urbanismo Moderno. Buenos Aires (1910-1936)", *Revista de Urbanismo*, n. 3, agosto, 2000.

NUNES DE AZEVEDO, André, *A grande reforma urbana do Rio de Janeiro: Pereira Passos, Rodrigues Alves e as ideias de civilização e progresso*, Rio de Janeiro, Mauad, 2016.

O'DOCHARTAIG, Fionbarra, *Ulster's White Negroes. From Civil Rights to Insurrection*, AK Press, 2001.

OLIVA, María Elena, *La negritud, el indianismo y sus intelectuales: Aimé Césaire y Fausto Reinaga*, Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, Santiago, Universidad de Chile, 2010.

_____, "Más acá de la negritud: negrismo y negredumbre como categorías de reconocimiento en la primera mitad del siglo XX latinoamericano", *Revista CS*, no. 30, pp. 47-72.

OLIVARES, Omar, "¡A! bañarse se ha dicho! Higienismo, olores y representaciones en la implantación de la ducha en el cambio del siglo XIX al XX en la Ciudad de México", en Dupey García, Élodie, Pinzón Ríos, Guadalupe (coords.), *Aproximaciones a los olores en la historia de México*, México, FCE/IIH-UNAM, 2020, pp. 251-288.

OLUTOLA, Sarah, "I Ain't Sorry: Beyoncé, Serena, and Hegemonic Hierarchies in *Lemonade*", *Popular Music and Society*, v. 42, 2019, pp. 99-117.

"Orgullo de ser mestiza" [Entrevista a Silvia Rivera Cusicanqui], *Página 12*, 30 de julio de 2010, <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-5889-2010-07-30.html>,

OROZCO RÍOS, Ricardo, "Temas médicos y sanitarios en el Porfiriato", *Boletín Mexicano de Historia y Filosofía de la Medicina*, año 5, no. 2, 2002.

ORTIZ, Fernando, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1983.

OSTERHAMMEL, Jurgen, *La transformación del mundo. Una historia global del siglo XIX*, Barcelona, Crítica, 2016.

OWEN, David S., "Towards a Critical Theory of Whiteness", *Philosophy & Social Criticism*, v. 33, n. 2, 2007, pp. 203-222.

PAIVA, Verónica, "Entre miasmas y microbios. La ciudad bajo la lente del higienismo. Buenos Aires 1850-1890", *Revista Área*, n. 4, 1996.

PALMA, Héctor, *"Gobernar es seleccionar" apuntes sobre la eugenesia*, Buenos Aires, Jorge Baudini Ediciones, 2002.

PÉREZ VEJO, Tomás, "Exclusión étnica en los dispositivos de conformación nacional en América Latina", *Interdisciplina*, vol. 2, no. 4, México, CEIICH-UNAM, 2014.

PÉREZ VEJO, Tomás, YANKELEVICH, Pablo (coords.), *Raza y política en Hispanoamérica*, México, Bonilla Artigas/COLMEX/Iberoamericana Vervuert, 2017.

_____ (coords.), *Raza y política en Hispanoamérica*, México, El Colegio de México, 2017.

PERROT, Michelle, "Formas de habitación", Ariès, Philippe, Duby, Georges (dirs.), *Historia de la vida privada*, t.4 De la Revolución francesa a la Primera Guerra Mundial, Madrid, Taurus, 2017.

PICCATO, Pablo, "'El Paso de Venus por el disco del sol': Criminality and Alcoholism in the Late Porfiriato", *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, Summer, 1995, Vol. 11, No. 2, pp. 203-241.

PILCHER, Jeffrey M., *The Sausage Rebellion. Public Health Private Enterprise and Meat in Mexico City, 1890-1917*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2006.

POHL-VALERO, Stefan, "'La raza por la boca entra': Energy, Diet, and Eugenics in Colombia, 1890-1940", *Hispanic American Historical Review*, 94, no. 3, 2014, pp. 455-486.

PRIETO, Agustina, "La prensa y la huelga de los inquilinos de 1907", en *Huelgas, hábitat y salud en el Rosario de 1900*, Rosario, Cuadernos CICSA, 1995.

QUEIROZ, Christina, "Un alcalde ambivalente", *Revista Pesquisa*, n. 266, abril, 2018.

QUIJANO, Aníbal, "Don Quijote y los molinos de viento en América Latina", en *De la Teoría Crítica a una crítica plural de la modernidad*, Kozlarek, Oliver, (coord.), Buenos Aires, Biblos, 2007, pp. 123-146.

_____, "El 'movimiento indígena', la democracia y los asuntos pendientes en América Latina", en *Colonialidad y crítica en América Latina. Bases para un debate*, Carlos A. Jáuregui y Mabel Moraña (eds.), México, Universidad de las Américas Puebla, 2007, pp. 299-335.

RAMÍREZ RODRÍGUEZ, Rodolfo, *La querrela por el pulque. Auge y ocaso de una industria mexicana, 1890-1930*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2018.

RAPPAPORT, Joanne, *El mestizo evanescente: Configuración de la diferencia en el Nuevo Reino de Nueva Granada*, Bogotá, Editorial Universidad del Rosario, 2018.

RECALDE, Héctor, *La salud de los trabajadores en Buenos Aires (1870-1910) A través de las fuentes médicas*, Buenos Aires, Grupo Editor Universitario, 1993.

REGGIANI, Andrés Horacio, *La eugenesia en América Latina*, México, El Colegio de México, 2019.

REINAGA, Fausto, *El pensamiento amáutico*, La Paz, Partido Indio de Bolivia, 1987.

_____, *La revolución india*, La Paz, Minka, 2010.

RÍOS MOLINA, Andrés, AGOSTONI, Claudia, *Las estadísticas de salud en México*, México, IIH-UNAM/Secretaría de Salud, 2010.

RIVERA CUSICANQUI, Silvia, "La raíz: colonizadores y colonizados", en Xavier Albó, Raúl Barrios (coords.), *Violencias encubiertas en Bolivia*, t. 1 Cultura y política, La Paz, CIPCA-ARUWIYIRI, 1993.

_____, *Violencias (re)encubiertas en Bolivia*, La Paz, La Mirada Salvaje/Piedra Rota, 2010.

ROBINSON, Cedric, *Black Marxism. The Making of the Black Radical Tradition*, Chappel Hill & London, The University of North Carolina Press, 2000.

ROBINSON, César LEYTON, Y HUERTAS, Rafael, "Reforma urbana e higiene social en Santiago de Chile. La tecno-utopía liberal de Benjamín Vicuña Mackenna (1872-1875)", *Dynamis*, vol. 32, no.1, Granada, 2012, pp. 21-44.

ROBIRA, Enrique, *La epidemia de fiebre amarilla de 1871 en la Ciudad de Buenos Aires: aportes desde la prensa periódica*, tesis doctoral, Universidad del Salvador, Ciudad de Buenos Aires, 2019.

RODRÍGUEZ, Martha Eugenia, "Semanarios, gacetas, revistas y periódicos médicos del siglo XIX mexicano", en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas. Nueva época* 2, no. 2, 1997, pp. 61-96.

RODRÍGUEZ KURI, Ariel, *La experiencia olvidada. El Ayuntamiento de México: política y gobierno, 1876-1812*, México, El Colegio de México, 2016.

ROEDIGER, David, *Black on White: Black Writers on What It Means to Be White*, New York, Shocken Books, 1998.

_____, *The Wages of Whiteness. Race and the Making of the American Working Class*, New York: Verso, 1991.

_____, *Towards the Abolition of Whiteness. Essays on Race, Politics, and Working Class History*, London, New York, Verso Books, 1994.

ROGASKI, Ruth, *Hygienic Modernity: Meanings of Health and Disease in Treaty-Port China* London, University of California Press, 2004.

ROJAS, Rafael, "Retóricas de la raza. Intelectuales mexicanos ante la guerra del 98", *Historia Mexicana*, vol. XLIX, no. 4, abril-junio, 2000, 593-629.

QUIJANO, Aníbal, "El 'movimiento indígena', la democracia y los asuntos pendientes en América Latina", en *Colonialidad y crítica en América Latina. Bases para un debate*, Carlos A. Jáuregui, Mabel Moraña (eds.). México, Universidad de las Américas Puebla, 2007, pp. 299-335.

SÁNCHEZ, Marcelo, "La teoría de la degeneración en Chile (1892-1915)", *Historia* n. 47, vol. II, julio-diciembre, 2014, pp. 375-400.

SÁNCHEZ DE JUAN, Joan-Anton, "La "destrucción-creadora": el lenguaje de la reforma urbana en tres ciudades de la Europa mediterránea a finales del siglo XIX (Marsella, Nápoles

y Barcelona)", *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. Universidad de Barcelona, n. 63, 1 de mayo de 2000.

SÁNCHEZ-GUILLERMO, Evelyn, "Nacionalismo y racismo en el México decimonónico. Nuevos enfoques, nuevos resultados", *Nuevo mundo. Mundos nuevos, Débats* 2007, puesto en línea 30/01/2007.

SÁNCHEZ MARTÍNEZ, María Esther, "La ciudad de México en la cartografía oficial del Porfiriato. Los planos oficiales de la Ciudad de México de 1891 y 1900. Una visión de metrópoli", en *Seminario internacional de investigación en urbanismo Barcelona-Buenos Aires, junio 2013*, Barcelona, DUOT, 2013, pp. 240-251, URL: <https://upcommons.upc.edu/handle/2099/14160>

SANJINÉS, Javier, "Narrativas de identidad. De la nación mestiza a los recientes desplazamientos de la metáfora social en Bolivia ", *Cuadernos de Literatura*, v. XVIII, n. 35, enero-junio, 2014, pp. 28-48.

SCOTT FITZGERALD, David, COOK-MARTÍN, David, "Elegir a la población: leyes de inmigración y racismo en el continente americano", en Yankelevich, Pablo (coord.), *Inmigración y racismo. Contribuciones a la historia de los extranjeros en México*, México, COLMEX, 2015, pp. 29-58.

SEVCENKO, Nicolau, *Literatura como missão, Tensões sociais e criação cultural na Primeira República*, São Paulo, Brasiliense, 1983.

SHWARCZ, Lilia Moritz, *O espetáculo das raças*. São Paulo, Companhia das Letras, 1993.

SKIDMORE, Thomas E., *Preto ni branco. Raça e nacionalidade no pensamento brasileiro*, Sao Paulo, Companhia das Letras, 2012.

SORUCO SOLOGUREN, Ximena, "La ininteligibilidad de lo cholo en Bolivia", *Tinkazos*, v. 9, n. 21, La Paz, 2006.

STAPLES, Anne, "Espacios transformados: el impacto de la reconfiguración urbana de la Ciudad de México en el siglo XIX", *Espacios en la historia. Invención y transformación de los espacios sociales*, Pilar Gonzalbo Aizpuru (ed.), México, El Colegio de México, 2014.

STEPAN, Nancy Leys, *"The Hour of Eugenics", Race, Gender and Nation in Latin America*, Ithaca & Nueva York, Cornell University Press, 1991.

STEWART, Dona J., "Changing Cairo: The political economy of urban form", *International Journal of Urban and Regional Research*, March 1999, Vol. 23, Issue 1, pp. 128-147.

STUTZMAN, Ronald, "El mestizaje: An All-Inclusive Ideology of Exclusion", en *Cultural Transformations and Ethnicity in Modern Ecuador*, Norman E. Whitten (ed.), Urbana, University of Illinois Press, 1981.

SUÁREZ Y LÓPEZ GUASO, Laura, *Eugenesia y racismo en México*, México, UNAM, 2005.

SURIANO, Juan, "La huelga de inquilinos de 1907 en Buenos Aires", en AA.VV., *Sectores Populares y vida urbana*, Buenos Aires, CLACSO, 1984.

SVERDRUP-THYGESON, Anne, *Terra insecta. El mundo secreto de los insectos*, España, Ariel, 2020.

TAGUIEFF, Pierre-André, Racisme aryaniste, socialisme et eugénisme chez Georges Vacher de Lapouge (1854-1936), *Revue d'Histoire de la Shoah*, 2005/2, no. 183, pp. 69-134, url: <https://www.cairn.info/revue-revue-d-histoire-de-la-shoah-2005-2-page-69.htm#>, consultado en marzo 2020.

TAVARES, José, "A construção da casa popular no Recife (década de 30)", *Análise Social, Revista do Instituto de Ciências Sociais de Universidade de Lisboa*, a. XXIX, n. 127, 1993, pp. 733-753.

"Teargas, beatings and bleach: the most extreme Covid-19 lockdown controls around the world", *The Guardian*, 1º de abril de 2020, <https://www.theguardian.com/global-development/2020/apr/01/extreme-coronavirus-lockdown-controls-raise-fears-for-worlds-poorest>.

TEITELBAUM, Vanesa, "La corrección de la vagancia. Trabajo, honor y solidaridades en la ciudad de México, 1845-1853", en Lida, Clara, Pérez Toledo, Sonia (comps.), *Trabajo, ocio y coacción. Trabajadores urbanos en México y Guatemala en el siglo XIX*, UAM-I/Porrúa, 2001, pp. 115-158.

TELLES, Edward, Project of Ethnicity and Race in Latin America (PERLA), *Pigmentocracies: Ethnicity, Race and Color in Latin America*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2014.

TELLES, Eduard, FLORES, René, "Not Just Color: Whiteness, Nation, and Status in Latin America", *Hispanic American Historical Review*, n. 93, v. 3, 2013, pp. 411-449.

TENORIO TRILLO, Mauricio, *Artifugio de la nación moderna. México y las exposiciones universales, 1880-1930*, México, FCE, 1998.

_____, "Hablo de ciudad". *Los principios del siglo XX desde la Ciudad de México*, México, FCE, 2017.

_____, *Mexico at the World's Fairs: Crafting a Modern Nation*, California, University of California Press, 1996.

_____, "De piojos, ratas y mexicanos", *Istor. Revista de historia internacional*, México, CIDE, año 11, n. 41, 2010.

THE First Ten Years of the World Health Organization, Geneva, WHO, 1958.

TUR DONATTI, Carlos, TABOADA, Hernán G.H., *Eurocriollismo, globalización e historiografía en América Latina*, México, CIALC-UNAM, 2008.

URÍAS HORCASITAS, Beatriz, *Historias secretas del racismo en México, (1920-1950)*, México, Tusquets, 2007.

VALERO PACHECO, Perla Patricia, *Memorias divididas: la conmemoración del centenario de la independencia en Brasil*, Tesis que para obtener el título de Licenciada en Estudios Latinoamericanos, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2012.

VALLE BARBOSA, María Ana, et al., "La pediculosis capitis en escolares y el índice de marginalidad de la zona metropolitana de Guadalajara, México", *Universitas Médica*, vol. 61, no.3, Bogotá, July/Sept., 2020.

VAN DULMEN, Richard, *El descubrimiento del individuo 1500-1800*, Madrid, Siglo XXI, 2016.

VICEPRESIDENCIA DEL ESTADO PLURINACIONAL DE BOLIVIA, "Nación y mestizaje", https://www.vicepresidencia.gob.bo/IMG/pdf/nacion_y_mestizaje.pdf,

VIGARELLO, Georges, *Lo limpio y lo sucio. La higiene del cuerpo desde la Edad Media*, España, Alianza, 1991.

VIQUEIRA ALBÁN, Juan Pedro, *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la Ciudad e México durante el siglo de las luces*, México, FCE, 2005.

VIVEROS VIGOYA, Mara, "Blanqueamiento social, nación y moralidad en América Latina", en Messeder, S., et al. (orgs.), *Enlaçando sexualidades: uma tessitura interdisciplinar no reino das sexualidades e das relações de gênero [online]*, Salvador: EDUFBA, 2016.

WADE, Peter, *Race and Sexuality in Latin America*, London, Pluto Press, 2009.

_____, "Rethinking Mestizaje: Ideology and Lived Experience", *Journal of Latin American Studies*, v. 37, n. 2, 2005, pp. 239-257.

WARE, Vron, *Beyond the Pale. White Women, Racism, and History*, Verso, 2015.

WEBER, Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, México, FCE, 2004.

WONG, Anna,, "Colonial Sanitation, Urban Planning and Social Reform in Sydney, New South Wales 1788-1857", *Australasian Historical Archeology*, n. 17, 1999, pp. 58-6.

WRIGHT, Gwendolyn, "Tradition in the Service of Modernity: Architecture and Urbanism in French Colonial Policy, 1900-1930", *The Journal of Modern History*, Jun., 1987, Vol. 59, No. 2 (Jun., 1987), pp. 291-316

YANKELEVICH, Pablo (coord.), *Inmigración y racismo. Contribuciones a la historia de los extranjeros en México*, México, COLMEX, 2015.

YÉPEZ Colmenares, Germán, "Modernización, medicina, enfermedades y salud pública en la ciudad de Caracas (1870-77)", *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, vol.9, Rio de Janeiro, 2002.

ZERMEÑO, Guillermo, "Del mestizo al mestizaje. Arqueología de un concepto", en *El peso de la sangre*, Nikolaus Böttchet et al. (coords), México, COLMEX, 2011, pp. 283-318.

ZIMMERMAN, Eduardo A., *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina 1890-1916*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana/Universidad de San Andrés, 1995.

